

40

6040

Referencia a' libros
de la Grecia

LOS ORDENES ORIEGON

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

Call to the Librarian at room 731 North

Ann Arbor, Michigan

1887

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...
Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...
Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...
Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

LOS ORADORES GRIEGOS.

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

Los Oradores Griegos. Traducción de don Juan de Dios...

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ.

Calle de Jacometrezo, núm. 72: Madrid.

Obras y traducciones del mismo autor.

BACON, ensayos de moral y de política; un tomo 8.º mayor con el retrato del autor, 12 rs. en toda España.

ORACIONES ESCOJIDAS DE DEMÓSTENES, un tomo 4.º, 14 reales, Madrid; 16 provincias.

ENSAYOS SOBRE LA OPINION PÚBLICA; un tomo 8.º mayor, 12 rs. en toda España.

Obras del Dr. D. Fernando de Castro.

RESÚMEN DE HISTORIA GENERAL Y PARTICULAR DE ESPAÑA, para uso de los Institutos y Seminarios; décima edicion; un tomo 8.º mayor, encuadernado en tela, 18 rs. Madrid: 20 provincias.

COMPENDIO RAZONADO DE LA HISTORIA GENERAL; van publicados tres tomos y se está terminando el 4.º: precio de cada tomo, 18 rs. Madrid, y 20 provincias.

DISCURSO acerca de los caractéres históricos de la Iglesia española, leído ante la Real Academia de la Historia, en la recepcion pública; 4 rs. Madrid: 3 provincias.

ENSAYO HISTÓRICO sobre los diversos géneros de Arquitectura empleados en España desde la dominacion Romana hasta nuestros dias, por D. José Caveda; publicado de real orden en 1849: un tomo 4.º mayor, 30 rs. Madrid: 36 provincias.

ESTUDIOS ELEMENTALES de economía política, por D. Domingo E. Allér, precedido de un discurso preleminar por el doctor D. M. Salvá, profesor de dicha asignatura en la Universidad de Santiago, un tomo 8.º mayor.

Los pedidos á Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, núm. 72, librería: Madrid.

LOS
ORADORES GRIEGOS.

LECCIONES

EXPLICADAS EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO
DE MADRID, EN EL CURSO DE 1872-73,

por

ARCADIO RODA.

CON UN PRÓLOGO DEL EXCMO. SR.

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.



MADRID.

LIBRERÍA DE V. SUAREZ,
Jacometrezo, 72.

1874.

LOS
ORADORES GRIEGOS
PRÓLOGO

ES PROPIEDAD.

PRÓLOGO.

El autor del presente libro pertenece al corto número de hombres estudiosos, creyentes y modestos, que estos revueltísimos tiempos han dejado á España. Para ser como él es, se necesita vocacion de asceta, pues ni el menor de los bienes de este mundo brinda ahora España á los que estudian ó creen, mientras que la inmodestia sirve de fácil escala para alcanzar cuanto hay. Y el ascetismo, ya se sabe, florece en estos tiempos difícilmente, por lo cual no es maravilla que los hombres por el estilo del señor Roda anden escasos.

Conocíle yo en el punto y hora de dar á luz una traduccion de las oraciones de Demóstenes, que pretendió dedicarme; y por cierto que la tal pretension me sorprendió gustosamente, como todas las de su clase, por ser de las pocas, poquisimas, en que cabe quedar bien sin ser ministro, ni diputado ministerial, ó lo que es igual, sin riesgo de conciencia. Le dí, pues, y con mil amores, licencia para poner mi nombre al frente de su libro, y pensé entónces, y pienso aún, que á mí y no á él era á quien tocaba quedar reconocido en aquel caso.

Pasó algun tiempo, no sin provecho para el Sr. Roda, que continuaba como hasta allí cultivando y explotando sus libros; y, ántes de resolverse á pronunciar en el Ateneo las lecciones que este volúmen encierra, tuvo á bien pedirme consejo, no ya sólo sobre su asunto, sino sobre el propio intento. Dejándome llevar en aquella sazon de mis bien conocidas aficiones, dí á uno y otro mi aplauso, y hoy digo para mí sin hipocresía: ¿no

tendré que arrepentirme de ello alguna vez?

Si tal sucede, no será en verdad porque haya defraudado con su nuevo estudio y sus lecciones el Sr. Roda mis esperanzas, ni las del difícil é ilustrado público que en el Ateneo las ha oído. Con fácil y serena palabra, muy propia de aquel lugar y de este género didáctico, pronunció allí ocho discursos sobre los grandes oradores griegos, y las extraordinarias circunstancias políticas y militares que inspiraron sus arengas, bastantes para dar buen concepto á cualquier hombre de letras. Ha acrecentado, por otra parte, la patria literatura con un libro que en ella indudablemente hacia falta, y visto por estos dos solos lados el asunto, no tendría motivos sino para estar contento.

Pero he de hacer aquí hoy una confesion, que algunos quizá aplaudan, y de seguro tendrán los más por escrúpulo extraño. Cada vez que un jóven de estos que, por haber nacido sin rentas, son ó tienen que ser hijos de sus obras, laborioso, honrado,

con fé en la virtud y el trabajo, viene á pedirme consejo ú apoyo para dedicarse á los graves estudios que la carrera política exige, si luego al punto no le quito de la cabeza tan mal propósito, me queda en el alma un disgusto, que confina con el remordimiento. Gran cosa es para mi sosiego que no sean muchos los que de caso pensado empiecen la carrera política en España, y que todavía sean menos los que para entrar en ella pidan ni necesiten consejos, y menores, mucho menores en número aún, los que sospechen que exija estudios ningunos la profesion ú oficio de la política. Hay alguno que otro, no obstante, imbuido en muy diferentes máximas, como por ejemplo el autor del presente libro; y si por ventura estímulo yo á estos tales á que continúen el camino emprendido, y les animo á que se fortifiquen con el estudio para andar con paso más seguro, ni me escapo despues del consabido remordimiento, ni luego deja de venírseme á la boca la duda que apunté anteriormente

Porque, en realidad, ¿qué puede conquistar un hombre de estudios en cualquiera otra parte del mundo, que sin ellos no se logre y disfrute en España? ¿Ni qué dá ó puede dar la política en España á un hombre de bien, que en otra cualquiera profesion ú oficio no alcance más fácilmente? Por triste que la suerte de todos sea aquí ahora, todavía es más triste que otra alguna la de los políticos, si merecen nombre de tales. Por tierra las instituciones todas y todas las leyes, solamente nos resta un principio eficaz, el de la fuerza; y la fuerza no es aquí ya amparo del derecho, sino instrumento de medros personales.

Acabó el influjo de los hombres de Estado y de los oradores; acabó hasta el de los sofistas y charlatanes, que en épocas como la presente suele ser más duradero: todo, absolutamente todo, en este Bajo Imperio de nuevo está á merced de los pretorianos. Como no hay Monarquía ni República que servir, el que á toda costa se empeña en servir

ó figurar, tiene que contentarse con fatigar sus labios en alabanza ó defensa del *caudillaje*. España atraviesa, sin la menor duda, el más miserable período de toda su larguísima historia: superior en vicios y traiciones al que terminó en Guadalete; inferior en viriles virtudes al de Cárlos II.

Nada de esto se puede ya remediar con el saber ni con la palabra evidentemente; ¿para qué, pues, las vigiliass de los estudios? ¿Para qué estas concienzudas lecciones sobre la antigüedad clásica, en ninguno de sus ramos diversos? Aun suponiendo que el génio de los oradores griegos se transmitiese por milagro á los lectores de la presente obra, ¿qué podrian hacer hoy en esta patria descreidísima, que en la suya no intentarían ellos, y también en vano? Concediéndoles la fortuna, al menos, el ser, ya que lo fueron, vencidos y tiranizados por un Filipo y un Alejandro; cosa que, ni con mucho, nos otorga á nosotros la suerte. Todo lo demás es algo semejante, y prueba, que, en la Espa-

ña de nuestros días, tanto y más que en la Grecia de Demóstenes ó la Roma de Ciceron, (vilmente entregado al fin á los sicarios), no hay peor oficio, si de veras se toma, que el de hombre público.

Pero las lamentaciones, por fundadas y legítimas que sean, suelen hallar siempre oídos sordos. El amor es pasión muy desacreditada entre la gente de juicio; y no por eso deja nunca de causar en el mundo sus sabidos estragos. Cuando una afición nos sale á los hombres de adentro, no valen contra ella consejos; la propia experiencia y no más, y eso si es muy dolorosa, puede destruirla ó modificarla. Tal es, sin duda, el caso del señor Roda, y de los que siguen su misma senda, en demanda de la fortuna política.

Ni se necesita gran sagacidad por cierto para descubrir en las páginas que siguen (como descubrí yo en las primeras palabras que con su autor crucé) que es este un hombre herido del más desgraciado de los amores, para cualquier hombre de bien: el amor

á la política. Quien tradujo á Demóstenes con entusiasmo tal, y ha recorrido luego con tamaño ardor la historia política de los pueblos helénicos; quien ha descrito con semejante atención los sucesos, y retratado tan exactamente á los principales actores de aquel teatro tumultuoso, donde puso en escena y estrenó el linaje humano todas las comedias y tragedias políticas, que habian de repetir y representar constantemente los futuros siglos, no es sólo un estudiante curioso, ni un erudito comentador, ni mucho menos un frio retórico de los que no buscan más en la antigüedad clásica que citas y ejemplos.

No: en las páginas que contiene este libro palpita el alma de un hombre que ve en la tribuna la verdadera señora de sus pensamientos; de un hombre á quien le enciende la multitud, el auditorio, como enciende al buen soldado la vista de los ejércitos, y el vecino resplandor de las armas; de un hombre, en fin, que apetece las grandes luchas de la

palabra, no menos llenas de emociones, de peligros, de viriles placeres que las de los campos. De seguro que, al meditar sobre los combates y los triunfos de los famosísimos oradores griegos, ha sentido hartas veces inundada su fantasía con la dulce esperanza de combates y triunfos, en que él mismo ponga mano y tome parte. A todos los apasionados de la oratoria y de la política les ha sucedido otro tanto. Se fantasea, se sueña, como con un ideal purísimo, con la tribuna y con el auditorio; con el fácil y ardiente aplauso de los amigos y el sordo y provocador murmullo de los adversarios; y sobre todo, y sin darse exacta cuenta de ello aún, con aquel efecto supremo y aquella incomparable satisfacción, la más grande sin duda de un orador ante las gentes: con el silencio. El silencio, comunicación íntima, magnética, de la inteligencia del que escucha, con la del que habla en público; el silencio, que primeramente impone la voz y el gesto, y después la frase, el

sentimiento, la idea; el silencio, que humildemente somete mil distintas voces á una no más, y á una sola inteligencia mil inteligencias discordes; el silencio, en fin, en el cual, ahogando los unos su entusiasmo, los otros su cólera, y subyugados todos, rinden tributo unánime, y el más raro de los tributos, á la verdadera y viril elocuencia.

¡Ah! Todo eso es ciertamente tentador para un alma jóven, para un talento que se reconoce y en sí propio confía; para quien no ha visto sino desde muy lejos, así como á la distancia en que parecen azules todos los montes, lo que son y en realidad valen los triunfos oratorios. Bien ha podido soñarlo, pues, el Sr. Roda; y es por demás disculpable que se sueñe, y se apetezca, y se aspire á alcanzarlo.

No me estaría bien á mí que, ya que á alcanzarlos no acertase, á tantos merecidísimos he asistido, disminuir un punto el valor de tales triunfos. Lejos de eso, reconozco y declaro, que, en mi concepto, la mayor satis-

faccion personal, que sea dada en este mundo al hombre, es la de dominar con su palabra, por algun espacio de tiempo, á un gran número de sus semejantes. Pienso tambien, (y dígolo en honra de algunos de mis contemporáneos vivos y muertos), que la oratoria espontánea, desconocida ó poco menos de los antiguos, y tan usada por necesidad en los modernos Parlamentos, obliga al más grande de los esfuerzos, y á la más alta prueba de sí, que pueda hacer ó dar el entendimiento del hombre. Pienso, por último, que los discursos oratorios preparados con esmero, préviamente escritos, y tan trabajados en todos conceptos, desde el exordio á la peroracion, como los de Demóstenes y Ciceron solian ser, constituyen obras de un arte excelso, dignísimo de competir con la arquitectura, la música, la escultura, la pintura y la poesía misma.

Inadvertidamente me hallo empeñado en una cuestion grave, sobre la cual he de decir algunas palabras más, por lo mismo

que difiere en algo mi opinion de la que en este punto sustenta el autor de las páginas que siguen.

Si los discursos con mucha anticipacion preparados, por tal ó cual orador, no hieren tan vivamente la atencion, ni promueven tan hondos afectos, como aquellos otros que á las veces el propio orador enjendra, en las entrañas mismas del debate, desarrollándolos por maravillosa manera hasta darles cuerpo y alma, fondo y forma á vista de todos, tienen los primeros en cambio, la ventaja insigne de durar más, y con mayor crédito, en la memoria de las gentes que los leen. Porque así como al discurso, préviamente dispuesto para ser dicho en un caso dado, no le es posible alcanzar el grado de oportunidad, y de intencion, ni la verdad del acento, ni la autoridad que tiene el que improvisa un gran maestro, jamás poseerá ninguna improvisacion, por su parte, el mérito que un discurso de antemano compuesto y escrito, por lo que

toca al método, y distribución y encadenamiento de las ideas, á la exactitud, abundancia, elegancia y armonía de la frase, á la erudición y riqueza de los hechos y doctrina.

Es la improvisacion parlamentaria un género de representacion escénica, en la cual compone y representa la pieza el actor, todo á un tiempo. Era el orador de la antigüedad, y son los que dentro y fuera de España componen cual ellos sus discursos, en el gabinete, un autor con todas las ordinarias condiciones de tal, y solamente es actor ante el auditorio. Mas la improvisacion como el arte divino de los cantantes y el de los comediantes ó actores, suele ser flor de un dia; que al caer el sol desaparece, dejando sólo por memoria hojas marchitas y pálidas. ¿Quién, que no haya oido á un grande orador que improvisa, á un cantante, á un actor insigne, puede decir que los conoce, ni juzgarlos? Por el contrario, el discurso escrito conserva lo más

de su belleza perenne, y se trasmite casi intacto de siglo en siglo. El arte griego por excelencia era la escultura sin duda alguna; y todo tiende por eso mismo á ser escultural, tallado y cincelado en mármol en las artes griegas. Los discursos de sus oradores se labraron, pues, como sus estátuas, y duran tanto como ellas, y aún más que ellas. Hoy las exigencias de los tiempos son otras, y la escultura es por esa propia razon la menos cultivada de las artes, aunque sería gran desgracia en verdad que dejara de ejercitarse y brillar de todo punto. No menor desgracia fuera que la grande oratoria meditada, escrita, con prolijidad preparada en el fondo, la forma, y la accion, desapareciera; pero la ordinaria elocuencia de los modernos Parla-mentos tiene que ser otra indudablemente. Sin duda exajeraba Cormenin cuando, tratando de la elocuencia inglesa, y comparándola con la antigua, decia, que, en lugar de la clámide griega, y la encarnada toga de los romanos, con que aparecia re-

vestida esta última, llegaría pronto el tiempo en que toda oratoria pudiera representarse con gorro de algodón y bata de percal, como hija legítima del industrialismo de la época (1). Pero estaba muy en lo cierto á mi juicio, el ingenioso autor del libro francés intitulado «*Eloquence et improvisation*» (2) cuando apellidaba á la improvisacion «Musa alada, y graciosa, y libre, no tan querida por la pureza de sus melodias, como por la belleza de sus movimientos; ágil, valerosa; natural instrumento, arma propia de todos aquellos que fundan en la palabra el poder ó la dominacion.» Con todo: si esto es generalmente verdad, y sobre todo en nuestros dias, no pueden menos de admitirse muy notables escepciones. Por no citar sino antiguos ejemplos, que bien pudiera citarlos modernísimos, quiero

(1) Véase la carta de Mr. Cormenin, que precede á la obra intitulada: «LES ORATEURS DE LA GRANDE-BRETAGNE:» París, 1841.

(2) *Eloquence et improvisation*, por Eugène Paignan: París, tercera edicion, cap. III.

limitarme á decir, que, si bien no faltan historiadores griegos, que refieran, que producian mayor efecto todavía los discursos improvisados de Demóstenes, que sus ordinarios y trabajadísimos discursos, con exordios preparados muy de antemano, y hasta por puro entretenimiento, todos están contestes y unánimes en que, desde Pericles hasta el propio Demóstenes, la elocuencia clásica, escultural, verdaderamente artística, que por lo común se empleaba entónces, fué tambien poderosísimo instrumento, y frecuentemente irresistible, de dominacion. Los grandes y estudiados discursos de Pericles, señalan verdaderas épocas, no tan sólo en su vida, sino hasta en la historia general de la Grecia; y no hay que decir si las arengas, y principalmente las filípicas de Demóstenes, influyeron ó no en las paces, y las guerras de su tiempo.

Artes distintas, en suma, la improvisacion y la oratoria ejercitada en discursos preparados y escritos, cada cual de ellas tiene sus excelencias propias y sus peculiares

flacos; y respectivamente requieren ambas sus oportunos lugares, y ocasiones. Y sea esta mi última palabra sobre una cuestion de un modo algo distinto tratada, segun dejo dicho, en el presente libro, por lo cual no me parece impertinente el dedicarle tantò espacio en el prólogo.

Y quiero ya concluir, dejando la palabra al autor, que es quien se ha propuesto usarla con suficiente extension, y con caudal y calidad de noticias bastantes, para merecer que se le escuche, ó lea detenidamente. Por mi parte; con estas ligerísimas páginas, escritas *á vuela pluma*, no me he propuesto otra cosa sino pagar de algun modo al autor la antigua deuda, que con él contraí, al admitir la dedicatoria de su precedente obra. Quizá se trasluzca con exceso en ellas mi estado de ánimo y sea esta una gran falta literaria; pero, ¿qué juicio formaria la posteridad de los que, por azar, consignamos hoy nuestros pensamientos en letras de molde, si conociendo, como á fondo

conocemos, la época infame en que escribimos, saliesen páginas frías, indiferentes, serenas, de nuestras manos? ¡Oh! no: es preciso que nuestro dolor proteste contra el mal, ya que lo suframos.

No cabe asistir tranquilos como á un fingido espectáculo escénico, á la descomposicion, á la ruina, á la vergüenza real de la patria. La oratoria puesta al servicio del error y del mal, y temerariamente empleada en destruir lo que ni se edificó, ni se reedificará jamás por la limitada virtud de la elocuencia, tiene sobrada culpa en nuestras actuales desdichas, para que, tratando de ella, no se trate tambien sin querer de esas desdichas mismas. Hoy recibe la oratoria sofística su castigo, puesta en la argolla de su impotencia. Sobre las áscuas en que ella imprudentemente soplara y que ella encendiera, se ha forjado el hierro que hoy afilado se cruza, por todos los ámbitos de la pobre España; y todos por igual los va devastando. ¡Pueda esto al menos servir de

lección, sumado con el espectáculo, triste también, que las antiguas repúblicas griegas, y los oradores griegos nos ofrecen en las siguientes páginas, para que el arte divino de la palabra no se emplee de aquí adelante en corromper y perturbar, sino en adoctrinar y guiar á los pueblos! Difícil es, porque no hay más rara probidad, bien lo sé, que la de la elocuencia.

Hombres hay llenos de hermosos sentimientos, aptos para toda obra generosa y buena, incapaces de cometer ninguna otra falta quizá, que, por desdicha de ellos y de todos, no han sabido sacrificar al bien público ni una sola frase que provocar pudiera emociones y aplausos; misero fruto para tan caro precio, y triunfo indigno de quien puede obtenerlos legítimos y grandes. El arte de la palabra no llegará á su apogeo sino cuando el orador, mientras más grande sea, más sinceramente aspire á ser el *vir bonus* del preceptista romano.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

ADVERTENCIA.

Las notas que siguen á los discursos, son justificativas en su mayor parte. Como el carácter que domina en este libro es el histórico, hemos creído oportuno indicar, por medio de dichas notas, el origen de las noticias de que nos hemos valido para su redacción. Las del discurso VII, y principalmente las del VIII, son las que más amplian el contenido del texto.

ORADORES GRIEGOS.

INTRODUCCION.

SEÑORES:

La ilustrada Junta de gobierno de este establecimiento científico, me ha dispensado la honra, tanto más apreciada por mí cuanto que es inmerecida, de confiarme la explicacion de unas conferencias sobre los más célebres oradores de la antigüedad y de los tiempos modernos. Veo, señores, que no tengo más medio de mostrarme reconocido á esta benevolencia, que hacer cuanto me sea posible por que mis palabras reporten algun beneficio á los que me escuchan. Este es el objeto principal de las cátedras establecidas en el Ateneo; este el deseo ardiente de las personas que lo dirigen; esta, en fin, la obligacion que de-

be imponerse todo el que viene á este sitio á manifestar sus ideas.

Sin embargo, esta obligacion no pueden todos cumplirla con el mismo lucimiento, ni de un modo igualmente satisfactorio. ¿Y sabeis por qué? Porque las facultades humanas y las materias que pueden ocuparnos, varian más que la fisonomía de los hombres; y aunque hay inteligencias superiores que todo lo dominan, como águilas que se elevan hasta las nubes para contemplar desde allí las altas montañas, los valles profundos y los más lejanos horizontes, estas inteligencias son en muy corto número, y no pueden multiplicar su accion indefinidamente, porque tambien se parecen á esos capitalistas opulentos, que emprenden con desahogo toda clase de negocios, pero cuyos beneficios no pueden ser universales, aunque tengan el desinterés y la caridad como prendas esenciales de su carácter. Asistir á los Parlamentos políticos; engolfarse en esas contiendas de los partidos que consumen á los hombres abrasados por el fuego de la ambicion, escribir libros, redactar periódicos y venir á estas corporaciones á enseñar á los que tenemos vivísimos deseos de aprender, son tareas muy superiores á las fuerzas de un solo individuo, á menos que este individuo estuviese adornado con el

don de la omnisciencia, que no plugo al cielo conceder á los mortales, á menos que fuese resistente como el bronce, incansable como el tiempo, inagotable como el mar.

Estas consideraciones justifican, ó por lo menos disculpan, la presencia en este sitio de hombres oscuros y desautorizados, como el que ahora tiene la honra de dirigiros la palabra. Puesto que la política nos roba los maestros á quienes debíamos escuchar, justo y preciso es que nos reunamos, sin ningunas pretensiones desmedidas, pero con el firme propósito de no perder completamente nuestro tiempo, para ilustrar nuestro juicio comunicando nuestras ideas, y para que de este comercio intelectual, por decirlo así, resulte algun beneficio que pueda recompensar el buen deseo que á todos nos anima.

Ya conoceis el tema que va á ser objeto de estas conferencias. Yo tambien conozco, quizá demasiado tarde, que hablar de los oradores más célebres que han existido, sin disponer de ninguna elocuencia, sin contar con pinceles y colores para hacerlos aparecer ante vosotros con su grandeza y fisonomía verdaderas, podrá considerarse; no sólo como un acto temerario, sino tambien como un trabajo enteramente perdido. Pero esto puede remediarse, hasta cierto punto, si vosotros su-

plís mi falta de aptitud con vuestra atencion y vuestra suficiencia.

Mirad con ojos de artista los bocetos que yo os presente; adornadlos en vuestra imaginacion de las sombras y del colorido que les falten, y de este modo, el percibir la belleza de los originales, lo debereis á ellos que supieron ser grandes y magníficos, y á vosotros mismos que habeis hecho este trabajo de recomposicion.

Si esta silla la ocupase uno de esos hombres á quienes se oyen siempre con gusto, y que todo lo hermostean con la mágia de su elocuencia, bien podria aseguraros, que un estudio sobre *los Oradores antiguos y modernos*, ofrece tanto interés como cualquiera otra materia de amena literatura. Un estudio de esta naturaleza, participa del carácter histórico-político, porque no es posible hablar de los grandes hombres sin ocuparse tambien de las épocas en que han florecido, y á las cuales han impreso el sello de su genio y su virtud, y algunas veces las señales indelebles de sus desaciertos y sus vicios. Participa tambien del carácter crítico, porque no podremos conocer á los oradores, por lo ménos á los más célebres, sino que en sus obras, ni conocer estas obras sino que examinándolas; y en sus consecuencias participaria del carácter didáctico, puesto que los

preceptos son hijos de la crítica y puesto que en el caso mismo de evitar las deducciones que no fuesen indispensables y altamente filosóficas, los modelos bastan, y en el concepto de algunos escritores se aventajan á las reglas, para enseñar al pensamiento el camino de la perfeccion.

Bien conozco, señores, que no podré aprovechar todas estas ventajas del asunto que nos ocupa, porque no sabré vencer todas las dificultades que lo acompañan; pero, en cierto modo, habremos asistido juntos á un espectáculo interesante; al espectáculo de la virtud, del genio, de la perseverancia, luchando contra la envidia, contra la pobreza y las miserias humanas; porque, señores, por un impenetrable designio de la Providencia, las mayores privaciones y hasta las más acerbos amarguras, han acompañado en sus principios á muchos hombres eminentes, como si este fuese el triste precio á que habían de comprar su futura gloria. Nacen por lo comun entre las capas intermedias ó inferiores de la sociedad, sufren los golpes del infortunio y luchan contra una adversa fortuna; pero se conducen lo mismo que el marino que, en medio de una tempestad, levanta la frente y desafía impávido el trueno y el rayo, gobierna el timon de su buque con brazo firme, dirige la vista hácia el faro que descu-

bre por intervalos entre las tinieblas de la noche, aumenta su brio á medida que crece la inminencia del peligro, y cediendo y resistiendo, alternativamente, al impetu de las olas que ruedan en torno suyo, llega al fin al puerto de salvacion, y puede oír las exclamaciones de sorpresa y los himnos de alabanza que por todas partes resuenan celebrando su triunfo.

Sí, señores; pocos hombres insignes han nacido, como César, cubiertos con la púrpura senatorial, ó como Alejandro el Macedonio rodeados de la pompa y magnificencia de los principes. Los herederos de las grandezas humanas, son muchas veces indignos del patrimonio que les aguarda, y la soberbia de los padres suele ser castigada con la completa nulidad de los hijos. Alegrémonos, señores, de una observacion que puede servir para contener ciertas sugerencias péfidas de la envidia: bajo las doradas techumbres de los palacios, es muy raro que se albergue la semilla del genio; entre el estruendo corrompedor de los placeres y los festines, es más raro aún que se desarrolle. Buscadla siempre arrullada por el murmullo apacible del trabajo; buscadla en tierras que se rieguen y fecunden con el sudor de frentes laboriosas, y vereis como allí es donde germina, donde nace, crece y fructifica.

Pero, al hacer desfilar ante nosotros las sombras de los oradores que más admiración han causado al mundo con su elocuencia, habremos verificado un acto de justicia, y hasta cierto punto habremos cumplido con un deber gratísimo, que el reconocimiento impone á nuestra conciencia. Los hombres que han merecido bien de sus contemporáneos y de la posteridad, no tienen más recompensa, despues de muertos, que los elogios y los recuerdos agradecidos de quien los admira, y de quien busca en la imitación de su conducta el beneficio de sus virtudes y de sus brillantes cualidades. Por otra parte, el buscar las lecciones de los varones ilustres, cualquiera que sea el ramo del saber en que se hayan distinguido, es proclamarles maestros dignos de respeto, y reparar, en cierto modo, las ofensas que pudieron recibir de sus coetáneos; es, por último, rasgar las nubes del tiempo y hacer que un rayo del sol de la inmortalidad venga á reflejarse sobre sus tumbas olvidadas.

Si yo pudiera, si yo debiera expresarme con aquella franqueza y aquella confianza que siempre agradan á quien las inspira, pero que no siempre favorecen á quien las emplea, manifestaría aún otras razones que me han estimulado á preferir el asunto, de que voy á ocuparme, en el cur-

so de las conferencias que esta noche comenzamos.

Cuando por todas partes se oye el grito estridente de las pasiones políticas; cuando el espíritu sistemático y la intransigencia de los partidos hacen infecundos los debates y convierten la liza parlamentaria en una arena cenagosa que nuestros hombres de gobierno se arrojan insensatamente á la cara; cuando la anarquía latente que nos devora acredita la mala fé de algunos políticos, el desaliento de muchos y la insuficiencia de casi todos, haciendo más estimables á los pocos que no merecen esta censura; cuando son en tan corto número los hombres que pueden alzar su frente limpia y serena, y tanto los que la tienen empañada por alguna inconsecuencia interesada y egoísta ó por alguna torpe apostasía; cuando, en fin, nuestra patria, nuestra pobre patria, esta sombra de la patria de los Cides y Guzmanes, esta ruina de la patria de los conquistadores de un nuevo mundo tiene casi perdidas las esperanzas de mejorar de suerte, creo, señores, que deben apartarse los ojos con repugnancia de estas escenas, ó contemplarlas con un profundo dolor, y volver la vista á otras más consoladoras y más dignas de ser estudiadas por los que sean amantes de lo grande, de lo bello y de lo bueno.

Decidme, señores: ¿no está el porvenir reservado á la juventud? ¿No marchan las generaciones las unas empujadas por las otras como las olas del mar? Esos ministros, esos diputados, esos gobernantes en cuyas manos están hoy los destinos de nuestra patria, ¿no irán pronto á sepultarse en los senos del olvido para que otros hombres les sucedan? Esto es incuestionable; pero tambien lo es que si no habeis tenido más escuela que la suya, vuestra época os deberá solamente la prolongacion de los males que hoy se padecen, y oscurecidos vuestros nombres, nunca flotarán sobre los mares del tiempo, y habreis pasado por el mundo como esas ráfagas de vientos deletéreos que solo se conocen por las huellas de muerte y destruccion que dejan.

Cuando los caractéres están envilecidos ó degenerados, deben buscarse en épocas próximas ó lejanas otros caractéres más nobles y más grandes que imitar. El corazon y la cabeza del hombre son semilleros donde están depositados los gérmenes de todos los sentimientos y de todas las ideas, pero es tan fácil despertar y fortalecer los malos como los buenos. Ciertamente que el soldado que sólo obedece á jefes apáticos y cobardes, no puede ser activo ni esforzado; el que solo respira una atmósfera de corrupcion, es fácil que

se olvidé de los preceptos de la virtud; el que vive entre ejemplos de egoismo personal, de miras bastardas, de traiciones y apostasias, no consagrará muchas ofrendas en los altares de la patria; y, en fin, el que desconoce la altura á que puede elevarse la naturaleza humana, y los rumbos por donde la lleva el entusiasmo hasta esas regiones en que la admiramos, permanecerá siempre pegado á la tierra, sin atreverse siquiera á dirigir una mirada contemplativa hácia los astros. El jóven César, á quien poco antes cité, vertia lágrimas de emulacion cuando recordaba que, á su edad, Alejandro habia cubierto ya su frente de laureles; Alejandro mismo corria hácia la India, ansioso de igualar las proezas que colocaron á Baco en el número de los dioses; y el gran Temístocles no dormía pensando en los trofeos de Milciades.

Estos ejemplos y las demás consideraciones que dejo expuestas, son las causas que, en mi juicio, deben inclinar nuestra aficion hácia los estudios de carácter biográfico. El propósito que me anima es dirigir primero una mirada á la cuna de la elocuencia; hacer despues una rápida enumeracion de los oradores cuya historia se pierde en la noche de los siglos; fijarnos detenidamente en aquellos que nos han trasmitido con sus

obras los titulos de su inmortal renombre, y suspender por este año nuestra marcha, despues de haber observado las figuras gigantescas de Esquines y Demóstenes, para continuarla más tarde por los tiempos que siguieron, hasta el siglo en que vivimos.

No quiero detenerme, señores, á hacer el elogio de la elocuencia. Todo el mundo ve y todo el mundo toca su importancia en esta época de controversia y discusiones políticas que atravesamos; pero debo pronunciar algunas palabras para desvanecer ciertas preocupaciones que alejan á los jóvenes del estudio de los grandes modelos de la antigüedad. Seria muy fácil demostraros que nuestros poetas, nuestros historiadores, todos nuestros hombres de letras dignos de alguna fama, han rendido un homenaje respetuoso ó un tributo de imitacion á las obras de los antiguos. ¿Y seremos nosotros tan soberbios ó tan insensatos que desaprovechemos una conducta que les fué tan útil, ó que no sigamos un ejemplo que es tan respetable? Los desvelos que el poeta se impone por la poesia, ¿no deberá imponérselos el orador por la elocuencia, á cuya suerte va unida la suerte de la sociedad moderna? ¿Podrá decirse con razon, como creo que algunos dicen, que el ocuparnos de estos estudios, que el hacer desfilár

ante nosotros aquellas sombras gloriosas, es lo mismo que revolver cenizas, ó lo mismo que exhumar cadáveres putrefactos? No, señores; será lo mismo, en todo caso, que no mostrarse insensibles á los encantos de la gloria, y que no seguir el camino fácil, pero torcido, de los que al hablar de ese modo desprecian la memoria de los hombres que más honran al linaje humano. ¿Podrá decirse que la elocuencia no alcanzó en los tiempos antiguos el desarrollo que las demás ramas del árbol de las letras? Ahí está Demóstenes, ahí está Ciceron, que contienen todo lo más hermoso y más acabado que puede ambicionarse en el arte de la palabra. ¿Podrá decirse tampoco que los oradores antiguos, á pesar de su mérito, no han enseñado nada á los oradores modernos, y que las materias que trataban son extrañas á nuestra época? Lo más estimable que hay en la oratoria política moderna, y hasta en la oratoria sagrada, se debe al estudio de los antiguos. Sheridan y Grattan, Burke, Fox, y el primer Pitt, que han sido sin duda, con el célebre Brougham, las mayores glorias del Parlamento inglés, y Mirabeau, que no tuvo iguales en su tiempo ni los ha tenido más tarde, habian estudiado afanosamente los modelos griegos y romanos; y Bossuet, esa columna de la Iglesia de Francia, que hacia tem-

blar desde el púlpito á los reyes lo mismo que á los vasallos de los reyes, que nivelaba todas las grandezas y todas las miserias humanas y abatía todas las potestades de la tierra cuando amenazaba con un rayo de la cólera celeste; Bossuet, repito, hizo grandísimo aprecio de los antiguos, y supo enriquecerse con los tesoros de la antigüedad.

Y en cuanto á las materias que trataban aquellos grandes oradores, yo responderé que la elocuencia forense tiene y tendrá siempre el mismo objeto de esclarecer el derecho civil en litigios de interés particular, cuyos motivos se reproducen incesantemente; y que la elocuencia política agitó allí cuestiones de orden público, de libertad y de independéncia patria, que muy lejos de parecer extrañas á nuestra época, son los problemas que traen revuelto á nuestro siglo. En Roma, señores, hubo un debate entre los patricios y los plebeyos, que duró trescientos años; un debate entre la democracia que invadía las regiones del poder, y la nobleza que defendía sus privilegios; un debate en que los tribunos del pueblo pedían el establecimiento de las leyes agrarias, como ahora se pide el derecho al trabajo y la modificación de la propiedad, en beneficio de una clase cuyos únicos merecimientos consisten en su ignorancia

y su fuerza numérica, que son para ella dos grandes calamidades, y en no haber sabido penetrar por esos caminos de emulacion y progreso abiertos, en nuestro siglo, á la libre concurrencia de todos los ingenios y de todas las capacidades.

Pero, volviendo á la elocuencia, ¿dirán los que anatematizan la erudicion antigua, acaso porque la encuentran, como cierto animalejo de la fábula encontraba la cáscara de la nuez, dirán, repito, que la oratoria no puede adquirir entre nosotros mayor grado de perfeccionamiento? ¡Ah, señores, cuán grande seria entonces su presuncion! No desconozco el mérito de nuestros oradores parlamentarios, de esa pléyade de hombres ilustres que ha florecido en el medio siglo que llevamos de revoluciones, y admiro sus talentos, y los celebro y los estudio en cuanto puedo; pero digo, sin embargo, que aunque la elocuencia no está en mantillas en España, no ha alcanzado el período de su madurez completa. Tenemos, y hemos tenido, bastantes oradores y bastante buenos, pero ninguno inmejorable. La perfeccion que dos civilizaciones esencialmente artísticas, dos civilizaciones idólatras de la forma sólo pudieron conseguir despues de siglos de trabajo y de progreso, ¿es posible que en España se haya conseguido en tan breve plazo, cuando ni tenemos los

medios de aprendizaje que habia en las antiguas repúblicas, ni nadie se ha preparado para el foro y la tribuna con aquella infatigable aplicacion que empleaban los tribunos de Atenas, los tribunos y los patricios de Roma?

La elocuencia es un arte que da á quien lo posee un conjunto de medios que todos contribuyen á persuadir. Se puede triunfar en un debate sin ser un Hércules de la palabra, puesto que para vencer á un pigmeo basta otro pigmeo que no lo sea tanto; pero figuraos, señores, cuán difícil no será á un hombre merecer el título de orador perfecto, cuando para ello necesita reunir, á un ingenio vivo y penetrante, el criterio de un gran pensador, la fuerza de un lógico inflexible, el entusiasmo y la fantasía creadora del poeta, todos los recursos y las gracias de la elocucion oratoria, y muy particularmente tambien, la habilidad de los actores dramáticos. Cualquiera de estos méritos basta á un hombre para distinguirse, y todos juntos son indispensables para formar un orador consumado; y todavía con la diferencia de que el orador no siempre tiene tiempo como el poeta, como el actor, y como toda clase de escritores, para disponer con lentitud sus trabajos y asegurar sus triunfos. Expuesto continuamente el orador político á los ataques de sus contra-

rios, obligado á defenderse cuando acaso preparaba la ofensiva, obligado á combatir cuando el cansancio le rinde ó cuando su ánimo se halla más propicio á la concordia que á la guerra, tiene á veces que improvisar sus medios y que ordenarlos de repente; tiene que aceptar la arena á que le llaman aunque le sea desconocida ó sospechosa, y tiene, por último, que ejecutar esa operación compleja, la más difícil para el hombre, que consiste en discurrir buenas ideas, en ordenarlas bien, en darles bella forma, en emitir las con voz simpática y sonora, en acompañarlas de ademanes expresivos y victoriosos, y en hacer todo esto repentinamente y refiriéndose á una materia elegida, no por él mismo, sino á voluntad de su contrario.

Por lo demás, señores, creo que la elocuencia es tan antigua como el mundo. Para ser elocuente, no es menester ser orador. Desde que hubo un hombre capaz de sentir y de expresar felizmente un afecto, hubo elocuencia. Esta no es siempre compañera de la palabra, y así lo han comprendido los que tanto poder atribuyen á la elocuencia del silencio. Existe donde quiera que hay un objeto ó una escena que nos interesa y nos conmueve. Existe en una simple mirada, en una breve exclamación, en la lágrima furtiva que rueda

por la mejilla de una vírgen, en el suspiro que exhala un pecho angustiado por el dolor ó por la ausencia de una persona querida. Existe en el ronco acento del trueno con que se anuncia la tempestad; en el bramido imponente de los vientos y las olas cuando se estrellan contra las rocas de los promontorios, como queriendo quebrantar los cimientos de aquella cárcel en que Dios tiene á los mares para siempre aprisionados; y existe de un modo muy distinto en el murmullo suave de los céfiros que en primavera discurren por los campos floridos; en el sol que se esconde entre celajes de oro, ó que se descubre en Oriente al través de una bruma lejana como un globo inmenso de fuego; y existe, por último, en esos trinos dulces y apasionados con que el ruiseñor encanta las selvas y llena los jardines de armonía cuando se alegra su vida y se despierta su sangre en la estacion de las flores.

En todos estos espectáculos de la naturaleza sentimos la elocuencia, pero no vemos al orador. El orador se forma con el estudio, y necesita un vasto caudal de facultades y de conocimientos adquiridos en combinacion de un alma bastante sensible para que pueda elevarse al soplo del entusiasmo. Con los mismos colores se puede hacer una pintura admirable y otra que no tenga nin-

gun mérito, consistiendo la diferencia en que esta última será fruto de un pincel sin inspiracion, y la primera llevará el sello mágico y seductor con que el genio marca sus producciones, ese rayo de luz divina con que las anima y embellece; y de igual modo cuando la palabra no es la centella que brota de un pecho agitado por fuertes sacudidas, se extingue ó debilita antes de llegar al corazon del auditorio, como un dardo que no lleva impulso bastante para alcanzar el blanco á que se le dirige.

Pero, ¿dónde hallaremos noticia de los primeros oradores que han existido? Hay, señores, un libro, el más antiguo despues de los libros sagrados, que es la historia de un acontecimiento célebre de la antigüedad, al par que una teología del gentilismo griego, y el mayor monumento de poesía que se conoce. Ya habreis comprendido que hablo del poema épico de Homero, de la inmortal *Iliada*. Las dos terceras partes de esta obra están en forma de discursos, puestos en boca de los héroes que allí figuran. Si estos personajes han existido, como yo creo, son sin duda los primeros oradores de que tenemos noticia; si fueron producto de la invencion del poeta, lo cual no es admisible, en alguna parte encontraria las cualidades de que les adorna, y por consiguiente,

preciso es convenir en que hubo oradores en aquel tiempo. Una fábula no se hace nunca tan popular como se hizo la *Iliada*, y jamás esta obra habria sido el encanto de los pueblos griegos, cuando la oían al compás de la música recitada por los rapsodistas, si no hubiesen visto en ella una gloria de sus mayores, y un aliciente del orgullo nacional (1).

Hay dos personajes en este poema (2), presentados por el autor como oradores hábiles y elocuentes: estos personajes son Néstor y Ulises. El primero, segun lo describe el poeta, era un hombre venerable por sus años, y respetable por su experiencia y por el juicio recto y desapasionado con que presentaba sus consejos. Homero dice que este anciano habia visto nacer y extinguirse dos generaciones de hombres cultos, y despues de llamarle orador suave y agradable, añade, segun la traduccion de García Malo:

«Mas dulce que la miel, rápidamente
Salían las palabras de sus lábios.» (3).

Procuraba el viejo Néstor calmar las disensiones que nacían entre los capitanes griegos, ejerciendo siempre el oficio de conciliador, y de prudente y sábio consejero. Fiándome, señores, en que será más grato para vosotros oír las palabras

de Homero que las mias, voy á daros á conocer un discurso que pone en lábios de Néstor para reconciliar á los caudillos principales, desavenidos por causa de una bella cautiva que ambos deseaban apropiarse. Vereis en un breve razonamiento, que si el ciego de Esmirna no tuvo maestros de quienes copiar la estructura de sus discursos, á él mismo debemos considerarlo como un maestro consumado, á quien en vez de faltar algo para ser orador elocuente, le sobraba la rima de sus versos, y acaso la entonacion épica de sus cantos. Hé aquí la oracion á que me refiero, puesta en prosa del imperfecto modo que me ha sido posible:

«¡Qué dolor tan cruel vais á causar á la Grecia, y qué júbilo tan grande van á sentir nuestros enemigos cuando sepan que la discordia siembra enemistades entre vosotros, que sois los hombres que más fama gozan en el ejército por su valor y prudencia! Escuchadme; mis años me dan derecho á vuestra atencion. Más grandes que vosotros fueron Driante, Ceneo, el fuerte Exadio, Teseo y Polifemo, cuyas inmortales proezas no ha igualado nadie, y sin embargo, siendo compañero y émulo de ellos, escuchaban mis consejos, y muchas veces los seguian (4). No negueis vosotros á mi vejez lo que aquellos héroes conce-

dieron á mi temprana juventud. Tú, Agamenon, no abuses del poder que tienes como soberano, para apoderarte de una cautiva que ha sido concedida á otro por los hijos de la Grecia en recompensa de su valor. Y tú, Aquiles, no insistas en irritar la cólera del rey con atrevidas provocaciones, ni olvides que el Padre de los dioses colocó el cetro en sus manos para que nadie le igualase en majestad y grandeza. Si le aventajas en valor y es más grande la excelsitud de tu origen, él ejerce una autoridad superior, porque gobierna un ejército más numeroso, y porque rige un pueblo más importante. A tí, Agamenon, te ruego que depongas ya todo resentimiento, y á tí, Aquiles, que calmes el furor que te domina, y correspondas en esta guerra á las esperanzas que la Grecia tiene fundadas en tu esfuerzo.»

Todo es bello y todo se encuentra bien dispuesto en esta breve oracion. Las frases con que empieza despertando el recuerdo de la patria, el ódio á los enemigos, y los peligros de la discordia; las que añade en seguida para hacerse oír de unos hombres agitados fuertemente por la cólera; la habilidad con que recuerda á entrambos sus deberes, y aquel tacto delicadísimo con que los reprende sin ofenderles, y aun halagándoles el amor propio. Pero el rasgo más admirable de

ingenio que encuentro, consiste en que las alabanzas que les dirige no las funda en cualidades personales que podrian ser motivo de nuevos celos y de envidia; sino en circunstancias que dependen de ellos mismos, en la nacion que gobiernan, en la voluntad de los dioses, en la cuna en que se mecieron.

Digamos ahora dos palabras de Ulises. El nombre de este personaje se ha hecho más conocido, en estos últimos tiempos, por el admirable poema de Fenelon, que por los poemas de Homero. La pintura que de él tenemos no puede ser más completa. Cuando se levantaba en medio de una asamblea á manifestar su opinion, permanecía inmóvil y suspenso, con los ojos fijos en la tierra, como si una timidez invencible le dominase, y como si ningun destello de elocuencia pudiese brotar de aquellos lábios, al parecer mudos. Pero cuando empezaba á hablar iba creciendo su animacion, hasta que despedia fuego su semblante; las palabras salian entonces de su boca más espesas que en invierno caen del cielo los copos de la nieve; y semejante su discurso á un torrente que baja impetuoso de una alta montaña, no habia ningun antagonista que fuese capaz de resistirle, y se olvidaban las gracias venerables de su rostro para dejarse arrebatarse fas-

cinados por las gracias vigorosas de su elocuencia (5).

Ved, señores, de qué modo habla á Aquiles cuando fué enviado á la tienda de éste como embajador, para que calmara su enojo y le hiciese correr en defensa de los Griegos. Se dirige á un hombre irritado, altivo y violento, pero animado por sentimientos generosos hácia sus amigos y compatriotas:

«Ciertamente, Aquiles, que hemos encontrado en tu tienda tanta abundancia y esplendidez, como podria ofrecernos en la suya Agamenon. Pero los placeres del convite están ahora amargados por los peligros que nos amenazan, en los cuales pereceremos de seguro si no vuelas á socorrer el campo griego. La audacia de los enemigos ha llegado hasta el punto de convertirse de sitiados en sitiadores. Nos rodean por todas partes; acampan cerca de nuestras mismas trincheras, como lo acreditan esos fuegos que brillan en la oscuridad de la noche, y con sus gritos de guerra se jactan de que entregarán nuestras naves al incendio y nuestras tropas al exterminio. Héctor, ensoberbecido con el triunfo que se promete, desprecia nuestro poder, y no teme la voluntad de los Inmortales, á los cuales solamente pide que alumbren pronto las divinas luces de la

aurora para asaltar nuestras naves y despojarlas, con su hacha, de las santas imágenes de nuestros dioses. ¡Oh! ¡Ellos no permitan que mis temores se vean cumplidos! Levántate, pues, y corre á salvar el ejército griego, envuelto por el torbellino de los Troyanos. Hoy es todavía posible, y mañana será el desastre irremediable. Recuerda los consejos de prudencia y mansedumbre que te dió tu ilustre padre, cuando abrazándote y pidiendo para tí la protección del cielo, te envió á formar parte de las fuerzas de la Grecia. ¿Has olvidado aquellos consejos? Aun es tiempo de que los sigas, y de que aceptes los dones que en desagravio te ofrece Agamenon...»

Enumera aquí las promesas del rey, y concluye de este modo:

«Pero si desprecias estos espléndidos ofrecimientos y continúas irritado contra el príncipe, ten á lo menos piedad de tus compatriotas, oprimidos por el peligro, y sueña en la gloria que, salvándoles, alcanzaria tu nombre. En esta ocasion podrias tambien castigar con la muerte la insolencia de Héctor, que dice no haber conducido nuestras naves á estas playas ningun guerrero capaz de resistir su esfuerzo impetuoso.»

En este discurso veo, señores, confirmada una frase de Ciceron (6), en la cual considera á Ho-

mero tan grande orador como poeta. ¡Qué admirable es la eleccion de los medios que emplea Ulises para persuadir á Aquiles! Lisonjea su vanidad poniéndole á nivel del mismo Rey, hasta en aquellas cosas que podia descuidar sin desdoro de su reputacion; se vale de un giro hábil para llegar al objeto de su embajada; despierta el espíritu bélico del jóven con la pintura del campo enemigo; lo irrita con las provocaciones y amenazas impías de los Troyanos, y en seguida lo estrecha con un argumento decisivo, presentándole aquel instante como el único posible para evitar la ruina de los Griegos. Pero quiere tambien interesar los sentimientos dulces del guerrero, y le recuerda el cariño y los consejos de su anciano padre. Este rasgo lo considero tan admirable, quanto importuna y lánguida la enumeracion de los regalos con que el Rey tienta la codicia de Aquiles, haciéndole la ofensa de considerarle, en cierto modo, como un mercenario que pone precio á su desenojo (7). Pero creamos, para disculpa de Homero, que estos serian defectos de la época. En fin, el epílogo nos hace olvidar las dádivas ofrecidas, porque en muy corto número de palabras, agita y lanza contra la voluntad de Aquiles, los tres móviles más poderosos para vencer el retraimiento obstinado de

un guerrero: el amor á sus compatriotas, el amor á la gloria, y el orgullo herido por las injurias de los contrarios.

No creais, señores, que si me extiendo tanto hablando sobre Homero, es porque le considere como el poeta preferible. Es, sin disputa, el más celebrado por la grandeza y la antigüedad de sus obras, que fueron comparadas, por un crítico célebre (8), á un piélago inmenso donde toman sus aguas los rios, los arroyos y las fuentes; tiene bellezas de primer orden, casi inimitables y de ningun modo superables; y tiene, sobre todo, los elogios de veintinueve siglos, y la admiracion de tres distintas civilizaciones.

Sin embargo de esto, hay un poeta tambien antiguo, tambien ciego y desvalido, cuyas obras se leen con más gusto que las de Homero. Hablo, señores, del magnífico Osian, tan poco conocido como digno de serlo mucho; de aquel príncipe de los bardos de Escocia que hacia resonar las notas sublimes de su canto en las montañas de Morven, donde se habia formado su lozana juventud y se extinguia su triste ancianidad.

Cuando leyendo la *Iliada* se encuentra aquella muchedumbre de dioses que participan de las miserias de los hombres, se olvidan la hermosura de Venus y la majestad de Júpiter, y se siente

desprecio ó repugnancia hácia unos Inmortales que hacen del Olimpo un teatro de viles intrigas y discordias (9). Cuando el poeta emplea veinticinco versos para decirnos que Héctor arrojó una piedra contra una puerta, no puede menos de reconocerse con Horacio, que tambien Homero duerme de vez en cuando (10).

Osian, por el contrario, podrá ser algunas veces demasiado breve, pero no es nunca difuso. Su mérito consiste principalmente en la pintura de los caractéres y en el interés de la accion; pero al mismo tiempo ofrece bellezas de otro orden que resplandecen por todas partes en sus poemas. Baste decirnos que para describir al segundo personaje de una de sus obras, que era un guerrero formidable, exclama:

«Ví al gigantesco jefe, fuerte y firme
Como monte de hielo; ese alto fresno,
No es superior á su empuñada lanza;
Creciente luna su broquel parece.» (11)

Pero, dejando á un lado esta digresion, diré, señores, para concluir, que el haberme ocupado tanto de Homero, ha sido porque, en mi juicio, se deben considerar sus poemas como el origen de la elocuencia griega, y porque no ignoro las íntimas relaciones que existen entre el arte de la palabra y la poesia, que es tambien arte de los

cielos. La elocuencia puede representarse bajo la forma de una bella y gentil amazona que primero empuña las terribles armas de la dialéctica, y que despues se adorna con las más vistosas flores de la literatura. Porque, la elocuencia, tiene siempre, por lo menos, dos enemigos que vencer: el pensamiento y la imaginacion; al pensamiento lo vence con los golpes del raciocinio, y á la imaginacion la seduce con las gracias del lenguaje. Terminaré con un recuerdo de la antigua Roma: «los Romanos habian consagrado un templo al Honor, al cual nadie podia llegar sin haber pasado antes por el de la virtud; y de igual modo, al templo de la elocuencia no se puede penetrar, sin haber recorrido antes los jardines de la poesía y sin llevar ceñidas las armas de la lógica.»

NOTAS AL PRIMER DISCURSO.

(1) J. Schoell en su Historia de la literatura griega, se expresa en estos términos: «Las poesías de Homero respiraban el patriotismo más exaltado; reproducían ante los Griegos las empresas de sus antepasados; les nombraban las familias de que descendían; los lugares en que estuvieron los primitivos héroes, y que ofrecían recuerdos halagadores á su ambición; pintaban costumbres que eran las suyas, é instituciones por las cuales se regían. Estos poemas eran al mismo tiempo el libro sagrado de su religion y el más antiguo monumento de su historia, como han sido, para todos los siglos posteriores, los modelos de la mayor perfección á que puede aspirar la inteligencia del hombre.»—(*Periodo III, Poesía.*)

(2) Además de Néstor y Ulises podíamos haber citado también á Menelao, á quien atribuye Homero (*Iliada, canto III*), una palabra agradable y concisa, en armonía con el carácter del pueblo Lacedemonio que representaba; pero no

he querido apartarme del juicio de Ciceron, el cual considera la brevedad como un mérito que sólo puede referirse á algun discurso en particular, y de ningun modo á la elocuencia en general.—(*Brutus, XIII.*)

«Homero da ejemplos de cada uno de los tres géneros de estilo, en los discursos de tres personajes de la *Iliada*. La elocuencia de Ulises es elevada y brillante; la de Menelao sóbria y concisa, y la de Néstor es una mezcla de la riqueza del primero y de la simplicidad del segundo.»—(*Aulo-Gelio, lib. 7, cap. 14.*)

(3) Aunque la traduccion de Hermosilla es la más aceptada por nuestros hombres de letras, he preferido esos dos endecasílavos de la de García Malo, porque me parecian más propios para citarlos en la cátedra, que estos versos del referido Hermosilla:

«..... pero alzóse
el suavilocuo Néstor, de los Pilios
elocuyente orador, de cuyos lábios
las palabras corrian muy más dulces
que la miel.»

(4) Debemos hacer constar, que hemos suprimido aquí una tirada de quince ó más versos, donde Néstor se entretiene agradablemente en hablar de su persona. Es el defecto que en nuestro juicio ofrece ese discurso, y que acaso lo hace inferior á otros de diversos poemas, y en particular al que pone el autor de la *Araucana* en boca del cacique Colocolo.

Esta opinion es la misma que ha emitido Voltaire en su *Ensayo sobre la poesia épica*. Allí establece un parangon entre ambas arengas, y decide, sin vacilar, que la del poeta español se aventaja mucho á la del poeta griego. «Como la mejor manera, dice, de perfeccionar nuestro gusto es comparar las obras de la misma naturaleza, opongamos el discurso de Néstor al de Colocolo, y renunciando á esa adoracion que nuestro espíritu justamente preocupado rinde al gran nombre de Homero, pesemos las dos arengas en la balanza de la equidad y de la razon.» Sin embargo de esto, la crítica que hace Voltaire del discurso de Néstor, en cuanto no se refiere al pasaje suprimido por nosotros, nos parece escasa de fundamento, y por consiguiente fácil de refutar.

(5) «Pero cuando llegaba á hablar Ulises
 El estaba de pié, sin movimiento
 Como si fuese estátua, con los ojos
 Fijados en la tierra, y mantenía
 Inmovible su cetro, como un hombre
 Que ignora la manera con que se habla
 En medio de una Asamblea, de tal suerte,
 Que por extravagante ó insensato
 Lo hubiérais graduado; mas al punto
 Que la voz prorumpia, y las palabras
 Salían de su boca más espesas
 Que las nieves de invierno, no había hombre
 Que disputar pudiera con Ulises.
 Entonces no admirábamos nosotros
 Su semblante gracioso y venerable:
 Nadie estaba encantado en su presencia
 Sino de su dulzura y elocuencia.»

(ILIADA, canto III.—Traducción de Garcia Mato.)

(6) «Si desde la época de la guerra de Troya

la elocuencia no hubiera sido una gloria para quien la poseía, Homero no tributaria tantos elogios á los discursos de Ulises y de Néstor, al primero de los cuales da por atributo la fuerza y al segundo la dulzura; y él mismo no habria enriquecido sus obras con tan buenas arengas, que hacen de este poeta un verdadero orador.»—*Ciceron, Brutus, X.*

Homero floreció unos 1000 años antes de J. C., y la guerra de Troya, que duró diez años, se cree que terminó en 1184 antes de nuestra era.—*Schoell, Historia de la literatura griega: Tomo II, Tabla sinóptica de los escritores griegos.*

(7) La enumeracion de los presentes que Ulises ofrece á Aquiles en nombre de Agamenon, ocupa cerca de ochenta versos en la traduccion de García Malo.—*ILIADA, Canto IX.*

(8) *Dionisio de Halicarnaso, Tratado de la colocacion de las palabras, cap. XXIII.*

(9) Un autor á quien ya hemos citado, opina de muy distinto modo que nosotros. Hé aquí sus palabras: «Homero supone en la *Iliada* que los dioses eran unos partidarios de los Griegos, y otros de los Troyanos, lo que da una alta importancia á la accion de su fábula. La fórmula dramática que adopta presentando en escena los dioses y los hombres, y haciendo obrar á cada uno segun su carácter, es un artificio que acaso fué desconocido á los poetas que le precedieron, y que constituye

la verdadera causa del interés que inspira este poema, y del encanto que produce su lectura.»

(10) Los veinticinco versos á que nos referimos, son los que componen, en el canto XII de la *Iliada*, aquel pasaje que empieza:

«Héctor, para romper la firme puerta,
Una gran piedra levantó del suelo.»

y que concluye así:

«..... al medio de la puerta,
en el suelo estribando, la gran mole
arrojó.»

(Traducción de Gomez Hermosilla.)

(11) En español sólo conocemos un poema de Osian, cuya traducción podría mejorarse mucho. Este poema es el *Fingal*, de donde son los versos citados. El poeta no se sirve de lo maravilloso, y la acción se desarrolla de un modo más natural y sin duda más interesante que la del poema épico de Homero. Algo uniforme es Osian en sus comparaciones, tomadas siempre de objetos de la naturaleza; pero pinta caracteres más nobles y más simpáticos que los del cantor de Aquiles; describe unos amores que no participan nada del grosero materialismo griego, y sus héroes abrigan unos sentimientos tan magnánimos, que parecen educados bajo la influencia de la religión cristiana. Esa última comparación de las tres que expresa

en los cuatro versos citados, se encuentra también en el *Paraiso perdido*, de Milton; pero este poeta ha tenido que emplear unos seis versos para decir, en sustancia, lo mismo que Osian dijo en tan pocas sílabas.

Pisistrato, Solon, Temístocles, Aristides.

SEÑORES:

Cuando se dirige la vista á la antigüedad, para descubrir entre el polvo de las edades los primeros adelantos del saber humano, el observador se encuentra con dos grandes épocas y dos grandes pueblos, que pueden significarse de este modo: la antigüedad griega y la antigüedad romana. Sin duda que hubo en aquellos tiempos remotos, otras naciones que llegaron al apogeo de su grandeza; pero en el campo de la historia aparecen como desiertos donde apenas se ven algunas ruinas, que más bien deben considerarse como huellas medio borradas de un poder estéril que pasó, que como huellas de una civilización fecunda que aun tiene raíces en la tierra.

¡Grecia y Roma! Hé aquí dos nombres que despiertan una multitud de recuerdos en la memoria, y que sugieren un tropel de reflexiones al pensamiento. Ambos pueblos obtuvieron grandes victorias en los campos de batalla; ambos cultivaron las artes y las letras con un éxito que nunca admiraremos bastante, y ambos derramaron sus costumbres y sus leyes por el mundo, como el sol derrama sus luces, haciendo llegar sus expediciones militares y sus colonias desde los confines de la India á las columnas de Hércules, y desde los muros de Cartago hasta los bosques sombríos de la Germania y las playas nebulosas de Inglaterra.

Pero estaba escrito en los libros del destino, que estos pueblos tenían también que desaparecer. ¿Qué fué de aquellas falanges griegas vencedoras de los Persas? ¿Qué fué de aquellas legiones romanas que en cien combates triunfaron de los Galos? ¿Dónde están aquellos templos, aquellos soberbios anfiteatros, aquel Partenon tan celebrado, y el alto Capitolio que presidió durante mucho tiempo los destinos del mundo? De los héroes mismos, apenas restan algunas piedras sepulcrales que el viajero contempla con tristeza; de las ciudades donde otras veces se agitaba un pueblo inmenso y bullicioso, no que-

daron muy pronto más que escombros esparcidos ó amontonados, columnas cuarteadas por el suelo cubiertas de yerbas y de musgo, arcos destrozados, altares sin dioses, ruinas, en fin, habitadas por murciélagos y por inmundos reptiles. Pero algo hay, señores, que no es arrebatado y sumergido por las olas del tiempo; y ese algo es, sin disputa, aquellas *sombras de alto ejemplo* que veía Rioja por el prisma de su inspiracion, entre las cenizas de Itálica. Las conquistas del ingenio y las obras de la virtud y el heroismo, no están sujetas á la ley de perecer, porque la fama las guarda para todas las generaciones, en ese palacio magnífico que el poeta Balbuena nos pinta situado entre los cielos y la tierra, por encima de la region en que se forman las tempestades.

¡Grecia y Roma! Vasto teatro de contemplacion y de estudio, donde todas las edades podrán recojer alguna enseñanza provechosa. Pero dejemos á Roma que es posterior en el orden cronológico, y fijemos ahora, en Grecia solamente, todas nuestras miradas. Creo, señores, que cualquiera que sea la opinion que el orgullo de los modernos tenga formada de la antigüedad griega, á ella somos tributarios de lo más bello que tenemos en las nobles artes y en las letras, y que las ciencias mismas le deben aquellos grandes tra-

bajos verificados por Aristóteles y su maestro Platon, á cuya gloria tampoco es extraño el virtuoso Sócrates; Sócrates, de quien se dice que bajó de los cielos la filosofía moral, para ofrecerla á los hombres como un presente de los dioses.

Sin duda que los modernos saben más que los antiguos; pero, como dice el ilustre Jovellanos, no brillan tanto. ¿Qué tenemos hoy que pueda rivalizar con la grandeza de Homero, con la sublimidad de Píndaro, con la sencillez encantadora de Teócrito, ni aun con la alegre musa de Anacreonte? ¿Quién ha hecho adelantar un solo paso á la poesía dramática desde los tiempos en que florecieron Esquilo, Sófocles y el mismo Eurípides? ¿Qué hay comparable á la dulzura de Herodoto, á la universalidad de Jenofonte, á la breve y rápida exposicion de Tucídides, á la frase armoniosa y elegante de Isócrates, aparte de algunos defectos, y sobre todo á la elocuencia irresistible y arrebatadora de Demóstenes? Y si volvemos la vista á las artes que sirven de esplendor y ornamento á las naciones, ¿qué prodigios no nos cuentan de Apeles, y más especialmente de aquel Fidias que animaba los mármoles al choque de su cincel, y cuya vista se elevó hasta el Olimpo para contemplar la imágen de Minerva y presentarla al mundo retratada en un pedazo de

marfil? Convengamos, señores, en que la Grecia ha sido hasta el presente la escuela de los pueblos y los siglos; convengamos en que ha dado obras arquetipas que en vano nos esforzamos por superar, y no olvidemos que los más ilustres vates castellanos han bebido en aquellas fuentes purísimas los gérmenes de su grandeza y de su gloria.

Sin embargo, no debo omitir que nuestros oradores políticos no han tomado por modelos á los oradores griegos y romanos: se han formado en otra escuela más moderna. Pero no vayais á creer, por concluyente que parezca el testimonio de su conducta, que el estudio de los grandes maestros de la antigüedad sea un trabajo estéril ó perdido. No puedo suponer que nuestros oradores los desprecian; porque si no los conociesen, se guiarían por la opinion universal que los respeta y los ensalza, y conociéndolos, como sin duda los conocen, no es posible que dejen de admirarlos. Pero sucede que, en nuestra patria, los oradores se forman á la ventura, por necesidad ó por acaso, sin tiempo ni designio de conseguir, en el difícil arte de la palabra, un alto grado de perfeccion; y aun los que emprenden con denuedo esta improba tarea, suelen abandonarla, desalentados con las dificultades en que tropiezan,

semejantes á aquellos marinos portugueses que retrocedían ante la inmensidad del océano, dejando á Colon, que supo perseverar, la gloria de descubrir el mundo que soñaba.

Pero al dirigir nuestras miradas á Grecia, en busca de los oradores célebres, nuestra vista no puede continuar derramándose por toda la extensión de aquel país, y tiene que fijarse en una sola ciudad, favorecida con el privilegio de ser la única donde floreció la elocuencia. Fuera de Atenas, las historias antiguas no nos dicen que se distinguiese nadie en el arte de la palabra lo bastante para merecer el nombre de orador (1). Sin embargo, debemos hacer especial mención de un bizantino, puesto al servicio de Filipo de Macedonia, que tuvo la gloria de medir sus armas con Demóstenes (2).

Después de los tiempos que Homero nos pinta en sus poemas, el primer Ateniense que supo valerse de la palabra, como de un medio político, fué Pisistrato (3). Si hemos de creer lo que dicen autores respetables, este hombre singular tenía un carácter afable, compasivo, generoso; era muy inclinado á la justicia y la virtud, á lo cual juntaba el gusto de las letras, al mismo tiempo que un ingenio clarísimo y toda la sabiduría que podía alcanzarse en aquellos tiempos (4). Con

estas prendas y una ambicion que parecia incompatible con ellas y que no daba tregua á su actividad, se puso á la cabeza del partido democrático y llegó á elevarse sobre sus contemporáneos y á gobernar á Atenas como señor absoluto (5). Pero su gobierno fué para su patria una era de beneficios. Él reunió los cantos de la *Iliada* y la *Odisea* que andaban separados con el nombre de rapsodas, y los puso en la forma de poema con que han llegado hasta nosotros; él fué tambien el primero que estableció en Atenas una biblioteca pública, y el que añadió crédito á las leyes de Solon, conservándolas casi todas, á pesar de la enemistad política que los separaba.

Pero pocas veces los hombres superiores no tienen un antagonista que detenga sus progresos. Frente de Pisistrato estaba Solon. Ambos eran de una misma familia, y ambos fueron consecuentes á las relaciones privadas que en su juventud los habian unido (6). Solon era á un mismo tiempo legislador y poeta, orador elocuente, filósofo y guerrero. De noble origen, pero de mediana fortuna, tuvo que buscar en el comercio un medio de subsistir. Viajó mucho en su juventud, dedicándose con preferencia al estudio de las leyes y la política, que despues le sirvieron para dar á su patria un monumento de legislacion,

que fué para él mismo un monumento de eterna fama. No corresponde á nuestro objeto examinar, ni siquiera enumerar rápidamente, las leyes establecidas por Solon, de las cuales muchas han sido conservadas por los estados modernos; pero no debo omitir que confió al pueblo la decision de los negocios públicos, lo que dió motivo para que el sábio Anacharsis le dijese un dia: «Lo que menos me explico de cuanto veo en Atenas, es que los sábios son los que proponen, y los ignorantes los que deciden.» Este mismo extranjero fué el que viéndole trabajar afanosamente en la preparacion de sus leyes, se burló de él, asegurándole que serian como las telas de araña, que sujetan á los animales débiles y pequeños, y dejan escapar á los fuertes (7).

Pero, sin embargo de lo que dejo dicho, el que quiera conocer la idea que este grande hombre tenia de la bondad de las instituciones, puede fijarse en que á las suyas solamente les dió vigor por cien años, y en que él mismo confesaba no haber establecido las mejores, sino las más convenientes para Atenas en aquella época. Esto, señores, vale tanto como decirnos que en politica no puede haber más que una conveniencia relativa, y que los principios inflexibles no pueden aplicarse al gobierno de un Estado, sin que

al fin se alteren y quebranten con los continuos vaivenes y sacudidas á que están expuestos.

Pero, señores; el hecho más glorioso de Solon es, en mi juicio, haber rehusado gobernar á Atenas como rey; ejemplo que sólo veo repetido en Inglaterra, cuando Cromwell se negó á ceñir su frente con la diadema real de Carlos I. Antes bien, el legislador Ateniese se condujo siempre como enemigo de la tiranía, habiendo sido su firmeza el más grande impedimento que encontró Pisistrato para alzarse con el poder supremo. Aún se conserva una frase célebre, pronunciada por Solon en un discurso dirigido á sus compatriotas, para apercibirles contra las miras ambiciosas de Pisistrato y sus parciales. «Habria sido más fácil, les dijo, ahogar la tiranía cuando aun estaba naciente; pero ahora que ya puede considerarse establecida, es más necesario y más glorioso destruirla.»

Nada se conserva de los demás discursos pronunciados por Solon; pero han llegado hasta nosotros algunos de sus versos, que bastan para revelarnos la austera severidad de su lenguaje y el vigor de su musa, que debe ser un trasunto fiel del vigor de su palabra. Los actos principales de su vida los refiere adornados con las galas de la poesía, sin que por esto la índole y disposicion de

sus ideas, dejen de parecer más propias de la elocuencia política. Tenemos suya una composición, que leída en la plaza pública de Atenas, cuando estaba prohibido con pena de muerte el ocuparse en la Asamblea del asunto á que se refiere, decidió al pueblo á emprender de nuevo la guerra contra los Megarenses, que terminó con la conquista de Salamina (8). Hé aquí, señores, puesto en prosa, un pasaje de la referida composición, conservado por Demóstenes en una de sus arengas:

«Gracias á Júpiter y á los demás Inmortales, jamás serán destruidos los muros edificados por nuestros abuelos. Atenea, hija del Padre de los Dioses, extiende su mano fuerte y protectora sobre su ciudad. El pueblo es quien quiere arruinarla con su afición desordenada al vicio y las riquezas. Sus jefes meditan el crimen, y alentados por su audacia, desafían el peligro de los más grandes desastres. Jamás supieron imponerse el freno de la moderación y dirigir sus pasos hácia la paz y la virtud. «¡Oro y siempre oro! gritan. ¿Qué importa la justicia? Levantemos rápidamente el edificio de una dicha pasajera.» Desde el instante en que piensan de este modo, no hay nada seguro de sus manos; atentan á los tesoros de los Dioses; no respetan los bienes de los particulares, y ofenden á Témis que lo ve todo en

silencio. ¡Oh! ¡El tiempo la vengará! Una llaga incurable y profunda se extiende por todas partes; la libertad se cambia en servidumbre; la discordia produce el incendio de la guerra; la tierra se enrojece con la sangre de los ciudadanos, y el país que se ama desde la infancia, es primero destrozado y despues vendido por sus propios hijos. Estos son las males que amenazan á todos; pero, la muchedumbre indigente ¿qué suerte sufre? Arrastrada y sumida en la vergüenza y la ruina comun, tiene que padecer todos los males del destierro. Ni las casas más ricas se libran del desastre; los cerrojos, las defensas, los obstáculos, sirven solamente para despertar la obstinacion del mal, que penetra hasta el lecho para sorprender su víctima. ¡Oh mis conciudadanos! Todas estas desgracias nacen del desprecio de las leyes, que es el mayor de los azotes. Amad el yugo de las leyes; produce el decoro, calma la fuerza del carácter, contiene la licencia, ahoga en el corazon el crimen premeditado, disminuye los procesos, evita las desavenencias y destruye las tramas criminales de la ambicion. Todo pueblo que se honra respetando las leyes, llega á poseer la sabiduría, y asegura la integridad de sus derechos.»

¿No os parece, señores, que este es el lengua-

je de un orador, y estos los pensamientos de un político consagrado al bien de su patria? Yo creo que si el legislador Ateniese puso en verso las arengas que dirigió al pueblo, fué porque no encontraba otro medio de perpetuarlas. Desde esta época, la oratoria tuvo que ir desarrollándose en Atenas, á favor de las instituciones establecidas por Solon. Las asambleas populares, donde se elaboraban los decretos y las leyes, despues de oír los discursos de los oradores, fué sin duda para estos la mejor escuela de elocuencia. Sin embargo, la historia guarda silencio durante una prolongada série de años, sin citar ningun nombre distinguido por sus triunfos en la tribuna. El mismo Clístenes, aunque sabia manejar la palabra, no sabemos que fuese orador eminente (9).

Medio siglo más tarde, apareció en Atenas el gran Temístocles (10). Para mayor gloria suya, un historiador célebre dice que nació de padres oscuros. Pero nada importa que los hombres superiores vengan al mundo envueltos en humildes pañales: como los astros que asoman por entre las brumas del horizonte, permanecen primero ocultos y olvidados en medio de la indiferencia general; pero muy pronto avanzan en su carrera, y entonces brillan con un esplendor que fascina tanto más, cuanto que es inesperado. Así,

la madre de este Ateniese, que siendo de origen escita no pudo dar á su hijo la condicion de ciudadano, y si únicamente la de los que entonces se denominaban *ilegitimos*, pudo decir más tarde con orgullo: «Soy extranjera y plebeya, pero ninguna otra mujer tiene, como yo, la gloria de ser madre de Temístocles.»

Aun no habia Temístocles salido de la adolescencia, y ya consiguió borrar casi por completo la preocupacion que separaba á los jóvenes de distinta gerarquía social, atrayendo á su trato los hijos de los principales ciudadanos, y haciendo que se confundiesen con los demás en los juegos y ejercicios gimnásticos. Muy pronto empezaron á descubrirse en él las cualidades que acompañan siempre á los hombres nacidos para realizar árduas empresas. Se distinguía por una actividad infatigable, por un carácter emprendedor y atrevido, por un ingenio rápido y fecundo para buscar recursos de astucia y de prudencia, y por un amor á la gloria tan intenso y vehemente, que no cesaba de inspirarle sueños de futura grandeza (11). Casi niño era, y ya dejaba los entretenimientos de su edad para escribir discursos en forma de acusaciones ó defensas de sus compañeros. Guiado, sin duda, por estas señales que descubria en él, su maestro le dijo un dia: «Ig-

noro si marcharás por la pendiente del vicio ó por la senda de la virtud; pero nunca serás un hombre mediano.»

Sin embargo, esa impaciencia por distinguirse que anima á los jóvenes, se suele convertir más tarde en una ambicion devoradora, que en la edad madura los precipita hácia su ruina, ó los lleva al logro de sus aspiraciones, si el viento propicio de la fortuna les ayuda. Esto último sucedió á Temístocles. Pero despues que ya habia tomado parte en las deliberaciones públicas, le vemos, durante algun tiempo, aparecer caviloso y melancólico, en aquel estado en que se encuentra el hombre cuando se acusa á sí mismo ante el tribunal de su conciencia, de que otro le haya adelantado en el camino de su elevacion. Entonces fué cuando, estimulado por sus amigos para que les descubriese la causa del cambio que en él se habia verificado, les respondió esta frase tan conocida: «Los trofeos de Milciades no me dejan dormir.»

Recuerdo tambien otra respuesta suya, que aunque ha sido calificada de inmodesta por un filósofo célebre de Inglaterra, por Bacon de Verulamio, no por eso le caracteriza menos. Se hallaba en una reunion de personas distinguidas; y como en aquella época la música formaba parte

de una educacion esmerada, le instaron para que luciese la habilidad que le suponian. «No sé manejar ningun instrumento músico, dijo; pero sé en cambio hacer de una aldea una ciudad populosa.» Contestacion arrogante, en la cual manifestó á un mismo tiempo su desprecio por las artes de puro divertimento, y la confianza que tenia en sus talentos políticos.

Los historiadores convienen en que este hombre arrastraba á la multitud con su palabra, sin embargo de que siempre fué enemigo de los estudios filosóficos y laboriosos (12); pero no habiendo quedado escrito ningun discurso suyo, ¿cómo podremos formar idea de su elocuencia? Que era en su tiempo el primer orador de Atenas, se comprende con solo recordar que tuvo por antagonistas en las asambleas públicas á Milciades y al justo Aristides; y que sin riquezas, sin el prestigio de un nacimiento ilustre, y en un principio sin glorias militares que pudiesen oscurecer las de sus competidores, logró rivalizar con ellos, y triunfar al fin de toda oposicion. En cuanto al carácter de su elocuencia, tampoco me parece imposible de determinar, aunque lo considere algo aventurado. Tuvo que ser forzosamente una elocuencia tribunicia, adecuada para conmover al pueblo; una elocuencia fecunda en recursos, como

su ingenio, pronta, y quizá insidiosa para atacar y defenderse; una elocuencia irregular y multi-forme, como correspondia á los asuntos que trató y á las grandes resoluciones que hizo adoptar á la República (13).

Pero la prueba de que Temístoclés era una extraña mezcla de tribuno y hombre de Estado, de ambicion y patriotismo, de corrupcion y desinterés, se encuentra en las acciones de su vida pública. Muy lejos de halagar siempre los deseos del pueblo, le vemos, cuando aun no tenia el prestigio que despues alcanzó, proponer y conseguir de los Atenienses que en lugar de repartirse entre los ciudadanos los productos de las minas que eran propiedad de la República, se destinasen á la construccion de buques, por cuyo medio preparó para Atenas el imperio de los mares (14). Lo vemos tambien llamar á Aristides del destierro y reconciliarse con él, deponiendo, ante los altares de la patria comprometida, los celos y rencores que los habian dividido. Le vemos dominar su orgullo (que fué la mayor victoria de la guerra contra los Medos) y someterse al mando del lacedemonio Euribiades, y sufrir que en un tumultuoso consejo de caudillos este hombre le amenazase con su baston, y responderle sin hacer caso de la ofensa: «Pega, pero escucha.»

Es cierto que sus manos no salieron muy puras del manejo de los intereses públicos, y que derramaba entre la muchedumbre riquezas que no habia heredado ni conseguido á la vista de sus conciudadanos, para hacer á estos más dóciles á sus miras; pero ¿qué sombra no se disipa ante la gloria que alcanzó, aconsejando la retirada á las naves cuando la invasion de los Persas? Deploremos que estos hombres se parezcan á esos metales preciosos que están aleados con metales viles, y no les atribuyamos la culpa de que la virtud abandonada á sí misma tenga tan pocas fuerzas en el mundo, y aun de que muchas veces necesite, para cumplir sus nobles designios, de auxiliares que reprueba.

Si quereis formar una idea, siquiera sea aproximada, de la actividad, de la audacia, de la elocuencia y del genio de Temistocles, contempladle, señores, buscando en su cabeza medios para contener, con los recursos de dos ciudades, la invasion de cien naciones acaudilladas bajo un solo cetro. Despues de tres años de preparativos, Jerjes, seguido de un millon y setecientos mil soldados, llega á las orillas de Helesponto, y hace tender un puente de barcas sobre lo que es hoy canal de Constantinopla; el mar oprimido ruge tempestuoso y destruye la obra del príncipe, el

cual manda azotar las aguas para significarles su indignacion y su cólera. Siete dias con siete noches están pasando las tropas, y emprenden su movimiento favorecidas por una escuadra compuesta de mil doscientos buques, y tripulada por casi medio millón de hombres. Los pueblos griegos, unos favorecen al extranjero, y otros se declaran neutrales, aguardando conocer á qué lado se inclina la victoria. Pero Atenas, despertada por Temístocles, lanza el grito de independencia, como hizo Madrid, despertado por una mujer, á principios de este siglo. Aquel hombre se multiplica, hace escribir un llamamiento á las armas en los caminos y en las piedras de los campos, enciende el entusiasmo del pueblo, y con su ejemplo y su victoriosa elocuencia, persuade á los Atenienses á que envíen las mujeres y los niños á las villas vecinas, y á que abandonen la morada en que nacieron, los sepulcros de sus padres y los templos de los dioses, para confiarse en frágiles tablas al capricho incierto de los mares y á la suerte vária de los combates. Llega el invasor á Atenas y la entrega al saqueo y al incendio; los Atenienses ven desde sus buques las llamas que devoran su ciudad, y por un instante quedan agobiados por el peso de la afliccion y del miedo. Pero ¿qué es el miedo, señores, cuando

nace en pechos no acostumbrados á la servidumbre? Es una sombra fugitiva que desaparece al primer soplo de la libertad. Temístocles se levanta, como una columna que ha resistido al desastre universal; y mirando con desden aquella inmensa hoguera, exclama: «Atenienses, no lloréis por esos muros de tierra que mañana podremos reconstruir; hemos salvado la patria, porque la patria se halla siempre donde están los ciudadanos.»

Los Lacedemonios les ayudan, y con trescientas naves ganan la batalla de Salamina, para siempre célebre, haciendo desaparecer del mar aquel bosque de entenas y mástiles que lo cubrían. Temístocles, de acuerdo con Aristides, precipita la retirada de Jerjes, haciéndole creer que la escuadra vencedora iba á destruir el puente que unia al Asia con la Europa; y aquel príncipe tan soberbio pidió entonces, al mismo mar que poco antes habia azotado, que no cortase de nuevo el único camino de salvacion que le quedaba, y fué á esconder su vergüenza en los harenes de sus palacios, y á mitigar, con las caricias de sus favoritas, el despecho de no haber sometido, con tan grandes fuerzas, á un puñado de hombres libres, animados por el amor á la patria.

Pero ¿sabeis qué galardón recibieron los ven-

cedores de los Persas? Comparadlo con las recompensas que hoy se distribuyen en algunos paises, y decid en seguida si falta mucho para que en la época presente valga tanto un entorchado de general como los galones de un lacayo, y tanto una gran cruz como la chapa de un pordiosero ó de un mozo de cordel, y tanto un titulo de nobleza como un ridículo traje de Carnaval. Temístocles recibió por toda recompensa un tallo de olivo en forma de corona, y la inefable satisfacción de haber salvado á su patria, y de vivir eternamente en la memoria de sus venideros: esta segunda parte es la que no reciben nunca esos modernos héroes de oropel y cartulina, cuyos relumbrones son, sin disputa, tan gloriosos como los que despide un latonero que lleva encima su mercancía.

¡Oh, señores! los que en política tenemos el bien público por norte de nuestras aspiraciones, y deseamos sólo conservar lo bueno y reformar lo malo, sentimos un profundo desconsuelo al ver que los edificios que debian conservarse grandes y magníficos se van haciendo pequeños y despreciables.

Pero dejemos ya esta digresion. Despues de terminada la guerra contra los Persas con las batallas de Salamina y de Platea, los Atenien-

ses se encontraron sin ciudad y sin fortalezas, y desalentados para emprender la fabricacion de los edificios. Temístocles les animó de nuevo, y no solamente fué el alma de aquella actividad con que se trabajaba en las obras de reparacion, sino que hizo unir la ciudad con el Pireo, que era el puerto de Atenas, por medio de un largo muro que aseguraba las comunicaciones (15).

Fué acusado, sin embargo, como sospechoso de traicion, y tuvo que retirarse á Persia á buscar un asilo que le negaba su patria, entre aquellos mismos á quienes tanto daño habia ocasionado. Ved, señores, el breve discurso que pronunció recomendándose á la gracia del monarca, y creed que son dignas de conocerse unas palabras que inspiraron á Napoleon I la carta en que, despues de la batalla de Waterlloo, se acogia á la hospitalidad de Inglaterra:

«Soy, gran Rey, Temístocles el Ateniense, que desterrado por los Griegos viene á buscar un asilo hospitalario en tu nacion. No olvido que he causado á los Persas grandes males; pero tambien les hice un beneficio mayor aún, cuando despues de haber salvado la Grecia y puesto mi patria en seguridad, pude sin mengua ni deshonor favorecer vuestros intereses, no hostilizán-

doos en la retirada. Dispuesto estoy á resignarme con el estado presente de mi fortuna, y vengo á recibir las muestras de tu bondad, si crees que las merezco, ó á calmar tu resentimiento con mi sumision y mis súplicas. Ya que mis enemigos me destierran por creerme favorable á vuestra causa, aprovecha mi desgracia para manifestar tu virtud, más bien que para satisfacer tu venganza. Si haces lo primero, te habrás mostrado clemente y generoso; y si lo segundo, te habrás privado del mayor enemigo de la Grecia.»

Así habló Temístocles, salvando su vida con sus promesas; pero cuando llegó el instante de ponerse al frente de una expedicion contra su patria, una muerte natural, ó preparada por él mismo segun afirman algunos historiadores, libró su nombre de la afrentosa mancha de la traicion.

Pero aquí, señores, debo hacer una advertencia que creo indispensable. He dado el nombre de discurso á las palabras que acabo de leer, y he dicho que Temístocles las pronunció ante el Rey de Persia. Así lo asegura Plutarco terminantemente; pero Tucídides, cuya fama como historiador es tambien inmensa, dice que fué una carta, concebida, poco más ó menos, en los términos que conoceis, el medio de que se valió Te-

místocles para recomendarse á Artajerjes. Para seguir el parecer de Plutarco, he tenido una razon.

Este biógrafo conocia la obra de Tucídides, y sabia, acaso mejor que nosotros, el crédito que su historia merece; por consiguiente, al ponerse en desacuerdo con ella en este punto, tuvo por fuerza que obedecer á algun motivo fundado. Quizá las demás historias que consultó le ofrecieron testimonios más respetables que el de Tucídides. La misma grandeza de este escritor afirma en mí, la idea de que Plutarco no podia dissentir de él, sin que alguna razon poderosa le obligase á hacerlo. De cualquier modo, ora fuese discurso, ora fuese carta, ambos historiadores le atribuyen casi los mismos conceptos.

Respecto de Aristides, que por antagonismo con Temístocles favoreció muchas veces al partido aristocrático, sólo puede decirse, aparte de sus virtudes públicas y privadas que le valieron el sobrenombre de *justo*, que ni por su ingenio, ni por su carácter pudo brillar tanto como Temístocles en la tribuna. Algunas frases nos quedan, sin embargo, que anuncian el vigor elocuente con que rechazaba todo sentimiento indigno de su patria. En ocasion en que habia en Atenas dos embajadas, la una de los Persas ofreciendo á la

República la supremacía de la Grecia si no continuaban la guerra, y otra de los Lacedemonios, que temerosos de que los Atenieses aceptasen aquellas proposiciones, les ofrecían recursos para proseguir las hostilidades, Aristides hizo decretar las respuestas siguientes:

A los Espartanos se les diría para tranquilizarlos: «Ni por todo el oro junto que hay en la superficie y en las entrañas de la tierra, son capaces las Atenieses de vender la libertad de la Grecia.» A los Persas se les contestaría mostrándoles el sol: «Mientras ese astro continúe alumbrando al mundo con su luz, los Atenieses harán la guerra á los Persas, para vengar sus campos asolados y sus templos convertidos en cenizas» (17).

Pero aquí, señores, debo reconocer una verdad, que no me favorece nada. Confieso que podreis reconvenirme, con justicia, por haberme detenido mucho á admirar á estos hombres, independientemente de su condicion como oradores. No intento defenderme, ni siquiera disculparme; pero ved, al menos, que en el libro de sus glorias, las hojas están unidas estrechamente por hilos de oro que no me he atrevido á romper, y que para encontrar las páginas que se buscan, hay á veces que ir pasando la vista por otras

muchas que detienen por la admiracion que inspiran.

Si ahora dirigimos una mirada hácia el trayecto, por decirlo así, que hemos recorrido, ¿qué es lo que encontramos? Vemos, en Homero, nacer la elocuencia bajo el amparo de la poesía, vestirse con sus galas, recibir de ella sus primeras formas y sus primeras inspiraciones, y caminar dulcemente unida con ella por entre las verdades de la historia y las sombras traslucientes de la fábula; la vemos salir de su infancia y ser conducida, por Solon, á la tribuna pública de Atenas, para ponerla al servicio de la política; y la vemos, por último, aparecer algunas veces brillante y vigorosa, en los tiempos de Temístocles y Arístides. Pero esta elocuencia no estaba subordinada á ninguna regla de arte, á ningun método, á ninguna preparacion; era el producto espontáneo, pero irregular, de unos ingenios superiores que desconocian los secretos del arte de la palabra y los resortes de la persuasion; era como centellas luminosas que las virtudes cívicas hacian brotar del pecho de hombres entusiastas por la patria. Temístocles fué elocuente en una época, y Demóstenes fué sublime en otra, porque ambos recibieron sus inspiraciones del patriotismo; de esa virtud que se halla siempre en los

lábios de muchos hombres y en el corazón de muy pocos; de esa virtud, hermana de la libertad, que tantos héroes ha producido en el mundo y que tantas veces ha salvado las nacionalidades á través de los más inminentes peligros; de esa virtud sacrosanta que alguna escuela política quiere extirpar, como si fuese una planta maldici- da, y que á despecho de todos los anarquistas, de todos los tiranos y de todos los conquistado- res de la tierra, hará que los pueblos renazcan de entre sus ruinas, como renace el fénix de en- tre sus propias cenizas.

He dicho.

NOTAS AL SEGUNDO DISCURSO.

(1) «Antes de que Atenas cultivase el bello arte de la palabra, ya se habia distinguido mil veces por sus virtudes militares y civiles.

«Pero el gusto de la elocuencia no fué comun á la Grecia toda; era más bien un especial atributo del pueblo Ateniense. ¿Quién puede decir que haya existido en aquellos tiempos un orador en Argos, en Corinto ó Tebas? Cuando más, puede sospechar que Epaminondas sabia manejar algo el arte de la palabra.»—(*Ciceron, Brutus, XIII.*)

(2) Este bizantino fué Pyton, que frecuentemente era enviado por Filipo, como embajador, á las Repúblicas griegas. Poco antes de la célebre batalla de Queronea, habló contra Atenas en la Asamblea de los Tebanos. Segun la frase de Demóstenes, que le contestó victoriosamente, entónces «hizo rodar contra la República ateniense, las olas de una elocuencia impetuosa.»—(*Oracion por la Corona.*)

(3) «Se conviene en que Pisistrato cultivó particularmente la elocuencia, y en que obtuvo de ella buenos resultados.»—(*Ciceron, Brutus, X.*)

(4) «¿Puede citarse, en su época, un hombre más ilustre que Pisistrato, y cuya elocuencia estuviese acompañada de una instrucción más vasta?»—(*Ciceron, Dial. del Or. 3. 34.*)

«La elocuencia de Pisistrato le dió tal autoridad, segun se dice, que los Atenenses, seducidos por sus arengas, le dieron el poder real, á pesar de la constante oposicion de Solon que tanto amaba á su patria. Si los discursos del uno eran más sabios, los del otro eran más arrebatadores, y consiguieron que aquel pueblo, en otros conceptos tan celebrado por su prudencia, prefiriese la servidumbre á la libertad.»—(*Val. Max., lib. 8, cap. 10.*)

En cuanto á las demás prendas que atribuimos á Pisistrato, Plutarco, en la vida de Solon, contiene pasajes y noticias, á que hemos atendido para recomponer ese carácter, y que no reproducimos aquí por no hacer esta nota demasiado extensa.

(5) Esto tuvo lugar hácia el año 506 antes de J. C.

(6) «La madre de Solon era prima hermana de Pisistrato. Este parentesco hizo nacer desde muy temprano entre ellos una amistad muy estrecha, que se fortificó despues por el cariño que las raras

cualidades y la belleza de Pisistrato inspiraron á Solon. Esta fué, en mi juicio, la única causa que les impidió no abandonar cierto comedimiento en las diferencias que despues tuvieron sobre el gobierno de la República.»—(*Plutarco, Vida de Solon.*)

«A los cuidados de Pisistrato debemos los poemas de Homero, tales como hoy los conocemos. El fué tambien el primero que formó una biblioteca, y que la abrió al público en Atenas.»—(*Dacier, Notas á su traduccion de Plutarco, y Aulo-Gelio, lib. 6, cap. 17.*)

(7) Todas estas noticias están tomadas de Plutarco (*Vida de Solon*), y á ellas hacen referencia otros autores modernos de mucha fama, tales como Santiago Barthelemy y W. Grote, en las historias de Grecia que ambos han escrito, aunque cada cual en distinta forma.

Las leyes establecidas por Solon, y de que hay noticia en nuestra época, ascienden á un número considerable. Entre otras muchas disposiciones, Plutarco menciona doce; Diógenes Laercio ha conservado ocho á que no hace referencia el ilustre biógrafo, y conocenos otras dos citadas por Esquines en su discurso contra Timarco. Estas leyes se establecieron el año 594 antes de J. C.

(8) En esta ocasión, Solon se fingió loco, y gracias á este ingenioso ardid, pudo hacerse escuchar por sus conciudadanos sin comprometerse. Estos le nombraron jefe de la expedición que

hizo decretar, y que condujo felizmente para su patria.

(9) Despues que Hiparco é Hippias, hijos de Pisistrato, usurparon el poder y se hicieron tiranos de los Atenientes, Clistenes restableció el gobierno democrático en Atenas, el año 510 antes de J. C., á los 18 de estar sufriendo la opresion de los Pisistrátidos.

«Se cree tambien que mucho tiempo antes de Pericles, Pisistrato, Solon y *Clistenes*, poseian, relativamente á aquella época, un gran talento oratorio.»—(*Ciceron, Brutus, VII.*)

(10) No es posible fijar exactamente la época del nacimiento de Temístocles. La batalla de Salamina tuvo lugar el año 480 antes de J. C. ó sea treinta años despues del restablecimiento del gobierno democrático (*Schoell*). Todos los datos, cuyo origen no esté indicado por medio de nota, en lo referente á Temístocles, los hemos encontrado en Plutarco.

(11) Confesamos que en el texto hemos omitido algunas particularidades sobre la juventud de Temístocles, que no favorecen nada su memoria. Aunque en la cátedra hayamos pronunciado palabras que no se encuentren aquí, la verdad es que nos parece más útil para el que oye ó lee, presentar las virtudes y los talentos de los grandes hombres libres de esa mezcla de corrupcion y de vicios que algunas veces se observa en ellos.

Es más fácil seguir el camino del vicio que el de la virtud, y no quisiéramos que la autoridad de los grandes ejemplos constituyese, por esta causa, un peligro para los jóvenes. No se dirá, sin embargo, que sacrificamos á esta mira la imparcialidad que la historia requiere para que sea verdadera historia. Además de lo que decimos más adelante, hé aquí un pasaje de un autor antiguo que anda en manos de todos: «Siendo Temístocles poco grato á los ojos de su padre, así por la vida libre que hacia, como por el ningun cuidado que tenia de su hacienda, Neoclo lo llegó á desheredar. Esta afrenta, en vez de abatirle le dió nuevos alientos. Y así, conociendo que sin suma industria no recobraría su perdido honor, se empleó con todas veras en el cuidado de la República, procurando con diligencia adquirir amigos y opinion.»—(*Cornelio Nepote, Tem., cap. I.*)

(12) Eso último lo dice Plutarco; en cuanto á su elocuencia, hé aquí el testimonio que Ciceron nos ofrece en dos de sus obras: «Algunos años despues de Clístenes, (véase la nota 10), como se puede ver en la historia de Atenas, apareció Temístocles, tan grande orador como hábil político.»—(*Brutus, VII.*)

«Se ha visto á muchos hombres, que han juntado al talento de los negocios públicos el talento de la palabra, elevarse á los mayores puestos de su patria: tales fueron *Temístocles, Pericles y Terámenes.*»—(*Dial. del Ora., 3, 15.*)

(13) «Temístocles tenía mucho manejo en las causas de los particulares; hablaba muchas veces al pueblo; intervenía en todos los asuntos de importancia, y hallaba con presteza el mejor expediente en cualquier urgencia, no siendo menos su prontitud en ejecutar sus proyectos que en discurrirlos. Y así dice de él Tucídides, que juzgaba muy oportunamente en los casos que ocurrían, y conjeturaba prudentísimamente de los que habían de suceder.»—(*Cornelio Nepote, Tem. I—Tucídides, I, CXXXVIII.*)

(14) «Porqueg astando los magistrados en profusiones las rentas anuales que sacaba la República de las minas, Temístocles persuadió al pueblo que construyese con aquel dinero una armada de cien velas.»—(*Cornelio Nepote, Vida Tem. II.*)

(15) «Después de la retirada de los Persas, los Ateníenses hicieron venir sus familias, con los objetos que habían llevado, de los sitios donde habían estado ocultas durante la guerra, y pensaron también en reedificar la población y las murallas. Solo quedaban algunos restos de los antiguos muros; la mayor parte de las casas estaban en ruina, y sólo se hallaban en buen estado algunas que sirvieron de hospedaje á los Persas de alta categoría.»—(*Tucídides, I, LXXXIX.*)

En este mismo libro hace Tucídides la historia de las negociaciones que mediaron entre los Ateníenses y los Lacedemonios, los cuales se oponían á que Atenas fuese reedificada. En este im-

portantísimo asunto, Temístocles se hizo nombrar embajador, y á fuerza de astucia, de actividad y de osadía, consiguió burlar los designios de Esparta.

(16) Plutarco dice que Temístocles murió á los 65 años de edad, y que por no hacer la guerra contra su patria, tomó la generosa resolución de terminar su vida con un fin digno de él, envenenándose despues de haber hecho un sacrificio religioso. Cornelio Nepote sigue el parecer de Tucídides, el cual dice simplemente que «murió de enfermedad, aunque algunos aseguran que se habia suicidado por no poder cumplir al Rey de Persia las promesas que le habia hecho.»—(*Lib. I, cap. CXXXVIII.*)

Otros dos historiadores antiguos, Clitarto y Estratocles, cuyas obras se han perdido, pero á los cuales hace referencia Ciceron, (*Brutus, XI*) habian escrito que la muerte de Temístocles fué ocasionada por él deliberadamente.

(17) Esa breve noticia sobre Aristides, está tomada de Plutarco. Si he pasado tan rápidamente sobre él, ha sido porque no ofrece interés ninguno como orador. Acaso debería haber indicado los motivos que motivaron su antagonismo con Temístocles; pero estos motivos son de tal naturaleza, que me parecen mejores para ignorados que para sabidos. Diré sin embargo, que la enemistad de estos dos hombres era tan grande, sobre todo en los negocios públicos, que, en juicio

de Temistocles, nunca habria paz en Atenas mientras ambos tomasen parte en el gobierno. «Los Atenienses ganarian mucho, decia, si á Aristides ó á mi nos arrojasen al Báratro.» La muerte de Aristides, tuvo lugar el año 461 antes de J. C.

Pericles.

SEÑORES:

Ya hemos visto que la elocuencia comenzó á desarrollarse en Atenas á la sombra de las instituciones democráticas de Solon. Desde el momento en que las asambleas populares fueron áribtras de los negocios públicos, de los cargos más importantes y de la formación de las leyes, el discutir fué una imperiosa necesidad, y el vencer en los debates un medio más ó menos directo de gobernar la República. Los campos de batalla continuaron siendo una liza sangrienta donde se acreditaban el valor, la pericia y la fortuna, y las deliberaciones políticas comenzaron á ser unos certámenes del talento y la elocuencia, cuyos triunfos se atraían la admiración y los laureles que antes eran casi únicamente

concedidos á las glorias militares; y desde entonces la espada y la palabra fueron allí, como son ahora entre nosotros, los medios más seguros de abrirse un ancho camino y de elevarse hasta las regiones del poder.

Pero la oratoria no se conoció como arte, mientras no hubo maestros que establecieron sus reglas y que la enseñaron.

Cinco siglos antes de la era cristiana, hubo en Atenas algunas escuelas de elocuencia; pero, ignoro, señores, que de éstas escuelas saliese ni un solo orador eminente (1). Los retóricos que las fundaron, como los demás filósofos que merecieron el nombre de sofistas, enseñaron el arte de disputar sobre cuestiones frívolas, más bien que el verdadero arte de la palabra (2). Pasaremos, pues, de largo, sin ocuparnos hoy de aquella turba de impostores, que segun la frase de uno de nuestros hombres más ilustres, «traficaban con cosas tan respetables, como la razon y la verdad.» Toda vez que no enseñaron á sus contemporáneos nada útil que conservado por los siglos pueda servir para nosotros, los dejaremos descansar tranquilamente en el panteon del olvido, para dirigir nuestras miradas hácia otras figuras que las están solicitando más justamente (3).

No me sorprende el ver que los más grandes oradores conocidos no se han formado en esas escuelas de elocuencia, abiertas en los pueblos antiguos á la concurrencia pública, y donde se pretendía enseñar los secretos del arte de la palabra, como si el ejercicio de la oratoria fuese una operacion mecánica puesta al alcance de todo el mundo. No me sorprende esto, repito, porque sé que el orador necesita cualidades inherentes á su persona, que pueden desenvolverse con el trabajo, pero que no pueden suplirse con ningun maestro, ni con ningun género de enseñanza. Las bellezas del lenguaje y el acertado uso de las figuras, igualmente que la disposicion ordinaria de los discursos, pueden estudiarse con fruto hasta por las inteligencias medianas, como puede adquirirse una ejecucion admirable para recorrer el diapason de un piano, sin poseer el talento músico de Rossini ó de Beethoven; pero esas conmociones interiores que despiertan todas las facultades espirituales del hombre; ese viento tempestuoso de que se llenaba el pecho de Mirabeau cuando sus enemigos le provocaban al combate; ese alma sensible que tan pronto vierte lágrimas de ternura cuando tiene que mover á la compasion, como lanza gritos de guerra y de muerte cuando habla contra

los enemigos de la patria; y ese entusiasmo, en fin, inquieto como las aguas del océano, ardiente como los senos del Vesubio, y á cuyo influjo mágico se cree el hombre nacido para realizar hasta los imposibles, son riquísimos tesoros que no pueden buscarse en las frias y acompasadas explicaciones de un maestro, y que están reservados por la Providencia para concederlos en dote á sus preferidos.

Sí, señores, el más hábil cultivador perderia su trabajo, si confiase la simiente á una tierra estéril, incapaz de producir fruto; pero no olvidemos que tampoco la tierra más feraz rendiria abundantes cosechas, si no estuviese beneficiada por el sudor y por la industria del hombre. Yo creo, señores, que la retórica es, por decirlo así, el tocador de la elocuencia, donde esta debe encontrar decoro y compostura, sin perder la gracia varonil y la fuerza y libertad de sus movimientos, recargándose de afeites y galas, que no solamente no sirven para el combate, sino que afeminan y entorpecen. La retórica podrá formar un orador de academia, pero no un orador parlamentario; podrá formar un Isócrates, pero jamás un Demóstenes.

Estas consideraciones que adelanto, las vamos á ver confirmadas en uno de los más ilus-

tres varones que produjo la Grecia, al cual cupo la gloria de ilustrar su siglo con su nombre; en Pericles, que reunia al brazo de un guerrero la cabeza de un político y el corazón de un patriota, y del cual, según refiere un escritor moderno, decían sus contemporáneos al oír su irresistible elocuencia, que Júpiter lanzaba rayos por su boca, y cuyo magnífico elogio se nos ha conservado en aquel sencillo pero significativo verso:

«Atronó, fulminó, trastornó á Grecia» (4).

Nacido Pericles de una familia ilustre y poderosa por sus riquezas, parecia llamado á figurar entre los defensores del partido aristocrático (5); pero muy lejos de seguir el rumbo que le marcaba su linaje, le vemos ponerse al frente de la muchedumbre y hacer suya la causa del pueblo, conspirando con su política á fortalecer las instituciones democráticas, y á hacer que prevaleciesen sobre las que servían de contrapeso á la influencia popular. Él fué quien restringió las inmensas facultades del Areópago, tribunal cuyo origen se pierde en la noche de los más remotos siglos; él fué quien dispuso que la tribuna de las arengas se colocase mirando al Pireo para halagar y atraerse de este modo á los marineros; y él fué, por último, quien estableció la retribución

de dos óbolos á cada ciudadano pobre que asistia á las asambleas, consiguiendo así que la multitud, que él gobernaba con su palabra, concurriera siempre, y le asegurase el triunfo en los debates (6).

Pero, para conocer á Pericles como orador, es preciso buscarlo en su juventud, á fin de descubrir los fundamentos de su elocuencia, y contemplarle despues en las grandes situaciones de su larga vida política. Fué discípulo de Damon, de Zenon de Elea y del filósofo Anaxágoras, que trasladó á Atenas las doctrinas de la escuela Jónica, por más que se dedicase preferentemente al estudio de la física. De él recibió aquella enseñanza que descubre á nuestros ojos las causas naturales de las cosas, y que es un escudo impenetrable, que pone al hombre á cubierto de la supersticion. Si hemos de creer á Plutarco, del mismo Anaxágoras fué de quien aprendió elevacion de ideas, y las formas nobles y brillantes de sus discursos, en los cuales llegaba muchas veces hasta el sublime (7). De este modo, prefiriendo su amor á la ciencia y á la gloria, más bien que los placeres á que le convidaban sus pocos años y sus riquezas, pasó la juventud entre los afanes del estudio y los ensueños de la ambicion. Ensueños que no tardaron mucho en reali-

zarse, porque tan pronto como apareció en la tribuna y tomó parte en las deliberaciones públicas, los Atenienses le miraron como un astro más resplandeciente que los que habían brillado hasta entonces; y su palabra triunfadora fué venciendo todas las rivalidades de la envidia y todas las dificultades de la ignorancia, hasta reunir en torno suyo á la muchedumbre seducida y admirada, y levantar sobre los inconstantes pero robustos brazos del pueblo, el pedestal de su grandeza.

En vano el hábil y elocuente Tucídides (que no pertenecía á la familia del historiador del mismo nombre), en vano fué elegido por la aristocracia para contrarestar la influencia siempre creciente de Pericles. Pericles procedía en todo con un gran discernimiento, y alimentaba la idolatría con que era amado por el pueblo, no ocupándose de las cosas pequeñas y presentándose únicamente en las grandes ocasiones, para robustecer su prestigio con algún nuevo milagro de su elocuencia y de su ingenio (8). Del mismo Tucídides, su antagonista, se conserva una frase por la cual vemos que lo consideraba como un campeón invencible en la tribuna. «Cuando creo verlo aniquilado, decía, bajo el peso de mis argumentos, grita que no está vencido, se levanta, se rehace y me derrota.»

Pero, ¿cómo Pericles no habia de conseguir estos triunfos, si disponia de todos los recursos que necesita un orador? Su continente inaccesible á la risa, su ademan grave y majestuoso, su voz dulce y sonora, su acento inalterable por lo comun, siempre solemne y apasionado cuando convenia, un alma grande donde arraigaba la firmeza de voluntad, y una reputacion de virtud cívica y desinterés que le precedian como una vanguardia poderosa, y que le aseguraban la victoria desde el momento de presentarse en liza y antes de levantar aquel brazo que tantas veces habia esgrimido la espada en defensa de la patria (9).

Pero ved, señores, qué fenómeno tan extraño, y que sin embargo se repite en muchos grandes oradores. Pericles no subia nunca á la tribuna sin experimentar cierta timidez, y pedia á los dioses que apartasen de sus lábios toda palabra inconveniente. Ni su costumbre de arregar al pueblo, ni su talento, ni su ciencia, ni su elevada posicion, bastaron nunca para librarle de este embarazo con que solia dar principio á sus discursos. En cambio, cuando ya habia tomado vuelo su elocuencia era irresistible por el vigor y por los atractivos de su palabra; recorria todos los tonos con admirable facilidad, y no habia

ningun incidente, por grave que fuese, que le hiciera perder, cuando hablaba en público, el dominio que todo orador debe conservar siempre sobre sí mismo.

Sin embargo de que huía del ruido trastornador de los placeres, y de que se habia impuesto una vida morigerada, resonaron contra él los ladridos de la envidia; y los poetas, ó mejor dicho los copleros, esos escritorzuelos mercenarios que en todos los tiempos y en todos los países infestan la república de las letras como una plaga, esos insectos que pican las grandes reputaciones porque son incapaces de admirarlas, lo difamaron, presentándole como intemperante y disoluto..... ¡A él, señores, que en medio de la opulencia vivia con la modestia de un filósofo; á él, que siendo árbitro de la República y el mayor ciudadano de su tiempo, no olvidó nunca que todo en el mundo está expuesto á los caprichos de la fortuna; á él, por último, que si reclinó su cabeza laureada en el seno blanco y turgente de Aspasia, no fué para dejarse envilecer por los placeres y la molicie, y sí para descansar de las fatigas de la guerra y de los cuidados del gobierno, y para recibir, de aquella mujer extraordinaria, la inspiracion de su elocuencia y el entusiasmo bélico que le hizo conseguir nuevos triunfos para

su patria y nuevos laureles para su frente! (10).

¿Será cierto, señores, que Aspasia ejerció sobre Pericles el ascendiente poderoso que le atribuyeron sus contemporáneos sobre todos los hombres que se ponian al alcance de sus gracias? ¿Será cierto que el ingenio felicísimo y la belleza de esta cortesana gobernaron entonces la República, como aseguran algunos historiadores? Parece incuestionable que el mismo Sócrates cultivó su trato, y que aprendió á su lado modales y formas para hacer insinuantes sus palabras; lo cual bastaria, cuando no hubiese otros datos en que apoyarse, para establecer que Pericles recibió de ella los mismos beneficios, puesto que desde la condicion á que estaba reducida, llegó á ser la esposa legitima de este grande hombre (11).

Esto, señores, nos lleva á confesar la influencia que ejercen las mujeres en nuestros destinos. Unas veces con propósito deliberado, como sucedió á Aspasia, y otras sin él, como vemos en la Laura de Petrarca y en la Beatriz del Dante, derraman en la cabeza del hombre la semilla del génio, y encienden en su pecho la llama que arde en el corazon de los héroes. El amor es el auxiliár que las favorece; auxiliár temible que lo mismo penetra en las chozas que en los palacios; que acomete con preferencia á los jóvenes, sin respetar

siempre los pechos encanecidos, y que muchas veces se complace en encadenar á su carro de triunfo á los mismos que niegan su poder, y á los temerarios que más se proclaman indomables á su yugo.

Aun los que fieramente se dicen ateos en la religion del amor, no podrian menos de confesar, á la vista de los ejemplos repetidos que nos ofrece la historia, que las mujeres son los ángeles buenos, ó los espíritus infernales, que nos guian á través del piélago bonancible ó tempestuoso de la vida; y quizá cambiado su ateismo en ciega idolatría, llegasen á decir que desde el tocador donde realzan su hermosura, desde el gabinete donde se ocupan en sus labores domésticas, ejercen un imperio absoluto sobre el mundo.

Pericles, despues de haber desterrado á Cimón, hijo de Milciades y heredero de las glorias de su padre, hizo decretar la guerra contra Samos y en favor de Mileto, por ceder, segun se dice, á las sugeriones de Aspasia: si esta expedicion entró tambien en sus miras políticas, ó si fué solamente producto de la complacencia á que se atribuye, es cosa que ignoramos, aunque, en mi juicio, debe atribuirse á las dos causas.

Despues de haber observado los estudios á que se dedicó Pericles en su juventud, no tenemos

otro medio de conocerlo como orador, siquiera sea de un modo imperfecto, que el guiarnos por su contemporáneo Tucídides, en la historia de la guerra del Peloponeso que nos ha dejado. Allí asegura que hizo todo lo posible por que su obra fuese digna de la posteridad, y aunque no conservase las palabras de dos oradores, fué indudablemente más exacto en los pensamientos que les atribuye (12).

Voy á daros á conocer algunos pasajes de los discursos que pone en boca de Pericles, y vereis cómo se confirma en ellos la idea que tenemos formada de este hombre. Se asegura que estaba un dia pensando seriamente en la manera de rendir cuentas de su administracion, y que le dijo su sobrino Alcibiades: «En lo que debias pensar más bien, es en el modo de no rendirlas;» y se añade que para librarse de este compromiso aconsejó á los Atenenses la guerra del Peloponeso, que enrojeció de sangre los campos de la Grecia por espacio de veintiocho años. Ved, señores, cómo empieza y cómo termina este discurso:

«Atenienses: opino, como siempre, que no debemos humillarnos á los pueblos del Peloponeso. No ignoro que las resoluciones de los hombres deben modificarse segun la marcha de los sucesos, y que la guerra ofrece menos peligros al dis-

cutirla que al sostenerla en los campos de batalla; pero, sin embargo de esto, creo deber persistir en mi opinion. No se puede negar que desde hace mucho tiempo tratan los Lacedemonios de hostilizarnos, y que estas disposiciones están confirmadas por su conducta presente. En vano hemos convenido con ellos que las diferencias que pudiesen nacer entre ambas Repúblicas serian resueltas amistosamente. Ellos no sólo no han pedido nunca que sean juzgados los agravios de que se quejan, sino que tampoco admiten el ofrecimiento que les hacemos de someternos al dictámen de árbitros imparciales. Prefieren el camino de las armas al de la justicia, y en vez de presentarse ante vosotros para que oigais sus reclamaciones, vienen á imponernos, como una órden, su voluntad. No abrigueis la idea de que el motivo que hoy se presenta es demasiado pequeño para empuñar las armas, y tened presente que vuestra resolucion va á ser para los enemigos de la República la medida de vuestras fuerzas y vuestro valor. Concededles ahora lo que piden, y vereis que pronto se repiten y aumentan las exigencias. Pero si les dais con firmeza una negativa terminante, les habreis enseñado que á vosotros deben trataros como á iguales. Elegid, pues, entre la paz y la guerra, y si no temeis la

afrenta de la sumision, doblad el cuello antes de ser maltratados en la lucha; pero si preferís des-
envainar la espada, no dejeis de esgrimirla por
ninguna proposicion que se os haga, y decidá-
monos para siempre á defender sin miedo lo que
poseemos.»

Hace una reseña de las probabilidades en que
podia fundar cada República la esperanza de la
victoria, presentando las ventajas de parte de
Atenas, y despues añade al concluir:

«Otras muchas causas nos prometen el triun-
fo, y yo lo creo seguro si pensando únicamente
en aumentar vuestro imperio renunciáis á vues-
tras querellas privadas, que son en mi juicio más
temibles que las armas de los enemigos. Despi-
damos ahora á esos embajadores, diciéndoles que
estamos dispuestos á cumplir extrictamente los
tratados; que restableceremos nuestras relacio-
nes con los de Megara, si los Lacedemonios con-
ceden las mismas ventajas á los aliados de Ate-
nas; que no consentiremos que Esparta imponga
su forma de gobierno á las ciudades libres, y que,
sin deseos de comenzar la guerra, sabremos de-
fendernos de los agresores. Esta es la respuesta
más justa y más digna de nuestra República.
Pero no olvidemos, sin embargo, que la guerra
es inevitable; sí, Atenienses, ya la veo venir como

un torrente desde el Peloponeso (13). No olvidemos tampoco que emprendiéndola con ardimiento y actividad, habremos quitado grandes ventajas al enemigo, y que del seno de los peligros nacen las mayores glorias para los pueblos y los particulares. Así fué como nuestros padres sostuvieron la guerra contra los Medos; así fué como privados de nuestros inmensos recursos y aun abandonando cuanto poseían, rechazaron las huestes extranjeras, y se elevaron á un alto grado de esplendor y de grandeza, fruto de su intrepidez y su pericia, más bien que de su fuerza y su fortuna. No nos mostremos herederos indignos de sus virtudes; empleemos todos los medios posibles para rechazar á nuestros enemigos, y que el patrimonio de gloria y de poder que recibimos de nuestros mayores, pase á nuestros nietos sin menoscabo alguno.»

Ved, señores, qué brevedad, qué nobleza y elevacion de ideas hay en este corto epílogo. Aconseja en nombre de la justicia y de la honra de la patria, como si estos móviles fuesen los únicos que debían estimular al pueblo Ateniese. Pero Pericles no era solamente un tribuno, y calculó antes todas las ventajas y desventajas de la guerra, á fin de preparar el pensamiento de los oyentes, para que despues no pudieran desoir

los acentos del honor y del orgullo nacional. El dictámen de Pericles fué aprobado, y los Embajadores lacedemonios llevaron á Esparta la respuesta que él dictó, seguro de que era inevitable el rompimiento.

Así dió principio la guerra del Peloponeso. Pero más admirable aún que en este discurso, se presenta Pericles en la oracion fúnebre pronunciada en honra de los guerreros muertos en el primer año de la guerra. Os daré á conocer algunas frases de este panegírico, y dispensadme si abuso de vuestra benevolencia interrumpiéndome tan frecuentemente. No creais que al proceder de este modo obedezco á un capricho indisculpable; antes bien, me guio por el ejemplo de La Harpe y Villemain, reputados como los mejores críticos de la Francia, los cuales acostumbraban reproducir ciertos pasajes de las obras que daban materia á sus explicaciones; y claro está que debo seguir su autorizada marcha más bien que atraerme el título de inmodesto y pretencioso, desdeñando consagrar á su nombre y á sus talentos la ofrenda de una humilde y respetuosa imitacion. Por otra parte, creo, señores, que conociendo los originales descubriréis su mérito mejor que por mis simples indicaciones, de igual modo que se percibe más exactamente la

belleza de una mujer teniéndola á nuestra vista que por las referencias frias ó apasionadas que pueden hacernos de sus atractivos.

Pero voy á decir, por si alguno de vosotros lo ignora, cómo se verificaba en Atenas la solemne ceremonia cívica en honor de los soldados muertos en campaña. Deseosa la ley de establecer un culto al heroísmo, ordenaba honrar las cenizas de los defensores de la patria con un discurso de alabanzas y una tumba nacional. Los restos mortales de las víctimas eran encerrados en féretros de ciprés y conducidos en carros, entre los cuales iba uno con un féretro vacío, en honor de los guerreros cuyos cuerpos se habian extraviado. Los parientes y amigos de los héroes en primer término, y despues un concurso inmenso de ciudadanos y extranjeros, formaban la comitiva fúnebre, y conducian las ofrendas dedicadas á los manes de los muertos. Una tribuna se alzaba en lugar conveniente, y desde ella, el orador designado por la ley, dirigia su palabra á los vivos, para enjugar sus lágrimas y para recomendarles las virtudes y el heroísmo de aquellos á quienes lloraban.

Hé aquí las frases á que me referia:

«De estos guerreros, ninguno ha retrocedido á la vista del peligro, estimulado por el deseo de

gozar las riquezas que poseían y los beneficios de nuestro gobierno. Nada ansiaban tanto como castigar á los enemigos de su patria, y por cumplir este deber se han impuesto los más grandes sacrificios. La vida misma les pareció despreciable cuando llegó el momento de la venganza, y sostuvieron el combate al precio de su existencia, prefiriendo la muerte á la afrenta de ser juzgados como cobardes, y consiguiendo con su valor el glorioso renombre de esforzados.

»Tales fueron estos héroes, dignos de la ciudad que les habia confiado su defensa. En cuanto á los que les han sobrevivido, es preciso que, deseando para sí un valor menos peligroso, se sientan animados de la misma intrepidez en el combate; que la utilidad de esta conducta no la vean solamente en mis palabras, sino que más bien contemplen cada dia con admiración el poder de la República, y viendo su grandeza, recuerden que fué la obra de los hombres audaces, sábios en sus resoluciones, y enemigos de la fuga y la deshonra; de los hombres que al sufrir un desastre, muy lejos de creer que privaban á la patria de su ayuda, creían, por el contrario, que le consagraban la más bella ofrenda. Al hacer el comun sacrificio de sus vidas, merecieron personalmente elogios inmortales, y una tumba glo-

riosa que no consistirá en el sarcófago de mármol en que van á reposar sus cenizas, sino en aquel recuerdo de admiracion que universalmente se les tributa. Los héroes tienen el mundo entero por sepulcro; sus nombres se conservan en las columnas que les erige la patria; los mismos extranjeros los graban en su memoria y los admiran por su ardiente patriotismo, más aún que por las hazañas que realizaron. Émulos hoy de estos guerreros, y convencidos de que no hay dicha sin libertad, ni libertad sin valor, no vacileis nunca ante los peligros del combate. Para las almas esforzadas, la servidumbre y los demás sufrimientos que nacen de la cobardía, son más insoportables que la muerte misma, sobre todo cuando esta se recibe sin sentir, en esos momentos supremos en que se pelea con entusiasmo por la patria.»

¿No os parece, señores, que en realidad es este el lenguaje de los héroes? ¿No os parece justa aquella especie de veneracion que sentian los Atenienses por el hombre que les hablaba de este modo? ¿No formais una ventajosa idea del orador que arrancaba de su pecho acentos tan sublimes? ¡Qué extraño que su continente grave y majestuoso se comparase al de los dioses! ¡Qué extraño que los ecos de su palabra roda-

sen por la Grecia estremecida y la pusieran en combustion! Su elocuencia no consiste en las metáforas y las demás figuras que deslumbran los ojos con sus resplandores fugaces; es más bien la elocuencia de las ideas y los sentimientos, que se dirige recta al espíritu y al corazón, y que nos sorprende con sus vuelos inesperados, nos infunde respeto y admiración con su majestad, y nos arrastra con su ímpetu y su grandeza. Elocuencia que se desarrolla en grandes oleadas, y que si no tiene las pintorescas variaciones del arroyo que serpentea mansamente entre alamedas y jardines, se parece en cierto modo al océano, que en su misma calma anuncia su poder y su inmensidad.

Yo creo, señores, que si Pericles no hubiese pasado su vida entre los peligros de la guerra y los afanes del gobierno, se habría distinguido en todos los géneros de elocuencia. Tenía naturalmente el gusto de lo bello, y habiendo hecho del estudio de las letras su principal ocupación, habría sido en la oratoria más que Fidias en la escultura. Valiéndose de este artista eminente hermoseó á Atenas, como un Rey puede hermosear su palacio, con gran número de monumentos y edificios suntuosos, entre los cuales se cuentan el Partenon, templo consagrado á Minerva,

y una estatua de esta diosa labrada con marfil y oro. Pero ved, señores, si Pericles temia las vicisitudes de la fortuna y la inconstancia del pueblo. Ordenó á Fidias que la estatua pudiese descomponerse en piezas, á fin de poder probar en todo tiempo la cantidad de metal precioso que contenia; y cuando más tarde fueron acusados como concusionarios públicos, demostraron fácilmente su inocencia, gracias á esta sábia precaucion. Segun el dicho de un historiador célebre que florecia siglos más tarde, todas las obras de ornamento que Atenas debió á Pericles, parecian privilegiadas con una eterna juventud.

— Pero, señores, nunca se conoce tanto la fortaleza de los hombres como cuando luchan con la adversidad, en esas regiones elevadas en que los embates de la fortuna son más rudos y peligrosos. Verificada la segunda invasion de los Lacedemonios, todo el mundo clamó contra Pericles que habia aconsejado la guerra, haciéndole responsable de los males que se padecian. Una de las epidemias más horribles que la historia menciona, habia invadido parte de la Grecia, y se cebaba entónces en la poblacion de Atenas. Los sufrimientos eran superiores á las fuerzas, ó por lo ménos á la paciencia de los Atenienses. El país habia sido devastado por los enemigos, y la ciu-

dad ofrecia el aspecto de un vasto cementerio donde la muerte extendia sus fatídicas alas, anegando la República de lágrimas y duelo. Las gentes de los campos, que llegaban huyendo de los estragos de la guerra, vivian amontonadas en miserables chozas, bajo los rayos de un sol ardiente, y aumentaban los focos de la infeccion. Algunos enfermos se arrojaron á los pozos del Pireo, deseando calmar la sed abrasadora producida por la enfermedad, y las fuentes se veian rodeadas de muertos y moribundos que se habian arrastrado hasta ellas, con la misma ánsia de refrescar sus entrañas. Ninguna edad, ninguna condicion, ningun temperamento fué respetado por la epidemia. La medicina era impotente contra el mal, y los pocos enfermos que no perdian por completo la esperanza, la fundaban solamente en la voluntad de los dioses.

Pero, ni este último consuelo duró mucho tiempo. La ineficacia de las plegarias derramó el excepticismo religioso en los corazones; la caridad con los enfermos se extinguió, porque iba seguida del contagio y de la muerte; los vínculos más santos se quebrantaron, y el libertinaje y la licencia fueron buscados como el mejor medio de aprovechar una vida, que ningun régimen, ni virtud, ni ofrenda, ni oracion bastaban á garan-

tir. En todos los semblantes se veian marcadas las huellas del espanto y la desesperacion, y la ciudad entera, por cuyo ámbito se oia un confuso rumor de imprecaciones y gemidos, parecia cubierta de un manto fúnebre, y condenada á perecer bajo la influencia de aquel azote incansable y mortífero (14).

Pues bien, señores; en esta situacion, y cuando se habia perdido el respeto por las cosas humanas y divinas, Pericles, en cuya alma no cabia el desaliento, convocó al pueblo, y pronunció un discurso encaminado á restablecer la confianza, y á comunicar á los Atenienses el valor y civismo que las desgracias domésticas habian ahogado en su pecho. La voz pública le acusa, y corre á acallar con su acento los clamores injustos que le dirigen sus compatriotas, y se presenta en medio de ellos, como un roble que se levanta altivo en un campo de arbustos derribados y deshechos por la tempestad.

Pero no creais, señores, que buscó un refugio en la indulgencia de sus conciudadanos. Antes bien, en ninguna otra ocasion se mostró tan severo con ellos. Pericles, que por espacio de cuarenta años habia acaudillado á las muchedumbres, sabia que se muestran audaces ante la debilidad, y que ceden ante la firmeza; y comenzó

diciendo á los Atenienses que no le sorprendia el descontento de que era objeto, porque hacia tiempo que lo esperaba, y que los habia reunido para hacerles conocer cuán injustamente procedian, al atribuirle unos males inevitables, sólo porque no tenian fortaleza para soportarlos. Les dijo tambien, que cuando se emprende la guerra para rechazar el yugo extranjero, las quejas y la vergüenza no deben ser para el que empuña las armas con ardimiento, sino para aquel que se niega á esgrimirlas; y como último cargo, añadió que si era digno de vituperio el hombre que habia aconsejado la guerra, más culpables aún eran ellos mismos, que la habian aprobado y declarado en sus decretos. Al llegar á este punto, el orador suspendió sus amargas convenciones; no ignoraba que de la paciencia de los oyentes no se debe abusar, sobre todo cuando estos oyentes son jueces soberanos. Les recordó cuán grandes eran aún los recursos de la República, y cuán segura la victoria si perseveraban en la lucha con la constancia é intrepidez que recomendaban, con su ejemplo, los vencedores de los Persas. Hace declinar, en seguida, la culpa del desaliento de los Atenienses sobre los consejeros pérfidos que procuraban extravíarlos; les dice que la aparicion de la epidemia no esta-

ba al alcance de la prevision humana; que es necesario soportar con resignacion los males que envian los dioses, y con fortaleza de ánimo los que ocasionan los enemigos; que no fuesen ellos los primeros en olvidar las nobles virtudes que eran propias y familiares de la República ateniense; y por último, que si estaba decretada por el destino la decadencia de Atenas, procurasen al menos conservar una gloria imperecedera y sin mancha (15).

Sin embargo de este discurso, Pericles fué condenado al pago de una multa; pero, «por una inconsecuencia muy frecuente en el pueblo,» no tardó en ser reelegido general, y en ver de nuevo en sus manos todos los negocios de la República. El pueblo, señores, es siempre lo mismo: cuerpo opaco, sin órbita fija ni movimiento propio, no se contenta con recibir luz y vida de los astros luminosos, sino que muchas veces les ocasiona eclipses, que afortunadamente suelen ser pasajeros.

Despues de esta época, aun brilló la elocuencia de Pericles en los tribunales de justicia. Aspasia y Anaxágoras fueron acusados de irreligion, y seguramente habrian sido víctimas de una sentencia rigorosa, si no hubiesen contado con los acentos penetrantes, con las súplicas y las lágri-

mas de Pericles. En estos tiempos en que tenemos el alma más chica y el corazón más duro, causan cierta estrañeza las lágrimas de un hombre que habia recibido impasible las más grandes alternativas de la fortuna. Prueba cierta, señores, de que la ternura de sentimientos no está reñida con la firmeza de carácter; prueba cierta de que, en el fondo de nuestro pecho, queda siempre alguna fibra que no se gasta en nuestro roce con el mundo; prueba cierta, en fin, de que Pericles abrigaba aquel tesoro inagotable de sensibilidad, que segun un crítico moderno, es el origen de los mayores triunfos de la elocuencia.

Después de haber visto perecer á todos sus hijos, él mismo fué atacado de la peste (16). Sus amigos rodeaban su lecho, y le recordaban sus triunfos y sus glorias, como si le anunciaban los epitafios que iban á escribir sobre su sepulcro, y que después habia de sancionar la posteridad; pero él les interrumpió diciéndoles: «En esos triunfos tuvieron parte los capitanes, los soldados y la fortuna; lo que me consuela en este momento, es el no haber hecho vestir luto á ningun ciudadano.»

Sus leyes y su política fueron buenas mientras él gobernó la República; pero á su muerte se convirtieron en un fecundo origen de discor-

días intestinas. Habia introducido en las instituciones un desequilibrio, que solamente su brazo poderoso era capaz de contener. La guerra que él habia terminado en poco tiempo, se prolongó por espacio de veintiseis años. Con su falta, la tribuna enmudeció, Atenas quedó huérfana, y la Grecia sin freno que la contuviese.

Tal fué Pericles. En él, más pronunciadamente que en los demás hombres ilustres de la Grecia, se encuentra aquella universalidad de talentos y aptitudes que sólo alcanzaron los antiguos, y que tanto los recomienda á la admiracion de los modernos. Orador sin rival en las lides de la palabra, caudillo de las fuerzas terrestres, almirante de las fuerzas marítimas, legislador atrevido, hábil político, protector de las bellas artes y artista él mismo sin manejar los pinceles ni el buril, amante de su gloria y más amante aún de la gloria de su patria, todo mereció serlo y todo lo fué este rey sin diadema, este patricio, que lo mismo que los Gracos en Roma y que Mirabeau en la Francia revolucionaria, renegó de su cuna para buscar entre las muchedumbres auras populares que refrescasen su frente, y para hacer del pueblo un instrumento de su noble ambicion y de sus grandes designios.

¡Oh, señores! Si Pericles no hubiese puesto

una mano atentatoria en el tribunal del Areópago; si no hubiese roto en las instituciones políticas de Atenas aquel equilibrio que era salvaguardia de la libertad, ninguna censura podría dirigirsele como reformador. Pero era hombre, y como hombre tuvo que rendir un tributo á la flaqueza humana. ¡Harto castigada queda su memoria con el recuerdo de sus faltas! Esto sin embargo no impide, y antes bien exige de nosotros, que obrando con justicia le consagremos como epitafio aquellos versos que dicen:

«En su tumba enlutada y silenciosa,
La eternidad reposa.»

He dicho.

NOTAS AL TERCER DISCURSO.

(1) «La constitucion democrática de la mayor parte de los Estados de la Grecia fué muy favorable á la elocuencia. Los primeros ensayos del arte de la retórica, se hicieron en Sicilia unos 500 años antes de J. C. Un siracusano nombrado Coracio, dió las primeras lecciones.»—(*Schoell.*) Esto mismo dice Ciceron.—(*Brutus, XII.*)

(2) «Se distinguian dos especie de oradores; los que consagraban su elocuencia á ilustrar al pueblo en los debates públicos, ó á defender las causas particulares, y los que cultivaban la retórica animados de un sórdido interés ó sin más objeto que una vana ostentacion, dedicándose á declamar en público sobre la naturaleza del gobierno ó de las leyes, sobre las costumbres, las ciencias y las artes. En sus discursos las ideas eran sacrificadas al lenguaje.»—(*Barthelemy, Viaje de Anacharsis.*)

(3) El autor moderno á quien nos referimos,

es Balmes. — (*Filosofía Elemental, Resumen histórico.*)

«Los sofistas, clase de filósofos y de retóricos cuya denominacion se ha hecho casi un epíteto injurioso, comenzaron á aparecer en Atenas en el tiempo de Pericles. Abusaron de la dialéctica, ciencia peligrosa inventada por Zenon de Elea, y se valieron de ella para satisfacer miras ambiciosas é interesadas. Viajaban de ciudad en ciudad, y disputaban públicamente sobre diversos problemas filosóficos, y sobre cuestiones sutiles que no ofrecian ninguna importancia para la ciencia ni para la moral. A pesar de todo, los sofistas han merecido bien de la filosofía y de las letras. Eran en Atenas los primeros maestros de elocuencia y de política, y contribuyeron mucho á depurar y á fijar la lengua.»—(*Schoell, Hist. de la Lit. Griega, 3.*)

(4) El escritor á quien aludimos, que más bien merece el nombre de orador, es D. Joaquin María Lopez. Esa cita la hace en su obra de oratoria, recordando, sin duda, á Plutarco que se expresa de este modo: «Mereció por su elocuencia el sobrenombre de Olímpico, y se decia de él que tronaba, que lanzaba centellas, y que llevaba en la lengua un tremendo rayo cuando hablaba en público.»—(*Plutarco, Vida de Pericles.*)

«Pericles sabia, segun lo refiere Eupolis, penetrar con los dardos de su elocuencia el alma de sus oyentes, causándoles un sentimiento de placer.»—(*Ciceron, Brutus, VIII.*)

«La cólera de Pericles estalló al ver á Aspasia ofendida por los Megarenses, y en seguida lanzó truenos y rayos que incendiaron la Grecia.»—(*Aristoph., Acharn.*)

«¿No conocemos las maravillas de la elocuencia de Pericles? Cuando oponiéndose á la voluntad de los Atenienses, su voz, animada por el interés de la patria, tomaba el tono de la reprimenda, sabia hacer agradables los mismos golpes que descargaba sobre los hombres más favorecidos de la multitud.»—(*Ciceron, Dial. del Or., 3—34.*)

(5) «Era Pericles de los primeros por su casa y linaje, así por parte de padre como de madre, y descendia de Clístenes el que arrojó á los Pisis-trátidas.»

«Tenia su cuerpo muy bien proporcionado, á excepcion de su cabeza que era muy prolongada y desmedida, lo que hizo que los poetas cómicos le llamasen *esquinocéfalo*.»—(*Plutarco, Vida de Pericles.*)

(6) «Tomó la causa de la muchedumbre y de los pobres, en vez de la de los pocos y los ricos, no obstante que su carácter nada tenia de popular.»—(*Idem.*)

Efialtes fué el instrumento de quien se valió Pericles para reducir la autoridad del Areópago, y para desterrar á Cimon: las proposiciones odiosas las encomendaba á los oradores que figuraban en su partido. Las demás noticias que contiene

ese párrafo, son también de Plutarco. La causa de la marcha algo demagógica de Pericles, la atribuye su biógrafo á la oposicion de la aristocracia á cuyo frente estaba Tucídides. Por esto mismo, dice, soltando más entonces las riendas de la plebe, gobernaba á gusto de esta, disponiendo que continuamente hubiese en la ciudad fiestas y espectáculos públicos.

(7) «Damon, que era consumado sofista, fué consejero de Pericles. Oyó también las explicaciones de Zenon de Elea, autor de la primera lógica que se conoció en la antigüedad. Pero quien siempre asistió al lado de Pericles; quien le inspiró principalmente aquella altivez y aquel espíritu domeñador de las muchedumbres, fué Anaxágoras de Clazomene, al cual los de su tiempo le apellidaban *inteligencia*, ora por sus conocimientos en la física, ora porque fué el primero que estableció por principio ordenador de todos los seres, no el acaso, sino una razon pura, difundida en todas las cosas. El haberse hecho superior á la supersticion, fué otro fruto que Pericles sacó del trato de Anaxágoras.»—(*Plutarco, Pericles.*)

(8) «Pericles, ya desde jóven se iba con mucho tiento con el pueblo, porque en la conformacion del rostro era muy parecido á Pisistrato el tirano. No hablaba en todo negocio ni siempre se mostraba al público; sino que reservándose para los casos de importancia, las demás cosas las eje-

cutaba por medio de sus amigos, ó de oradores de su partido.»—(*Plutarco*, y tambien *Val. Max.*, *L. 8, cap. 10—2.*)

(9) «De Anaxágoras adquirió Pericles, no sólo elevacion de ánimo y un modo de decir sublime, puro de toda chocarrería y vulgaridad, sino que con su continente sério, su modo grave de andar, con toda la disposicion de su persona, imperturbable en el decir, sucediese lo que sucediese, con el tono inalterable de su voz, con todas estas cosas, sorprendia maravillosamente á todos.» «Los ancianos admiraban en él, cuando le oian hablar, lo agradable de su voz y la facilidad y prontitud de su lengua.»—(*Plutarco.*)

(10) Pericles cuidaba de que en su casa reinase siempre el mayor orden en los gastos, y vivia con una modestia que contrastaba notablemente con su poder. Plutarco lo compara á Fábio Máximo, y dice que eran parecidos entre sí en muchas virtudes, y especialmente en la mansedumbre y la justicia, y en la paciencia para sobrellevar las calumnias de sus enemigos. Pericles fué satirizado de una manera indigna por los poetas cómicos, y se llegó hasta acusarle de haber hecho asesinar al orador Efiltes, su amigo y partidario, sólo por celos y envidia. En cuanto á su importancia como ciudadano, hé aquí cómo habla Tucídides:

«Poderoso por su dignidad personal y por su sabiduría, y reconocido más que ningun otro

como incorruptible, Pericles gobernaba la multitud por el noble ascendiente que ejercía sobre ella: en vez de dejarse arrastrar por ella, era él quien sabía conducirla. Como no había adquirido su autoridad por medios ilegítimos, no procuraba decir al pueblo cosas que le agradasen, y á veces le contradecía y le manifestaba su enojo. Reprimía la insolencia y la excesiva audacia del pueblo con su palabra, y lo reanimaba cuando lo veía presa del desaliento. El gobierno popular subsistía de nombre, siendo Pericles quien mandaba.»—(*Tucidides, II, LXV.*)

(11) «De todas las mujeres de Atenas, la única que ha adquirido una celebridad intelectual que conservan los siglos, es Aspasia. A ella se atribuyen algunos versos recogidos por Ateneo, aunque nada pruebe que en realidad le pertenezcan. Ciceron ha conservado (*De la invencion. lib. I, cap. XXXI*) un corto diálogo que también se le atribuye; Plutarco afirma que las arengas de Pericles contenían más de una frase dictada por ella; y Platon le asigna un papel muy brillante, habiendo desarrollado en una de sus obras, precisamente las teorías morales y estéticas que esta mujer célebre se complacía en propagar. ¿Pero es posible que sólo por estos vestigios medio borrados pueda juzgarse del talento de Aspasia, que llegó á ser un poder en medio de la democracia ateniense? ¿Qué no se daría ahora por encontrar en algún manuscrito antiguo la revelación de esta inteligencia rara y maravillosa que brilló

entre Sócrates y Pericles, y que prestó á ambos sus inspiraciones? Despues de gobernar al que gobernaba el Atica y habia domado á los Atenienses, Aspasia, ya en el declive de su vida, hizo que Lysicles, hombre sin educacion y sin talento, se trasformase, de traficante en bueyes, en orador y en político. Nacida en Esparta, habria esclavizado á los reyes, sometido á los senadores, reducido á eforos y destruido la constitucion draconiana.»—(*Revista Británica, Enero 1833*).

(12) Se considera á Tucídides como el más grande y perfecto de los historiadores griegos. Por haberle sido adversa la fortuna en una expedicion militar, fué desterrado por sus compatriotas. «Durante veinte años que duró su destierro, reunió materiales para la historia de la guerra del Peloponeso, sin omitir gastos ni trabajo alguno para conocer las causas que la produjeron, y aun los intereses particulares que la prolongaron. Visitó las principales naciones enemigas, consultó á los jefes que las gobernaban, á los generales y á los soldados, y él mismo fué testigo de gran parte de los sucesos que refiere. En su historia, que comprende los veintiun años primeros de la guerra, se revela su amor á la verdad y su carácter reflexivo. Muestra más su deseo de instruir que de agradar, y procura conseguir su objeto, más bien que atraerse los elogios de los lectores. Mezcla en sus discursos y en su narracion los principios de la filosofia de Anaxágoras,

y las lecciones de elocuencia que debía al orador Antifon.»—(*Barthelemy, Viaje del joven Anacharsis.*)

Tucidides nació hacia el año 471 antes de Jesucristo, y murió á los 80 de edad, ó sea el 391.—(*J. A. C. Buchon, Noticia sobre Tucidides.*)

(13) Esa frase no está en el original; pero la ha conservado Plutarco, y al hacer la traducción he creído que debía colocarla ahí, para darla á conocer de ese modo más bien que aisladamente.

Otra frase se conserva de Pericles, pronunciada con referencia á la isla de Egina y al puerto del Pireo, del cual estaba muy próxima: «Egina, dijo, es una lagaña del Pireo.»

Aristóteles nos da á conocer esta otra frase de Pericles: «Dejar á un pueblo sin juventud, seria como dejar á un año sin primavera.»

En tiempo de Plutarco se conservaba este pensamiento de Pericles, emitido en la tribuna al hacer el elogio de los guerreros muertos en batalla: «Los héroes cuya muerte lloráis han cubierto sus nombres de una gloria inmortal, y existen como los dioses, cuya eternidad reconocemos por las honras que se la tributan y por los beneficios que nos dispensan.»—(*Plutarco, Pericles.*)

(14) Esos dos últimos párrafos son un resumen de una amplia descripción que hace Tucídides de la peste de Atenas: explica detalladamen-

te los síntomas y los efectos de la enfermedad, y el estado en que se hallaba la República despues que la epidemia hizo estragos considerables.—
(*L. 2, caps. del 48 al 53.*)

(15) Hé aquí la traduccion íntegra de parte del discurso que entonces pronunció: «Atenienses: no me sorprende vuestro enojo, porque hace tiempo que lo esperaba. Conozco la causa que lo motiva, y os he congregado para haceros conocer la injusticia con que procedeis al atribuirme unos males inevitables, solo porque no teneis fortaleza para soportarlos.

»Abatidos por vuestras desgracias domésticas, abandonais la salud pública, y me acusais por haberos aconsejado la guerra, sin reflexionar que sois tambien responsables de ella, por haberla aprobado con vuestro consentimiento. Cuando estando en la prosperidad es posible la eleccion entre la paz y la guerra, seria una imprudencia el exponerse á los peligros de una derrota; pero cuando hay que elegir entre el yugo de los enemigos y la libertad conseguida por el camino de las armas, la afrenta es para el que se niega á esgrimirlas, y no para el que emprende la lucha con ardimiento. De este modo pensaba antes, y de este modo pienso ahora. Vuestro ánimo es el que ha cambiado, y vuestros males individuales la causa que os induce á arrepentiros de haber escuchado mis consejos. Habeis caido en el desaliento, y mirais las cosas de otro modo que al principio.

Despues añade: «No os dejéis extraviar por ciudadanos pérfidos; y despues de haberos declarado por la guerra, no me inculpeis como un crimen el haberla aconsejado, aunque veais á vuestros enemigos hostilizaros con unas escursiones que siempre debísteis aguardar de su parte. La peste ha invadido la ciudad; pero ¿quién pudo prever esta plaga, cuyos estragos no tienen comparacion con los otros males de que os quejais? Si, Atenienses: estos pequeños males son el pretexto de vuestro enojo, y la epidemia la verdadera causa que lo produce; pero obrando así, procedéis injustamente conmigo, á menos que me atribuyais tambien los acontecimientos felices é inesperados que nos dispense la fortuna. Es necesario soportar con resignacion los males que nos envian los dioses, y con fortaleza de ánimo los que nos ocasionan los enemigos. Habia otras veces en esta República virtudes que le eran propias y familiares: no seais vosotros los primeros en olvidarlas. Si el nombre de Atenas se ha hecho célebre en el mundo, ha sido porque no se abatió nunca ante la adversidad; porque ha sostenido guerras largas y penosas á costa de los mayores sacrificios, y porque ha conservado siempre su esplendor y grandeza; y si el destino dispone que decaigamos algun dia, hagamos ahora cuanto nos sea posible porque nos quede al menos una gloria imperecedera y sin mancha.»—
(*Tucidides, L. 2, caps. 60 al 63.*)

(16) Murió Pericles el año 492 antes de Jesu-

cristo, á los 64 de edad, segun dice Plutarco; por consiguiente, nació el 556 antes de nuestra era. Su carrera política comprende un período de más de cuarenta años.

Muy diversos son los juicios que sobre Pericles han emitido los escritores, y algunos, como César Cantú en su *Historia Universal*, lo tratan con excesiva dureza. Por nuestra parte, sin olvidar ni perdonarle sus errores y sus flaquezas, lo hemos juzgado más benigna y acaso más equitativamente.

Gorgias, Andocides, Protágoras, Pródico.—Sócrates.

SEÑORES :

Después de haber visto el admirable estado á que elevó Pericles la elocuencia, esta noche vamos á ocuparnos, siquiera sea muy ligeramente, de los maestros que en Atenas corrompieron el gusto oratorio con sus extravagancias, y del hombre extraordinario que supo poner un freno á los desórdenes de la filosofía.

La sencillez, la verdad y la fuerza en las ideas, que eran los caractéres de la elocuencia de Temístocles y Arístides, y especialmente de Pericles (1), cedieron su puesto á una hinchazon pretenciosa y ridícula. Los críticos más juiciosos no han podido perdonar á Gorgias Leontino, que die-

se con énfasis, al rey Jerjes, el nombre de *Júpiter de los Persas*, y menos aún que llamase á los buitres, *sepulturas animadas*. La misma severidad usaron más tarde con Calistenes, Anficrato y Hegesias, y especialmente con Clitarco que superó á todos en altisonancia, y cuyos escritos, segun dice Longino, se parecian á un tambor en lo huecos y ruidosos (2).

Pero el exceso no se manifestó sólo en las demasías del lenguaje, y en las formas del discurso, sino tambien en la manera de pronunciarlo. Ya en los últimos tiempos de Pericles aparecia en la tribuna un demagogo turbulento, y elocuente, llamado Cleon (3), que arengaba al pueblo con grandes gritos y ademanes descompasados, y que fué el primero en faltar á los reglamentos establecidos por Solon para el orden de los debates, y al decoro y compostura que la costumbre habia impuesto como ley, á los oradores del pueblo.

Una turba de retóricos, de los cuales el primero fué Coracio de Siracusa, abrieron en Atenas escuelas de elocuencia, dando á este arte semi-divino los más falsos fundamentos, los medios más ineficaces y pueriles, y unos fines incompatibles con toda seria aspiracion. Baste decirlo, señores, que dirigian sus esfuerzos á lisonjear el oido con períodos armoniosos, y á divertir el

espíritu con juegos de palabras y antítesis simétricamente dispuestas, consiguiendo así que sus discursos se pareciesen á esos enlosados caprichosos que ahora se usan en los pavimentos de muchas casas, y pretendiendo reducir la elocuencia, que debe ser libre y atrevida como el vuelo de un águila, á estrechos horizontes y á una marcha acompasada y rutinaria (4).

Pero ¿qué podia esperarse de unos hombres que consideraban la elocuencia como un arma de dos filos que se prestaba dócil, á la impugnacion de la verdad, igualmente que á la defensa del error? ¿Qué de una filosofía que empezó á caminar á impulsos del egoismo y acabó por no tener otro móvil que la vanidad y la más insaciable codicia? ¿Qué de unos filósofos que se precieron de saberlo todo, y que habian cambiado aquel noble y desinteresado amor á la ciencia de la escuela de Pitágoras, por un ardiente afan de disputas y controversias, en que aspiraban al triunfo de su orgullo más bien que al triunfo de la razon? ¿Qué podia, en fin, esperarse de unos maestros que no sólo preferian el ruido de las palabras al peso de las ideas, sino que eran incapaces de sentir la belleza de la virtud, y que por esto mismo tenian secas en su pecho las fuentes de la verdadera elocuencia? Desengañémonos, señores; cuan-

do no se tienen virtudes profundamente arraigadas en el alma; cuando no se abrigan creencias tan íntimas como si fuesen pedazos mismos del pensamiento; cuando el corazón es, por decirlo así, un horno apagado donde no brillan las luces de la inspiración ni arde el fuego lento de la perseverancia, el hombre tiene que vivir condenado á una existencia rastrera y miserable, sin elevarse jamás sobre las alturas de la verdadera filosofía, y sin descubrir en su cabeza aquel espejo inmenso donde Sócrates y Platon contemplaron el espectáculo del hombre y del mundo y hasta los senos mismos de la eternidad.

Señores, podría hacerse una larga enumeración de los sofistas que hubo en Grecia, desde la época de Pericles hasta que Platon los puso en desordenada fuga, después que Sócrates los habia vencido muchas veces, y los habia avergonzado con su ironía y sus sábias inducciones; pero voy á citar solamente aquellos que más fama tuvieron como oradores. Gorgias Leontino fué el que despertó en Atenas el gusto de la elocuencia, y el que dejó á los griegos admirados con el brillo de su palabra. Pero esta brillantez era falsa, como esos colores hermosos con que algunas mujeres cubren el tinte, pálido y enfermizo de su rostro para engañar á los ojos inespertos; y aunque yo

no he leído los dos discursos que de Gorgias nos quedan, un crítico juicioso asegura que ambas obras le acreditan de escritor lánguido y frío, que frecuentemente oculta, bajo la magnificencia de las expresiones, la frivolidad y pobreza de sus pensamientos. Gorgias se hizo pagar muy caras sus lecciones, y llegó á acumular sumas considerables, y á tener en el templo de Apolo una estatua de oro erigida á espensas de la Grecia, en honra de su memoria. Gorgias fué también el que se presentó en el teatro de Atenas, diciendo que estaba dispuesto á improvisar sobre cualquier asunto que se le indicase. Alarde más reprehensible que digno de elogio, y más propio de un pedante que de un orador discreto y elocuente.

También merece particular mención Andocides, que sirvió á los Atenienses como marino de guerra, y que después de haberse visto complicado con Alcibiades en una causa por sospechas de sacrilegio, murió, al fin, desterrado de su patria. Se dice que sólo empleó su elocuencia en sus asuntos particulares.

Otro de estos sábios habladores y presuntuosos fué Protágoras, á quien se debe el uso de esas digresiones, algunas veces útiles, que los retóricos señalan con el nombre de *lugares comunes*. Protágoras enseñaba á sus discípulos, no sólo el

arte de la palabra, sino tambien la ciencia política, y cuanto era entonces conducente á adquirir reputacion y poder en las esferas del gobierno. Citaré aún á Hipias, y más especialmente á Pródico, cuyo estilo se dice que era vigoroso, y que fué maestro de Sócrates, Eurípides, Isócrates y Jenofonte, cualquiera de los cuales adquirió más celebridad que él, y sobre todo, mayores títulos á nuestro reconocimiento y nuestras alabanzas, puesto que aún estudiamos con provecho en las inmortales obras que produjeron. Hubo además de estos una multitud de sofistas de segundo orden, cuyos nombres encuentra uno á cada paso en las obras de la antigüedad; pero os confieso que ni siquiera he tenido el pensamiento de recoger y ordenar las noticias que sobre ellos hay, porque lo considero un trabajo casi completamente inútil, que nunca recompensaría las dificultades que ofrece.

Pues bien, señores; cuando la Grecia se veia plagada por un enjambre de sofistas, Sócrates apareció ante ellos como un viento saludable que limpia la atmósfera de los miasmas que la infestan; y ante sus conciudadanos, como una estrella benéfica y de rayos apacibles, que lleva el bien á donde quiera que alcanzan sus resplandores (5).

Pero, ¿brilló Sócrates, como orador, lo bas-

tante para que nosotros le concedamos un lugar distinguido entre los más célebres de la Grecia? Desde luego que este filósofo no fué orador político, sin embargo de que conocia profundamente la ciencia del gobierno; pero puede considerársele como el profesor de moral más incansable, más elocuente y desinteresado que ha existido (6). Cuando se reflexiona que sólo se valió de lecciones verbales para difundir sus doctrinas, y se recuerda que, por encadenar su lengua, se estableció en Atenas una ley prohibiendo la enseñanza del arte de la palabra, nos sentimos inclinados á concederle una atención preferente. Siendo cierto, como dice Quintiliano, que es indispensable ser hombre de bien para sobresalir en la elocuencia, ningunas lecciones tan provechosas como las de Sócrates, para hacer el aprendizaje de la virtud. Pero en el orden mismo de los conocimientos propios de la oratoria, Sócrates enseña á manejar las armas de la dialéctica, cuyo acertado uso es tan útil para combatir el error como para defender la verdad. En fin, él destruyó el imperio de los sofistas, y abrió nuevos senderos á la filosofía; y ciertamente que el hombre que, sin más auxilio que su palabra, consigue un triunfo tan maravilloso sobre las ideas dominantes de su época, merece tanto honor, por lo ménos, como

el que en una deliberacion politica vence á su enemigo, ó impresiona pasajeraamente á la asamblea (7). Si á pesar de estas consideraciones hubiese entre vosotros algun critico tan severo, que desaprobase el que me ocupe aquí de este insigne filósofo, yo le ruego que mire mis palabras como un paréntesis, bien intencionado, que recomendando á su benevolencia.

Los que no tengan de Sócrates más idea que la que ordinariamente se tiene de los filósofos, pensarán que era un hombre retirado del mundo, y entregado siempre á investigaciones metafísicas; pero nada habia tan contrario á su carácter como esa vida de contemplacion y de estudio que tiene por objeto averiguar las causas primitivas y las leyes generales de la naturaleza (8). Su espíritu era esencialmente práctico; no gustaba ocuparse de nada que no estuviese al alcance del hombre; el hombre mismo era el libro en que más fijaba su atencion, y todos sus esfuerzos se dirigian á hacer á las criaturas más felices, ó siquiera menos desgraciadas, habituándolas al conocimiento y á la observancia de sus deberes públicos y privados. «El que aprende un oficio, decia, lo ejerce más ó menos tarde para sí ó para los demás; pero los que investigan el origen de los fenómenos celestes, aun dado caso que lo con-

sigan, ¿podrán producir conforme á su deseo los vientos, la lluvia ó las estaciones? Y aunque no alcancen tanto poder, ¿habrán sacado de esta ciencia algun beneficio para sí ó para sus semejantes? (9).» De este modo hablaba el mismo que habia asistido á la escuela de Anaxágoras, que fué el primero en escribir sobre la naturaleza física del sol y de la luna, y en atribuir á causas naturales y fortuitas, los fenómenos del trueno y del rayo. En las pocas palabras que he citado, vemos que no abarcaba el universo en su pensamiento como despues hizo Aristóteles. No daba al estudio de las ciencias naturales toda la importancia que merece, porque sólo se habia fijado en las relaciones del hombre con el hombre y con la divinidad, y no en las relaciones del hombre con la naturaleza.

Pero en cambio atendió á una necesidad más urgente, y no menos imperiosa, que fué dar al mundo un código de moral. Observaba el corazón y el espíritu humanos para corregirlos, para reformarlos, para hacerles encontrar en sí mismos los medios de ese mejoramiento y perfeccion, de que depende en su mayor parte la felicidad de las criaturas. «Examinaba lo que era piadoso ó impío, honesto ó vergonzoso, justo ó injusto; examinaba igualmente en qué consisten la sabidu-

ría y la ignorancia, la fortaleza y la poquedad de ánimo; lo que es la República y el hombre de Estado, lo que es el gobierno y el modo de obtener sus beneficios. En fin, discurría sobre todos los conocimientos que constituyen al hombre virtuoso, sin los cuales pensaba que se merecía justamente el título de esclavo.» Todas estas semillas de virtud las iba esparciendo en las plazas, en los gimnasios, en los talleres, en las reuniones de sus amigos y donde quiera que había personas dispuestas á escucharle.

Enseñaba tanto con su ejemplo como con sus máximas, porque antes de constituirse maestro de los demás, se había constituido maestro de sí mismo. Podía perdonar las flaquezas ajenas, pero jamás se perdonaba las suyas, de cuyo modo consiguió ir mejorando su carácter, hasta ser reputado por el más virtuoso de sus conciudadanos. Sus costumbres eran intachables, y nadie le aventajaba en sobriedad, en resistencia para sufrir la fatiga, el hambre, el frío, las más duras inclemencias, y las privaciones de todo género, que dejan de molestarnos desde el momento que nos habituamos á ellas. Se había impuesto como un deber la moderación, y había reducido tanto sus necesidades, que podía cubrirlas con los más escasos recursos y en la más humilde situación.

Esto le daba una independencia sin límites, y le permitía desafiar impunemente los caprichos de la fortuna. ¡Hermosa libertad la que destruye el imperio del vicio y levanta sobre sus ruinas los altares de la virtud; la que de esclavos envilecidos nos convierte en soberanos de nuestras pasiones; la que nos hace vivir en esa condición dichosa, libre de inquietudes, de temor y de envidia, donde una conciencia pura es la salvaguardia, la ley y la recompensa del hombre! Han podido conseguir los pueblos la libertad política; pero, ¿quién ha podido conseguir esa otra libertad del espíritu cien veces preferible? Solamente algunos individuos cuyas figuras no se destacan en los horizontes del pasado, como esas columnas que eternizan los triunfos de los guerreros, pero que son tan dignos de admiración como los conquistadores de imperios. César, que había vencido á los intrépidos Galos y á Pompeyo, no supo dominar aquella ambición que le condujo acaso á una muerte desastrosa; Alejandro pudo uncir á su carro de triunfo, cien naciones domadas por su valor y su fortuna; pero su ánimo esforzado no pudo ahogar su inclinación á la embriaguez, ni contener su brazo cuando desgarró de una puñalada el seno de un amigo.

Así es, señores, que lo que más me admira en

Sócrates, no es la pureza de sus doctrinas, ni el desinterés con que la enseñaba, ni la habilidad con que combatía las ideas de los sofistas; lo que me admira es esa lucha interior que tuvo que sostener consigo mismo para conseguir un triunfo completo sobre sus pasiones, en una época en que las costumbres habían alcanzado una corrupción espantosa. Porque no creáis que las virtudes de Sócrates fueron un don que gratuitamente le hubiese concedido la naturaleza: un autor respetabilísimo refiere que habiendo sido examinado el filósofo Ateniese por un frenólogo (si es que puedo valerme de esta palabra) sucedió que todas las personas que á la sazón se hallaban presentes, se burlaron de aquel hombre porque dijo encontrar en Sócrates las señales de muchos vicios; pero quedaron asombradas cuando el mismo Sócrates confesó haber sentido otras veces todas las malas inclinaciones que entonces se le atribuían. Y en efecto, señores; estos sediciosos que habitan en nuestro pecho, se hallan siempre dispuestos á rebelarse contra la autoridad de la razón y á turbar la paz en la república de nuestra existencia, y por eso el someterlos y acostumarlos á obedecer, es la más grande de las victorias.

Pero, después de haberse formado sábio y filó-

sofo, veamos cómo desempeñaba Sócrates el doble oficio de propagador de la virtud y de azote de los sofistas. En vez de mostrarse intolerante con las personas de vida reprensible, hacia á todo el mundo partícipe de sus consejos, sin desdeñarse de visitar á una cortesada llamada Theodota, para enseñarle el modo de ser más hábil y feliz, en la misma condicion á que se encontraba reducida; lo cual, señores, aunque referido por Jenofonte como un hecho laudable, no sé hasta qué punto puede ser digno de alabanza. No imponía su doctrina dogmáticamente, sino que más bien ayudaba á discurrir á sus discípulos, conduciéndolos con sus preguntas y observaciones hasta un paraje desde el cual descubrian por sí mismos la verdad. Así lograba que la acogiesen con aquel amor que tiene el hombre para los frutos de su ingenio, y á que aprendiesen á marchar solos por los campos de la filosofía y por los caminos de la indagacion. Porque yo opino que el maestro que solamente dá á sus discípulos la ciencia que atesora, se puede asemejar á un padre que cede á sus hijos el todo ó parte de su hacienda; pero no á otro padre que, además de un patrimonio, les ha procurado una profesion útil, para que puedan por sí mismos conservar y aumentar su fortuna.

El método que empleaba generalmente para

combatir á los sofistas, no podia ser más acertado ni más fecundo. Con la modestia por divisa, establecia primero, *que sólo estaba cierto de que no sabia nada*. Con una série de preguntas hábilmente dirigidas, iba descubriendo las contradicciones y los demás puntos flacos del contrario; hacia derivar las verdades que convenian á su objeto de las verdades reconocidas por su antagonista, hasta sorprenderlos combatidos por sus propias razones, ó en rebelion abierta consigo mismos. De este modo les inspiraba primero confianza, para desordenarles y desarmarlos despues; y cuando emprendian la fuga, se conducia como enemigo generoso que, en lugar de ensañarse con el vencido, se contenta con verle sufrir la vergüenza de la derrota.

El conjunto de sus explicaciones forma un curso de moral donde están combatidos los vicios, y recomendadas con elocuencia las virtudes cívicas, igualmente que las virtudes domésticas. Amaba la justicia hasta el extremo de haber desobedecido por ella las órdenes de los magistrados, y de haber desafiado las iras del pueblo. Enseñaba la política y el arte militar, en cuanto este se referia á la administracion del ejército, y aun alguna vez dió á los hijos de Pericles, instrucciones más ámplias sobre esta misma mate-

ria. Fueron objeto de sus discursos la temperancia, el desinterés, la generosidad, el agradecimiento hasta con los enemigos, el amor fraternal, la amistad, la hipocresía, refiriéndose á la cual dijo que el ser hombre de bien, sin procurar parecerlo, era el mejor camino para llegar á la gloria, y otra multitud de virtudes y vicios, tanto relativos al cuerpo como al espíritu. Aborrecia la ociosidad, y pensaba que en todas las profesiones cumplian los hombres igualmente sus deberes, siempre que procurasen obrar del mejor modo que les fuese posible. En su juicio, era tan estimable el labrador que sabe cultivar la tierra, como el médico que practica con acierto el arte de curar, ó el hombre de estado que debe á sus estudios sábias máximas de gobierno. El que no se afana, decia, por hacer bien las cosas, no puede ser útil á los hombres ni agradable á los dioses.

En cuanto á las formas de que revestia sus ideas, no podemos juzgar con tantas probabilidades de acierto como sobre la índole misma de su doctrina. En las obras de Platon lo encontramos más elevado y con ropaje más espléndido, porque este filósofo le hace participar del lujo de su imaginacion. En Jenofonte, por el contrario, están referidas sus explicaciones de un modo sencillo, que, en mi juicio, se acerca más á la extric-

ta realidad. Ambos le atribuyen, sin embargo, algunos discursos admirables, que parecen el fruto de una larga preparacion, y este último asegura que poseía el talento de la palabra (10).

Permitidme, señores, que os dé á conocer las frases empleadas por Sócrates, para demostrar la existencia y la providencia de la Divinidad: vereis la pintura que hace del hombre, bastante digna de estimarse, sin duda, cuando Ciceron la copió casi literalmente. «Si son admirables los grandes pintores y escultores que hacen obras desnudas de razon y movimiento, ¿cuánto más admirable no será el artista que produce seres dotados de la facultad de pensar y moverse? Entre las obras cuyo objeto desconocemos, y aquellas en que se descubre manifiestamente su benéfico destino, ¿no debemos considerar á estas últimas como el producto de una inteligencia sábia, y no como el producto del acaso? ¿Y no os parece, continuaba preguntando á su interlocutor, que la mano creadora que ha formado al hombre, le ha provisto desde un principio de los órganos que posee para que le sean útiles? ¿No es una maravilla de la Providencia que nuestros ojos estén adornados con una cortina que se corre ó descorre para facilitarnos el sueño ó el acto de la percepcion visual; que estas cortinas estén festonea-

das de pestañas, semejantes á pequeñas empalizadas que las defienden del furor de los vientos; que las cejas se adelanten sobre ellos en forma de cornisas, para impedir que el sudor de la frente los perjudique; que el oído reciba los sonidos sin llenarse jamás, y que en todos los animales los dientes anteriores sean cortantes, y los otros propios para masticar los alimentos que les envían los incisivos? ¿Qué diré de la boca, que destinada á recibir lo que excita el apetito, está colocada cerca de los ojos y del olfato, que vigilan sobre ella como centinelas avanzados? ¿Qué diré, en fin, de aquella sabiduría con que ciertos órganos han sido retirados unos de otros, lo más posible, para evitar que se molesten y perturben en sus funciones?

»Y cuando vemos el órden admirable que preside á estas obras, ¿dudamos aún si son el producto de la casualidad ó el fruto de una inteligencia superior? Si añadimos que se ve impreso en los padres el deseo de reproducirse; en las madres el más tierno deseo de alimentar á sus hijos; en todos los vivientes el más grande amor á la vida y un invencible temor á la muerte, ¿no reconoceremos los cuidados de un supremo artífice que vela por sus criaturas? ¿No confesais que existe en vos mismo una inteligencia? Considere-

rando que vuestro cuerpo no es más que una pequeña parte de la masa del mundo; que solo contiene una gota de agua y un polvo de tierra, ¿pensáis que no hay fuera de vuestro individuo nada inteligente? ¿Creeis haber tenido la dicha de recibir como un privilegio todo el tesoro de la inteligencia, y que tantas cosas magníficas, tan innumerables, tan bien ordenadas, son la obra de una ciega casualidad? Si me decís que veis la mano del hombre y que jamás habeis visto la del autor del universo, os contestaré que tampoco veis vuestra alma, que es la soberana de vuestro cuerpo; y además, si no podeis hacer sin inteligencia las cosas más pequeñas, y negais que las más grandes y admirables sean fruto de una voluntad sabia, incurris en una contradiccion, y os obligareis á confesar que lo haceis todo sin juicio ni discernimiento, y que vos mismo sois producto del acaso.

«¿Y podeis creer, por ventura, que los dioses sean indiferentes á la dicha del hombre, cuando le han dado una posicion derecha y seguida sobre sus piés, ventaja preciosa para ver desde lejos, para mirar lo que hay sobre nuestras cabezas, y para prevenir los peligros; que además nos han concedido el oido, la vista y el gusto; que han dejado á los animales mirando hácia la tierra sin

dispensarles más que los piés, mientras que al hombre le han dispensado las manos, con las cuales se procura mil cosas que le hacen más dichoso que el bruto? Todos los animales tienen lengua, pero solamente la nuestra puede producir, por medio de diversos movimientos, combinados con los de los lábios, las articulaciones y sonidos con que comunicamos recíprocamente nuestras ideas. ¿Hablaré de los placeres del amor, limitados para los demás seres á estaciones determinadas, y permitidos al hombre en todo tiempo, y aun en su misma ancianidad? Pero Dios no ha reducido sus cuidados á la formación de nuestro cuerpo, sino que tambien nos ha dado un alma que es la más admirable de sus obras. Fuera del hombre, ¿cuál es el animal cuyo espíritu conoce la existencia de los dioses, autores de tantas bellezas y maravillas? ¿Qué otro sér adora á la Divinidad? ¿Cuál hay que, por medio de su inteligencia, sepa evitar el hambre, la sed, el frio, el calor, curar las enfermedades, desarrollar sus fuerzas con el ejercicio, aumentar sus conocimientos con el estudio, acordarse, en fin, de lo que ha oido, de lo que ha visto ó meditado? ¿No es evidente que los hombres viven como dioses entre los demás animales, y que les son superiores por la perfeccion de su cuerpo y por las

facultades de su alma? Conoceis la armonía que existe entre vuestros órganos y vuestra inteligencia, y aun dudais de la providencia de la Divinidad. Sabemos que nuestro espíritu gobierna nuestra vida mientras está unido al cuerpo; y esto nos lleva á creer que la sabiduría, que vive en todo cuanto existe, gobierna el universo segun sus fines inescrutables. ¡Qué! ¿nuestra vista alcanza á gran distancia, y la vista de Dios no podrá alcanzarlo todo? ¡Nuestro espíritu puede ocuparse á un mismo tiempo de los sucesos de Atenas, del Egipto y de la Siria, y el espíritu de Dios no podrá fijarse en todo simultáneamente! Respetad, pues, á los dioses; y si ellos iluminan vuestro pensamiento, entonces reconocereis la grandeza del Ser que todo lo ve, que todo lo sabe, que todo lo ocupa, y cuya mano conserva y rige sin esfuerzo la grande obra del mundo.»

Tales eran las ideas de Sócrates sobre el espíritu y la Divinidad. El hombre que se expresaba de este modo, era sin disputa un hombre elocuentísimo. Despues de haber observado el órden, la claridad y la fuerza invencible de su dialéctica, comprendereis que este filósofo era un maestro de moral, al par que un maestro de elocuencia, que sin cuidarse de las galas de la retórica, ni de producir los grandes movimientos de la oratoria po-

lítica, descubria los senderos por donde se llega á sorprender y combatir el error, y á establecer el imperio de la verdad y la justicia. Al jóven que desee vencer en esas controversias, que sobre asuntos de gobierno ú otros diversos, se sostienen frecuentemente en los círculos públicos ó privados, no vacilo en aconsejarle que estudie la doctrina de Sócrates, segun la ha trasmitido Jenofonte, aunque al darle este consejo me conduzca yo como el médico que prescribe un régimen, despues de no haber sabido aprovecharlo para sí mismo. Y cuando reflexiono, señores, que en nuestras asambleas legislativas hay que vencer en las comisiones, antes de entrar en batalla en los debates públicos, pienso que para estas luchas preliminares seria muy útil el método socrático, despojado de su ironia, que por lo ménos habia de evitar muchas dificultades que nacen del amor propio (11).

El célebre americano Benjamin Franklin, de quien dice un poeta extranjero que *arrancó el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos*, y que en su juventud habia estudiado muy particularmente la doctrina de Sócrates, nos asegura que si muchas veces hizo prevalecer sus opiniones en los Parlamentos de su patria, fué por la modestia con que presentaba sus ideas, aparentando consultar

sobre ellas, no pidiendo nunca sufragios dóciles para apoyarlas, supliendo de este modo su falta de elocuencia, y consiguiendo no comprometerse á hacer una defensa obstinada, y poder admitir todas las enmiendas razonables sin mortificación de su vanidad.

Pero, señores, si quereis recibir de Sócrates la más sublime de sus lecciones, fijad vuestra vista en el espectáculo de su muerte. El hombre que habia consagrado su vida á la enseñanza y á la práctica del bien; el que derramaba semillas de virtud y sabiduría, tan profusamente como el sol derrama sus luces; el que recomendaba siempre un respeto piadoso hácia los dioses; el que formó del espíritu humano y de la Providencia divina la idea levantadísima que hemos visto en el pasaje que he leído de sus lecciones, fué acusado de impío y de corruptor de la juventud. La envidia, señores, es siempre la misma; siempre dirige sus mordeduras á la parte más gloriosa de las reputaciones.

Sin duda que cuando el hombre descansa sobre una recta conciencia y sobre un corazón virtuoso y esforzado, soporta sin arrogancia, pero también sin abatimiento, los reveses de la fortuna, y aun mira la imagen misma de la muerte con ánimo imperturbable. Pero cuando además

abriga creencias religiosas que le prometen para más allá de la tumba una dicha sin término y sin medida; cuando tiene fé en los destinos futuros del alma humana, y piensa que no fué creado solamente para llenar el hueco de un sepulcro con sus restos mortales; cuando la contemplacion de su pasado y esa voz misteriosa que grita dentro de nosotros, le anuncian un fallo propicio ante todos los tribunales humanos ó divinos que le juzguen, entonces no solamente se acerca tranquilo al vestibulo silencioso de la muerte, sino que á las veces exclama como el poeta Yung:

«¡Oh muerte! en tu contienda con la vida,
Has salido triunfante y vencedora;
Me doy el parabien de tu venida,
Mi corazon te implora.»

Esto hizo Sócrates. El *génio familiar* de quien decia recibir sus inspiraciones, no le aconsejó los medios de prolongar su vida, y fueron inútiles los esfuerzos de sus amigos para que la salvase evadiéndose de la prision, implorando la clemencia de sus jueces, ó conmutando la pena con el pago de una multa. A los que le aconsejaban esto último les prohibió insistir en ello, haciéndoles observar que el condenarse voluntariamente á un castigo, cualquiera que este fuese, era lo mismo que confesarse culpable. A un amigo su-

yo que le recordaba la necesidad de ir preparando su defensa, le contestó: «No he hecho otra cosa en toda mi vida, puesto que no he cometido nunca ninguna accion reprehensible» (12). A un ciudadano que se quejaba de la injusticia del fallo, le dijo sonriendo y poniéndole suavemente la mano sobre el hombro: «¿Querrias mejor que me hubiesen encontrado criminal?» (13).

Pero toda esta dulzura que empleaba con sus discípulos y amigos, se convirtió en dureza cuando tuvo que responder á su acusador y que dirigirse á sus jueces. Lo que hizo fué lo mismo que renunciar á defenderse, puesto que sus palabras despertaron la envidia del tribunal, en vez de disponerle á la justicia, y puesto que empleó un lenguaje arrogante que jamás habia empleado hasta entonces, recordando que sólo hablaba por obedecer á la ley, y que el oráculo de Apolo lo habia declarado como el más libre, más justo y más sábio de los hombres. Pero, despues de oir su sentencia con una impassibilidad admirable, y cuando ya no podia temer que sus palabras se atribuyesen á temor ni deseo de conciliarse la voluntad de sus jueces, pronunció un breve discurso que me parece digno de admirarse, y cuya lectura voy á permitirme, fiado en que no desdeñareis conocer unas ideas, que muchos historiados-

res y filósofos han trasmitido á la posteridad. Las palabras de los que están próximos á la muerte, son siempre dignas de respeto, y las de Sócrates se recomiendan por sí mismas, tanto como por las solemnes circunstancias en que se pronunciaron.

«Atenienses, dijo: me habeis condenado; ya lo esperaba, y os lo perdono. Sólo me admira que hayan votado tantos por mi absolucion. Si hubiéseis esperado un poco tiempo, yo habria muerto sin que Atenas se deshonrase, puesto que mis años me tienen ya al borde del sepulcro. Vuestro rigor me ocasiona mayor beneficio que daño; porque, si todo termina con la muerte, ¡qué felicidad no es reposar dulcemente y sin inquietudes despues de los grandes trabajos de la vida! Si otro mundo espera, ¡qué contento encontrarme con los antiguos sábios; unirme á tantos otros heridos por vuestras sentencias, y muertos por vuestra mano, presentarme á aquellos que tienen derecho á llamarse jueces! Pero, ya es tiempo de que marchemos, yo á morir, y vosotros á vivir. De estas dos cosas, ¿cuál es la mejor? Los hombres lo ignoran; los dioses únicamente lo saben.»

Jenofonte asegura que tambien hizo una profecía sobre el juicio que iba á merecer despues de muerto: «Estoy seguro, dijo, de que muy pron-

to mis contemporáneos, y más tarde los venideros, harán justicia á mi inocencia» (14).

Así pereció Sócrates á los 70 años de edad, víctima del ódio de sus enemigos y de la indiferencia, por no decir de la crueldad, del pueblo.... de esa ola inconstante y caprichosa que se agita siempre obedeciendo al último viento que reina. ¡Oh! señores; ¿qué crimen, qué vicio, qué virtud, qué acto de heroísmo ó qué muestra de flaqueza y servidumbre no debe esperarse de ese mónstruo que se llama *pueblo*? El se complace en derribar hoy el ídolo que levantó ayer sobre altares de mármol; cada dia repara las injusticias del anterior, ó comete otras nuevas que serán reparadas al siguiente; inquieto y crédulo como un niño, voluble como una mujer, unas veces indulgente hasta el exceso y otras ingrato y vengativo hasta la crueldad, ofrece con frecuencia el espectáculo de ser víctima del hombre que le engaña, y verdugo del que le sirve. Pero ¿qué importa esta arbitraria distribución de sus castigos y galardones? La posteridad hace justicia á quien le consagra su vida, y la verdadera gloria consiste en combatir sus desórdenes; en desdeñar sus aplausos, en desafiar sus iras, si necesario fuese, y aspirar sólo á que nuestra memoria reciba sus bendiciones.

Sócrates pereció; pero al desplomarse su cuerpo herido por la cicuta, su espíritu abandonó la cáscara mortal que lo cubría; y desplegando sus alas se remontó á los cielos por aquel camino que él habia descubierto en sus meditaciones, en tanto que su doctrina daba al mundo escritores y soldados tan virtuosos como Jenofonte, pensadores tan profundos y sublimes como Platon. Independientemente de los consuelos religiosos, los grandes hombres pueden morir abrigando la esperanza consoladora de que serán ensalzados por los venideros, tanto más, cuanto mayores hayan sido las injusticias de sus contemporáneos; de que las edades futuras pasarán contemplando reconocidas y admiradas su sepulcro, y de que el árbol imperecedero de su gloria extenderá sus raíces y sus ramas, ostentando siempre la misma juventud y lozanía.

He dicho.

NOTAS AL CUARTO DISCURSO.

(1) «Aquellos antiguos oradores, Pericles, Temístocles y Aristides, estaban tan distantes de cuanto parece contrario á la sencillez, que ni siquiera hacian lo que nosotros; no sacaban la mano del vestido para accionar, porque les parecia cosa de teatro, de que debian abstenerse.»—(*Esquines, Discurso contra Timarco.*)

(2) «De aquí es que todos se han burlado de Gorgias, por haber llamado á Jerjes *el Júpiter de los Persas*, y á los buitres *sepulturas animadas*. Ni menos se ha guardado indulgencia con Calístenes, que en ciertos pasajes de sus escritos se eleva fuera de propósito, y es tan altisonante y esquisito, que se le pierde de vista. Mas entre todos, yo no hallo otro más hinchado que Clitarco: todo es en él aire y hojarasca. Parece un hombre que (para usar de las palabras de Sófocles) *abre una gran boca para tocar un flautin*. El mismo juicio se debe formar de Anfícrato, de Hegesias y de Matris. Estos, imaginándose á veces

poseidos de un entusiasmo y furor divinos, en vez de tronar, como ellos piensan, no hacen más que balbucir y juguetear como niños.»—(*Longino, Trat. del Sub., Trad. de Arrieta.*)

(3) «Se sabe también que, por el mismo tiempo, Cleon, ciudadano faccioso, se distinguió bastante por su elocuencia.»—(*Ciceron, Brutus, VII.*)

(4) «Cleon era un hombre de oposición, cuyo oficio consistía en vigilar y censurar á los gobernantes en su conducta pública. Debemos despojar estas palabras del sentido accesorio que tienen en el lenguaje político de los ingleses, cuyos Parlamentos se forman de oposiciones y mayorías sistemáticas. Cleon hacia prevalecer frecuentemente en la Asamblea pública decisiones que Nicias y otros del mismo rango y de la misma posición que desempeñaban los puestos de estrátegus embajadores y diversos cargos importantes confiados por el voto general, se veían obligados á ejecutar contra su voluntad.»—(*W. Grote, Hist. Gr., tomo 9, p. 8.*)

«En cuanto á la política interior de Cleon y á su conducta como político en la vida constitucional ateniense, tenemos pocas pruebas dignas de confianza. Existe de él un retrato revestido de colores fuertes y brillantes, que produce sobre la imaginación una impresión que se graba profundamente en la memoria. Es el que hace Aristófanes en su comedia *Los Caballeros*. Con la fiso-

nomía que le presta el poeta, conoce á Cleon la posteridad..... Esta obra es la más perfecta de Aristófanes, y ofrece el máximo de lo que puede hacer el ingenio combinado con la malicia. Cleon se presenta allí como un esclavo acabado de comprar, que por medio de adulaciones, de mentiras, de denuncias imprudentes y falsas, gana la confianza de su señor, y que se enriquece mientras sus compañeros son víctimas de las inmotivadas delaciones que contra ellos presenta..... La mayor parte de los escritores se sienten de tal modo inclinados á juzgar duramente á Cleon, que se contentan con el testimonio de Aristófanes. Conocemos la calumniosa pintura que hizo este poeta de Sócrates y Pericles, y esto nos lleva á establecer que el retrato de Cleon no debe considerarse parecido, y menos verdadero, sino en aquellos rasgos que estén corroborados por otras pruebas de origen más imparcial.»—(*Autor citado, Hist. Gr., tomo 9, p. 237 y 238.*)

(5) «Coracio de Siracusa fué el primero que introdujo la retórica en Atenas, donde Gorgias Leontino la profesó con mucha fama y provecho, lisonjeando los oídos, y supliendo la esterilidad de los pensamientos con periodos armoniosos, antítesis tan brillantes como falsas, é imágenes atrevidas.» Despues añade en nota las siguientes frases, tomadas de Wertermann: «El arte de Gorgias consiste siempre en las antítesis de pensamiento y de palabra, con las que forma perío-

dos de dos miembros, en el segundo de los cuales las palabras corresponden á las del primero por su cantidad, medida, colocacion y sonido.»—(*Cantú, Hist. Univ., L. 3, cap. 20.*)

(6) Los datos que contienen esos párrafos en que hablamos de los sofistas, están tomados de Schoell (*Lit. Gr., período III, 4 y 6*), de Ciceron (*Brutus 8 y del Orador, L. I.*), de W. Grote (*Hist. Gr. tomo 12, cap. 3*), y tambien hemos consultado á César Cantú (*Hist. Univ, L. 3, cap. 22*). Respecto de Gorgias, véase la nota anterior; y sobre Protágoras, hé aquí unas palabras bastante significativas: «La filosofía de Protágoras no se encaminaba á la investigacion sincera de la verdad: fué, por el contrario, el más disputador de los sofistas, y prometia á sus discípulos, de los cuales recibia crecidos honorarios, enseñarles el arte de defender victoriosamente, con sutilezas, el pró y el contra de cualquier causa.»—(*Aulo-Gelio, L. 5, cap. 63.*)

(7) Segun Platon, hé aquí la idea que tenia Sócrates de la política: «Pericles y Cimon no son otra cosa que demagogos que satisfacen los apetitos y los gustos inmediatos del pueblo, precisamente como lo hacen el panadero y el confite-ro en sus oficios respectivos, sin saber si el alimento que ofrecen producirá un bien real, y sin inquietarse por sus consecuencias. Como políticos, son bastante hábiles: han provisto ámpliamente la ciudad de tributos, de muros, de arse-

nales, de buques y de otras bagatelas semejantes; pero yo soy (Sócrates) el único hombre de Atenas que busca, en cuanto mis fuerzas lo permiten, el verdadero objeto de la política, que es el mejoramiento intelectual del pueblo.»—(*Platon, Gorgias, caps. 72 y 73.*)

(8) «Las censuras de Sócrates no eran particulares á determinados individuos, sino generales á la masa de la humanidad, que participaba del defecto que él queria corregir en la inteligencia del hombre. Este defecto era *la apariencia y la opinion de saber sin la realidad*. La guerra que hizo á esta falsa conviccion de poseer la sabiduria, marcada claramente en Xenofonte, recibió una luz abundante del genio de Platon, y constituyó el verdadero plan de las predicaciones que hizo Sócrates en la segunda mitad de su larga existencia: plan mucho más comprensivo y más generoso que las luchas contra los sofistas, que muchos han considerado como su objeto principal. Siguiendo el hilo de su exámen, no habia cuestion sobre la cual Sócrates insistiese más frecuentemente, que el contraste entre el estado de ilustracion de los hombres sobre las cuestiones generales del hombre y la sociedad, y el conocimiento que los artistas y gente de profesion poseian respectivamente en sus artes especiales. Todos saben cumplir, decia Sócrates, los deberes que le impone su oficio particular; pero no sucede lo mismo con esos otros deberes morales y universales que tiene el hombre para consigo y para

con los demás.»—(*W. Grote, Hist. Gr., tomo 12, cap. 4.*)

(9) «No se debe pensar que fuesen de Sócrates las ideas que se ven en Platon sobre la naturaleza del mundo y sobre la especie de gerarquía que establece entre los seres diversos que lo gobiernan ó que lo habitan. Parece, al contrario, que toda esta filosofía, puramente congetural, no fué nunca del gusto de Sócrates, el cual no aprobaba que se divagase en especulaciones cuyo resultado no podrá ser nunca la evidencia que se busca. Cuando Platon pone en boca de Sócrates ideas de este género, debe suponerse que es, en primer lugar, por apoyarse en la autoridad de un hombre reconocido en la Grecia como el más sábio de los hombres, y en segundo, para ponerse á cubierto él mismo; bajo la salvaguardia del nombre de su maestro, que se habia hecho más respetable desde que el arrepentimiento de los Atenenses habia consagrado su memoria, para reparar la injusticia de su condenacion.»—(*La Harpe, Liceo, Fil. ant.*)

W. Grot, á quien frecuentemente hemos consultado en su Historia de la Grecia, dice al concluir un largo capítulo (el 4.º de la 2.ª parte) que los Atenenses no se arrepintieron de la injusticia cometida con Sócrates. Todo el capítulo citado lo dedica á examinar el método, las doctrinas y cuanto se refiere á la vida de este filósofo.

(10) Estas palabras están tomadas de las *Me-*

morias sobre Sócrates, de Jenofont. Por este autor nos hemos guiado en todo lo que decimos en el resto del discurso. Omitiremos, pues, muchas llamadas que sólo tendrían un interés justificativo, y que sin duda son innecesarias desde el momento en que remitimos al lector á la citada obra de Jenofonte.

(11) «El ser Jenofonte un hombre esencialmente práctico, que se mezcló en todos los asuntos de su época, ha hecho creer, aun á los antiguos, que ha debido reproducir las opiniones de Sócrates con más fidelidad que Platon: esto es probablemente cierto, en cuanto á que no añade ideas suyas; ¿pero nos dará de su maestro una idea completa? Acaso no: por lo menos el Sócrates de Jenofonte, sólo nos representa imperfectamente al hombre que ejerció tan poderosa influencia sobre el espíritu de sus contemporáneos; y es posible que Platon, en la parte dramática del Phedon, en el Criton, y sobre todo en la Apología, nos ofrezca de esta gran figura de la antigüedad, un retrato más semejante, aunque pintado con más amplitud y libertad.»—(*Letronne, Noticia sobre Jenofonte.*)

Puede contestarse á M. Letronne, que el Sócrates de Jenofonte es muy propio para formar hombres virtuosos, prudentes, activos, trabajadores, y que el Sócrates de Platon es más propio para andar en manos de los sábios; por consiguiente, el primero parece que prosigue con más fidelidad la obra de difundir por todas las clases

sociales, los principios de moral y de buen juicio que constituyen las doctrinas de su maestro.

(12) «El método de Sócrates es de un eterno valor, y de una aplicacion universal. Esta purificacion de inteligencia que Bacon señalaba como indispensable para un progreso racional ó científico, es el único medio de conseguir este progreso, á lo menos en parte. Por poco que dicho medio haya sido empleado despues de la muerte de su inventor, su necesidad y su uso no han desaparecido, ni pueden desaparecer jamás. Hay pocos hombres cuyo espíritu no se encuentre en este estado de pretendido saber, al cual Sócrates hacia la guerra; no hay tampoco muchos cuyas ideas no hayan comenzado á formarse por una asociacion espontánea, inconsciente, sin exámen y sin prueba.»—(*W. Grote, Hist. Gr., cap. 4.*)

(13) «Cuando Sócrates fué citado ante los tribunales de Atenas, Lysias le leyó un discurso que habia compuesto en su defensa, y en el cual le hacia tener un lenguaje humilde y suplicante que debia conjurar la tempestad que le amenazaba. «Te suplico, le dijo Sócrates, que no me ofrezcas ese discurso, porque si yo me resolviese á pronunciarlo, aunque fuese en los desiertos de la Scitia, me creeria digno de la muerte.»—(*Val. Max., L. 6, caps. 4, 2.*)

(14) Esta frase se atribuye tambien á Jantipa, la mujer de Sócrates. «Cuando los Atenien-

ses cometieron la criminal locura de condenar á muerte á Sócrates, recibió el veneno de manos del verdugo del modo más impasible. Ya la copa tocaba sus labios, cuando su mujer Jantipa exclamó entre lágrimas y suspiros, que él moría inocente.—¡Y qué! le contestó, ¿querrias mejor que muriese culpable?»—(*Val. Máx., L. 7, caps. 2, 1.*)

(15) Véase la nota 8.^a de este discurso.

Antifon, Terámenes,
Alcibiades, Platon y Jenofonte.

SEÑORES:

En la última conferencia vimos cómo Sócrates triunfó de aquella plaga de sofistas que invadía la Grecia, y cómo él mismo fué víctima de la envidia de sus enemigos y de la crueldad de sus jueces. En adelante observaremos el influjo que ejerció su doctrina en la elocuencia, haciéndola servir á objetos más nobles y elevados y dándole un ropaje más en armonía con la majestad del arte de la palabra. Ahora, hagamos mencion de algunos oradores que por entonces influyeron en los destinos de Atenas.

Entre otros de menos importancia, aparecen ocupando un rango superior, Antifon y Terámenes (1). Antifon fué el primero que escribió

sus oraciones, á lo cual se debe que hayan llegado hasta nosotros diez y seis de las más importantes. Su lenguaje, segun dice un crítico célebre de la antigüedad, era austero y conciso, y propio, por consiguiente, para los debates políticos. Tucídides asegura que este orador no cedía en virtud á ninguno de los Atenenses de su tiempo; que discurría admirablemente, y que sabía manifestar las cosas no menos bien que las pensaba. Él fué quien concibió el designio de confiar el poder en manos de los cuatrocientos, y quien manejó este asunto hasta llevarlo á término feliz; y cuando más tarde el partido popular le envolvió en un proceso con sus demás amigos políticos, su elocuencia brilló al defenderse y defenderlos como jamás habia brillado hasta entonces en Atenas, en las causas particulares.

Escribió tambien muchos discursos para los acusados ó litigantes á quienes la ley obligaba á defenderse por sí mismos. Dió preceptos sobre retórica, y compuso, como Protágoras, una coleccion de disertaciones sobre asuntos varios, donde hablaba, alternativamente, en pró y contra de la misma causa. Su principal mérito consistia en la invencion, donde revela que poseia un gran talento para convencer y persuadir. Aunque tomó, á veces, una parte muy activa en los negocios

públicos de su patria, la cual nunca se vió tan agitada como entonces, le gustaba poco presentarse en la asamblea del pueblo, ni en ninguna reunion donde se promoviesen discusiones políticas. La fama de su elocuencia le hacia sospechoso á la multitud, y sin embargo nadie podia encontrar en Atenas un orador cuya palabra fuese más eficaz, en los procesos políticos ó judiciales (2).

Pero sus buenas prendas no fueron para él una garantía de seguridad: fué víctima de las represalias de los partidos, como tantos otros actores del drama que se representó en Atenas, despues de la muerte de Pericles. En cuanto al fin que tuvo en aquella época de contiendas intestinas, los historiadores se hallan notablemente discordes: unos le hacen perecer por orden de los treinta tiranos; otros creen que fué condenado por haber ido á la cabeza de una diputacion enviada por los cuatrocientos á los Lacedemonios, y hay quien opina que en edad propecta se retiró á la córte de Dionisio de Siracusa, donde éste le hizo morir por haber provocado su enojo con una frase más libre de lo que permiten los oidos siempre recelosos de los tiranos. Se refiere que un dia le preguntó cuál era el mejor bronce, á lo cual contestó que «aquel de que estaban hechas las es-

tátuas de Armodio y Aristogiton, héroes de la libertad Ateniese, á quienes la República agradecida habia levantado altares y consagrado, en cierto modo, un culto como á los dioses (3).

Respecto al orador Terámenes, tampoco tenemos noticias muy circunstanciadas de su vida, y apenas han llegado hasta nosotros algunas reliquias de sus discursos políticos. Lo conocemos, sin embargo, como á los antiguos pintores cuyos cuadros perecieron, dejando á los siglos el cuidado de conservar la fama que merecian. Fué uno de los treinta tiranos, y antes habia figurado entre los cuatrocientos; pero sin duda el arte de la palabra estaba acompañado en él con sentimientos humanos, y con aquella facultad indispensable al hombre de gobierno, que descubre á sus ojos las consecuencias próximas ó lejanas de los abusos, y los límites en que debe detenerse la arbitrariedad, si quiere prolongar algunos momentos su precaria existencia. Cuando vió que sus compañeros de gobierno sacrificaban los más ilustres ciudadanos, por satisfacer sus ódios y rencores particulares, se opuso á esta marcha de sangrientas persecuciones, y manifestó la conveniencia de aumentar el número de los que entonces formaban la oligarquía, dando participacion en el poder á todos los Atenieses principales y

virtuosos. Pero estas proposiciones á nadie complacieron, y sufrió la suerte de todos los que buscan un justo medio como base de acierto y de justicia. Se hizo sospechoso á sus colegas, y no tardó en ser acusado por el infame Critias, que primero habia sido discípulo de Sócrates y que despues fué su más encarnizado enemigo. Se le presentó ante el pueblo como un perturbador temible, y como pérfido y traidor á todas las opiniones políticas. Su defensa, pronunciada inmediatamente despues de ser acusado, brilló por su vigor y su elocuencia.

«Confieso, dijo, haber combatido siempre á los que se imaginan que la verdadera democracia consiste en que el esclavo y el ciudadano pobre, que por una dracma venderian su patria, tomen parte en la administracion; igualmente que á los que quieren reducir la oligarquía, á un pequeño número de poderosos que opriman la República.» Estas palabras fueron acogidas con muestras de aprobacion casi unánimes; pero entonces los Treinta, ansiosos de asegurar su presa, lo excluyeron de los derechos concedidos á los tres mil ciudadanos más notables, y lo condenaron á muerte. Terámenes se acogió al altar de Vesta que se hallaba en aquel sitio y dijo: «Reclamo el amparo de las leyes contra el atentado de que soy

víctima: ved que no puede verificarse sin comprometer vuestra seguridad. No ignoro que no podrá salvarme este altar de la rabia de mis enemigos, pero al menos demostraré que no respetan á los dioses ni á los hombres. Sólo me admira, Atenien-ses, el ver que gentes sensatas como vosotros, no defienden sus propios intereses, aunque saben que es más fácil borrar sus nombres del registro de los tres mil, que borrar el de Terámenes» (5).

Por más que Terámenes no fuese, ni como orador ni como político, una de esas figuras colosales que de vez en cuando florecieron en Grecia, su memoria habria pasado casi intachable á la posteridad, si por librar á la República del poder Lacedemonio, no hubiese aconsejado á sus compatriotas la destruccion de los muros de Atenas; de aquellos mismos baluartes que levantó Temístocles contra la voluntad de Esparta, y en cuya obra se ocuparon los ciudadanos de todas categorías, y se emplearon hasta los mármoles de los templos y los sepulcros que habian sido destruidos por los Persas, lo cual hizo decir á un historiador que los muros de Atenas se habian reedificado á espensas de las tumbas.

Emito este juicio severo contra Terámenes, porque creo, señores, que la prudencia no puede aconsejar nunca el deshonor, y menos la servi-

dumbre; y sin duda por eso tiene esta virtud tantos atractivos á mi vista. La honra y la verdadera libertad son bienes preciosos, sin los cuales las naciones, como los individuos, deben preferir la muerte á la existencia. No temo que recibais con extrañeza estas ideas, por más que algunos puedan considerarlas como ecos sonoros que salen de mis lábios sin arrancar de mi corazón, y que llegan á vuestros oídos sin penetrar hasta el fondo de vuestro pecho; no temo esto, repito, porque sé que el heroísmo y el amor patrio son virtudes familiares á los españoles.

Opino, también, que la elocuencia es un arma que debe servir solamente para defender causas que sean recomendables por su justicia y su nobleza; y que el orador debe en cierto modo parecerse á aquellos paladines de la Edad media, que nunca tenían su espada en sangre vil, ni se negaban nunca á patrocinar á los débiles contra los fuertes y opresores. Cuando la palabra no se inspira en el recuerdo de las glorias nacionales, y cuando brota de un corazón donde el miedo á los peligros ejerce más influencia que el miedo al fallo inapelable de la posteridad, entonces la elocuencia no merece el nombre de elocuencia; no es el grito penetrante del héroe que mira con desden la imagen de la muerte y con entusiasmo

la imagen santa de la patria: es el suspiro del hombre débil, abatido por la desgracia; es el lamento temeroso del esclavo, ó cuando más, como ha dicho un célebre español, el *moriture te salutant* que los gladiadores romanos pronunciaban ante los Césares!

Pero, si ahora volvemos la vista á los discípulos de Sócrates, lo primero que observamos es que unos igualaron, y quizá superaron, las virtudes y la sabiduría de su maestro, como sucedió á Jenofonte y Platon (6), y otros se hicieron por sus crímenes y desórdenes, tan notables como por sus talentos políticos ó militares. De este número fueron Critias, pequeño Neron, cuya vista se alegraba viendo humear la sangre de sus compatriotas, y Alcibiades, que superó á sus contemporáneos en vicios y en el virtudes, y en el cual, segun dice un historiador, quiso la naturaleza hacer una prueba de sus fuerzas. Parecen realmente incompatibles las cualidades que se descubren en él; y no comprendo que puedan explicarse, sino que atribuyéndolas á una actividad infatigable de cuerpo y de espíritu, que le hacia tan fácil subir por la áspera senda de la virtud, como precipitarse por la pendiente rápida del vicio.

Primero escandaliza á Atenas con una vida

de fausto y de placeres; despues, á la Grecia toda, pesentándose en los juegos olímpicos rodeado de un lujo ostentoso y deslumbrador (7), con el cual no pudieron competir algunas ciudades importantes; mas tarde, hallándose desterrado en Tebas, se distingue por su fortaleza en los ejercicios gimnásticos y en los trabajos corporales; pasa á Esparta, y allí deja admirados á los Lacedemonios, con el ejemplo de unas costumbres austeras, lo que no fué obstáculo para que sedujese á la mujer del rey Agis; se acoge al amparo de Tisafernes, y se abandona en el palacio de este á las dulzuras de una vida muelle y regalada, acomodándose tan fácil y completamente á las costumbres asiáticas, como si nunca hubiese sido más que un sátrapa de la Persia; se ve por último obligado á vivir entre los Traces, que eran amantes de la embriaguez y la licencia, y les aventaja, en estos vicios, como antes habia aventajado á los Tebanos y Lacedemonios en las virtudes propias de aquellas ciudades republicanas (8).

Su conducta política está igualmente plagada de acciones tan variadas y contradictorias como sus cualidades. Aconsejó á sus compatriotas la conquista de Sicilia y de Cartago, empresa desgraciada pero una de las más atrevidas que aco-

metieron los Atenienses; y refugiado en Lacedemonia despues que fué condenado á muerte por sacrílego, trabajó contra su patria, aunque protestando que combatia solamente á sus enemigos, que eran tambien los enemigos de la República. Vuelto á Atenas entre los aplausos y aclamaciones de la multitud, derrama lágrimas sinceras de alegría, al contemplar de nuevo los edificios del Pireo y las torres de su ciudad; abate el poder Lacedemonio en ocho batallas consecutivas; lleva triunfadoras las armas de la República hasta las orillas del Helesponto, y habiendo sido perseguido por creerle partidario de la oligarquía, restablece, sin embargo, el antiguo gobierno democrático (9).

Su conducta fué intachable mientras estuvo bajo la direccion de Sócrates, debiendo creerse que si las lecciones de este maestro que le miraba con una tierna predileccion, no bastaron para hacerle incorruptible, fueron, sin duda, la causa de aquel fondo de prudencia que le guiaba al acierto, y de aquellas virtudes cívicas que de vez en cuando aparecian en él, como esos meteoros luminosos que de noche cruzan fugazmente por los cielos (10).

Al considerarle nosotros como orador, le encontramos manifestando siempre sus cualidades

personales, y ejerciendo siempre un influjo decisivo en los destinos de Atenas. Sus dos principales biógrafos están acordes en atribuirle una elocuencia persuasiva, con la cual pocos podían rivalizar, no obstante que en Atenas florecían entonces oradores de fama, como los dos de que hemos hablado, como Feax y Nicias, y como el mismo Hipónico con cuya hija se casó Alcibiades (11). Se dice que pronunciaba la *r* con dificultad, dándole el sonido de *g*, como ahora hacen los franceses; pero este defecto era mirado en él por sus compatriotas como una particularidad que aumentaba la gracia de su palabra. Su continente era majestuoso; su rostro simpático y expresivo, hasta el punto de que no había en Atenas, en su tiempo, ningún hombre que le aventajase en belleza física (12); todas sus prendas exteriores le recomendaban poderosamente al auditorio, y hasta el recuerdo de Pericles no podría menos de favorecer á este vástago de su familia, cuando en las asambleas públicas le oyesen reproducir algunos ecos de los sublimes acentos de aquel hombre eminentísimo.

Preciso es confesar que, no obstante su mérito y su ingenio rápido y fecundo para concebir pensamientos acertados, su palabra carecía muchas veces de fluidez, y su elocucion no llenaba

las condiciones que el lenguaje oratorio debe satisfacer, para que sea perfecto ó siquiera bueno (13). Esto consistia, sin duda, en que Alcibiades habia hecho siempre la vida activa del político, y en que por efecto de su carácter no podia ser inclinado á los estudios tranquilos y laboriosos del hombre de letras.

Segun puede verse en Tucídides, Alcibiades ocupó frecuentemente la tribuna de Atenas, despues que tomó parte en los negocios públicos, y muchas veces hizo prevalecer sus dictámenes, aunque no fuesen los más conformes á la razon ó á la conveniencia de la República; pero de todas las ocasiones en que hizo uso de la palabra, en tres especialmente se manifestó su elocuencia más poderosa que en las demás: cuando indujo á los Atenienses á que emprendiesen la conquista de Sicilia; cuando proscrito en Esparta aconsejó á los Lacedemonios que socorriesen á los sicilianos y que declarasen la guerra á la misma República de Atenas; y cuando á su vuelta del destierro reconvino á sus compatriotas por haberle castigado injustamente como sacrílego..

Pero aquí, señores, debo emitir una consideracion: si mi objeto fuese exclusivamente hacer una historia de la elocuencia política, deberia hablar muy poco de Alcibiades, puesto que no

ha trasmitido á la posteridad monumentos que lo acrediten como orador de primer órden; pero siendo así que estas conferencias son más bien un ensayo sobre los oradores célebres, no estará demás que nos fijemos, con alguna detencion, en un hombre que si fué admirado por sus talentos militares, lo fué tambien por los triunfos que consiguió con su palabra.

Algunos historiadores opinan que la expedicion de Sicilia fué producto de un movimiento nacional; pero yo, señores, que sin negar los movimientos espontáneos de los pueblos, ni el poder invisible de las ideas, creo tambien mucho en el influjo de los hombres superiores, considero dicha expedicion como un triunfo oratorio de Alcibiades, cuyas aspiraciones ambiciosas buscaban un ancho teatro donde satisfacerse (14). ¿Qué extraño es que combatiese el dictámen contrario de Nicias, general experimentado, respetable por su virtud, su fortuna y su pericia? ¿Qué extraño que se irritase ante los ataques personales que este caudillo le dirigió, para disuadir á los Atenienses de que le confiasen el mando de las tropas? (15) No impunemente se entorpece la marcha de un jóven ambicioso, que lleva en su cabeza un mundo de esperanzas y de brillantes prosperidades.

El vasto plan que Alcibiades habia concebido de la guerra contra Sicilia, hace honor á su talento y á su audacia. Si hemos de creer las revelaciones que él mismo hizo más tarde, su pensamiento era apoderarse de Sicilia, á favor de las discordias que dividian á aquellos pueblos; conquistar á Cartago, y llevar sus armas triunfadoras hasta las columnas de Hércules; aprovechar las maderas de Italia para construir nuevos buques; reforzar el ejército con los griegos de Sicilia y con mercenarios Iberos, que tenian fama de belicosos, y caer en seguida con estas grandes fuerzas sobre el Peloponeso, para asegurar de una vez, con sólidos fundamentos, la supremacía de Atenas sobre las repúblicas griegas (16). Es cierto que este plan lo dejaba casi todo á merced de la fortuna; pero hay hombres que jamás desconfían de esta diosa voluble y antojadiza, y que tienen una fé supersticiosa en su estrella; y sin duda Alcibiades era uno de aquellos caracteres á quienes nunca arredraban los obstáculos ni intimidaban los peligros.

Llegó el momento de ocuparse en la Asamblea nacional de los preparativos de la expedicion y del nombramiento de generales. Nicias se esforzó porque se anulase el decreto en que se declaraba la guerra, y en un discurso lleno de

prudentes reflexiones, que fué escuchado con atención, expuso las ventajas de la paz y los riesgos de una campaña lejana, cuando se tenían á la espalda vecinos tan temibles como los Espartanos. Concluyó predisponiendo los ánimos contra Alcibiades, y denunciando sus desórdenes y sus miras ambiciosas.

Estos ataques despertaron, más violenta que nunca, la enemistad que siempre los habia dividido, especialmente en los negocios de la República. El jóven se lanzó á la tribuna, y más colérico que alarmado, respondió en seguida á su agresor, sin cuidarse de emplear las formalidades de un exordio. Voy á permitirme leeros algunas frases de este discurso, en que se vé el carácter personal de Alcibiades:

«Los sarcasmos de Nicias me obligan á comenzar recordándoos que tengo más títulos que otros para merecer el mando de la expedicion, y que me creo completamente digno de que me dispenseis esta honrosa confianza. Los cargos mismos que me dirige, no solamente son motivos de gloria para mí y mis antepasados, sino tambien origen de ventajas positivas para la República. El lujo que he ostentado en los juegos Olímpicos, y los triunfos que he conseguido, han hecho ver á los Griegos que en Atenas hay simples par-

ticulares, capaces de rivalizar con Repúblicas enteras, y que la nuestra no estaba en el abatimiento que le suponían.

»Sé que todos los hombres que e por algun concepto se han distinguido, han sido impopulares durante su vida y mirados con envidia por sus émulos; mientras que despues de muertos han dejado una reputacion gloriosa para sus familias y para su patria. Esta es la honra que ambiciono, y porque me afano en merecerla se dirigen, las censuras que habeis oido, contra mi conducta privada. Pero examinad mi conducta política, y vereis que puede sufrir la comparacion con la de cualquier otro ciudadano.

»He reunido las ciudades más poderosas del Peloponeso, sin gastos sérios ni peligros para vosotros; he obligado á los Lacedemonios á comprometerlo todo en la batalla de Mantinea, de la cual han salido desalentados aunque victoriosos (17). ¿No os parece, Atenienses, que las locuras de mis pocos años han producido algunos servicios á la patria? Os ruego, pues, que no temais el vigor de mi juventud; y mientras lo conserve, aprovechadlo al mismo tiempo que la experiencia y la buena fortuna de Nicias.»

Justificado de este modo, hace inmediatamente una pintura del descontento que sentian mu-

chas ciudades de Sicilia contra los Siracusanos; asegura á sus compatriotas que mientras conserven el imperio del mar deben temer las hostilidades de los Lacedemonios, y despues de establecer máximas de política internacional que no vacilo en calificar de funestas, halaga el orgullo de los Atenenses, y se reconcilia el favor de los ancianos, con las siguientes palabras que sirven de epílogo á su discurso:

«Embarquémonos, pues, y así habremos humillado á los pueblos del Peloponeso, haciéndoles conocer que, muy lejos de temerles, emprendemos la conquista de Sicilia. Que las palabras de Nicias no os hagan cambiar de dictámen, y no perdais de vista que tienden á sumiros en la inaccion y á sembrar la discordia entre los jóvenes y los viejos. Seguid la conducta de vuestros padres. Ellos reunieron los consejos de la ancianidad y el esfuerzo de la juventud, y consiguieron elevarse á un alto grado de poder que vosotros debéis hacer cada dia más floreciente, imitando su ejemplo. No olvideis, lo mismo los viejos que los jóvenes, que los unos sin los otros no podeis nada; que la fuerza del Estado depende principalmente del concurso de todas las clases que lo componen; que si la República se abandona al reposo perderá su actividad y su vigor, mientras

que, muy por el contrario, en la lucha aumentará su experiencia y el hábito de defenderse, no con vanos discursos, sino con actos de valor é intrepidez.»

Tal fué, señores, el lenguaje de Alcibiades, que acabó de arrastrar á los Atenenses al partido de la guerra. No pretendo que por estos pasajes pueda formarse una idea exacta de la elocuencia de Alcibiades; y aun creo que entre ellos y el discurso que saliese de sus lábios, habrá la diferencia que entre un retrato y su original; pero á lo menos servirán para que conozcamos su modo de discurrir y de exponer sus pensamientos en la tribuna. La rapidez con que entra en materia, renunciando á un exordio que habria sido infructuoso y lánguido en aquellas circunstancias, y la atrevida franqueza con que admite los cargos de Nicias para convertirlos en títulos de gloria y en merecimientos, revelan su carácter impetuoso, y la prontitud de su ingenio para buscar recursos donde menos parecia que se encontraban.

Ciertamente, señores, que cuando no puede negarse un hecho, por grave que sea, lo mejor es adelantarse á confesarlo, y hacer despues su defensa del mejor modo que su índole permita. Alcibiades procedió aquí, como Quintiliano recomendaba cinco siglos más tarde, que se proce-

diese en todos los casos semejantes. En el resto de su discurso, pronuncia algunas frases que parecen inspiradas por Pericles; pero no revela aquella alta sabiduría, que jamás condujo á este hombre á guiarse por cálculos temerarios. Las miras de Alcibiades, como orador y como político, eran más egoistas, y por decirlo así, menos nacionales y patrióticas: su prudencia no fué nunca la del hombre de Estado que se cuida del porvenir no menos que del presente, sino aquella otra prudencia puesta al servicio de la ambicion, que busca medios de conseguir los fines inmediatos, sin atender para nada á las dificultades ulteriores (18).

Llamado por sus compatriotas al poco tiempo de marchar para Sicilia, fué envuelto en un proceso criminal y condenado á muerte por un delito de profanacion que le atribuyeron. Entonces vivió como refugiado en Lacedemonia, donde se condujo como mal ciudadano, empañando su nombre con la mancha de la traicion. Porque, no otro calificativo merece, el haber empleado su elocuencia en aconsejar la guerra contra Atenas. En balde protestó que él no podia amar una patria que, en vez de protegerle, le hacia víctima de sus injusticias. Ni de este modo ha podido disculparse ante la posteridad, ni pudo engañar siquiera á los

que le escuchaban, que sin embargo de haberse aprovechado de sus consejos, resolvieron darle muerte por temor de alguna perfidia. Pero la fortuna quiso que de refugiado en Esparta se convirtiese en azote de los Espartanos, justificando así la desconfianza que sintieron hácia él; y que despues de haber sido declarado impío y sacrilego por los Atenienses, estos le recibiesen con demostraciones de entusiasmo que nunca habian empleado hasta entonces, y que lavasen con lágrimas la sentencia que habian arrancado al pueblo sus perseguidores (19).

Fué árbitro de Atenas durante algun tiempo, pero era tan ventajosa la idea que se habia formado de sus talentos militares, que nadie comprendia que hubiese para él dificultades insuperables, por lo cual atribuyeron á algun designio peligroso para la República el primer revés que sufrió: Despojado del mando mientras se hallaba ausente, no quiso volver á Atenas, y se retiró á Tracia, donde murió asesinado. Tal fué, señores, este hombre, calificado de grande por sus biógrafos, y en cuyo corazon habia puesto Sócrates abundantés semillas de virtud, de las cuales unas florecieron, y las más fueron abatidas, muy temprano, por el soplo de su ambicion.

Si ahora dirigimos la vista á los demás disci-

pulos de Sócrates, ¡qué contraste tan sorprendente no descubrimos entre Alcibiades, y Platon ó Jenofonte!

Platon, señores, ha merecido por su elocuencia y su filosofía el sobrenombre de divino (20). De todos los oradores que se dedicaron á la enseñanza y á la investigacion de las verdades morales, ninguno hay que pueda disputarle la supremacía. No tuvo por auditorio el concurso de una Asamblea popular, ni por objeto una declaracion de guerra ó un tratado de alianza de comercio; su palabra se dirigia á los siglos venideros, lo mismo que á los jóvenes que le acompañaban en los jardines de Academo; y muy lejos de ocupar su espíritu en las intrigas y en las ardientes contiendas de la política, se elevó hasta los cielos para descubrir los secretos de la creacion, y para revelar al mundo la existencia de una vida futura, y de un juez invisible, inmutable y eterno.

Pero cuando hombres de fama universal vienen hablando de Platon, casi desde los tiempos que siguieron á su muerte, ¿deberé esforzarme inútilmente para encontrar palabras dignas de su grandeza y de su gloria? ¿No será más acertado oír á los que fueron capaces de juzgarle, y conservar nosotros el papel de admiradores? Para

encarecer la sublime elocuencia de su lenguaje, Ciceron dice que los dioses lo emplearian si tuviesen que hablar á los mortales. Quintiliano asegura que el orador latino procuró siempre imitar la afluencia de este filósofo, al mismo tiempo que la armonía de Isócrates y el vigor de Demóstenes. Longino no puede ocuparse del sublime, en su excelente obra sobre esta parte de la retórica, sin hablar mucho de Platon, sin hacer grandes elogios de las figuras nobles y brillantes con que da magnificencia á sus escritos, y sin decir que es uno de los imitadores de Homero que más se acercan á la altura del original; y un Padre de la Iglesia hizo la mejor alabanza de su doctrina, diciendo que habia preparado al mundo para recibir el cristianismo (21).

— ¿Será cierto, señores, que Platon conocia los libros de los Hebreos? Así lo indica por lo menos la conformidad del espíritu y la letra entre algunos de sus pasajes, y algunos versiculos de la Biblia. El salmo 138 contiene uno que dice: «Si me elevo hasta los cielos, encuentro á Dios; y si descendiendo á las profundidades de la tierra, lo encuentro también;» y Platon parece un eco fidelísimo de estas palabras, al repetir en el libro de las *Leyes*: «Aunque fueses bastante pequeño para introducirte en las profundidades de la tierra, ó

tuvieses alas para subir hasta los cielos, no podrías ocultarte á las miradas de Dios.» La frase en que aseguraba que *todo son reminiscencias*, tiene mucha semejanza con aquella del libro del Eclesiastés, en que se dice que *nada hay nuevo sobre el mundo*; y con aquella otra en que el mismo Salomon añade: *Toda cosa que se aprende es una cosa que se tenia olvidada*.

No puede negarse que su moral tiene muchos puntos de contacto con la moral cristiana, y sin duda por esto, y quizá tambien seducidos por las bellezas de su elocucion, muchos escritores de la Iglesia han sido platonianos. Toda impiedad, decia, tiene el error por fundamento; pero nunca está más admirable que cuando habla de Dios y de la creacion. «El Dios que os anuncio, exclamaba, es un Dios único, inmutable, infinito. Centro de todas las perfecciones, manantial inagotable de la inteligencia y de la vida; existia antes de haberse manifestado en sus obras, porque no ha tenido principio; vivia en sí mismo, en los arcanos de la eternidad. No, mis expresiones no corresponden á la grandeza de mis ideas, ni mis ideas á la grandeza del asunto.»

Añade que Dios tenia resuelta la creacion del mundo con arreglo á un vasto plan donde estaba comprendido y ordenado de una manera sublime

cuanto habia de existir. Llega el instante de la suprema obra; la sabiduría eterna da sus órdenes al caos, y un estremecimiento fecundo y desconocido produce la luz y la armonía universal. Este sublime pensamiento debia sin duda conocerlo el poeta Milton, cuando en su *Paraiso Perdido* nos presenta á Dios con un inmenso compás de oro en las augustas manos, y cuando despues nos dice:

Y un pié fijo en el centro, el otro gira
Con dilatado radio en el profundo,
Hasta aquí llegarás, diciendo al mundo.

En fin, señores, obligado como estoy á pasar rápidamente ante la figura de Platon, para fijar la vista algunos momentos en Jenofonte, diré que sólo ha podido reprochársele el abuso que hace de las metáforas en algunos pasajes de sus obras (22), y que en el estudio de la política no fué tan feliz como en el estudio de la moral, puesto que su República ha permanecido siempre donde únicamente podia existir: en las bibliotecas de los hombres eruditos. Se dice que en su más avanzada edad corregia laboriosamente sus diálogos, y que pasaba largos ratos como reconcentrado en sí mismo, leyendo en el espejo interior de su alma. Nunca, pues, deberemos olvidar que uno de los mayores talentos que el mundo ha

producido, tuvo siempre por auxiliares al trabajo y la meditacion.

Para ver á Jenofonte, no hay que elevar tanto la vista como para ver á Platon. Discípulo de Sócrates, supo aprovechar las lecciones de virtud de su maestro, y formar su espíritu y sus costumbres en la escuela de la templanza, de la moderacion y de la fortaleza de ánimo. La modestia resplandecía en su carácter, y no hay ninguna de sus obras que no lleve impreso el sello de esta virtud. La amistad, ese sentimiento inefable que mitigó el infortunio de Ciceron, y cuyos beneficios nunca conoció Demóstenes, fué siempre compañero de Jenofonte, y segun opinan historiadores respetables, uno de los móviles que más influyeron en las grandes resoluciones de su vida. Sabemos que en la batalla de Delio peleó junto á Sócrates; despues de obtener la aprobacion de este filósofo, emprendió la campaña de Persia por seguir á Proxenos; recibe siempre con los brazos abiertos á sus amigos; dice que el ser irreprensible con ellos es un título de gloria; combate por defender á Agesilao en la batalla de Coronea; sufre treinta años de destierro por ser fiel á este compañero de armas, cuya fama eterniza escribiendo la historia de su vida; y en vez de mostrarse resentido, como Alcibiades, por las

injusticias de su patria, exclama al concluir una de sus obras: «¡Permitan los dioses que, antes de morir, vea yo á Atenas tranquila y floreciente!»

Uno de los caractéres en que más se conoce que fué discípulo de Sócrates, y que no le abandona jamás en sus discursos, es la piedad religiosa y la confianza en la Providencia y en los medios humanos. No tenia la reflexion poderosa de Platon, ni el espíritu observador y profundo de Tucídides: era un hombre esencialmente práctico, menos propio, quizá, para atraerse la admiracion de los venideros, y más propio para ofrecer beneficios inmediatos á sus contemporáneos.

Durante algun tiempo, yo habia participado de la opinion general, que sólo consideraba á Jenofonte como historiador y cuando más como filósofo; pero despues de haber leído, con algun detenimiento, la obra en que nos refiere la célebre expedicion de los diez mil, y de meditar un poco sobre el papel que desempeñó en aquella difícil retirada, he creído que podia considerársele como un orador que manejaba diestramente el arte de la palabra, y á quien sólo faltó una tribuna como la de Atenas, para dejar monumentos de elocuencia. No me sorprende que durante la primera época de su vida, cuando habitó en su patria, no asistiese á las asambleas públicas; por-

que lo azaroso de aquellos tiempos y la indole misma de su carácter le debieron aparte de la política, para dejarle entregado á las dulzuras de la filosofía; pero en el momento en que se vió precisado á valerse de los recursos de la palabra, le sucedió lo que á algunos individuos de nuestras Córtes de Cádiz, que temerosos en un principio de terciar en los debates, se admiraban despues de no haber conocido hasta entonces las facultades oratorias de que disponian.

Cerca de cuarenta años contaba Jenofonte cuando recibia de Isócrates lecciones de elocuencia. Poco más tarde lo descubrimos entre la muchedumbre de un ejército, que despues de haber perdido á sus jefes, victima de la más negra perfidia, se veia cercado de enemigos en el corazon de la Persia, y sin ningunas esperanzas de salvacion. Jenofonte que no acompañaba al ejército en calidad de jefe ni de soldado, reúne á los oficiales subalternos y les habla con tanta fuerza de elocuencia y de razon sobre los medios de salvar las tropas, que en aquel instante es elegido general. Un cuerpo de diez mil griegos procedentes de distintas repúblicas, de las cuales algunas eran enemigas entre sí, y en circunstancias en que la diversidad de pareceres, las privaciones y los sufrimientos habian de introducir la discor-

dia, era más difícil de gobernar que una ciudad turbulenta. Esta fué la obra difícil pero gloriosa de Jenofonte.

Se necesitaban talentos militares unidos al talento de la palabra, y él se improvisó caudillo experimentado y orador elocuente, hasta el punto de que en menos de ocho meses condujo el ejército desde las orillas del Tigris hasta las playas del mar Negro, y de que hizo adoptar todos sus dictámenes en los consejos, disipó calumnias que se dirigian á perderle, calmó sediciones y conservó, á través de tantas dificultades, un prestigio inmenso sobre el espíritu de los soldados.

Basta examinar los discursos que pronunció en Cotyora, para convencerse de que sabia manejar con destreza las numerosas colectividades; unas veces dirigiéndose rectamente á su objeto, y otras dando rodeos para alcanzarle sin sorprender al auditorio. A esto reunia un poder admirable para repetir las ideas y presentarlas en una forma variada, y el valor de censurar con franqueza las faltas de los oyentes, como si fuese un eco de la conciencia de ellos mismos, en lo cual imitó á Pericles, y fué despues superado por Demóstenes. Aunque tenia una voluntad firme como el acero, sabia sacrificar parte de sus convicciones á las circunstancias que no podian salvarse de otro modo.

Hubo casos en que inflamó el espíritu bélico de las tropas con breves arengas pronunciadas á la vista del enemigo, y recorriendo á caballo las filas del ejército. Pero su elocuencia era, por lo comun, de un órden más elevado, aunque su lenguaje se distingue por una grande sobriedad de adornos, que sólo se interrumpe para dar cabida á alguna comparacion, como cuando dice: «Si he castigado á un griego por su bien, confieso que merezco la misma pena que el padre que castiga á un hijo, ó que el maestro que corrige á su discípulo. Los médicos mismos, ¿no recurren á la amputacion para conservar la vida del enfermo?»

De la nobleza de sus ideas, podeis formar juicio por algunas frases recogidas en sus discursos.

En un consejo de capitanes decia al concluir: «Estoy resuelto á seguiros por el camino de la gloria, ó á marchar delante de vosotros si me concedeis tan grande honor.»

En otra ocasion dirigia á los soldados esta frase: «Que vuestras palabras y vuestras acciones acrediten vuestro valor, y no olvideis nunca, cuán grato es oír las alabanzas que siguen á la victoria.»

A un oficial que proponia el asesinato del Rey de los persas, le respondió: «Pido que ese hombre sea exonerado y arrojado de entre nos-

otros: un griego como ese deshonra á su patria y á la Grecia entera.»

Quando fué propuesto para general en jefe, se adelantó en medio de la Asamblea y de sus compañeros, y les rogó que eligiesen á otro de los capitanes en un breve discurso que empieza así: «Como hombre no puedo ser insensible á la honra que me dispensais; pero la salud del ejército reclama que el mando se confie á un Lacedemonio, y no puedo consentir que el bien comun se sacrifique en aras de mi amor propio.»

En fin, señores, podría citaros infinidad de rasgos elocuentes en que abundan estos discursos, tan admirables por su sencillez como por la elevacion de sentimientos con que fueron dictados, y por el gran fondo de sabiduría que encierran; pero baste lo dicho para conocer á Jenofonte como orador. Por lo demás, creo haber indicado lo bastante para dar á conocer, que si no fué una de las figuras más grandes, fué una de las figuras más bellas y más simpáticas de la antigüedad. No deslumbra como Alcibiades con sus brillantes victorias, pero cautiva con la nobleza de su carácter; no inspira esa admiracion estéril que producen los antiguos monumentos del Egipto, pero inspira esa otra admiracion más fecunda que sienten los hombres virtuosos hácia los

que nunca se mancharon con el cieno del vicio; y en fin, señores, muy lejos de ser el representante de todos los desórdenes de su tiempo, fué el tipo del íntegro ciudadano, y el representante de las virtudes de su patria.

La primera noche que nos reunamos, me ocuparé de los tres maestros de elocuencia más célebres que hubo en Atenas: de Lysias, Isócrates é Iseo.

He dicho.

NOTAS AL QUINTO DISCURSO.

(1) Las escasas noticias que damos sobre esos oradores, están tomadas de Tucídides y Jenofonte. Igual origen tiene casi todo lo que decimos de Alcibiades, al considerarle como orador. Ni en nuestra época hay otras fuentes históricas á donde poder recurrir, ni las habia hace veinte siglos. «Después de Pericles, dice Ciceron, ocuparon la tribuna de Atenas Alcibiades, Critias y Terámenes. Por los escritos de Tucídides, principalmente, se puede juzgar del gusto que reinaba entonces. El estilo era noble, sentencioso, lleno en su precision, y por su misma precision un poco oscuro.—(*Brutus*, VII).

(2) Hé aquí los autores que nos han suministrado los datos que se refieren á Antifon. Ciceron (*Brutus* XII); Plutarco (*Los diez oradores*); Tucídides (*lib. 8, cap. 68*), y Schoell (*Hist. de la lit. Gr.*) que sólo repite, sucintamente, algo de lo que dicen los demás.

(3) En un principio, Critias y Terámenes vivieron en buena-inteligencia; pero cuando el primero comenzó á derramar la sangre de aquel pueblo que lo habia desterrado, Terámenes, que pensaba de otro modo, le dijo que no era justo condenar á muerte á los ciudadanos principales que no habian hecho ningun mal á las gentes honradas. Viendo que se sacrificaba una multitud de víctimas inocentes y que la opinion pública protestaba contra aquellos crímenes, Terámenes observó que la oligarquía no podria sostenerse, si no se asociaba mayor número de ciudadanos para ejercer el gobierno.

Persuadidos los Treinta de que Terámenes estorbaba sus proyectos, le armaron emboscadas, le calumniaron, le pintaron ante cada senador en particular, como un faccioso muy temible para el Estado.—(*Jenofonte, Helénicas, lib. II, cap. III.*)

El discurso que pone en boca de Critias, es una acusacion violentísima, que está revelando la saña y la perversidad del orador. Dice para disculpar los decretos de muerte que se expedian, que eran indispensables para asegurar el gobierno, y comunes á todas las revoluciones; y en seguida pinta á Terámenes como un mónstruo de inconsecuencia y de perfidia, y concluye con este llamamiento al egoismo de los jueces: «Si sois prudentes, sacrificareis á ese hombre en aras de vuestra propia seguridad. Su muerte desconcertará á todos los facciosos que conspiran dentro y fuera de Atenas.»

(4) Lo que no permitia la justicia lo consiguió la fuerza. «Critias hizo comparecer á los verdugos y les dijo:—La ley condena á Terámenes, apoderaos de su persona; conducidle al lugar designado, y cumplid en seguida con vuestro deber.—Aquellos hombres arrancaron su víctima del altar. Terámenes pedia justicia é invocaba á los dioses y á los hombres; pero el Senado permanecia silencioso. Al ver que se le conducia por en medio de la plaza, intentó conmover la multitud con sus acentos lastimeros. Se citan de él estas palabras. El jefe de los verdugos le amenazaba para que se callase, y él le contestó con ironía: «Tienes razon, porque si me callo, ya no tendré nada que temer.» Bebió en seguida la cicuta, y arrojando al aire la que quedaba en el vaso, exclamó: Esa es la parte del buen Critias. Sé que estas palabras no tienen nada de memorables; pero me admira, sin embargo, que, teniendo tan cercana la muerte, no perdiese en lo más mínimo su presencia de ánimo.»—(*Jenofonte, Helénicas, lib. II, cap. III.*)

(5) «Platon sobrepujó á los héroes en virtud, y se igualó á los dioses en inteligencia. Speusippo, que habia recogido muchas noticias sobre la juventud de Platon, y detalles sobre su familia, celebra su asombrosa inteligencia y su rara modestia, y pinta sus precoces disposiciones y su amor al estudio; virtudes que se desarrollaron en su edad adulta, lo mismo que todas las demás que le adornaban.»—(*Apuleyo, Fil. de Platon, lib. I.*)

En cuanto á Critias, á quien citamos más abajo en contraposición de Platon y Jenefonte, éste último conviene en que fué el más violento é insaciable de los treinta tiranos.—(*Memorias sobre Sócrates, lib. I, cap. II.*)

(6) Por el siguiente pasaje de Eurípides, podrá comprenderse la importancia que se daba en Grecia á los juegos olímpicos:

«Yo cantaré tus alabanzas, ¡oh hijo de Clinias! Noble cosa es la victoria; pero, de todos los triunfos, el más glorioso y el que jamás la Grecia ha presenciado, es haber conseguido el primer premio en las carreras de carros, y el segundo y el tercero; es haber obtenido dos veces la corona de olivo y haber hecho resonar dos veces la voz de heraldo.—(*Eurípides, Versos conservados por Plutarco.*)

(7) «En cuanto á sus costumbres, presentaron con el tiempo contrastes y variaciones frecuentes, efecto natural de las grandes circunstancias en que se encontró, y de las vicisitudes de su fortuna. Pero de todas las pasiones vivas y ardientes, á las cuales se entregaba, la que menos sabía reprimir, era una extremada irascibilidad, y la pretension de ser el primero en todo, como lo prueban los rasgos que se recuerdan de su misma infancia.»—(*Plutarco, Vida de Alcibiades.*)

(8) Todas las noticias que contiene este párrafo y el anterior, están tomadas de los tres au-

tores antiguos que más hablan de Alcibiades: de Plutarco, Tucídides y Cornelio Nepote.

(9) Jenofonte asegura que Alcibiades se condujo de un modo intachable mientras cultivó el trato de Sócrates, porque la virtud y la palabra persuasiva de este filósofo le ayudaban con el ejemplo y el consejo á vencer sus pasiones; pero así que se apartó de su lado, la adulacion y la lisonja le extraviaron de la buena senda por donde habia empezado á caminar.—(*Memorias sobre Sócrates, lib. I, cap. II.*)

Más explícito aún está Plutarco cuando dice: «Alcibiades reconoció pronto, gracias á su talento natural, lo mucho que valia Sócrates. No tardó en unirse á él con lazos de amistad íntima: escuchaba con gusto los discursos de un hombre cuyo trato, muy lejos de envilecerle, corregía las imperfecciones de su alma y reprimia su orgullo y su vanidad. Reconoció en los esfuerzos de Sócrates una verdadera mision divina, cuyo objeto era el mejoramiento intelectual y moral de la juventud. Sintiendo un gran desprecio por sí mismo y una admiracion no menor por Sócrates, acogia con júbilo las demostraciones de su ternura y tributaba á su virtud un profundo respeto. Admiraba el verle comer todos los dias con Sócrates, y alojarse, cuando estaban en campaña, bajo la misma tienda.»—(*Plutarco, Vida de Alcibiades.*)

(10) «Desde que comenzó á tomar parte en

los negocios públicos, Alcibiades, muy joven aún, brilló en la tribuna más que todos los demás oradores. Dos solamente sostuvieron la lucha: Feax, hijo de Erasistrato, y Nicias, hijo de Nicerato. El primero, aunque de una familia ilustre por su nobleza, era inferior en muchos conceptos á su rival, y sobre todo en elocuencia. En las conversaciones privadas era admirable, y sabia persuadir su dictámen; pero carecia de la fuerza necesaria, para luchar con ventaja en las asambleas del pueblo. Segun dice Eupolis, «era un hablador tan hábil como importante orador.»—(*Plutarco, Vida de Alcibiades.*)

(11) Este mismo biógrafo asegura que el defecto de pronunciacion que tenia Alcibiades, favorecia su elocuencia en vez de perjudicarla; y respecto de su belleza dice que la conservó, lo mismo que en su infancia y su juventud, en su edad viril y en el resto de su vida, con todos sus encantos y seducciones.

«Su elocuencia era tanta, que pocos tenian la eficacia que él en persuadir; porque la majestad de su semblante y de sus palabras no habia quien la pudiera resistir.»—(*Cornelio Nepote, Alcibiades.*)

(12) «Su nacimiento y sus riquezas, su valor en los combates y el gran número de amigos y de parientes que tenia, eran otras tantas puertas que le facilitaba la entrada á los negocios públicos. Pero quiso mejor deber á su elocuencia sola-

mente los favores de la multitud. Que estaba dotado de un gran talento para cultivar el arte de la palabra, lo atestiguan los poetas cómicos y el más elocuente de los oradores, el cual dice, en su discurso *contra Midias*, que Alcibiades tuvo en alto grado, entre otras cualidades, el don de la elocuencia. Si hemos de creer á Teofrasto, uno de los más sábios filósofos de su tiempo, nadie aventajaba á Alcibiades para buscar argumentos perentorios, ni para comprender un asunto. Pero era necesario, además de buscar las ideas, saber expresarlas acertadamente. Las palabras, los términos propios no se presentaban siempre fácilmente á su espíritu; vacilaba con frecuencia, perdía el hilo de la frase, y se detenía hasta pensar lo que debía decir.»—(*Plutarco, Vida de Alcibiades.*)

«Sus liberalidades le habían ganado muchos amigos, y muchos más su elocuencia, empleada en los tribunales en la defensa de ellos.»—(*Cornelio Nepote, Alcibiades, III.*)

(13) Esta opinion la emite W. Grote en su *Historia de la Grecia*, que es la más completa, y acaso la más juiciosamente razonada, que los modernos tienen de aquel país y de aquellos tiempos célebres. Pero aunque reconozcamos el mérito de este historiador, no podemos seguirle sumisamente en todas sus apreciaciones. Es verdad que desde la época de Pericles, desde que Gorgias Leontino estuvo en Atenas á solicitar la proteccion de la República para su patria, los

Atenienses fijaron su vista en la Sicilia, y aun poco más tarde enviaron socorros á algunas ciudades, con pretexto de librarlas de la opresion de los Siracusanos; pero el que inflamó hasta el delirio en el corazon de los Atenienses, segun atestiguan Plutarco y Tucídides, el deseo de conquistar la Isla; «el que los persuadió de la conveniencia de acometer aquella empresa con una poderosa escuadra que pudiese conseguir el objeto en poco tiempo, fué sin duda Alcibiades.» Si en aquellos largos debates que precedieron á la declaracion de la guerra se suprimen sus discursos, ¿quién duda que el dictámen de Nicias habria prevalecido, apoyado como estaba por el de Sócrates? La prueba incontestable de que Alcibiades tuvo grandes obstáculos que vencer y muchos enemigos que combatir antes de hacer que se decretase la expedicion, es que apenas habia llegado á Sicilia, cuando fué envuelto en un proceso que sus adversarios no habian querido formalizar antes de su salida de Atenas, temiendo á su elocuencia y su prestigio, y en la esperanza fundada de que, una vez ausente, podrían preparar mejor las cosas para perderle. Sin una disposicion preexistente que inclinase los Atenienses á la guerra contra Sicilia, acaso Alcibiades no hubiese podido hacer á su patria partícipe de sus designios é instrumento de sus ambiciones; pero un hombre como él, bien pudo ejercer entonces la influencia que le atribuimos sobre sus conciudadanos, de los cuales dijo un poeta cómico de aquel tiempo, que le temian y que

sin embargo no podían pasarse sin él. Debe recordarse que Alcibiades se presentaba como orador al hablar al pueblo; pero que al mismo tiempo sus promesas eran las de un caudillo acreditado, para el cual, según creían los Atenienses, nada había imposible.

(14) «Si alguno (dijo Nicias) esperando que le elijais general y sin más mira que favorecer sus intereses, os induce á declarar la guerra, no le permitais que sacrifique vuestra conveniencia en aras de su ambicion, sobre todo si es demasiado jóven para mandar ejércitos, y aun para discutir estos asuntos importantes.»—(*Tucidides*, L. 6, 12.)

(15) Esos datos están tomados del discurso que se supone pronunció Alcibiades en Lacedemonia.—(*Tucidides*, L. 6, 40). W. Grote, disiente aquí del historiador helénico.

«Si el público Ateniese dió pruebas de temeridad y de ignorancia, pensando en la dominacion de Sicilia, más extravagantes eran las miras de Alcibiades, aunque yo *no pueda decidirme* á creer, como lo afirmó más tarde, que hubiese puesto sus ojos, no solamente en Sicilia, sino tambien en Cartago, halagando la idea de su conquista.»—(*W. Grote, Hist. de Gr., tom. 10, pág. 121.*)

(16) Ese resultado atribuye Tucídides á la batalla de Mantinea (L. 6, 16), mientras que Cor-

nelio Nopote dice (*Epaminondas*, 9) «que los Beocios no se retiraron hasta haber derrotado á los enemigos.»

(17) «Como Temístocles, al cual se parecía por la habilidad y el vigor, lo mismo que por la falta de principios y por la indiferencia en cuanto á los medios, Alcibiades era esencialmente un hombre de accion.»—(*W. Grote, Hist. de Gr., tom. 9, pág. 229.*)

(18) «Desde el momento en que desembarcó, los Atenenses, sin mirar siquiera á los demás generales, corrieron en tumulto hácia él, prorumpiendo en exclamaciones de alegría: todos le seguian y todos le saludaban, ofreciéndole gran número de coronas. Los que no pudieron aproximarse le contemplaban desde lejos, y los ancianos lo mostraban á los jóvenes.... Reunido el pueblo y propuesto el levantamiento de su destierro, Alcibiades usó de la palabra, y despues de haber deplorado sus desgracias y haberse quejado ligeramente y con modestia de los Atenenses, atribuyó toda su mala fortuna á algun génio maléfico enemigo de su gloria.»—(*Plutaco, Vida de Alcibiades.*)

Jenofonte hace tambien una pintura de la entusiasta acogida que los Atenenses dispensaron á Alcibiades (*Helénicas, L. I, cap. IV.*) Cornelio Nepote dice que recibia con las lágrimas en los ojos las coronas que le presentaban, y que hizo una relacion tan patética de sus desgracias,

que no hubo nadie que no llorase al oírle.—(*Alcibiades*, 6.)

(19) «Platon es quizá el escritor más grande de la antigüedad, y el que ha hablado de todo con más facilidad y elegancia. Por esto los poetas y los oradores más célebres de Grecia y Roma tenían siempre en las manos sus numerosos escritos, y no ocultaban el provecho que sacaban de ellos, y hasta consideraban su estudio como una gloria. Se sabe la veneración que le tenía Ciceron, el cual lo califica siempre de hombre divino, y no conocía autoridad más respetable que la suya. Plutarco nos refiere que la lectura de Platon fué la que indujo á Demóstenes al género de elocuencia política que adoptó, y que consiste en preferir en todas las ocasiones lo útil á lo agradable: tal es, en efecto, el principio á que obedecen todas sus arengas. Si se busca la causa de esa poderosa influencia que Platon ha ejercido durante siglos sobre los más grandes talentos, se verá que no ha podido ser otra que la parte moral de su filosofía. Entre los paganos, nadie ha hablado mejor de la Divinidad y de nuestras relaciones con ella.»—(*La Harpe, Liceo, Lib. 3, cap. 4.*)

«El genio de Platon estaba adornado de una divina fecundidad. Pasaba por el más sábio de los mortales, y se decia de él que si Júpiter bajase de los cielos, no se espresaría con más gracia, nobleza y elocuencia..... Cuando murió á la edad de 81 años se dice que tenia un libro bajo la almohada de su cama, lo que prueba que en sus

últimas horas aún se sentia agitado por la pasion del estudio.»—(*Val. Max., Lib. 8, caps. 7, 3.*)

(20) «San Clemente de Alejandria fué el que dijo, al ver la pureza y la sublimidad de las ideas de Platon sobre Dios, que sus libros habian preparado á los paganos para recibir el Evangelio. Se sabe en efecto que la filosofía platoniana estaba en boga en los primeros siglos de la Iglesia, y de aquí los esfuerzos que se hicieron entonces para conciliar de algun modo la escuela de Alejandria con el cristianismo, y para encontrar en Platon lo que no tiene.»—(*La Harpe, Liceo, 3, cap. 2.*)

(21) Aunque en varios capitulos del Tratado sobre el Sublime, hace Longino el elogio de Platon, colocándole entre los más grandes escritores de la antigüedad, le vitupera algunas veces el abuso que hace de las metáforas. «Platon, dice, ha sido no poco motejado, porque con frecuencia se deja arrebatarse como por una especie de furor de metáforas desagradables y excesivas, y de una vana pompa alegórica.»—(*Long., Trat. del Sub., cap. 24.*)

(22) La circunstancia de que en las numerosas obras de Platon y Jenofonte, ninguno de ambos hace mencion del otro, hizo creer á los antiguos que abrigaban estos escritores gérmenes recíprocos de odio ó de envidia. Hay además otros motivos, que autorizan esta sospecha. A la *República* de Platon parece contrapuesta la *Cirope-*

dia de Jenofonte. Este dice (*Memorables, cap. I*) que Sócrates jamás discutió sobre astronomía ni sobre las causas naturales, ni tampoco sobre matemáticas: Platon, por su parte, hace hablar á Sócrates en sus diálogos de física, de música y geometría. A pesar de todo, dice Aulio-Gelio hablando de esto, la filosofía no conoce la vil pasión de la envidia, y nadie puede negar que ambos han sido grandes filósofos. «¿Qué se debe, pues, opinar de las apariencias de antagonismo que presentan? Hélo aquí. La paridad de talentos y la igualdad del mérito, crean una emulacion aparente. Sucede, en efecto, que siempre que dos ingenios superiores se hacen notables en el mismo órden de conocimientos, y adquieren una fama igual, ó casi igual, sus partidarios los comparan y rivalizan en celo por darles la preeminencia. Los grandes hombres desean tambien la gloria; se afanan ardientemente por alcanzarla, y ora sea que la consigan á la vez ó que la victoria quede incierta, nace la sospecha de rivalidad entre ellos, no por culpa suya, sino por culpa de sus partidarios. Así es como Platon y Jenofonte, dos lumbreras de la filosofía Socrática, han parecido rivales. Dos genios superiores que se elevan paralelamente, no puede evitarse que presenten una apariencia de rivalidad.»—(*Aulo-Gelio, Lib. 3, cap. 3.*)

No pondremos ninguna nota sobre Jenofonte, limitándonos á decir, que todos los datos de que nos hemos servido están en sus obras, y especialmente en la Retirada de los diez mil.

Lysias, Isócrates, Iseo.

SEÑORES:

Quando se reflexiona sobre la pequeñez de la República Ateniense, relativamente á los Estados modernos, y sobre el gran número de oradores que tomaban parte en los debates políticos, se despierta el deseo de investigar la causa de este fenómeno, que á primera vista no puede menos de sorprender; pero esta extrañeza desaparece cuando se recuerda que, en Atenas, la elocuencia era indispensable para todos los hombres que no vivian enteramente oscurecidos y apartados de los negocios públicos. Las leyes, las costumbres, y quizá el gusto mismo por las letras, hicieron que el arte de la palabra constituyese una parte de la educacion de los ciudadanos, y que se multiplicasen los maestros y las escuelas de elocuencia.

En una democracia siempre agitada por las pasiones políticas, las acusaciones eran frecuentes, y nadie estaba libre de ser víctima de la calumnia ó del ódio de sus enemigos, si no podía defenderse ante los tribunales de justicia ó ante la asamblea del pueblo. La ley, que despues se modificó por las prácticas consuetudinarias, ordenaba que cada cual pronunciase su defensa. Esto, que al mismo tiempo debia ser un estímulo favorable á la oratoria, dió origen á que algunos se dedicasen á preparar discursos para que otros pronunciasen en causa propia, ocupando así, en Atenas, el lugar que entre nosotros ocupan los abogados.

Los militares mismos necesitaban la elocuencia, no sólo para inflamar el ánimo de los soldados al lanzarlos al combate, sino para contener la insubordinacion en unas tropas que no conocian el freno de la disciplina, y para dar cuentas de la campaña, si en ella habian experimentado algun desastre. Más de un caudillo debió la salvacion de su ejército al influjo de su palabra, y muchos hubo que despues de haber combatido en la guerra contra los enemigos y contra la adversidad de la fortuna, perecieron víctimas de una sentencia del pueblo. Díganlo si no aquellos capitanes que pelearon en la batalla de Queronea;

díganlo aquellas severas reprensiones que Demóstenes dirigia á sus compatriotas, para evitar que extraviados por noticias inciertas y calumniosas, juzgasen ligeramente lo que se habia hecho á gran distancia de Atenas.

Pero, entre los oradores que ocupaban la tribuna, la mayor parte eran demagogos imprudentes ó políticos pérfidos; hombres incapaces de comprender la verdadera gloria, más incapaces aún de aspirar á ella, más incapaces todavía de conseguirla; hombres de esos que buscan solamente el triunfo pasajero de un dia; libertinos de la política que sacrifican la esperanza de un largo bienestar al placer de un momento; hombres, en fin, que en todas épocas han tenido muchos imitadores, y que sin salir de nuestra patria podremos encontrar hoy reproducidos, unas veces adulando bajamente á los poderosos, y muchas más extraviando y corrompiendo al puebló con serviles complacencias. Creedlo, señores; hay más gloria en resistir las turbulentas olas de la democracia, en ser un dique opuesto á las corrientes desbordadas de la opinion pública, que en dejarse arrebatado por ellas, débil ó temerariamente, para aumentar sus ímpetus y extragos.

Pero dejemos á un lado estas consideraciones que son tanto más fundadas y verdaderas, cuan-

to más amargas parecen á quien las escucha y á quien las emite, y vamos á ocuparnos de los tres maestros de elocuencia más célebres que hubo en Atenas, desde los últimos tiempos de Pericles hasta los tiempos de Demóstenes. Estos maestros son Lysias, Isócrates é Iseo, de los cuales los dos primeros tienen entre sí más puntos de semejanza que con el último, como si ambos se hubiesen formado en una misma escuela.

Lysias enseñó la elocuencia forense, por decirlo así, más bien que la elocuencia política, sin embargo de que él tomó parte en los asuntos públicos de Atenas, en cuanto se lo permitió su condicion de *meteco* (1).

Cuando los Treinta tiranos formaron listas de sospechosos, Lysias fué comprendido en ellas, y aun tuvo la gloria de ser preso por los satélites de aquellos malvados, y la fortuna de evadirse y contribuir con su persona, sus consejos y su dinero, á que Trasíbulo restableciese en Atenas el imperio de la libertad. Este caudillo pidió que se concediesen á Lysias los derechos de ciudadano; pero la peticion fué negada, sin embargo de que habia de recaer en un sujeto tan distinguido por su ingenio y sus merecimientos.

De su grande actividad podria formarse una idea, sabiendo que además de ocuparse en las

tareas de la enseñanza, en una industria que le invertía ciento veinte esclavos, y en los asuntos públicos, compuso doscientas treinta arengas, de las cuales treinta y cuatro han llegado hasta nosotros y han servido para revelarnos sus facultades oratorias. Dos de estas oraciones se distinguen de las demás por su carácter y su importancia. Se trataba de excluir de los derechos políticos á los que no fuesen poseedores de tierra en el Atica, y en seguida Lysias se opuso á una reforma tan contraria á la democracia, en un discurso admirable, que desgraciadamente no se conserva íntegro. Allí demostraba de una manera sábia y elocuente, que la proposicion era peligrosa entonces y funesta en el porvenir. La democracia, decia, no ha cometido en medio siglo tantos crímenes contra las personas y las propiedades, como los Treinta tiranos en los pocos meses de su dominacion. Tambien recordó á los Atenenses, que mientras los ricos eran indisciplinados y turbulentos, los pobres cumplian las leyes y los demás deberes impuestos por la patria, mejor que la clase á quien se deseaba conceder el privilegio de los derechos políticos. Un éxito lisonjero recompensó los esfuerzos de Lysias. La proposicion fué rechazada, y la democracia restablecida (2).

Tambien cuando Atenas gemia bajo el yugo de los Lacedemonios y estos imperaban en la Grecia toda, este orador se hizo eco de los sentimientos públicos y reanimó el espíritu de los Atenienses, en una arenga que fué leída en las fiestas Olímpicas, en presencia de un concurso inmenso de ciudadanos y extranjeros. Los acen- tos de la patria abatida y los gritos del orgullo nacional justamente irritado, resonaron en forma de vivas excitaciones contra Artajerjes y Dionisio de Siracusa que amenazaban y ofendian á las Repúblicas griégas, y contra los soberbios Espartanos que, en juicio del orador, eran indignos de continuar al frente de la Grecia (3).

Respecto á las cualidades propias de la elocuencia de Lysias, un crítico célebre de la anti- güedad las ha descubierto y enumerado, sin du- da tanto más acertadamente que los modernos, cuanto que pudo examinar sus obras, antes de que sufriesen las injurias del tiempo. Dionisio de Halicarnaso dice que el lenguaje de Lysias era puro y armonioso, y que espresaba las sentencias con una feliz concision que en nada perjudicaba á la claridad. Parecia no poner ningun cuidado en la colocacion de las palabras, y todos los re- cursos de su arte los empleaba en buscar adornos compatibles con la fuerza de las ideas, huyendo

de parecerse á esas mujeres que menoscaban su belleza natural, porque se empeñan en realzarla, con la belleza ficticia que les ofrece el tocador. El crítico citado añade que podia compararse á un jóven que hasta en los adornos demostrara su robustez y sus disposiciones para el combate. Juntaba á estas prendas una gran viveza en la argumentacion, y una dulzura tan admirable, que ningun orador de cuantos florecieron en Atenas, antes ó despues que él, pudo aventajarle en este género de belleza, que es, sin disputa, el que más esencialmente caracteriza su elocuencia (4). Al mismo Isócrates que medía las palabras, las sílabas y hasta las letras, no le fué posible rivalizar con Lysias, en este mérito del lenguaje.

Ciceron tambien se ocupa con frecuencia de Lysias, y no siempre está completamente de acuerdo con el crítico á quien he citado. Al verle comparado con un atleta, lo concebimos como un orador cuyos caracteres dominantes eran la sencillez y la fuerza. Pero ¿confirma Ciceron esta idea? No del todo. Dice de Lysias que muchas veces manifiesta nervio hasta el punto de que no puede imaginarse nada más fuerte y vigoroso; pero que en general su elocuencia es más delicada que robusta, y más seductora por la elegan-

cia, la simplicidad y la precision, que por otros méritos superiores. De todos modos, Lysias no subió nunca á la tribuna pública de Atenas, y dedicado como estaba á componer discursos para que otros los pronunciasen, pierde, á mis ojos, el carácter de orador, para conservar sólo el de escritor (5). En fin, señores, lo que de jo dicho me parece bastante para satisfacer vuestra curiosidad, como asimismo me parece más difícil de conservar en la memoria, que una frase de un retórico antiguo conservada por Aulo-Gelio. Hé aquí esta frase: «Modificad ó suprimid una palabra en los escritos de Platon, y por hábilmente que lo hagais, perjudicareis la elegancia: haced la misma prueba con Lysias, y alterareis el pensamiento.»

Pero hablemos ya del hombre á quien llamó Ciceron padre de la elocuencia; hablemos de Isócrates, que va á ser el principal objeto de esta conferencia.

Aunque nacido en humilde cuna, Isócrates recibió una educacion tan completa y esmerada, como podia serlo la de cualquier jóven de las más ricas familias Atenienses. Pensó dedicarse á los negocios públicos, ó sea á la política, como diríamos ahora; pero una timidez invencible para arrostrar los alborotos de la muchedumbre, y una

voz aguda y de poquísimos alcances, nada buena para recomendarse al auditorio, hicieron que desistiese de sus primeras aspiraciones. Desconocia, sin duda, que las borrascas populares son más ruidosas que temibles, y que á la naturaleza se vence con el trabajo y la perseverancia, ó por lo menos se la obliga á capitular haciéndole que suavice la tiranía de su imperio. Amante de la gloria, y ansioso de llegar á ser un hombre distinguido en su patria, siguió estudiando la oratoria despues de haber recibido las lecciones de Pródico y de Gorgias, sin otro objeto que manifestar sus ideas por escrito, con más lucimiento que los demás retóricos que por entonces cultivaban las letras en Atenas (6).

Al principio se ocupó en escribir discursos sobre los asuntos civiles que le confiaban; y habiendo sido acusado más de una vez, por infringir la ley que prohibia usar las galas de la oratoria ante los tribunales de justicia, abrió en Atenas una escuela que le proporcionó ganancias cuantiosas, y que fué despues la más célebre de su tiempo (7). Pero á pesar de esto se consideraba el hombre más infeliz del mundo, porque algunos críticos no hicieron de sus obras todo el aprecio que en su juicio merecian. Isócrates, señores, era modesto por carácter, y sin embargo abrigaba un amor propio

excesivo, que fué el más fecundo origen de los sinsabores de su vida. Grandes elogios debe á Ciceron, Platon, Dionisio de Halicarnaso y otras celebridades antiguas y modernas; pero ningunas alabanzas han llegado á las que él mismo se prodigaba en los accesos de su vanidad; y causa lástima, señores, el ver á un hombre de notable mérito, rebajarse hasta el extremo ridículo de quemar incienso en sus propios altares. ¿Qué idea puede formarse de un escritor que dice haber hecho enmudecer, con su *Panegirico de Atenas*, á cuantos se habian ocupado anteriormente del mismo asunto? (8). ¿Qué elevacion de carácter puede atribuirse á un hombre que no confiesa la debilidad de su voz, sin decir en seguida, como para consolarse de tan duro sacrificio, que nadie le disputa el talento de pensar bien, y que se cree á la altura de los más hábiles, para dirigir acertadamente los negocios con su consejo? (9). ¿Qué virtudes republicanas podian aguardar sus compatriotas de un apologista de la monarquía, que siempre se manifiesta ansioso de conversar con los reyes, y que parece más aficionado al papel de consejero áulico que al de tribuno del pueblo? (10). Y sin embargo, Isócrates tenia un alma noble, amante de la justicia y en cierto modo heróica. Pero parece un adulto con corazon infantil, con

puerilidades infantiles y con ciertas aspiraciones infantiles, al mismo tiempo que un niño con ideas de hombre, con arranques y con la experiencia de hombre; pero de hombre que no habia sufrido nunca las tempestades ni los naufragios de la política, y que por consiguiente ignoraba la diferencia que hay entre marcar un derrotero sobre el mapa, y seguirlo después sobre los mares, en lucha contra los vientos y las corrientes.

Es admirable y digno de loa el comportamiento de Isócrates cuando el proceso de Terámenes. A la vista de aquella infame arbitrariedad, desapareció su timidez y el terror que los Treinta tiranos infundian, y gritó contra la injusticia que se cometia, hasta que el mismo Terámenes le rogó que le dejase morir, sin el sentimiento de ver que arrastraba en su ruina á sus mejores amigos. Cuando la muerte de Sócrates vistió luto públicamente, acusando á sus compatriotas, con esta atrevida manifestacion, por la crueldad con que habian manchado los tribunales de Atenas. Algunos historiadores añaden que al saber la victoria de Filipo en Queronea, murió por no poder sobrevivir á la derrota de su patria; pero cuando se recuerda que Isócrates contaba entonces noventa y ocho años de edad, se inclina uno á creer

que no fué necesaria más causa que su vejez para llevarle al sepulcro.

Hablando ahora de la elocuencia de Isócrates, diré que sus caracteres esenciales son la brillantez, la pompa y la armonía, llevadas algunas veces á la exageracion. Aunque quiso evitar los defectos de los Sofistas, y aunque consiguió elevar mucho el arte de la palabra, se conoce en sus obras que habia sido discípulo de Gorgias, de quien sin duda recibió los vicios de su lenguaje; pero, afortunadamente, alcanzó tambien los tiempos de Sócrates, cuya doctrina contribuyó á formar su espíritu, y eligió para sus composiciones asuntos de la mayor importancia y del más grande interés, no solamente para Atenas sino para la Grecia toda. Tan cierto es esto, que en mi juicio Isócrates representa de un modo admirable la época literaria en que vivió; rebusca las palabras y mide los períodos como los Sofistas, y al mismo tiempo ennoblece la elocuencia, haciéndola servir, con algunas escepciones, á la causa de la justicia y de la honra nacional. Buena prueba de esto nos ofrece en el *Panegírico de Atenas*, oracion la más celebrada de las suyas, que fué leida en las fiestas Olímpicas, el año 380 antes de J. C., como aquella otra que he mencionado de Lysias, pero donde se expresaba contra los Lacedomonios

con una libertad poco menos que temeraria, que tambien acredita lo que dejamos establecido respecto de su carácter (11).

Isócrates dió en su *Elogio de Elena* un modelo para esta clase de composiciones, que eran conocidas de los Griegos acaso desde la época de Solon; que tambien las conocieron los Romanos desde los primeros años de la República, y que sirvieron muchos siglos despues para que Bossuet aplacase los manes de la infeliz Enriqueta de Inglaterra, y para que Flechier rindiese un tributo de justas alabanzas, á las virtudes y á los talentos militares del inmortal Turenna.

Pero, señores, por mucho que desconsuele reconocer los defectos de los hombres célebres; por peligroso que parezca descubrirlos, siquiera sea respetuosamente; por aventurado que tambien sea apartarse del dictámen de críticos respetables, que ya han obtenido la sancion de la posteridad, voy á emitir con lisura, con sencillez, con franqueza, el juicio que me merecen las oraciones de Isócrates, consideradas como modelos aprovechables en nuestra época. ¡Ojalá que mis palabras recibiesen merecidamente de vosotros una justa reprobacion!

No niego que Isócrates tuvo acierto para elegir los temas de sus discursos, y ya le he alabado

por esta y por otras prendas de su ingenio; no niego que la armonía sea digna de buscarse por el orador, y menos lo diré en esta época de frívolas aficiones que atravesamos, en que se oye con más gusto á un músico aleman que á un gran poeta castellano; en que hay gentes que no se avergüenzan de olvidar á Calderon, interpretado en la escena por el jóven y eminente actor D. Rafael Calvo, para aplaudir con entusiasmo loco á despreciables cantantes; no niego, por último, que el amor á la justicia y á la patria son virtudes preciosas que resplandecen en muchas obras de Isócrates; pero niego, sí, que los grandes recursos de la oratoria puedan aprenderse en este maestro tan reputado (12). Y al ver, señores, que me expreso de este modo, no vayais á negarme vuestra indulgencia, para mí tan necesaria: no hago otra cosa que resistirme al yugo autoritario de algunos críticos antiguos, para ofrecer un homenaje respetuoso á nuestro siglo, que es un siglo de exámen, de controversia y libertad.

Señores, ¿cuál es el objeto esencial del orador? Persuadir. ¿Y cómo se persuade? Llevando la luz al pensamiento y el fuego á las pasiones. ¿Y cómo se ilumina el pensamiento y se encienden las pasiones? Lo primero se consigue enlazando las ideas con las ideas como los eslabones de una ca-

dena; expresándolas con un lenguaje en que sólo haya las palabras indispensables y propias para su buena inteligencia; no introduciendo en la parte del discurso que se destina á convencer más figuras que las que sirvan á la fuerza y claridad de las pruebas; evitando siempre los adornos que sólo contribuyan á la ostentacion. Para lo segundo, para despertar las pasiones, no hay más medio que sentirlas agitarse dentro del pecho. El que las tenga dormidas ó apagadas, luchará en vano por comunicar al auditorio un calor que no siente; el que las tenga vivas y encendidas, las trasmirá á cuantos le escuchen como un fluido invisible, ó como una fiebre contagiosa.

Pero ¿se encuentran, por ventura, en Isócrates las calidades que acabo de indicar? ¿Pueden llevar el sello de inspiracion unos discursos que, más bien que escritos, eran bordados lentamente por el autor (13)? ¿Puede negarse que sacrificaba la brevedad y la sencillez á la armonía de los periodos? ¿Pueden ser los mejores medios para convencer un lenguaje frio, difuso, recargado de antítesis, de relaciones, de desinencias semejantes, y de otros adornos no menos frívolos y perjudiciales que son estos cuando se emplean sin una prudente economía? ¿Y puede conservar el

calor de los afectos una pluma que convierte años enteros en escribir una arenga (14)? Convengamos, señores, en que Isócrates, hablando sólo de la parte artística de sus obras, se parece á una caja de música que suena á un compás, siempre uniforme, y por consiguiente monótono.

En el *Panegírico de Atenas*, en esa oracion tan celebrada por sus admiradores y por el mismo Isócrates, hay pasajes que parecen compuestos deliberadamente para justificar las censuras de la crítica. Permitidme, señores, que lea una página donde están ensalzadas las virtudes de los antiguos ciudadanos. Si he de creer al traductor, ha conservado fielmente la estructura del original (15). «Administraban las cosas ajenas, sirviendo, pero no injuriando á los Griegos; rigiéndolos, mas no tiranizándolos; queriendo más ser reconocidos por jefes que por señores absolutos, y ser antes llamados salvadores que destruidores; granjeándose el aprecio de las ciudades con hacerles bien, y no sujetándolas con violencia; siendo más fieles en guardar su palabra que ahora los juramentos; creyendo que debian ceder á sus pactos, del mismo modo que á la necesidad; no ensoberbeciéndose con su mucho poder, sino gloriándose de que vivian con moderacion; portándose con los más débiles como hubieran de-

seado que se portasen con ellos los más fuertes; y no olvidando que aunque tenían su ciudad propia, habitaban la Grecia como patria comun.»

Aunque sea poniendo á prueba vuestra paciencia, voy á daros á conocer otro pasaje de la oracion que dirigió á Nicocles, rey de Salamina de Chipre, donde lleva tambien hasta el exceso el imperdonable defecto de la uniformidad, no disculpado, en mi juicio, ni aun por la circunstancia de ser máximas las que expone. Esta oracion, ú otra dirigida al mismo rey Nicocles, le valió más de veinte mil duros (16).

«No por cualquiera cosa nuevas guerras, sino por solas aquellas que, saliendo vencedor, te hayan de acarrear utilidad. Ten por despreciables, no á los que se dejan sojuzgar por su provecho, sino á los que aspiran á ser superiores aun con su propio daño. Reputa por magnánimos, no á los que emprenden cosas mayores que aquellas á que sus fuerzas alcanzan, sino á los que se contentan con cosas mediocres, y pueden salir con cuanto emprenden. Ten envidia, no á los que tienen un gran imperio, sino á los que gobiernan bien el que les ha cabido; y persuádete á que serás absolutamente feliz, no si dominares á todos los hombres entre recelos y peligros, sino si siendo el que debes, y portándote como al presente,

aspirares sólo á una medianía, y esta nunca te faltare. Admite á tu amistad, no á todos los que quieran, sino á todos los que congenien contigo: ni tampoco á aquellos con quienes hayas de vivir divertido, sino á los que te hayan de servir para gobernar bien tu reino. Cree que te son fieles, no los que alaban cuanto dices y haces, sino los que si cometes alguna falta te la reprenden.»

Podrán estimarse en mucho los consejos que dá; ¿pero no os parece, señores, que este martilleo tan repetido es más propio para causar fastidio que para hacer amables las máximas que recomienda, y para conseguir que se graven en la memoria? Cuando se reflexiona que estas figuras insípidas ó desabridas son las que más abundan en sus discursos, ¿no deberán creerse justas las palabras de un crítico francés, el cual dice que Isócrates «no diversifica bastante los modos de su estilo, y que acaba entibiando y causando fastidio á sus lectores?» No hay que pedir á este maestro, tan celebrado por su elegancia y la perfeccion de los adornos oratorios, esas figuras que dan al lenguaje vida y esplendor, y menos aquellas otras que fortalecen los argumentos, y son, por decirlo así, el ropaje de que se visten las pasiones para presentarse al auditorio.

La comparacion, esa arma poderosa y brillan-

te puesta en manos del orador para engrandecer ó deprimir las ideas, se ve empleada con mucha economía en las oraciones de Isócrates. En el Panegírico no se encuentra ninguna; en la primera oración á Filipo hay una felizmente traducida y presentada por Isnard, orador francés de la Asamblea legislativa; en la oración *sobre la paz* compara los hombres injustos y egoístas á los animales que se dejan cazar engañados por el cebo que los atrae; dice también que «el poder á que todos aspiran es en su condición semejante á las malas mujeres, las cuales se hacen sí amar, pero pierden á los que las tratan;» después se vale de otras dos ó tres comparaciones en el discurso llamado *Panatenáico*, y después, señores, no recuerdo que vuelva á servirse de ellas para expresar y embellecer sus ideas, aunque deba, por mi parte, confesar que en ochocientas páginas de lectura es posible, y hasta fácil, que alguna otra se haya escapado á mi vista.

Tampoco se distingue Isócrates por su lenguaje metafórico, y menos por el uso de las repeticiones y conduplicaciones, que tanta vida y energía prestan al discurso, y hasta parece desconocer la solemnidad y grandeza de los apóstrofes y prosopopeyas. No me asombra que no saque partido de la *exclamación*, de esa figura pa-

tética y vehemente, la más propia para expresar los sentimientos grandes del ánimo; porque, según conjeturo por sus propias indicaciones, su espíritu se parecía, en cierto modo, á un lago de aguas dormidas que no se agitasen nunca al soplo de los vientos. Y no creais, señores, que doy mucha importancia á las figuras retóricas: hablo de un maestro célebre, cuyas obras deberían ser una escuela de elocuencia, donde no faltase nada útil para el aprendizaje de este arte. Un escritor moderno muy recomendable dice que los grandes efectos oratorios se deben siempre á las grandes imágenes; y aunque yo no participe en absoluto de esta idea, no puedo menos de hacer una observacion que la favorece. Quitad, señores, á los discursos de Demóstenes y Ciceron las metáforas, las comparaciones, las repeticiones, las imprecaciones, los apóstrofes, las prosopopeyas, las reticencias y las demás figuras que escasean ó no se encuentran en los de Isócrates, y vereis cómo esos monumentos de elocuencia que existen sin rivales en el mundo, pierden la mitad de su hermosura, y aun me atreveré á decir que la mitad de su eficacia y de su mérito.

Justo es consignar que Isócrates derrama en sus obras máximas de moral y de política, y que en todas partes se manifiesta como hombre aman-

te de la virtud, aunque celoso de su fama hasta rayar en la importunidad; pero si he de reducir á breves palabras el juicio que formo de la parte artística de sus discursos, os diré sin vacilar que me parecen un mosaico donde no brilla ningun mérito tanto como el de la paciencia; que veo en ellas una gran pobreza de imaginacion y de genio, y que hasta las máximas que encierran parecen ser un capital reunido ochavo trás ochavo, y no el fruto de una produccion riquísima que le fuese propia y natural.

Tuvo particular empeño en ocuparse de cuestiones políticas de la mayor importancia, y una marcada inclinacion á hacerse escuchar de los poderosos y los Reyes. En un discurso hace el elogio de la monarquía, y en otro aconseja el restablecimiento de la antigua democracia. No quisiera calumniar sus intenciones; pero al leer la carta que dirigió á Alejandro, aún adolescente, felicitándole por sus buenas disposiciones para el estudio, sospecha uno si aspiraria á ser maestro de aquel príncipe. Esto podria dispensársele; pero lo que me parece indigno de un ciudadano de Atenas, es llamar semidios á Filipo, siquiera sea indirectamente (17), y aconsejarle los medios de adquirir la supremacía de la Grecia, y de ejercer una tutela sobre la misma República

Ateniense. ¿Qué idea habria formado Isócrates del Rey de Macedonia? ¿Cómo no conoció su carácter y sus designios ambiciosos? Mientras Demóstenes pronunciaba sus inmortales filípicas; mientras decia que los tiranos son siempre temibles á las repúblicas, y más aún cuando tocan sus fronteras; mientras descubria con profunda sagacidad las perfidias del Monarca y galvanizaba, por decirlo así, aquel pueblo degenerado, aquel cadáver de la antigua Atenas, este respectable padre de la elocuencia, soñaba gozoso en que Filipo, puesto á la cabeza de los ejércitos reunidos de la Grecia, marchase á conquistar el imperio de los Persas (18). ¿Para quién pensaria Isócrates que iban á ser los laureles y los frutos de la victoria? Todos los proyectos políticos de este hombre, llevan el sello de las buenas intenciones, pero tambien el sello de las utópias.

No creais que me expreso de este modo, porque ceda al influjo de cierta vehemencia de carácter que me sea propia y que me haga preferir los dictámenes atrevidos á los prudentes. Llamo en mi apoyo el juicio unánime de los siglos. La posteridad ha aprobado con su admiracion la sublime lucha que Demóstenes sostuvo contra Filipo, porque era la lucha de la independendencia griega contra el genio de las conquistas. Pues bien,

al aprobar la conducta de Demóstenes, la posteridad ha fallado contra Isócrates. ¡Siempre, señores, siempre me sentiré dispuesto, como os sentireis vosotros, á admirar la resistencia de los pueblos contra los tiranos!

Figuraos una República de historia tan gloriosa como la de Atenas, una confederacion de los pueblos más cultos de la tierra; figuraos un monarca absoluto, ambicioso y guerrero, político tan profundo como pérfido, que violaba la fé de los tratados, se apoderaba de las plazas atenienses sin prévia declaracion de guerra, asaltaba como un pirata las naves de la República, sembraba la discordia entre los Estados helenos, y que con su ardiente pupila fija en la ciudad de Atenas, se iba abriendo un ancho camino hácia la dominacion de Grecia. ¿Creeis que la patria de los dioses y los héroes debia someterse, como vil esclava, al yugo de la tiranía, sin haber cumplido antes el deber de la resistencia? No, esto no puede creerlo ningun hombre en cuyo pecho se albergue un resto de patriotismo. En todos los corazones libres encontrará siempre ecos simpáticos, el grito que lanzaba Demóstenes de *¡guerra al extranjero!*

Dicen tambien los admiradores de Isócrates, que no solamente no negó sus lecciones á De-

móstenes, porque éste no tuviese recursos para pagarle, sino que tuvo la gloria de servirle de maestro. Bastaría decir para negar esto último, que los grandes hombres se forman de sí mismos, sin más preceptores que el mundo y la naturaleza. Pero está averiguado que el más grande de los oradores griegos quiso seguir las huellas de Pericles, y que asistió á la escuela de Iseo (19), por el cual fué dirigido en el pleito que sostuvo contra sus tutores, y cuyo estilo procuró imitar, consiguiendo llevarlo al más alto grado de perfeccion.

No quiero decir con esto que Demóstenes no asistiese á las aulas de Isócrates; pero esto no autoriza para llamarle su discípulo en el sentido que debemos dar á la palabra. Entre los discípulos y los maestros hay siempre caracteres comunes, semejanzas notables que los acreditan como pertenecientes á la misma escuela. Pero ¿qué semejanza existe entre la elocuencia de las *Filípicas* y la elocuencia del *Panegírico*? Si el principal maestro del grande orador Ateniese, hubiera sido Isócrates, ¿cómo á su lado aprendió el discípulo cabalmente lo que el maestro no fué capaz de enseñar? Si los consejos de un hombre sábio tuviesen la virtud de producir el genio, de seguro que los grandes hombres no estarian tan

escasos en el mundo. Demóstenes imitó á Isócrates en lo relativo á la armonía, y de ningun modo en las partes esenciales de la oratoria. Los verdaderos discípulos de Isócrates fueron Teopompo y Eforo, de los cuales decia que á uno le aplicaba el freno y al otro la espuela, y además Filisto, Naucrates y muchos otros de segundo orden, que aunque diferentes por la índole de su genio, se parecian segun dice Ciceron, por su estilo comun, que era el mismo de su maestro.

Ahora, señores, voy á decir algunas palabras sobre Iseo, para terminar en seguida esta conferencia.

Iseo habia sido discípulo de Lysias; se mantuvo siempre apartado de las contiendas políticas; se ejercitó en la enseñanza y en las tareas del foro, y era particularmente recomendado, por su mucha práctica y saber en los negocios de herencias y sucesiones. La entonacion vehemente de su lenguaje llegó á hacerse proverbial, y tanto este carácter de su palabra, como otras cualidades que le eran propias, se encuentran mencionadas en Juvenal, cuando hablando irónicamente de ciertos hombres, dice este poeta:

«Agudo ingenio, impávida osadía,

Y lengua más fogosa les es dada,

Que la del mismo Iseo.»

Se distinguió este maestro de elocuencia por la concision y pureza de su estilo, quizá austero en demasía; por la fuerza de su argumentacion y por el órden y acierto con que trataba las cuestiones. En vez de proponerse, como Isócrates, deleitar el oido con la música del lenguaje, y escribir oraciones más propias para leídas que para habladas en público, dirigia sus esfuerzos á poner de relieve, con incontestables razones, la justicia de su causa (20). Era un intrépido combatiente que aspiraba á salir vencedor en las luchas judiciales, sin cuidarse de los aplausos del auditorio ni de la suerte futura de los discursos. En los tribunales de Atenas, y sobre todo en el tribunal del Areópago, estaba prohibido seducir los ánimos con las galas y artificios de la retórica; pero se permitia hacer brillar la luz de la razon y defender la justicia con las armas de la dialéctica; y á estas disposiciones de la ley, subordinó sin duda Iseo el círculo de su elocuencia.

Si ahora dirigimos una mirada á los tres maestros de quienes esta noche nos hemos ocupado, encontraremos los caractéres que los distinguen, y que los acercan ó separan. La pureza y el acierto en la eleccion de las palabras, son virtudes que poseyeron los tres: Lysias sobresale por la sencillez y dulzura del estilo; Isócrates

por la pompa y la armonía; Iseo por la concision y la vehemencia. En lo demás, Lysias puede compararse á un hábil tirador de florete que tambien empuña la lanza cuando el caso lo requiere, Isócrates á un maestro de esgrima, que solamente sabe manejar la espada en simulacros de guerra; Iseo, por último, á un guerrero de armas toscas y aceradas, que tiene menos gracia, pero más fuerza para descargar los golpes.

He dicho.

NOTAS AL SEXTO DISCURSO.

(1) Tenian el nombre de *metecos* los extranjeros domiciliados en Atenas. Estaban libres de muchas cargas públicas, pero las leyes no permitian que desempeñasen magistraturas, ni hablasen en la Asamblea del pueblo, ni ejerciesen influencia en el gobierno por ningun otro medio directo. En algunos casos de grande apuro para la República, los metecos tenian tambien que empuñar las armas y hacer el servicio militar.

(2) Eses datos los hemos tomado de la Historia de Grecia, escrita por W. Grote. Este dice que el discurso de Lysias, defendiendo la democracia, es probable que lo pronunciase algun personaje principal de la República.

(3) La paz de Antalcidas produjo un gran descontento contra los Lacedemonios, que parecian haber perdido el sentimiento del patriotismo helénico, tan sábiamente favorecido, ora fuese con designio político, ora sólo por atender á una mira religiosa, por los fundadores de las solemnidades

Olímpicas y del Congreso de los Anfictionses, donde acudían ó eran representados todos los pueblos griegos del continente ó de las islas. El descontento general encontró un órgano elocuentísimo en Lysias, que el año 384 antes de Jesucristo compuso una arenga, cuya lectura tuvo lugar en Olimpia, al celebrarse los juegos en honor de Júpiter. De unos fragmentos que se han conservado de este discurso son las palabras siguientes:

«El mundo griego se ve amenazado en sus dos extremidades. Nuestros hermanos del Oriente son esclavos del Gran Rey, y nuestros hermanos del Occidente gimen bajo el yugo de Dionisio. Estos dos hombres son tiranos poderosos, tanto por sus fuerzas navales, como por sus riquezas, que en sus manos pueden convertirse en instrumentos eficaces de dominacion: si combinan sus recursos, acabarán con los restos de libertad que aun conserva la Grecia. Antes han podido hacerlo á favor de las discordias intestinas que han agitado á las principales ciudades griegas; pero hoy que el peligro aumenta, se hace indispensable que las Repúblicas se coaliguen sinceramente para evitar su ruina. ¿Cómo Esparta, que ejerce la supremacia helénica, puede permanecer tranquila, sin temer el incendio que está próximo á devorarnos? Las desgracias de nuestros hermanos oprimidos debían afligirnos tanto como las nuestras. No continuemos, pues, ociosos aguardando que Artajerjes y Dionisio nos ataquen con sus fuerzas combinadas: pongamos un freno á su insolencia, mientras es posible to-

davía, y no aguardemos el momento en que nuestros esfuerzos serian impotentes para salvarnos.» Esta es una traduccion libre que sólo puede dar idea de los conceptos del original. La belleza de formas que tienen las principales obras de los griegos, no hay medio de trasladarla á las lenguas modernas. El discurso de Lysias, de que son parte esos renglones, produjo un gran efecto en el concurso que lo escuchó.

(4) «En dulzura y suavidad, la frase de Isócrates cede á la de Lysias. Porque Isócrates es florido como el que más, y halaga y recrea á los oyentes, pero no tiene igual gracia que el otro.»

«Isócrates no guarda una composicion natural, sencilla y viva como la de Lysias.»—(*Dion. de Hal., Orad. Ant.*)

(5) Ciceron da á Lysias los nombres de orador y escritor indistintamente, lo mismo que hace con Isócrates. Dice, sin embargo, que nunca se presentó en el foro, «pero que escribia con una delicadeza y una elegancia perfectas en el género simple, y que casi podria llamársele un orador completo.»—(*Ciceron, Brutus, IX.*)

(6) Las noticias sobre la primera enseñanza de Isócrates, y las demás de ese párrafo, las da Dionisio de Halicarnaso (*Oradores antiguos*), y algunas las reproduce Barthelemy (*Viaje del joven Anacharsis*). Generalmente se cree que Isócrates fué discípulo de Gorgias; pero Quintilia-

no, que tambien lo dice así, añade que «en esto no concuerdan los autores.»—(*Quintiliano, Inst. Orat., Lib. 3, cap. 1.*)

En cuanto á la timidez que le impedia presentarse en las Asambleas públicas, él mismo la confiesa terminantemente en su oracion á Filipo de Macedonia, como puede verse más adelante en la nota 9.

(7) «Isócrates, que en un principio negaba que hubiese un arte de escribir, componia discursos para sus clientes; pero denunciado muchas veces á los tribunales de justicia por haber infringido la ley que prohibia emplear artificios ante los jueces, cesó de escribir para el foro, y se dedicó á la enseñanza.» (*Ciceron, Brutus, XII.*) — «La casa de Isócrates, fué en cierto modo una escuela pública de elocuencia, y un gimnasio abierto á toda la Grecia.» (*Id. Id. XIII.*) — «Llegó á una opulencia que no habia alcanzado jamás ninguno de cuantos debieron su riqueza á la filosofía.» (*Dion. de Hal., Orda. ant.*)—Aquí debemos añadir que antes de establecerse Isócrates en Atenas, habia tenido escuela abierta en la isla de Chios, donde no solamente no consiguió honra ni provecho, sino que se vió muy escaso de recursos. Desde allí pasó á Atenas, donde residió hasta su muerte.

(8) «Tambien veo que es dificultoso escribir sobre un mismo asunto dos buenas oraciones, y más si la primera que se publicó está de tal modo

escrita, que hasta los envidiosos tratan de imitarla y la aprecian aun más que los que la alaban con admiracion.»—(*Isócrates, Oracion á Filipo.*)

«Muchos sofistas han tratado ya este asunto; pero, sin embargo, espero distinguirme tanto de ellos, que lleguen á pensar que nada han dicho.»—(*El mismo, Panegírico.*)

«En el Panegírico fué tal el elogio que hice de esta ciudad, de nuestros mayores y de los peligros en que por entonces se vieron, que los que antes habian tratado este asunto, hubieron de borrar sus discursos causándoles vergüenza lo que habian dicho, y los que ahora tienen alguna reputacion, ni siquiera se atreven á hablar de estas cosas, y aun piensan con desconfianza de su habilidad.»—(*El mismo, Oracion por la Permuta.*)

(9) «Es cierto, dice Isócrates, que para el manejo de los negocios públicos soy de todos los ciudadanos el más negado, como que ni tengo voz aparente ni el valor que se necesita para hablar al pueblo, entrar en debates y aguantar los dicerios de los que están hechos á la trápala del foro; pero en cuanto á pensar bien y dirigir con acierto (aunque digan que esta es demasiado arrogancia) si quieren disputármelo, no tendré inconveniente en contarme, no entre los inferiores y últimos de todos, sino entre los primeros.»—(*Isócrates, Oracion á Filipo.*)

(10) Isócrates escribió oraciones ó cartas á Filipo de Macedonia; á su hijo Alejandro; á Ni-

cócles, Rey de Salamina en Chipre, y á Evágoras su padre y antecesor; á Archidamo, Rey de Esparta; á los hijos de Jason, tirano de Feres en la Tesalia; á Timoteo, hijo de Jason, tirano del Ponto, y á Dionisio de Siracusa. Si todas las obras de Isócrates hubiesen llegado hasta nosotros, acaso esta enumeracion podria aumentarse.

Despues de haber dicho que el gobierno monárquico es el mejor de todos, añade: «Mas las monarquías dan el primer lugar al que es tenido por el mejor de todos; el segundo al que es reputado despues de este, y el tercero y el cuarto á los que se le siguen en esta razon.... Y además, si hemos de mirar á la naturaleza y acciones de los hombres, todos sin duda estarán por la monarquía. Porque, ¿qué hombre de juicio no deseará más vivir bajo aquella especie de gobierno en que si es bueno será conocido, que no bajo aquella en que será confundido con la muchedumbre, sin que pueda dar á entender quién es?»—(*El mismo, Segunda oracion de Nicocles.*)

(11) «Hay, pues, mucha razon en vista de esto para estar mal con el actual gobierno, desear que volvamos nosotros al mando y dar en rostro á los Lacedemonios con que habiendo movido en un principio la guerra para libertar á los Griegos, hayan venido, por fin, á entregar una porcion de ellos á los Bárbaros; y con que habiendo separado de nuestra ciudad á los Jonios, que habian salido de ella y habian sido muchas veces por nosotros puestos en cobro, ha-

yan hecho de ellos igual entrega á los Bárbaros.»

Enumera con frases muy elocuentes los males que sufren algunas ciudades Griegas, y en seguida añade: «¿Y quiénes tendrán de esto la culpa, sino los Lacedemonios que, no obstante su mucho poder, miran con indiferencia el que los que antes fueron aliados padezcan ahora tantos males, y que el Bárbaro, con la fuerza de los Griegos, vaya ahora dilatando su imperio? Y aun antes arrojaban los tiranos y daban siempre ayuda al pueblo; pero ahora, de tal manera se han mudado, que hacen la guerra á las Repúblicas y contribuyen á afirmar las monarquías..... Pues, ¿cómo no será una cosa vituperable el aumentar de ese modo el poder de los príncipes, y no permitir al mismo tiempo que las mayores ciudades sean señoras de sí mismas, sino antes precisarlas á admitir la esclavitud ó afligirlas con las más duras calamidades? Y lo peor está en que, los que tanto se jactan de ser los principales, casi puede decirse que no hay día en que no peleen contra los Griegos, y que están siempre ayudando y dando socorro á los Bárbaros.»—
(*Isócrates, Panegírico.*)

(12) El mismo Ciceron, cuya pluma ha trazado en varias de sus obras el elogio de Isócrates, á quien llama padre de la elocuencia y á quien atribuye una gloria que despues no ha podido alcanzar ningun otro (*Brutus, X*), no puede menos de decir en su obra titulada *El Orador*, que las oraciones de Isócrates «pertene-
cen al gé-

nero demostrativo, según lo han definido los Griegos, cuyo uso es casi extraño á las luchas del foro.» En seguida añade que no por eso debe desdeñarse su estudio, y que ha de ser como el primer alimento que tome el aspirante á orador. Pero en la misma obra y algo despues, dice que no puede defender á Isócrates, sin encontrar en Marco Bruto un contradictor formidable. Dice tambien, (*del mejor gen. de elo., VI*), «que Isócrates no merece en su juicio ser contado en el número de los oradores: no se lanza al combate con la espada en la mano.»

Aunque la crítica que hacemos de Isócrates, por dura que parezca, está fundada en sus propias obras, añadiremos aún algunas palabras más autorizadas que las nuestras: «Presentando algunos ejemplos de la dición de Isócrates, se verá claramente el número de los períodos en que afecta cierta elegancia, y la puerilidad con que coloca las figuras, andando siempre en busca de antítesis, y procurando que los finales sean semejantes.»—(*Dion. de Hal., Orad. Ant.*)

(14) «En las figuras es algo nimio, y así es bastantes veces frio, ó por tomarlas de muy lejos, ó por no venir bien con los asuntos, ó por no saber contenerse en justos límites. Muchas veces su dición es sobradamente difusa.»—(*El mismo autor. Orad. Ant.*)

«Isócrates tardó diez años, según el cómputo más corto, para componer su Panegírico.»—(*Dion. de Hal., Col. de las Pal., XXV.*)

«Las obras de Isócrates, aunque con muchas bellezas, suministran armas poderosas á la crítica. Su estilo puro y fluido, lleno de dulzura y armonía, es tambien algunas veces pomposo y elegante; pero otras muy desabrido, difuso y sobrecargado de adornos que le afean. Disgusta el ver á un autor estimable rebajarse hasta no ser más que un escritor sonoro. Ha encanecido componiendo, corrigiendo, limando y rehaciendo un corto número de obras.»—(*J. S. Barthelemy, Viaje á Grecia, cap. 7.*)

«Isócrates y los oradores de su escuela, aunque tengan en general una composicion noble y dulce, se echa en esta de menos la variedad. Siempre se ve un mismo círculo periódico; los mismos giros, las mismas figuras, la misma mezcla de vocales, en una palabra, siempre las mismas cosas, que al fin desagradan al oido. Y no porque yo haga bastante aprecio de esta escuela, pues Isócrates tiene muchísimas gracias que encubren, en parte, esta falta de variedad.»—(*Dion. Hal., Col. de las Pal., XIX.*)

Tampoco Aristóteles era muy entusiasta de Isócrates; y cuando despues de haber éste envejecido se puso aquel á explicar retórica, decia con frecuencia estos versos:

El que Isócrates hable y nos callemos,
Cosa es, si bien se mira, vergonzosa.

(*Quintiliano, L. 5, cap. 1.*)

(15) Dice D. Antonio Ranz Romanillos, en el prólogo que puso á la cabeza de su traduccion de Isócrates: «He puesto el mayor cuidado en no al-

terar ni el orden de los pensamientos ni el de las ideas; en conservar á los períodos los mismos miembros y la extension misma que tenian; en no quitar ninguna conjuncion y colocar los adverbios en el mismo lugar que en el original ocupaban; en dar á las frases simétricas un mismo orden ó colocarlas en otro equivalente; en expresar los pensamientos brillantes en el mismo número de palabras que empleó el autor.»

(16) «Isócrates vendió un solo discurso por 20 talentos.»—(*Plinio, Lib. 3, 31.*)

Como cada *talento* equivale á 20.117 rs. próximamente, los 20 que recibió Isócrates, reducidos á nuestra moneda, darán la suma de 402.340 reales.

(17) «Porque si habeis ya sujetado tantas gentes, que nunca ninguno de los griegos tomó tantas ciudades, ¿cómo si os quisiera compárar con cada uno de ellos no demostraria que eran vuestras proezas mayores que las suyas? Pero no lo hago, porque no quiero que por mí parezcan menores que los que ahora viven, los que son tenidos por semidioses.»—(*Isócrates, Oracion á Filipo.*)

(18) Demóstenes pronunció sus *Filipicas* en los diez años que trascurrieron desde el 352 al 342 antes de J. C. Isócrates escribió esa oracion despues de la paz ajustada entre Atenas, y Filipo el año 346 antes de J. C.; de modo que

mientras él ocupaba su ingenio en celebrar al eterno enemigo de su patria, Demóstenes acrecentaba su ódio contra el Macedon y oponia grandes dificultades á su política.

(19) En las *Vidas de los diez Oradores* que se atribuyen á Plutarco, se asegura que Iseo estuvo cuatro años dando lecciones á Demóstenes, mediante una cantidad diez veces mayor que la que Isócrates recibia de sus discípulos.

(20) Hé aquí cómo resume Schoell lo más esencial de cuanto sabemos sobre Iseo: «Fué discípulo de Lysias y de Isócrates, y uno de los maestros de Demóstenes. Su estilo se parecia mucho al de Lysias; es simple, elegante y lleno de fuerza. Los once discursos de Iseo que se conservan, pertenecen todos al género judicial, y son relativos á cuestiones de herencias.» Otro autor francés dice que los discursos de Iseo eran secos y descarnados, y que no todos podrian encontrar gusto en su lectura. En lengua castellana no tenemos ninguna traduccion de ellos; pero el infatigable Auger, que tradujo á Isócrates, Lysias, Andocides, Esquines, Demóstenes y á algunos de los Padres de la Iglesia, aumentó en francés esta coleccion con las oraciones de Iseo.

Démades, Hipérides, Licurgo.

Esquines.

SEÑORES:

Nos ocupamos, últimamente, de los tres maestros de elocuencia que más fama alcanzaron en Atenas. Esta noche hablaré de un orador que merece el segundo puesto entre los más célebres de la Grecia, y que también se dedicó, en la última época de su vida, á la enseñanza del arte de la palabra. Me refiero á Esquines, cuyo nombre va íntimamente ligado al de Demóstenes, de quien fué enemigo y competidor. Estamos, pues, en los tiempos más gloriosos de la elocuencia griega. La filosofía se habia unido á la retórica para producir obras dignas de la posteridad; pero abusando la retórica de su indulgente y noble compañera, algunas veces invocó su prestigio sin rendir, á sus mandatos, toda la obediencia que merecen.

El deseo de reservar á Demóstenes un lugar espacioso en estas conferencias, es la causa que me induce á hablar esta noche de Esquines, sin haberlo hecho antes de algunos oradores políticos, contemporáneos suyos, ó que habian florecido en la generacion precedente. Entre ella figuran Céfalo, Calistrato, Démades, Hipérides, Licurgo, el mismo Focion, más reputado como militar que como hombre de gobierno, y otros de menos importancia, tales como Ificrates y Timoteo, y posteriormente, á estos dos, Myrócles y Polyecto, de quienes apenas conocemos otra cosa que sus nombres (1).

Céfalo tomó parte en los negocios públicos cuando aun no se habia terminado la guerra del Peloponeso, y sin embargo de aquellas críticas circunstancias, tuvo la fortuna de no haber sido nunca acusado por su conducta pública; y digo la fortuna, porque si bien dependió de su voluntad el ser íntegro ciudadano, no siempre basta la virtud para cerrar la boca á la envidia y la calumnia (2).

Calistrato se habia distinguido como general al mismo tiempo que como orador elocuente, y fué, segun dicen algunos biógrafos, el que despertó con sus triunfos oratorios aquella infatigable actividad con que Demóstenes emprendió el

estudio de la elocuencia (3). Démades habia subido desde simple marinero hasta orador político, y aunque se recomendaba siempre al auditorio por su palabra fácil y agradable, dejó á la posteridad una historia manchada por las intrigas y complacencias con que sirvió á los enemigos de su patria; de los cuales recibió al fin el castigo que reclamaban sus traiciones (4).

Hipérides, que se puso desde un principio en las filas populares, poseia todas las gracias de elocucion y de ingenio que pueden adornar á un hombre, sin tener aquel calor de sentimientos, aquella riqueza de ideas y aquella fuerza de argumentacion, que dan siempre la victoria en las grandes luchas de la palabra.

Al hablar de Hipérides, no puedo menos de recordar el gran aprecio que los romanos de los últimos tiempos de la República hacian de sus discursos. Ciceron lo cita con frecuencia en sus obras oratorias, como uno de los modelos que más universalmente se estudiaban entonces. Yo veo en esta predileccion que le dispensaron, una prueba de que sus obras contenian muchos atractivos seductores. No es posible atribuirle cualidades oratorias de primer orden, como las que inmortalizaron á Demóstenes, porque Longino se opone á ello terminantemente, en la obra que

nos ha dejado sobre el sublime. Hipérides, como otros muchos patriotas de la Grecia, murió á manos de Antipatro, el lugarteniente de Alejandro. Pero antes de matarle, dió orden de que le cortasen la lengua (5).

Licurgo fué un patriota incorruptible, un acusador implacable, un intendente de las rentas de Atenas, que despues de catorce años de manejar los caudales públicos, conservó puras sus manos y murió dejando á sus hijos en la miseria. Sufrió muchas acusaciones, y siempre los Atenienses le encontraron inocente. Formó en las filas del partido nacional, fué muy estimado por Demóstenes, que hallándose en el destierro escribió una carta á sus compatriotas en defensa de los hijos, ya huérfanos, de su amigo, y tuvo el honor de que su cabeza fuese pedida por Alejandro, cuando Alejandro reclamó, desistiendo luego de su empeño, las de otros siete ciudadanos principales. La elocuencia de Licurgo era más bien natural que adquirida, sin embargo de que habia sido discípulo de Isócrates (6).

En cuanto á Focion diré, señores, que lo mismo que los Catones romanos, parecia, por su carácter austero, una sombra de los pasados tiempos, y que se distinguió en la tribuna por la brevedad con que hablaba y por el positivismo polí-

tico de sus ideas, de igual modo que se habia distinguido en los campos de batalla por su valor y su pericia. Demóstenes le llamaba *el hacha de sus discursos*, y se asegura que desdeñaba los aplausos del pueblo y que tenia de aquellas muchedumbres tan cabal idea, que habiendo sido una vez recibidas con entusiasmo sus palabras, se interrumpió sorprendido y exclamó: «Sin duda he cometido alguna imprudencia cuando esta gente me aplaude.» Sus discursos abundaban en concepciones felices y pensamientos nobles; eran siempre útiles á la patria, ó por lo menos fieles á la conciencia del orador; tenian siempre un tinte de austeridad que no agradaba á los Atenienses, pero que les imponia; y su palabra concisa, vigorosa, franca algunas veces hasta rayar en la temeridad, desafió las iras del pueblo, reprendiéndole severamente cada vez que lo creia extraviado, y le hizo digno de que su contemporáneo Polyecto dijese «que Demóstenes era el más admirable de los oradores, y Focion el más elocuente.»

Pues bien, este hombre extraordinario, tan severo con los demás como consigo mismo, despues de haber sido honrado con el cargo de general cuarenta y cinco veces, sin haberse hallado nunca en las elecciones, fué condenado á

muerte por los Atenienses, y aun hubo un miserable que le escupió al rostro, momentos antes de que bebiese la cicuta. Sus últimas palabras fueron dignas de su reputacion: «Decid á mi hijo, exclamó, que no piense nunca en vengarme, y que olvide la injusticia que hoy cometen los Atenienses» (7).

Es digno de observarse que los contemporáneos de estos oradores habian formado de ellos distinto juicio que ha formado la posteridad. A Démades se le consideró, no solamente superior á Esquines, sino tambien superior á Demóstenes (8); y únicamente se explica de este modo la influencia que hombres medianos ó corrompidos ejercieron en los destinos de la República, y la completa inutilidad de los primeros esfuerzos hechos por Demóstenes, para apercibir á sus conciudadanos contra las palabras pérfidas y complacientes de algunos consejeros del pueblo. Si en aquellos tiempos se hubiesen atribuido, al grande orador de Atenas, la sinceridad de intenciones y la profunda sagacidad política que en él reconocen hoy todos los hombres que estudian su conducta; si sus compatriotas hubiesen presentado la admiracion que habian de tributarle los venideros, y los brillantes destinos que estaban reservados á su nombre, ciertamente que

habrían sido menos injustos con él y más dóciles á sus consejos. El pueblo de Atenas era, sin disputa, el más culto de los pueblos, pero pueblo al fin, ó lo que es lo mismo, conjunto indisciplinado de los individuos más ignorantes de la nación; poder irresponsable de los actos que verificaba; nave sin áncoras expuesta á las borrascas de la política, fácil de extraviarse hácia playas peligrosas impulsada por el viento de la lisonja, y muy difícil de conducir, luchando contra las olas, hácia un mar anchuroso libre de escollos y bagíos.

Pero, señores, si para censurar los defectos ó los vicios es preciso estar libres de su contagio, no creo que seamos nosotros los autorizados para echar en cara á los Atenienses el no haber apreciado siempre, en su justo valor, las prendas de sus más ilustres varones. ¿Qué hacemos hoy más que rendir un tributo á la misma parcialidad? ¿Cuántas veces no respondemos, como un eco, á los himnos de la adulacion? ¿Quién no ha tomado alguna vez el brillo de los metales falsos por el brillo de los metales preciosos? ¿Quién no tiene el remordimiento de haber vuelto la espalda á alguna figura digna de respeto, para contemplar con veneracion algun ídolo mezquino y despreciable? ¡Oh, señores! permitid que yo maldiga

ese fanatismo imperdonable, que en la época de la libertad nos convierte en esclavos de las pasiones políticas; ese fanatismo vergonzoso que nos hace sacrificar la reputacion de los hombres, y hasta los intereses de la patria, en aras del egoísmo de las personas y los partidos!

Esquines (9), de quien esta noche vamos á ocuparnos, fué uno de esos hombres nacidos entre el cieno de las sociedades, y elevados más tarde sobre la multitud. La naturaleza le dotó de facultades intelectuales, más profundamente que de virtudes. Su educacion, muy lejos de poner un remedio á los defectos de su carácter moral, debió contribuir á torcer sus inclinaciones, y á hacerle familiares todos los vicios de que la Grecia estaba entonces plagada. En su niñez ayudó á su padre en una escuela de primeras letras que tenia, y segun dice un contemporáneo suyo, más tarde fué educado por su madre, entre vicios y liviandades, para cómico de la legua. Pero, en esta profesion, no hizo grandes adelantos, y á pesar de vestir el traje de Melpómene, fué arrojado á pedradas de la escena, siguiendo en esto, los espectadores, la costumbre establecida en los pueblos pequeños, de manifestar á los cómicos el desagrado que producian, por medio de estas expresivas indicaciones (10). Si hemos de

creer á Demóstenes, el que habia de ser su antagonista vivió merodeando por las poblaciones rurales, no de otro modo que ahora viven los jitanos en algunas provincias de España.

Hasta aquí todo nos indica que Esquines era un hombre vulgar, sin ideas elevadas, sin sentimientos nobles, sin aquella vocacion poderosa que dirige todas las fuerzas del espíritu y la voluntad hácia un objeto determinado; sin aquel empeño tenacísimo en seguir un derrotero fijo, que es en los jóvenes la señal infalible de un alma superior, la esperanza de un glorioso porvenir, y quizá el anuncio de una suerte predeterminada.

Dejó Esquines la profesion de cómico y entró al servicio de algunos magistrados subalternos de Atenas, en calidad de escribiente.

Más tarde logró ser inscrito como ciudadano, formó parte de algunas expediciones militares, y aun llegó á desempeñar, entre otros destinos de la República, el de subsecretario del Senado. Insensiblemente fué acercándose al campo de la política, hasta que tomó parte en los debates públicos, y obtuvo del pueblo algunos cargos de confianza, que eran, por decirlo así, la piedra de toque en que habia de descubrirse su corrupcion ó sus virtudes cívicas. Pero ahora, señores, va-

mos á juzgarle solamente como orador, lo cual será, para vosotros y para mí, un trabajo más halagüeño que el de recorrer toda la cadena de sus perfidias y venalidades (11). En este sentido, no diré más que lo que sea puramente indispensable. No me gusta remover el cieno, y menos salpicar con él, el rostro ó la memoria de los hombres.

De la importancia de Esquines como orador, puede formarse una idea recordando que fué el más poderoso antagonista que tuvo Demóstenes, y que de dos combates á muerte que sostuvo contra este gigante de la palabra, consiguió, en el primero, dejar indecisa la victoria, por más que en el segundo quedase completamente derrotado. Pero, lo más admirable es que, sin haber tenido desde un principio el designio de distinguirse como orador, pudo Esquines disputar á Demóstenes la palma de la elocuencia. Esto consistió en que las circunstancias de su vida le fueron disponiendo poderosamente para la tribuna, y en que la misma naturaleza le habia dotado de las facultades más indispensables para el ejercicio de la oratoria.

Dice un historiador francés, que Esquines asistió con Aristóteles, Demóstenes, Hipérides y otros contemporáneos suyos, á la escuela de Platon; pero miro esta noticia como improbable, no

obstante el respeto que merece el sábio escritor que la trasmite. En Esquines no se encuentra ninguna señal de aquella pureza y elevacion de espíritu que habria adquirido en la escuela de Platon; y en mi juicio, esto autoriza para pensar, que la semilla fué sembrada en mala tierra, ó que nunca llegó á sembrarse. Vemos, en cambio, que la profesion de comediante, tuvo que dar á Esquines desenvoltura y hasta desvergüenza para hablar; tuvo que familiarizarle con el público, y que disponerle así para hacer frente á los tumultos populares; y tuvo, en fin, que hacerle necesario el estudio de los más célebres poetas de la Grecia, como él mismo lo acreditó despues, al citar en sus oraciones á Sófocles, Eurípides y aun á Hesiodo. Vemos tambien que en los primeros cargos públicos que desempeñó, le fué fácil y hasta obligatorio el conocimiento de las leyes, cuyo espíritu sabia torcer tan hábilmente, y que unido todo esto á una memoria rápida y segura, á una imaginacion fecunda, á un lenguaje pomposo, á una entonacion sonora y á unas maneras insinuantes que pecaban algo de teatrales, son causas que bastan para producir su elocuencia y para explicar los caractéres que la distinguen. De este modo, señores, la elocuencia de Esquines fué producto de la naturaleza y de un

concurso de felices circunstancias, de igual modo que la de Demóstenes habia sido obra de una temprana resolucion, sostenida por una voluntad firme, perseverante, infatigable, sin ejemplo en el mundo.

Y cuando veo, señores, los diferentes caminos por donde estos oradores llegaron á las alturas de la elocuencia, me convenzo más y más de que la suerte influye tambien mucho en los destinos de los hombres, independientemente de los propósitos y aspiraciones que los animen. Todos tienen su punto de partida, y todos halagan la esperanza de una próspera navegacion; pero unos caminan derechamente, como el pueblo de Moisés, hácia una tierra prometida, ó como Colon, hácia un nuevo mundo presentido mucho tiempo antes que descubierto; y otros surcan, como atrevidos aventureros, mares ignotos, donde si alguna vez sufren los contratiempos de un naufragio, otras se hallan, cuando menos lo esperan, en comarcas riquísimas que ni en sueños pudieron nunca ambicionar.

No digo yo que Esquines fuese siempre, como orador, uno de esos felices aventureros, hijos de la fortuna más bien que hijos del trabajo y de su propia vocacion; pero lo fué, sí, en los principios de su carrera, como lo acredita la circunstancia

de haber aparecido en la tribuna á los cuarenta años de su edad.

Tuvo fama de gran improvisador; pero los discursos por los cuales nosotros le conocemos, son obras maestras, debidas á una larga preparacion, y á una inteligencia muy ejercitada en las luchas de la tribuna. Su palabra afuente debió brillar mucho en sus improvisaciones, sobre todo cuando formaba entre las filas populares, antes de venderse á Filipo de Macedonia; pero nosotros no conocemos los acentos que le inspiró la patria, cuando recorria los pueblos de la Grecia irritándolos contra el tirano, en un tiempo en que quizá brotara de su pecho alguna centella de patriotismo, si es que una virtud tan sublime pudo abrigarse alguna vez, en hombres nacidos para palaciegos más bien que para ciudadanos (12).

Podemos, sin embargo, observarle en tres oraciones principales que están ligadas á tres acontecimientos notables de su vida; oraciones que, en mi juicio, deben estimarse tanto por su mérito oratorio, como por las noticias que dan sobre las costumbres y las leyes de Atenas, y sobre las relaciones mútuas de las demás Repúblicas griegas.

En aquellos tiempos, los partidos políticos agitaban á los pueblos, como hoy agitan á los

Estados modernos; pero en vez de combatir sólo en las Asambleas legislativas, de estos combates públicos y colectivos, se pasaba á otros combates individuales mil veces más encarnizados, donde los antagonistas aspiraban á satisfacer un sentimiento de rencor ó de venganza, y á desembarazar á su partido de un enemigo molesto ó peligroso. Las divisiones que habian separado siempre á los Atenienses se reprodujeron, con más encono que nunca, en la época de Filipo de Macedonia. El astuto monarca, que confiaba tanto en los desaciertos ajenos y en la abyeccion de los hombres como en su espada y su fortuna, mantuvo encendida la discordia entre los amigos del pueblo y los aristócratas, y aun consiguió, por medio del oro, que muchos ciudadanos se pudiesen por completo á su servicio, y favoreciesen los planes de su política. De este modo gobernaba como rey absoluto á su nacion, y contribuia á gobernar, indirectamente, á las Repúblicas griegas.

Pero nunca las rivalidades fueron tan violentas, como al regresar de la corte de Macedonia una embajada que habia ido á convenir la paz con Filipo. Demóstenes descubrió allí la corrupcion de Esquines, y mientras se disponia á perseguirle judicialmente, Hipérides hacia condenar á muerte á otro de los embajadores. Pero Esqui-

nes evitó el golpe, por el pronto, adelantándose á descargarlo. Presentó una acusacion contra un Ateniense llamado Timarco, en la cual lo denunciaba por haber ofendido, con sus vicios y desórdenes, las leyes protectoras de la moralidad (13). Este proceso escandaloso, dió por resultado una sentencia de ostracismo contra Timarco. La acusacion pronunciada por Esquines tiene pasajes elocuentes, donde expone los peligros y los males que la corrupcion de las costumbres ocasiona á las Repúblicas; y es además una noticia curiosa de las leyes de Atenas que se referian á este particular, y un testimonio ignominioso para el culpable y repugnante para todo el mundo, consagrado á perpetuar la memoria de unas liviandades, de unos delirios inconcebibles, á que sin embargo puede llegar la naturaleza humana, extraviada y corrompida por el aliento fétido del vicio.

Pero, Esquines, no consiguió más que retardar el ataque de su terrible adversario. Ambos contendientes se presentaron en liza, armado cada cual con su prestigio y su elocuencia, y estimulados por el aborrecimiento más profundo. Esquines jugaba su cabeza, y el mismo Demóstenes podia ser castigado como calumniador, si no obtenia, por lo menos, la quinta parte de los vo-

tos del tribunal. No diré cómo se condujo Demóstenes; figuraos lo que haría el Cid con su espada y con su lanza, frente de un enemigo aborrecible, y tendreis una imágen aproximada de lo que hizo este rudo batallador; pero diré sí, que Esquines sostuvo el ataque dignamente, y que escapó mejor librado de lo que podia prometerse. Demóstenes acusaba á Esquines de haber ocasionado, de acuerdo con Filipo, la destruccion de la Fócida, que era un pueblo amigo y verdadero antemural de la República. El capítulo de cargos que servia de base á este proceso, hacia responsable al acusado de haber mentido en todos sus relatos como embajador, é impedido al pueblo que oyese la verdad de lábios del mismo Demóstenes; de haber aconsejado, sobre todas las cuestiones, en contra de los intereses nacionales; de no haber cumplido ninguna de las órdenes de la embajada; de haber gastado un tiempo precioso, durante el cual, la República habia perdido muchas circunstancias favorables, y de haber sido, con un embajador ya condenado, partícipe del estipendio de todas estas perfidias.

Comprometida era la posicion de Esquines; pero supo vencerla con una destreza admirable. Por una parte, las ruinas y las víctimas de la Fócida pedian venganza contra el autor de aquellos

grandes infortunios; por la otra tenia que hacer su defensa sin atacar, ostensiblemente, al monarca Macedonio. Los hechos eran incuestionables. La responsabilidad de estos hechos, tenia que recaer sobre Filipo y sus cómplices. La inocencia de Esquines, era por consiguiente, en el fondo, una acusacion contra Filipo. A los vehementes ataques del acusador, el acusado responde con una discusion metódica y sutil de los sucesos; y justificando sus intenciones, presenta á Demóstenes como el verdadero traidor; atribuye los acontecimientos á circunstancias imprevistas y fatales, y aun lleva su osadía hasta el extremo de elogiar, en plena Asamblea, al mismo rey de Macedonia. ¿Quería Esquines asegurarse de este modo la voluntad del Príncipe, para el caso de una sentencia condenatoria? ¿Serian, acaso, estas frases lisonjeras á que me refiero, escritas por él más tarde, al corregir su discurso para publicarlo? No es posible contestar de un modo concluyente á estas preguntas, y las presento como simples conjeturas, y como indicios de las relaciones establecidas entre Esquines y el enemigo de la independencia griega.

Voy, señores, á permitirme leer una parte de la magnífica peroracion de esta arenga, donde podreis formar por vosotros mismos una idea,

aunque no sea completa, de las facultades oratorias de Esquines y de la violencia de su lenguaje, y conocer la humana costumbre que habia en Atenas de permitir al acusado la presentacion de su familia y sus amigos ante el tribunal, para conseguir con sus súplicas y sus lágrimas que se moderase el rigor de la sentencia. Hé aquí las palabras del acusado:

«Ahora, como en los tiempos que he citado, hay hombres que dicen amar la democracia, y que sin embargo desmienten sus palabras con su conducta; y estos infractores de la paz, que es el sostenimiento de los gobiernos libres; estos partidarios de la guerra, cuyo resultado es siempre la opresion del pueblo, se coaligan hoy para atacarme y para ocasionar mi ruina. Filipo, dicen, ha conseguido la paz á fuerza de oro, ha despojado á nuestra República durante las negociaciones, y despues de logrados sus designios, ha roto el convenio que estipuló. Dicen esto, repito, y en seguida me acusan, no por mis actos como embajador, sino como si yo fuese responsable de la política de Filipo, ó una garantía de la conservacion de la paz. Pero, ved, Atenienses, que yo disponia solamente de la palabra, y que mis enemigos me inculpan el que los acontecimientos no hayan sobrevenido conforme á sus deseos; ved á

un mismo orador alabando mi conducta en sus decretos, y acusándola despues ante los tribunales; ved, por último, que entre los diez individuos de la embajada, soy el único á quien se persigue.

»Jueces, miradme aquí rodeado de las personas á quienes alcanzaria el rigor de vuestra sentencia, y que se presentan ante vosotros para unir sus súplicas á las mias. No desoigais á este anciano, que tiene en mí el único apoyo de su vejez; á mis hermanos, que pasarian una vida inquieta y deshonorada si me arrancáseis de su lado, y no olvidéis, sobre todo, á estos niños inocentes que desconocen aún los peligros que amenazan á su padre, y que por eso mismo son más dignos de compasion. Os pido que os intereseis en su porvenir; que no los dejéis abandonados como una presa á mis enemigos, y menos á un hombre que parece mujer por su cobardía y sus crueles resentimientos. Imploro el favor de los Dioses y la clemencia de los Jueces que van á pronunciar mi sentencia. No me condeneis, no me sacrificéis á un traficante de elocuencia escrita, á un Scita, á un infame; vosotros que os interesais por vuestros hijos y vuestros jóvenes conciudadanos, recordad que soy el mismo que en la condenacion de Timarco ha dejado indelebles exhortaciones á la virtud..... ¡Oh! no es la muer-

te lo que me espanta. Es la deshonra y los ultrajes que sufre, el sentenciado, al espirar. Ver entonces un rostro enemigo, que insulta con su risa y que repite en los oídos las injurias aconsejadas por el rencor, es el más horrible de los tormentos. Pero no importa que tenga comprometida mi cabeza. Educado entre vosotros, formado con vuestro ejemplo y vuestros principios, en los actos de mi vida tenéis el testimonio que me condena ó que me absuelve.»

Comprendo, señores, que por estas palabras que he leído no es posible formar una idea completa del orador que nos ocupa; pero creo que bastan para hacernos conocer que sabía aprovechar los recursos de la oratoria. En todo el resto de su defensa, su palabra es afuente, su lenguaje brillante, su entonación elevada, su argumentación metódica y precisa, y todo el conjunto del discurso, sostenido por cierta vehemencia, hija sin duda del peligro que amenazaba al orador, y del ódio implacable que sentía hacia su adversario. Si para adjudicar el cetro de la elocuencia no tuviésemos más obras á que atenemos que la acusación de Demóstenes y la defensa de Esquines, sería muy aventurado el conceder á cualquiera de ellos la preferencia. ¡Tan difícil me parece la elección!

Pero lo que prueba el poder que estos oradores desplegaron en la tribuna, y lo que al mismo tiempo parece indicar que ni todas las inculpaciones del uno eran fundadas, ni el otro era incorruptible, es que el fallo de los jueces dejó indemnes á ambos competidores. Esta contienda tenia que dirimirse más tarde. El ódio reconcentrado que Esquines profesaba á su rival, y el sentimiento de venganza que en él despertó el *proceso por la Embajada*, acechaban una ocasion favorable para ensañarse contra Demóstenes; pero la influencia de este sobre el pueblo iba creciendo considerablemente, y los servicios que prestaba á la República eran tan señalados, que lo ponian á cubierto de los peligros de la calumnia. ¡Cuánto debió sufrir Equines al ver á su enemigo admirado por la Grecia entera, y recibiendo coronas de manos de sus compatriotas! La envidia le haria saborear su ponzoña, hasta obligarle á que apurase sus más amargas heces. Fué necesario que en la batalla de Queronea sucumbiera el poder de los Atenientes y Tebanos, para que Esquines recobrase la impudencia habitual de su carácter; fué necesario que la fortuna arruinase aquella política heroica y nacional que coaligó á los Griegos contra el poder extranjero, para que el mercenario de Filipo se atreviese á

perseguir al mayor ciudadano de la República.

Se habia presentado un decreto proponiendo que se concediese á Demóstenes una corona de oro, en recompensa de sus virtudes cívicas y de los servicios que habia prestado á la patria; y se pedia en este decreto que la corona fuese proclamada en el teatro, en la época de las fiestas llamadas Dionisiacas. Las leyes prohibian en Atenas insertar falsedades en las actas públicas, proclamar las coronas en el teatro, y concederlas á los que aun tuviesen cuentas que rendir de algun cargo conferido por el pueblo. El ataque de Esquines amenazaba al autor del decreto; pero iba dirigido contra Demóstenes, puesto que tenia que recorrer toda su historia política, para demostrar que se cometia una falsedad al atribuirle tales virtudes y servicios, y que la ley se oponia á que la coronacion se verificase no sólo en el teatro, sino tambien en cualquiera otra parte, por ser responsable el agraciado.

En este discurso es donde brillan con más esplendor las facultades oratorias de Esquines. Nunca la envidia y el aborrecimiento tuvieron auxiliares tan poderosos. Veamos cómo se conduce el jefe del partido macedónico, en esta lucha á muerte, con el jefe del partido democrático y nacional. Comienza deplorando que hayan caido en

desuso ciertas costumbres antiguas, y recuerda en seguida que el cumplimiento exacto de las leyes es en las democracias la única garantía de la libertad; pasa á la discusion jurídica, donde explica hábilmente las leyes en que se apoya, y siembra esta primera parte de su acusacion de apóstrofes y consideraciones agresivas, encaminadas á enajenar á su adversario las simpatías personales. No hay época, ni esfera pública ni privada, ni escena íntima de la vida de Demóstenes á que no recurra para fundar algun sarcasmo: baste decir, señores, que le niega hasta el amor á los hijos, que es el más universal como el más inestinguible de los sentimientos. Llega á ocuparse de la historia política de Demóstenes, y allí se abandona, como en alta mar, á los grandes movimientos de su elocuencia. Hay pasajes en esta arenga que merecen figurar entre lo más bello que ha producido el talento humano. Voy á permitirme leer, no el que juzgo preferible de estos pasajes, sino el que por su poca extension se acomoda más á los límites que me prescriben estas conferencias. Vereis, señores, con qué frases tan elocuentes hace Esquines responsable á Demóstenes de la derrota de Queronea, y no olvidéis que esto es una traduccion, ó lo que es lo mismo, un eco lejano de las palabras del orador.

Por mucho cuidado que se ponga al traducir, entre estos pasajes y las obras originales, siempre habrá la misma diferencia que entre una de esas estatuas carcomidas y mutiladas que suelen encontrarse entre las ruinas antiguas, y la misma estatua segun saliese de las manos del escultor, sobre todo si el escultor habia sido Fidias.

Hé aquí las palabras de Esquines:

«Este es el momento de consagrar un recuerdo y una alabanza, á los hombres intrépidos que, á pesar de los más siniestros presagios, fueron precipitados por Demóstenes en un peligro insuperable, y cuyos cadáveres holló con piés fugitivos, atreviéndose tambien á celebrar su valor con lengua mentirosa y corrompida. ¡Oh! dime: tú que entre todos los hombres eres el más cobarde en acciones y el más atrevido en palabras, ¿osarás comparecer, en presencia de tus conciudadanos, para decirles que mereces una corona por haber ocasionado los desastres de la República? Y vosotros, Atenienses, ¿tendreis sufrimiento para escucharlo? ¿Pereció con aquellos héroes vuestra memoria? ¡Ah! figuraos por un instante que os hallais en el teatro; ved cómo se adelanta el heraldo; oid la proclamacion que hace en virtud del decreto, y preguntad, en seguida, si los parientes de los muertos que van á aparecer en escena

no verterán menos lágrimas por el infortunio de estos héroes, que por la ingratitude de la patria. ¿Es posible que haya un solo griego, un solo hombre educado en los principios de la libertad, que no gima ante el recuerdo de las ceremonias que otras veces se verificaban en el teatro, en iguales circunstancias y con iguales preparativos, pero cuando Atenas tenia mejores políticos y mejores leyes?.....

«Pero hoy, ¿qué dirá el heraldo cuando presente al mismo que ha dejado huérfanos á tantos infelices? Vanamente leerá todas las disposiciones del decreto. A su voz, vereis oponerse la voz de la verdad indignada, y responder con terrible acento: A ese hombre, ó mejor dicho, á ese monstruo, el pueblo de Atenas lo corona por su virtud, cuando es un vicioso y un pérfido ciudadano; lo corona por la elevacion de su carácter, cuando es un cobarde y un vil fugitivo. ¡Por Júpiter! por todos los Inmortales, os pido, Atenienses, que no erijais en el teatro de Baco un trofeo que atestigüe vuestra vergüenza y vuestra deshonra; que el pueblo de Minerva no se presente en espectáculo á los Helenos, cometiendo una locura; que no desperteis en los infelices Tebanos acogidos por vosotros, el recuerdo de las desgracias de su patria. ¡Harto infortunio tienen con haber perdi-

de sus templos, sus hijos y los sepulcros de sus mayores, gracias al oro del Rey de Persia, y á la insaciable codicia de Demóstenes! Aunque no habeis visto con vuestros ojos aquel desastre sin ejemplo, podeis hallar en vuestra imaginacion una idea de los horrores que lo acompañaron. Figuraos una ciudad tomada por asalto, con los muros derribados, y entregada por completo á las llamas; mujeres y niños condenados á las miserias de la esclavitud, ancianos venerables que lloran su libertad perdida y que anegados en lágrimas y exhalando su dolor, no contra los ejecutores, sino contra los causantes de una venganza tan cruel, os suplican con voz moribunda que no coroneis á ese azote de la Grecia, y que os pongais al abrigo del genio funesto que preside los destinos de ese hombre. Jamás ningun pueblo, jamás ningun particular siguió impunemente los consejos de Demóstenes.

«Y qué, si cuando un barco de Salamina naufraga en la travesía, aunque sea sin culpa del piloto que lo conduce, prohibís á este hombre el ejercicio de su profesion, á fin de que nunca quede sin castigo el que voluntaria ó fortuitamente ocasiona la muerte de un heleno, ¿dejareis ahora que el que ha sumergido en un abismo sin fondo á la República Ateniese y á la Grecia

entera, continúe empuñando el timon y dirigiendo la nave del Estado?»

Por no invertir más tiempo no os leo la magnífica peroracion de esta arenga, donde Esquines hace comparecer, en torno de la tribuna, las sombras de los héroes de Atenas, indignadas por la coronacion del que él llama fugitivo de Quereonea y mercenario de los Persas. Pero en este pasaje que he leído, observad qué hábil, qué pintoresco, qué elocuente y admirable es por todos conceptos el contraste de que se vale para hacer odioso á su adversario. El espectáculo de los infortunios de la Grecia, opuesto al espectáculo de la coronacion; el pueblo de Minerva desmintiendo sus antecedentes gloriosos; los manes de los Atenienses muertos en el combate y los huérfanos de estas victimas lamentando el olvido y la injusticia de la patria; la pintura que hace del incendio de Tebas, y por último la inconsecuencia que resultaria de castigar, en un piloto, el naufragio producido por la borrasca, y premiar en Demóstenes el naufragio ocasionado á la República por su política, son bellezas de primer orden, que hacen olvidar con su brillo lo falso de la acusacion, y que elevan á Esquines al rango de los primeros maestros de elocuencia, aunque sin concederle el título de patricio insigne, re-

servado, únicamente, á los que fundan su gloria en sus talentos subordinados á sus virtudes.

Se dice que en medio de la vehemencia y hasta del patético á que Esquines se eleva algunas veces en el discurso *Por la Corona*, no se hace olvidar lo bastante para conmover al auditorio. Yo creo, por el contrario, que este es una especie de juicio retroactivo; es decir, una opinion formada despues de conocer el éxito del proceso; creo que los oyentes serian fascinados y arrebatados por su palabra, y que todo el que leyese esta arenga inmortal, sin saber que Demóstenes era Demóstenes, creeria imposible que el resultado de la causa fuese una sentencia de destierro perpétuo contra Esquines. Y esto mismo es lo que veo confirmado, en el efecto que produjo la lectura de este discurso, ante el primer auditorio que el orador tuvo en Rodas, al abrir la escuela de elocuencia que fundó en aquella ciudad. Se refiere que fué interrumpido muchas veces por los aplausos de los oyentes, y que al concluir, le preguntaron sus discípulos: «¿Cómo has sucumbido con esa arenga?»; á lo cual contestó, poniéndose á declamar la de Demóstones. Detenido nuevamente por más entusiastas aclamaciones, dijo con triste orgullo, como el hombre que se consuela de su derrota recordando la grandeza de su adversario:

«Cuando así aplaudís sus palabras en boca de su enemigo, ¡qué no haríais oyendo los rugidos del león!» (14).

En fin, señores, voy á concluir con dos palabras. Admiraremos á Esquines como se admira á un rio caudaloso, por cuyo fondo sabemos que corren aguas turbias y cenagosas, y tributemos elogios á sus brillantes facultades oratorias, sin olvidarnos de que, lo único que falta á su elocuencia, es haberse templado al santo fuego de la virtud y del amor á la patria.

He dicho.

NOTAS AL SÉTIMO DISCURSO.

(1) Barthelemy en su obra de Grecia considera á Ifícrates y Timoteo como oradores. «Ambos, dice, han sabido juntar las luces á los talentos, la reflexion á la experiencia, y la astucia al valor; son, en fin, elocuentes oradores. La elocuencia de Ifícrates es retumbante é hinchada; la de Timoteo más sencilla y persuasiva.»—(*Viaje de Anacharsis, Parte II, cap. VII.*)

Cornelio Nepote sólo dice de Ifícrates, en las pocas páginas que le dedica, que era un militar insigne; y hablando de Timoteo, confirma que era elocuente, activo, laborioso y hábil en el gobierno así político como militar. Respecto de Myrocles y Polyecto, Plutarco los coloca al nivel de Hipérides, sin que en ninguna obra antigua hayamos encontrado testimonios que corroboren la alta talla que les atribuye en la oratoria, el más célebre de los biógrafos.

(2) Céfalo fué mencionado por Demóstenes como orador ilustre y como ciudadano virtuoso, en la oracion *Por la Corona*.

(3) Calistrato representó un papel muy activo

en la política de su tiempo. Enviado de embajador á las Repúblicas griegas, hizo que muchos pueblos formasen alianza con los Atenienses y que declarasen la guerra á los Espartanos. Tomó parte como acusador en varios procesos políticos, y puede considerarse como orador de profesion. El más célebre de estos procesos fué, acaso, el que se instruyó contra Timoteo, compañero que habia sido de Calistrato, en embajadas y en el mando de las tropas. En el año 371, antes de J. C., Calistrato, «que representa la diplomacia Ateniense de su época,» aconsejó la paz con Esparta, y en una asamblea que hubo en este punto, donde se reunieron embajadores Tebanos y de otras Repúblicas, pronunció una arenga animada de un espíritu amigable y conciliador. Jenofonte pone en sus lábios un discurso hábil y elocuente, que sirvió de base al tratado de paz que se ajustó entonces. Estos datos están tomados de las *Helénicas*, y la arenga mencionada, se halla en el *L. VI, cap. III*. Allí es donde el historiador hace comenzar á Calistrato su discurso con las siguientes palabras: «No puedo negar que todos hemos cometido grandes faltas; pero tampoco puedo creer que los errores ofrezcan un obstáculo insuperable á la reconciliacion, y es indudable que los que han pagado este tributo á la flaqueza humana, se hacen más prudentes con la experiencia, sobre todo cuando les ha costado tan cara como á nosotros.»—En cuanto al efecto que el ejemplo de Calistrato produjo en Demóstenes, Plutarco es quien lo refiere.

(4) Démades, dice César Cantú, vendia á menudo su lengua para satisfacer opíparamente su estómago. (*Hist. Univ.*, L. 3, cap. 20.)—Plutarco nos refiere algunas frases de este orador, que si no sirven para conocer su elocuencia, sirven para conocer su carácter: «Démades, para justificar su cambio de partido en el gobierno, decia que «frecuentemente le habia sucedido en diversas circunstancias políticas, decir cosas contrarias á sus primeras opiniones, pero que jamás habia dicho que fuesen contrarias al bien de la República.» (*Vida de Demóstenes.*)—Tambien se conserva, de Démades, una respuesta que dió á Filipo de Macedonia, despues de la batalla de Queronea. El monarca preguntó que dónde estaba el gran valor de los Atenienses, y Démades le dijo: «Lo habrias conocido si Cáres hubiese mandado á los Macedonios, y tú á los Atenienses.» Plutarco añade que algunas veces este orador desplegaba una elocuencia extraordinaria, no inferior á la de Demóstenes, y que figuró menos cuando Atenas era libre, que cuando el poder de Alejandro lo sometió todo á la influencia Macedónica. El mismo Plutarco añade que aquellos á quienes Démades se habia vendido, le hicieron perecer, «para que se cumpliese la justicia divina.»

(5) Respecto de la elocuencia de Hipérides, Longino dice: «Sin embargo, como todas estas bellezas que se hallan en Hipérides no tienen nada de grandes; como siempre se vé en él, por

decirlo así, un orador ayuno y una languidez de espíritu que no inflama ni mueve el alma, jamás ha arrebatado ni entusiasmado á nadie la lectura de sus obras.» (*Trat. del Sub., cap. 28.*)— Cuando la última guerra de Atenas contra Filipo, Hipérides ayudó á Demóstenes á sostener el espíritu público en contra del monarca, y despues de la batalla de Queronea hizo aprobar un decreto para que se armasen los esclavos. Más tarde fué acusado por esta medida, y al defenderse pronunció esta frase que parece inspirada por Demóstenes: «No fué el orador que os hablaba entonces quien hizo aprobar la ley; fué la batalla, fué la derrota de Queronea.» (*Longino, Trat. del Sub., cap. 13.*)—El ódio que le profesaba Antipatro, no estaba quizá fundado solamente en la diversidad de intereses y de miras que habia entre ellos, sino tambien en ataques personales que probablemente le dirigió Hipérides. Se refiere que éste respondia á los que afirmaban que Antipatro era bueno: «Lo será; pero no queremos amos buenos ni malos.» Respuesta digna de un Ateniense.

(6) Esas noticias sobre Licurgo, están tomadas de Plutarco, W. Grote, Schoell y de Demóstenes, en su carta escrita al Senado y al pueblo de Atenas. Licurgo dejó una sola arenga, pronunciada al acusar á Leócrates, que abunda en digresiones mitológicas. Murió el año 325 antes de J. C.

(7) Plutarco nos ha dejado una biografía de

Focion, la cual hemos seguido para formar idea de su carácter como ciudadano, y de sus cualidades como orador. En esa biografía se conservan muchas frases, que revelan el desinterés y la gran prudencia de los consejos que Focion daba al pueblo, siempre que trataba de los asuntos públicos.

(8) «Habiéndose preguntado á Teofrasto qué tal orador era Demóstenes, contestó: «Digno de su ciudad;» y habiéndole hecho igual pregunta sobre Démades, dijo: «Superior á su ciudad.» (*Plutarco, Vida de Demóstenes.*)—Es de advertir que Teofrasto era uno de los hombres más sábios de Atenas, y que escribió muy juiciosamente sobre la elocuencia. La posteridad, sin embargo, no ha rechazado ese juicio, á todas luces injusto.

(9) A este Esquines le han llamado algunos *el retórico*, para distinguirle de Esquines *el filósofo*, que vivió en Atenas hácia el tiempo de Sócrates, de quien fué discípulo.

(10) Hé aquí cómo habla Demóstenes de Esquines: «Y tú, personaje ilustre, que anonadas á los demás con tu desprecio, ¿qué suerte has tenido? Criado en la miseria, serviste primero con tu padre casa de un maestro de escuela. Allí hacías la tinta, barrias la clase, y lavabas los bancos, servicios todos de esclavo y no de muchacho libre. En tu juventud ayudabas á tu madre en sus operaciones mágicas.... Te hiciste có-

mico de la legua, y merodeabas por los campos recogiendo higos, uvas y aceitunas, como si hubieses comprado la recolección. En estas expediciones recibiste más golpes aún que en la escena, donde tus compañeros y tú exponiais vuestra vida.» En otra parte dice que la madre de Esquines se dedicaba á la prostitución, «que cambiaba de marido cada día,» y que era conocida «por su lubricidad insaciable.» El dar crédito por entero á estas palabras, parecerá una ligereza; pero el considerarlas completamente calumniosas, sería acaso una ligereza mayor. Era Esquines un personaje muy notable cuando acusó á Demóstenes para que los Atenienses no conociesen su origen y su vida; y era Demóstenes un orador demasiado hábil para herir con una calumnia manifiesta, que al ser conocida por el auditorio, lo habría puesto en guardia contra las demás aserciones del discurso.

(11) Continuamos juzgando á Esquines como lo juzgaron los Atenienses, en aquel gran proceso en que luchó contra Demóstenes, cuando quiso arrebatárle la corona de oro que al fin le concedieron sus compatriotas.

(12) «El fué (Esquines) quien antes que los demás Atenienses, como él mismo lo decía entonces en la tribuna, se apercibió de que Filippo preparaba las cadenas de los helenos, y seducía algunos jefes de la Arcadia; él fué el que secundado por Ischandro os indujo á enviar, á todas par-

tes, diputados para convocar aquí un Congreso que tratase de la guerra contra Filipo; él fué quien, á su vuelta de la Arcadia, os trajo aquellas largas y magnificas arengas que decia haber pronunciado por vosotros en Megalópolis; él fué quien pintaba en toda su enormidad el atentado cometido contra su patria y contra la Grecia entera, por las manos venales que recibieron el oro del Macedonio.» — (*Demóstenes, Oraç. por la Emb.*)

El mismo Demóstenes nos ha dejado una pintura, siquiera sea muy breve, de la manera de perorar que tenia Esquines: «Entonces deja repentinamente su retiro, asalta la tribuna, dilata su voz, amontona palabras sobre palabras, y prolonga sin tomar aliento esos períodos sonoros que lejos de producir algun bien, impresionan ligeramente y arrancan acuerdos que deshonran y pierden la República.» — (*Oraçion por la Corona.*)

(13) «El proceso contra Timarco sólo habia sido un medio victorioso para debilitar el ataque que Demóstenes preparaba contra Esquines, que figuró en dicho proceso como acusador....» «La malignidad pública parecia satisfecha con la acusacion que habia intentado Hipérides contra el embajador Filocrates, que habia huido á Macedonia.» — (*Stievenart, Intr. al Pro. de la Emb.*)

«Informado Esquines de que Timarco se disponia á acusarle, de concierto con Demóstenes, resolvió prevenir este ataque, denunciando en la

Asamblea del pueblo á Timarco, como infame y pródigo. La denuncia de Esquines fué acogida, y su enemigo condenado.»—(A. Boullée, *Hist. de Demóstenes*, cap. 12.)

Todas las demás noticias, cuyo origen no vaya indicado por medio de notas, están tomadas de Plutarco, de Demóstenes, y de las oraciones del mismo Esquines.

(14) Esto lo refieren Ciceron (*Orador*, 3, 56); Plinio el antiguo (*L.* 7, 31), al hablar de Isócrates, Esquines y Tucídides; Valerio Máximo (*L.* 8, 10), y Plinio el joven (*L.* 2, 3). Plutarco, en la biografía de Demóstenes, se limita á decir que fué tal la vergüenza de Esquines al verse condenado, que en seguida salió de la ciudad con direccion á Rodas, donde enseñó la retórica todo el resto de su vida.

En cuanto al juicio que hemos formado de la acusacion pronunciada por Esquines en el proceso *por la Corona*, confesamos que está en desacuerdo con el de críticos de mucha fama. Hermógenes decia que el acusador de Ctsifonte era un sofista y un hábil retórico. Dionisio de Halicarnaso, que lo trata menos severamente, se reduce á elogiar «el bello colorido de su diction y su admirable facilidad.» Mr. Plougoulm, en su prefacio á los discursos *por la Corona*, dice que Esquines, en la segunda parte de su oracion, se eleva algunas veces al patético; «pero que á pesar del grande aparato de su elocuencia, no logra conmover y persuadir, porque le falta la buena fé.» La Harpe dice terminantemente, que, á través

de su elocuencia fácil y brillante, se descubre á cada momento la debilidad de sus medios y el artificio de sus mentiras. Añade que da á todas las leyes que cita un sentido falso y forzado, á todos los actos de Demóstenes una interpretacion maliciosa é inverosímil, y que cuanto más conoce la debilidad de las pruebas, más exagera la violencia de las expresiones. César Cantú, nos parece más imparcial y justo, al considerar á Esquines muy inferior á su antagonista, y al concederle, sin embargo, grandes facultades oratorias. Esquines tiene siempre en su contra, que se le juzga, por comparacion, con el más elocuente orador de los tiempos antiguos y modernos.

Demóstenes (1).

SEÑORES:

Dijo un sábio de la antigüedad, que los mismos dioses no podían complacer á todos los mortales, ora tuviesen las aguas recogidas en los senos de las nubes, ora las dejasen caer en forma de lluvias sobre la tierra. Demóstenes, más afortunado en la tribuna que los dioses mismos de su patria para regir el cielo, satisface por completo todas las exigencias principales que pueden hacerse á un perfecto orador. Así lo llamaba el más grande de los críticos antiguos; el único hombre que pudo arrebatarse el cetro de la elocuencia forense, y que más de cerca le ha seguido en la elocuencia política; Ciceron, señores, que á pesar de su grandeza, inclinó respetuosamente una rodilla ante la gloria del orador de Atenas (2).

Si el nombre de Demóstenes no fuese el nombre de la elocuencia, si la celebridad de este Ate-

niense no hubiese llegado en todos tiempos á los confines de los países sueltos, y si vosotros no tuviéseis de él una idea más grande que la que pueden sugeriros mis palabras, no daría principio á esta conferencia tributando, á su mérito, unos elogios que más parecen de un apologista que de un crítico imparcial; pero siendo así que la voz inmortal de la fama y el juicio casi unánime de los siglos han puesto en sus manos la palma de la elocuencia deliberativa, creo, señores, que no debo temer vuestra censura, si pretendo que nuestra primer mirada es de admiración, y que nuestra primer palabra sea de justas alabanzas.

Otro temor muy distinto es el que debe inquietarme, y el que realmente me inquieta. ¿Sabéis cuál es? El mismo que indiqué la primera noche que tuve la honra de ocupar este asiento; el temor de que la figura de Demóstenes no sea presentada por mí, ante vosotros, con aquellas proporciones colosales y magníficas, propias del original. Harto sé que un Aquiles necesita de un cantor como Homero, y que un Eneas necesita de un poeta como Virgilio; y harto sé, por esto mismo, que para hablar de Demóstenes de un modo correspondiente á la alteza de su nombre, es indispensable trasportarse á los tiempos

en que floreció; participar de los sentimientos que le animaban; disponer de sus prodigiosas facultades oratorias; abrigar, en fin, un alma y un corazón, capaces de reproducir los ecos de aquella palabra soberana que rugía, como una tempestad sobre la Grecia, y que lanzaba al pueblo irritado contra las huestes de Filipo.

Reconociendo, pues, la imposibilidad en que me encuentro, de ser un crítico digno del orador que nos ocupa, voy simplemente á reseñar, en compendio, los hechos y particularidades más notables de su vida.

Semejante, Demóstenes, á esas montañas donde pocas veces se ve el cielo puro y despejado, y donde parece que tienen asiento las nubes y las tormentas, atravesó una existencia turbada siempre por inquietudes domésticas y por luchas políticas. Huérfano á los siete años de edad, se vió falto de los cuidados paternales en la época en que más se necesitan, y aun tuvo la desgracia de verse despojado de su herencia, por los mismos parientes á quienes había sido confiado en tutela por su padre. Sabemos que durante su juventud asistió á la escuela de Platon, y que apenas contaría diez y ocho años cuando sostuvo un pleito contra sus tutores, en reclamacion del patrimonio que negaban y que al fin tuvieron que devolver.

le. Cinco discursos pronunció entonces, que mas bien parecen obra del retórico Iseo, que del jóven litigante. Esto se explica recordando que habia recibido las lecciones de Iseo, y que fué dirigido por él en el mencionado pleito (3).

Hasta aquí, nada anunciaba á Demóstenes como á un jóven de grandes esperanzas, sinó que un carácter tenaz que se enardecia con los obstáculos; pero quiso la suerte que oyese un discurso pronunciado por Calistrato, y que aquel triunfo oratorio fijara poderosamente su vocacion en la carrera de la tribuna, y le inspirase el atrevido designio de consagrar sus facultades todas, al estudio y al ejercicio de la elocuencia (4).

Desde este instante, señores, la vida de Demóstenes ofrece un interés cada dia mayor. ¡Cuántos desengaños y cuántas amarguras tenia que padecer, antes de conseguir la recompensa de las ímprobas tareas que se habia impuesto! Entre los hombres célebres de su patria, habia tomado á Pericles por modelo; estudió su elocuencia en la *Historia de la guerra del Peloponeso*, escrita por Tucídides, y copió esta obra ocho meses para encastarse en su direccion, y hacer que le usen familiares la fuerza y brevedad de su lenguaje. Cuando creyó estar suficientemente preparado, se presentó en la asamblea del pueblo.

No sabemos la época fija en que tuvo lugar este suceso, pero sabemos ciertamente que los silbidos de la multitud le arrojaron de la tribuna, y que muy lejos de abatirse por aquel fracaso que pudo matar para siempre sus esperanzas, lo recibió más bien como un consejo que le ordenaba volver de nuevo á sus ensayos privados, á completar su aprendizaje (5). Poco más tarde quiso hacer otra prueba de sus fuerzas, y por segunda vez los silbidos del auditorio le hicieron retirarse avergonzado y confuso, y lo que era peor todavía, presa de un mortal desaliento (6).

Pero, señores, el desaliento de las almas fuertes, es pasajero como los eclipses de sol. Un anciano, que había alcanzado los tiempos de Pericles, le dijo que su manera de presentar las ideas se parecía á la de este grande hombre, y un actor llamado Sátiro le hizo conocer que sólo faltaba á su elocuencia, el poderoso auxilio de la acción oratoria. Entonces fué, sin duda, cuando se impuso aquella série de estudios y ejercicios penosos que, segun la frase de un escritor romano, le dotaron de una segunda naturaleza.

Para mejorar su pronunciacion, que era muy defectuosa, y corregirse un vicio que no le permitia pronunciar la *r*, hablaba revolviendo piedrecillas con la lengua; para robustecer su pecho,

que era débil y enfermizo, subía corriendo las cuestras y recitaba al mismo tiempo largas tiradas de versos; para corregir su acción recibía las lecciones de Sátiro y declamaba ante un espejo de grandes dimensiones; para fortalecer su voz y acostumbrarse al ruido de los tumultos populares, iba á las orillas del mar en días tempestuosos y arengaba á las olas embravecidas (7). Hizo más aún: mandó construir un gabinete subterráneo donde se encerraba, con el cabello cortado, para obligarse de este modo á no comparecer en público durante mucho tiempo. Allí escribía, recitaba y reformaba sus discursos; allí dió á su lenguaje las virtudes del más puro aticismo; allí fué sin duda donde preparó los sesenta y cinco exordios que nos ha dejado, y donde se corrigió el vicio de encoger los hombros, colocando una pica de modo que, al perorar, pudiese herirle en ellos cada vez que los alzaba (8); allí fué donde adquirieron su inteligencia, su carácter y hasta su misma fisonomía aquel sello de austera severidad que aún vive impreso en sus producciones; y allí fué, por último, donde aprendió á no confiar á la inspiración y al acaso, nada más que lo que no fuese posible conseguir de la meditación y del estudio (9).

Pero de todas las dificultades que venció, yo

creo, señores, que las que más resistencia le opusieron fueron sin duda las relativas á la voz, al gesto y á los ademanes. Abrigo esta creencia porque Demóstenes no pudo hacerse escuchar del pueblo, mientras careció de gracia en el decir y accionar, y porque habiéndole preguntado qué era lo principal, lo segundo y lo tercero en la elocuencia, contestó las tres veces consecutivas que la acción, como si fuese, no ya lo primero, sino lo único interesante (10). Sus afanes no fueron perdidos, y sus dotes exteriores le recomendaban después al auditorio, tanto como la composición de sus discursos, aunque, según dice Plutarco, no tenía en la tribuna cierta moderación y majestad que nunca abandonó á Pericles.

Por fin llegó el momento tantos años aguardado. Pero ved, señores, qué extraña anomalía: el más ardiente defensor de los derechos del pueblo, el más firme baluarte de la independencia griega, inauguró su carrera política atacando la ley Lepina, que establecía una reforma democrática (11). Esta vez, su elocuencia obtuvo un éxito brillante, y en lugar de los silbidos de la muchedumbre, oyó los gritos de entusiasmo con que el pueblo Ateniese respondía al recuerdo de los antiguos héroes, y á los acentos patrióticos del orador. Demóstenes, al bajar de la tribuna, pudo

creer que dejaba colocado en ella el pedestal de su futura gloria, y que aquellos aplausos que alegraban su corazón y caían sobre su espíritu como un rocío fecundante, habían de reproducirse en la más remota posteridad.

También se ocupaba en los trabajos del foro que le producían considerables rendimientos, sin que por esto apartase su vista de los negocios de la República. Convencido de que el rey de Macedonia aspiraba á la dominación de la Grecia, y temiendo que avasallase á la misma República ateniense, concibió el designio de descubrir y desbaratar sus planes, y se impuso el peligroso deber de hablar á sus conciudadanos el lenguaje de la verdad; de avergonzarles de su conducta presente con el ejemplo de las glorias de sus padres; de sacarlos del letargo en que yacían para hacerles empuñar las armas y oponerse á las empresas del tirano; de aconsejarles, en fin, lo más conveniente á la honra y á los intereses de la República, sin miedo á provocar sus iras con la acritud de las censuras que les dirigía. Jamás orador alguno fué tan severo con sus oyentes; jamás hubo pueblo menos sufrido que el de Atenas, y que más paciencia mostrase para sufrir las reconvenciones de su orador. Esto consistía en que Demóstenes aspiraba sólo al triunfo de su causa,

y en que tenia el talento de persuadir la sinceridad de sus palabras. Ennoblecía y justificaba sus consejos con ejemplos de los pasados tiempos, y hacia que se olvidase al orador, y que pareciese su discurso un eco de las ideas íntimas y de la conciencia misma de los ciudadanos.

Pero, por desgracia, el entusiasmo que lograba despertar en las muchedumbres, era un efecto colectivo que desaparecía como el calor de brasas que se esparcen. Los obstáculos y dilaciones que en toda democracia pura encuentra el poder ejecutivo, y la apatía misma del pueblo Ateniese, hacían más difícil, aunque más gloriosa, la política de Demóstenes. Por estas causas es doblemente admirable su lucha contra Filippo; lucha inmortal entre el ciudadano de una República de costumbres poco menos que depravadas, y un príncipe guerrero y conquistador que disponía de tropas aguerridas, de cuantiosas rentas, del secreto en sus planes, de un poder irresponsable y omnímodo, y sobre todo de una astucia política y de unos talentos militares que le hacían ser el más hábil diplomático y el más temible capitán de su tiempo. Pero, ¿cómo pudo Demóstenes contrarrestar en Grecia el formidable poder Macedónico? ¿Cómo pudo suspender, durante quince años, los decretos del destino, que condenaban su patria á

una vergonzosa esclavitud? ¡Oh! señores, es cierto que él no disponia más que de su palabra; pero su palabra estaba auxiliada por un sentimiento poderoso, por el sentimiento del amor patrio que era la fuente de las más bellas inspiraciones de su elocuencia; por esa virtud sublime que produjo á los Régulos y Leonidas en el mundo antiguo, y que ha sido y será siempre la salvacion de los pueblos, aun despues de que una espada victoriosa haya borrado sus fronteras. Ved, señores, cómo fulmina su palabra, en la Asamblea pública de Atenas, al pronunciar su primera filípica:

«No creais que Filipo es una divinidad que lleva en sus manos la victoria. Es objeto de aborrecimiento, de temor y de envidia, aun para muchos de los que piensa que le están fielmente consagrados. ¿Cómo no suponer en los que le rodean las pasiones de los demás hombres? Pero carecen de auxiliares, y se hallan detenidos ante esta lentitud, ante este abandono que nos consume, y que es indispensable, yo lo repito, que sacudamos desde hoy mismo. Ved hasta dónde se ha desbordado la audacia de ese hombre; ya no os permite vacilar entre la accion y el reposo; os amenaza; profiere, segun se dice, palabras insultantes; incapaz de contentarse con las usurpaciones que ha cometido, emprende cada dia nuevas conquistas;

y mientras nosotros temporizamos inmóviles, nos acomete y nos estrecha por todas partes.

«¿Cuándo, pues, Atenienses, cumplireis con vuestro deber? ¿A qué aguardais para moveros? ¿A que os obliguen los acontecimientos ó la necesidad? Pero, ¿qué otra idea debe formarse de lo que sucede? No conozco necesidad más apremiante para hombres libres, que la de evitar su deshonra. ¿Quereis andar siempre por la plaza pública preguntando de un lado para otro: «¿Se dice algo de nuevo?» ¡Oh! ¿qué mayor novedad que un Macedonio vencedor de Atenas y dominador de la Grecia? «¿Ha muerto Filipo?» pregunta uno. «No ha muerto, pero está enfermo,» responde otro. Muerto ó enfermo, ¿qué os importa? Si pereciese y vuestra vigilancia continuase tan descuidada como ahora, vosotros mismos produciriais otro Filipo; porque este debe su engrandecimiento á vuestro abandono, más bien que á su génio y su fortuna.»

Este pasaje, del cual no habeis oido más que una traduccion, imperfecta como todas las traducciones, es uno de los más elocuentes que registra la historia de la tribuna: el sábio y elegante Fenelon, no encontró ninguno más digno de ser citado á la Academia francesa: aquí vemos el lenguaje de los afectos, el lenguaje impetuoso de

las pasiones; aquí, como en todas las obras de Demóstenes, se aprende á conocer los grandes movimientos de la elocuencia deliberativa, y á despreciar los adornos pueriles de la retórica; esos trajes lujosos que muchas veces sirven solamente para encubrir la flaqueza de las ideas; esas armas doradas que deslumbran los ojos sin penetrar nunca hasta el fondo del pecho; buenas para lucidas en los discursos de aparato, en las grandes revistas literarias; pero que en el palenque sangriento de la política, saltarán rotas y dispersas al primer bote de lanza, al primer tajo descargado por un fuerte justador. En todas las filípicas reina la misma vehemencia, la misma irresistible argumentacion, las mismas amargas reconvenciones dirigidas á los Atenenses, para hacerles salir de su letargo.

Algunas veces fueron perdidos los esfuerzos de Demóstenes, pero otras dieron por resultado escuadras y ejércitos armados por la República para contener los progresos de Filipo, que al fin se vió obligado á proponer la paz. Entonces fué cuando Demóstenes estuvo en Macedonia como embajador, y cuando descubriendo la venalidad de sus compañeros, les declaró, segun su misma frase, «guerra á muerte para hoy, para mañana y para siempre.» Desde esta época en adelante,

tuvo que luchar, no sólo contra el enemigo extranjero, sino también contra los enemigos interiores. Pero, quiero detenerme aquí, para recordar un accidente desagradable que le ocurrió en la corte de Macedonia.

Los embajadores Atenienses fueron recibidos por Filipo. Todos hablaron hasta que llegó el turno á Demóstenes, que era el más jóven, y por consiguiente el último (segun el convenio que entre sí habian hecho) y á quien se habia confiado la parte más difícil de la embajada. Grande era la impaciencia de Filipo y la curiosidad de los capitanes de su ejército y demás altos dignatarios de la corona que le rodeaban, por oír aquella palabra impetuosa, que lo mismo que la de Pericles, ponía la Grecia en combustion. Demóstenes comienza á hablar, y vacila antes de concluir el exordio; intenta avanzar un poco en su discurso, y se turba y confunde y extravía, hasta el punto de no encontrar más el norte de su camino; y el más grande orador del mundo, el orador que ya habia pronunciado las primeras filípicas, ofreció el espectáculo de callarse confuso y avergonzado (12). ¿Cual fué la causa de este contratiempo? No lo atribuyo, como otros, al miedo que inspirase á Demóstenes aquel aparato militar; lo explico, sí, por la índole misma de su elo-

cuencia. Su elocuencia era tribunicia, y solamente se manifestaba ante el concurso inmenso y bullicioso de una asamblea popular: como su pecho no abrigaba al ocuparse de la República más que un sentimiento, que era el del amor patrio, su palabra no sabia formular más que una clase de arengas, que eran las *filípicas*; y cuando no estaba animado por el soplo del entusiasmo, se detenía como un buque de alto bordo que no recibe en sus velas el soplo de los vientos. Como casi todos los grandes oradores, no sabia hablar sin auditorio; necesitaba una muchedumbre que le escuchase, que sorbiese sus palabras con avidez, y que en cada murmullo le enviase un nuevo rayo de inspiración. El águila, señores, es la reina de las aves, se eleva por encima de las altas cumbres, siente rugir debajo de sus piés el torbellino de la tempestad, y no le espanta el rayo abrasador. Pues bien, señores, soltad un águila en este estrecho recinto, y vereis como no acierta á desplegar sus alas, ¡la más vil de las aves, un murciélago, le llevaria ventajas! (13)

Durante la permanencia de la embajada en la corte de Macedonia, Filipo corrompió á fuerza de oro á todos los embajadores atenienses, menos á Demóstenes (14). Muy lejos de favorecer los pla-

nes del tirano, redobla su energía para combatirle, y empeña tambien una lucha á muerte contra Esquines y los demás agentes mercenarios, puestos en Atenas al servicio del Monarca. En cuanto hubo ocasion compareció en la tribuna á lanzar de nuevo el grito de *guerra* contra Filipo, y á anunciar una acusacion contra Esquines. Pocas veces su palabra habia resonado tan elocuente y tan briosa como en la sexta filípica, donde repite á los Atenienses lo mismo que habia dicho antes como embajador en otras Repúblicas: «¿Sabéis, les pregunta, cuál es el más inespugnable baluarte de los pueblos libres? La desconfianza. Que sea vuestra compañera, que sea vuestra égida, y mientras logreis conservarla, la desgracia se mantendrá lejos de vosotros. Y por otra parte, ¿no es tambien la libertad lo que buscais? ¡Oh! pero, ¿no veis que los títulos mismos de Filipo la combaten? Sí, todo rey absoluto, todo déspota es enemigo nato de la libertad, enemigo de las leyes. Al procurar libraros de la guerra, temed no caigais entre las garras de un tirano.»

No tardó mucho en perseguir á Esquines como á traidor, envolviéndole en un proceso que se conoce con el nombre de *Proceso por la falsa embajada*. Ya indiqué, al hablar de Esquines, los puntos que comprendia la acusacion, y el fallo

de sobreseimiento que pronunciaron los jueces. En cuanto al discurso de Demóstenes, aunque apenas mencionado por algunos críticos, debo decir que es uno de los trabajos más importantes que ha trasmitido á la posteridad, no sólo por las luces que derrama sobre la historia de aquellos tiempos, sino tambien por el mérito que tiene, considerado como obra de elocuencia. Participa del carácter político y judicial, y brilla en él, más que en ningun otro discurso de Demóstenes, el talento que tenia este orador para presentar los hechos del modo más favorable á su causa, para convertir los más ligeros indicios en pruebas casi concluyentes, y para agravar por medio de analogías y contrastes hábilmente dispuestos, la posicion del acusado.

Aunque no consiguió Demóstenes una sentencia de muerte ó de ostracismo contra Esquines, no por eso desistió de aconsejar siempre á los Atenienses la misma política nacional. Era imposible que un hombre tan perseverante no triunfase, al fin, de la apatía de sus conciudadanos; y así fué que mientras duraron las guerras de Filipo contra Bizancio y Perintio, la república de Atenas, aconsejada por Demóstenes, envió escuadras y ejércitos que salvaron á aquellos pueblos de las armas del Príncipe (15).

Llegó, al fin, la época más gloriosa del orador ateniense. Filippo, á la cabeza de sus tropas, apareció de improviso en las fronteras de la Beocia. En medio del espanto que produjo en Atenas la proximidad del enemigo, sólo Demóstenes se mantuvo sereno y compareció en la tribuna á calmar las inquietudes de sus compatriotas, y á inspirarles ánimo contra el peligro que les amenazaba. «Corred á las armas, les dijo, y envidad una embajada á Tebas para ofrecerle nuestra alianza, sin reclamar ningun sacrificio de su parte.» Él mismo fué como embajador, y á la actividad y al acierto de su conducta se debió aquella coalicion formidable que comprometió, en una sola batalla, todo el poder Macedónico tan laboriosamente acumulado por Filippo (16). Demóstenes procedia en esta época como árbitro supremo de las dos Repúblicas aliadas, y á los jefes militares que se mostraban celosos de su influencia sobre el pueblo, les amenazó con hacer decretar la supremacía de la pábala sobre la espada. Pero, la obra del orador y del político iba á ser destruida por la impericia de los capitanes. En la célebre batalla de Queronea quedó sepultada, para siempre, la libertad griega. Un beneficio hallaron, sin embargo, los Atenienses, en medio de este desastre irreparable. ¿Sabeis cuál fué? La gloria de haber per-

dido, luchando como héroes, una independencia que, sin los consejos de Demóstenes, habrían perdido como abyectos y cobardes. ¡Oh! señores, cuando un pueblo tiene que perecer, no es poco salvar la honra del naufragio á que ha sido condenado por el destino.

Después de la batalla, Filipo se encontraba á tres jornadas del Atica. ¿Qué hacer para conjurar el peligro? El desaliento mismo de los Atenienses era el mayor enemigo de la República. Demóstenes fué de nuevo la única áncora de salvacion. Corre á la tribuna, presenta decretos, los hace aprobar sin discusion, y es nombrado Intendente de las fortificaciones. Entonces se inspira en el ejemplo de Temístocles; manda cavar los fosos y reparar los muros, en cuyas obras emplea una parte considerable de su fortuna; hace empuñar las armas á cuantos eran capaces de llevarlas; dirige su vista á la marina de guerra que aun no habia perdido un solo buque, y consigue que Filipo retroceda á la vista de aquella ciudad convertida, de improviso, en un vasto campamento.

Pasados estos dias calamitosos, Demóstenes fué elegido para pronunciar la oracion fúnebre de los guerreros muertos en el combate, y aun se pidió que le fuese concedida, por el pueblo, una corona de oro en recompensa de sus donativos, de

sus virtudes y de los grandes servicios que habia prestado á la República. Pero Esquines quiso aprovecharse de las desgracias de la patria, para vengarse de su enemigo, y acusó al autor del decreto para caer despues, como una hiena, sobre Demóstenes, al examinar su conducta política. Este fué el famoso proceso *Por la Corona*. No es posible que yo siga paso á paso la notable acusacion pronunciada por Esquines, ni la inmortal defensa de Demóstenes; pero á fin de que forméis una idea de los prodigios de elocuencia y de habilidad de este hombre, voy á indicaros las circunstancias que hacian difícil su posicion. Alejandro habia reducido á servidumbre las Repúblicas griegas, y acabado con el imperio de Darío en la batalla de Arbelas; el partido Macedónico paseaba por todas partes su insolencia; la fortuna habia sido contraria á los planes de Demóstenes; los resultados se levantaban como testimonios acusadores de su política, y él mismo tenia que ser el defensor de sus actos, exponiéndose á los peligros del que entona sus propias alabanzas. ¿Qué tenia en cambio de tantas desventajas? Tenia el apoyo de su conciencia, y algunos recuerdos de la historia patria; medios más eficaces ante la posteridad que ante los contemporáneos. Y, sin embargo, Demóstenes no

había pronunciado la tercera parte de su discurso, cuando ya Esquines estaba derrotado, ¿qué digo derrotado? estaba perdido para siempre (17).

El orador evita desde un principio toda palabra jactanciosa, identifica su causa con la causa de la patria, y desde aquel instante aparece en la tribuna como el intérprete de los sentimientos nacionales; como el génio de Atenas que se levanta indignado contra el calumniador; como el apóstol de la independencia griega, que en nombre de los pueblos protesta contra las usurpaciones de los tiranos.

Ciceron dice que la arenga *Por la Corona* empezó Demóstenes á pronunciarla con un tono mesurado, y que no se abandonó á todo el ímpetu de su vehemencia, hasta que los jueces participaron de sus impresiones. Muy pronto debió conseguir esto, cuando á los quince minutos de aparecer en la tribuna, arrancó al auditorio una condenacion terminante contra Esquines. Dignaos, señores, oir estas pocas palabras, en que el acusado se convierte en acusador: «Dice Esquines que le vitupero el ser huésped y amigo de Alejandro. ¡Yo vituperarte la amistad de Alejandro! ¿Cuándo la has adquirido? ¿Con qué títulos? No, yo no puedo llamarte ni el huésped de Filipo, ni el amigo de Alejandro, no soy tan insen-

sato. ¿Cuándo has visto que las gentes que reciben un vil salario se llamen los amigos y los huéspedes de quien les paga? ¡No, estos nombres no te pertenecen ni pueden pertenecerte! Mercenario de Filipo antes, mercenario de Alejandro ahora, así es como te designo y como te designan todos los que me escuchan. ¿Lo pones en duda? Pues pregúntales... ¿Callas?... yo les preguntaré por tí. Decidme, Atenienses, ¿es Esquines el huésped de Alejandro, ó es su mercenario?... Ya oyes la respuesta.»

¡Qué interrogaciones tan vivas! ¡Qué golpes tan repetidos y certeros! ¡Qué apóstrofes tan fulminantes! Pero estas descargas de sangrienta ironía, eran solamente el prelude de la tempestad que amenazaba al acusador. No tengo tiempo de daros á conocer todo los pasajes en que Demóstenes se arroja sobre su víctima, y mojada con la espuma de su rabia la ofrece en espectáculo al auditorio; y hasta confieso que la abundancia misma de periodos admirables, dificultaria la eleccion de los mejores; pero voy á reproducir algunos de los acentos más sublimes, que el patriotismo inspiró á este rey de la palabra. Después de gloriarse de haber aconsejado la guerra en que habia sucumbido su patria, asegura que aun habiéndose visto el porvenir, la República

no debería haber seguido otra conducta. Hé aquí, señores, cómo acaba de justificar esta paradoja: «No, jamás Atenas ha consentido someterse á un injusto dominador, ni descansar en una vergonzosa esclavitud. ¡Combatir por la supremacía, despreciar los peligros por la gloria, hé aquí la conducta que ha seguido en todos tiempos! Conducta noble, conducta heroica, tanto más digna de vosotros, cuando que prodigais elogios, y elogios merecidos, á aquellos de vuestros antepasados que os la recomiendan con su ejemplo. ¿Cómo no admirar la intrepidez de aquellos ilustres Atenienses que dejaron su ciudad y cuanto poseían, al retirarse á las naves por no sufrir el yugo del extranjero? Eligieron por caudillo á Temístocles, autor de este consejo, mientras que Cirsilo, que había hablado de someterse, fué apedreado por ellos, y su mujer por las mujeres de Atenas. Hicieron esto, porque los Atenienses no buscaban entonces jefes ni oradores que hiciesen esclavos felices: ¡la vida misma habría sido insoportable para ellos sin la libertad! Cada cual se creía hijo, no solamente de sus padres, sino también de la patria. El hombre que no piensa de este modo se conforma con la muerte oscura del esclavo; pero si cree que debe consagrarse á la patria, querrá perecer antes que

verla tiranizada. Sí, la muerte le parecerá menos temible que el deshonor y los ultrajes, siempre irreparables de la servidumbre.

«No pretendo alabarme de haberos inspirado sentimientos dignos de vuestros abuelos. Reconozco que vuestras grandes resoluciones nacen de vosotros mismos, y que iguales y anteriores á los míos, habían sido los nobles pensamientos de la República; solamente añadido que, en cuanto pude, secundé con mi celo vuestros designios. Sin embargo, Esquines me hace responsable de todo, y os irrita contra mí presentándome como el causante de vuestros males. ¿Y por qué hace esto? Por privarme del honor pasajero de la corona, sin ver que no puede conseguirlo sin arrebatáros los elogios de los siglos futuros. Porque si condenando á Ctesifonte, no podeis menos de condenar mi conducta, se pensará que os equivocásteis al seguirla, y que vuestras desgracias dependen de vosotros y no de la tiranía de la suerte. No, Atenenses, no; vosotros no obrásteis con desacierto al despreciar toda clase de riesgos por la salud y la libertad de la Grecia: ¡lo juro por los héroes de Maraton, por los combatientes de Platea, Salamina y Artemisio, y por la memoria de todos los ilustres ciudadanos cuyas cenizas descansan en los monumentos públicos! (18) A to-

dos, Esquines, les concedió Atenas los mismos honores y la misma sepultura, sin limitarse á los que habian tenido la fortuna de vencer. De este modo obró con justicia, porque todos habian cumplido igualmente los deberes de buenos ciudadanos, siendo la suerte próspera ó contraria de cada uno decretada por el cielo.»

No creais, señores, que los renglones que he leído son los que más descuellan por su mérito en el discurso de Demóstenes. Tiene otros pasajes más admirables, que fijan los límites de perfeccion á que puede llegar, ó á que por lo menos ha llegado hasta el presente, la argumentacion oratoria; pero me he fijado en el que ya conoceis, á fin de que viéseis á Demóstenes en uno de aquellos trasportes ó arrebatos de entusiasmo por la patria, en que sólo tenia ante su vista la imagen de los siglos pasados, y la imagen de los siglos venideros.

En esta arenga se encuentran empleados todos los recursos oratorios de la tribuna y del foro: pruebas deducidas del razonamiento, pruebas fundadas en los hechos, interpretacion de leyes, ejemplos sacados de la historia, máximas universales de moral y de política, y el patético llevado al más alto grado de calor y vehemencia: tales son los materiales, por decirlo así, que forman

este sólido y magnífico monumento. El lenguaje de Demóstenes en este como en todos sus demás discursos, no es altisonante ni pomposo, pero es sencillo, al mismo tiempo que noble y elevado. Tiene una concisión que jamás perjudica al desarrollo de las ideas, ni á las amplificaciones y efectos de la elocuencia; está realizado por una infinita variedad de tonos y de figuras que siempre nacen del asunto y nunca son rebuscados en la retórica; dice las cosas más sublimes con palabras usuales, y algunas veces emplea imágenes pintorescas que obran siempre, como argumentos poderosos, en el ánimo de los oyentes. Sus comparaciones no se olvidan nunca, y parece que al enunciarlas las graba, con un sello profundo, en la memoria del que las escucha. Al hablar de la derrota de Queronea, dice para justificarse: «Si el rayo que destruyó á la Grecia alcanzó tambien á nuestra patria, ¿qué pude hacer? El armador de un buque le ha provisto de todo lo que puede contribuir á una próspera navegacion; pero estalla la tempestad y destroza las jarcias y los aparejos. ¿Se acusará á este hombre del naufragio? No era yo, responderá, quien empuñaba el timon. ¡Pues bien! yo no tenia el mando de las tropas; yo no era dueño de la suerte, sino que la suerte era árbitra de todo!»

Cuando despues de ver á Demóstenes en la oracion *Por la Corona*, se dirige la vista á la última época de su vida, se experimenta un profundo descónsuelo. Hizo esfuerzos impotentes para conseguir la libertad de su patria: sufrió destierros injustos, y se manchó su nombre con acusaciones calumniosas, hasta que al fin tuvo que darse la muerte en el templo de Neptuno; pero la posteridad, más afortunada que su siglo, ha descubierto su inocencia. Hay, sin embargo, algunos escritores que menoscaban su mérito como político, y sus virtudes como ciudadano (2). Pero, ¿en qué se fundan? En acusaciones de sus enemigos, que fueron desoidas por sus contemporáneos. ¿Y con qué visos de razon, con qué apariencia de justicia, pueden creerse los modernos jueces más competentes para juzgar á Demóstenes, que aquellos que fueron testigos de su conducta pública y privada, y que ante la Grecia entera ciñeron su frente con coronas de oro? Si un tribunal dominado por el partido macedónico le condenó, el pueblo en masa rebocó la sentencia (21); por consiguiente sus detractores tienen en contra el fallo de la posteridad y el fallo de los Atenienses de aquel tiempo, tanto más respetables ambos cuanto que los vicios de los hombres se descubren más durante su

vida, y sus virtudes más despues de su muerte.

Se ha dicho que estaba á la cabeza del partido democrático, aunque imprudente, de Atenas, y que falta averiguar si no causó á su patria más daño que beneficios. Es cierto, señores, que merece el nombre de tribuno porque siempre defendió los intereses del pueblo; pero penetrando en el fondo de sus discursos, se vé que están llenos de consejos, de instrucciones, de máximas de prudencia que revelan al hombre de Estado. Si era ó no profundo político, se puede comprender examinando las reformas que introdujo en la Administracion. Ni una sola hay que pueda considerarse demagógica, ni una sola que no vaya encaminada á establecer la justicia y á centralizar el poder. Pidió ejércitos permanentes; pidió que todo el que recibiese algun sueldo del Estado, lo ganase con algun servicio personal; corrigió el desórden que reinaba en las imposiciones para los gastos de la marina, de cuyo modo facilitó los armamentos y dió á su patria el imperio de los mares, y comprometió á su prestigio y su cabeza, proponiendo repetidas veces y consiguiendo al fin, que los fondos destinados á las diversiones públicas se aplicasen á las necesidades de la guerra, lo cual estaba prohibido con pena de muerte. Muy lejos de emplear

nunca serviles complacencias para extraviar al pueblo, provocaba su enojo con severas reconvenciones y lo avergonzaba de su conducta, induciéndole franca y resueltamente á preferir el cumplimiento de penosos deberes, más bien que las dulzuras de una afrentosa prosperidad (22).

Tal fué Demóstenes. Para ser justos con él, hay que proclamarle como gran político y gran ciudadano, y como el más elocuente orador que el mundo ha conocido. Hércules de la palabra, fijó el *non plus ultra* en los mares de la elocuencia política, sin que despues haya habido ningun navegante audaz y venturoso que derribe, con la proa de su carabela, las columnas en que dejó grabada tan soberbia inscripcion.

Aquí, señores, doy por terminada esta conferencia, que será la última que tenga la honra de explicar en el presente curso. Para el próximo, abrigo la esperanza de presentaros en un breve cuadro, la historia de la elocuencia romana. Este estudio que anuncio, tendrá tambien el mismo carácter biográfico. Prefiero este modo de estudiar la elocuencia, porque así descubrimos mejor el secreto de la perfeccion oratoria, y porque examinar la vida de los grandes hombres, es lo mismo que asistir á su escuela. En este roce continuo, en esta especie de trato íntimo con ellos, es

donde aprendemos que los de carácter más puro y elevado, no apartaron nunca de su memoria estas tres verdades importantes, ó alguna de ellas por lo menos: que hay una justicia en el cielo, una conciencia en el hombre, y una posteridad más allá del sepulcro.

He dicho.

NOTAS AL DISCURSO OCTAVO.

(1) Los escritores disienten sobre la fecha del nacimiento de Demóstenes. El autor del *Viaje á Grecia del joven Anacharsis*, dice que Demóstenes nació 385 años antes de J. C. El padre Corsini, Becker, Stievenart y Mr. Villemain son de la misma opinion. Boekh dice que el nacimiento de este Ateniese tuvo lugar el año 382 antes de nuestra era; Cantú lo fija en el 381 y Leuglet-Dufresnoy, segun asegura A. Boullée, en el 384.

(2) El elogio de Demóstenes, se encuentra á cada paso en las obras de Ciceron. En unas partes le considera como orador perfecto (*Brutus*, IX); en otras, despues de tributarle los mayores elogios, dice que es el que más se acerca á la perfeccion que imagina, pero que su oido ávido, insaciable, va aun más allá, como en busca de un ideal que desconoce. (*El Orador*, cap. 29).—Ciceron tradujo las oraciones *Por la Corona*, de Esquines y Demóstenes, y á ambos, y especial-

mente á este último, debia gran parte de su mérito.

Nos parece incuestionable que el orador griego rayó á más altura que el orador romano, en la elocuencia política, así como todo el que haya leído con detenimiento las obras de ambos, comprenderá que los grandes modelos de elocuencia forense, son los que nos ha dejado Ciceron. Sin duda que Demóstenes habria aprendido en Roma á caminar por entre el laberinto del derecho civil, y á enternecer á los jueces para arrancarles un juicio favorable; pero este mérito conjetural, no puede ser tan estimado por los modernos, como las magníficas defensas judiciales que tenemos del orador latino. Aquella maestría admirable, aquel don natural que este tenia para inspirar la compasion, la clemencia y todos los sentimientos blandos del ánimo, y aun para hacer que se derramasen lágrimas; aquellos epilogos en que parecia hallarse, como el ave en los aires, en su elemento natural, no se encuentran en Demóstenes ni en ningun otro de los oradores antiguos. En cambio, la oratoria de las filípicas que se pronunciaron en Atenas, será siempre preferible á todas luces, y por todos conceptos, á la elocuencia algo declamatoria de las arengas contra Catilina y contra Antonio; y aun eligiendo las obras más esencialmente del género deliberativo, que tiene Ciceron, que no son otras que sus discursos sobre la ley Agraria, no pueden compararse á las de Demóstenes, á quien se ha llamado por esta causa, «el modelo eterno de la elocuencia polí-

tica.» Si como dice un crítico, cada uno fué en su patria lo que debió ser, que ambos se repartan el tributo de elogios que se les paga universalmente, y que, colocados á la misma altura, conserve cada cual su título de supremacía.

(3) Ciceron dice más de una vez en sus obras que Demóstenes asistia á la escuela de Platon; tambien lo dice Quintiliano y tambien Plutarco aunque refiriéndose á noticias anónimas; y entre los modernos, gran número de los que han escrito sobre él, aseguran lo mismo, fundándose en los datos históricos igualmente que en la elevacion de miras que revela Demóstenes en sus arengas.

Plutarco añade que el orador griego adquirió, segun se decia, unos tratados de oratoria de Isócrates y Alcidas, y que su estudio le sirvió de mucho; pero el mismo biógrafo asegura en las vidas de *los diez oradores*, al hablar de Iseo, que este maestro cerró su escuela, y por la cantidad de diez mil dracmas, se dedicó á dar lecciones particulares á Demóstenes. Respecto á los cinco discursos indicados, Ciceron dice que no pueden considerarse como títulos de gloria; pero aunque esto sea cierto, tambien lo es que derraman mucha luz sobre las costumbres y los procedimientos jurídicos de aquella época, y especialmente sobre los primeros años de la vida de Demóstenes y sobre su familia y la fortuna de su padre. Stievenart emite el siguiente juicio, al traducir estas primeras producciones del insigne orador: «A los diez y ocho años, el discípulo de Iseo es tan sóbrio

de ornamentos, como el hombre de Estado á los cincuenta; el discípulo de Platon manifiesta ya el carácter religioso, que no le abandonó en todo el resto de su vida.» Willemain dice: «Sólo se ocupa de la causa: la examina en todas sus relaciones con una inconcebible rapidez; acumula los razonamientos, prueba lo que desea, y en seguida se calla.» Estas palabras caracterizan la elocuencia de Demóstenes, tanto en su juventud como en su edad madura, y casi lo mismo en sus discursos políticos que en los judiciales.

(4) Seguimos el parecer de Plutarco. Otro escritor antiguo refiere el suceso de este modo: «Demóstenes iba á la Academia á recibir las lecciones de Platon; pero un dia oyó á Calistrato en su célebre discurso sobre la ciudad de Oropos, y quedó tan conmovido, tan admirado, tan seducido por la elocuencia del orador, que desde entonces dejó de asistir á la Academia para dedicarse á la oratoria.»—(*Aulo-Gelio, L. 3, cap. 13.*)

(5) Estas noticias están tomadas de Plutarco á escepcion de la relativa al largo estudio que Demóstenes hizo de Tucídides, que es de Luciano. Este escritor se expresa así, en el diálogo que titula *Un ignorante bibliófilo*: «Aun cuando tuvieses todas las obras de Demóstenes escritas de su mano y las ocho copias que él hizo de la historia de Tucídides.» (*Trad. del Abate Massieu*).—Mr. Daunou dice que el texto latino podría significar, igualmente, que las ocho copias de Tucí-

dides fueron encontradas casa de Demóstenes ó por Demóstenes. Si las encontraron casa de Demóstenes ¿quién las debió escribir sino él? Y la segunda interpretacion, ¿cómo aceptarla sin recordar que el mérito que en el diálogo se atribuye á las obras de Demóstenes, es el estar escritas de su *puño y letra*, y que, al referirse á las copias de Tucídides, no pudo ser por otra causa? Meditando un poco, se verá que la observacion de Mr. Daunou, está rechazada por muchas probabilidades contrarias.

(6) Plutarco, en la biografía de Demóstenes.

(7) «Demóstenes, cuyo solo nombre hace nacer en el espíritu la idea de una sublime y perfecta elocuencia, no podia en su juventud articular la primera letra del arte que estudiaba; pero trabajó tanto por corregir este vicio, que nadie en lo sucesivo la pronunció con más claridad. Su voz era aguda y discordante, y por medio de un ejercicio continuo consiguió que fuese llena, sonora y agradable á los oyentes. Su pecho era débil, y obtuvo del trabajo el vigor que le habia negado la naturaleza. Recitaba, sin tomar aliento, largas tiradas de versos, y aun los declamaba, subiendo al mismo tiempo, con paso rápido, á los lugares altos. Iba frecuentemente á las orillas del mar, y arengaba á las olas embravecidas para acostumbrarse de este modo al ruido de las asambleas tumultuosas, á quienes tendria que dirigir su palabra. Se dice que hablaba largos ra-

tos teniendo piedrecillas en la boca, á fin de tener la lengua más espedita cuando hablase sin aquel impedimento. Hizo la guerra á la naturaleza, y salió vencedor de esta lucha, destruyendo, con la fuerza de una voluntad inquebrantable, los obstáculos que le habia opuesto. Hubo, pues, dos Demóstenes: uno hijo de la naturaleza, y otro hijo del trabajo.»—(*Val. Max.*, L. 8, cap. 7.)

Plutarco hace mencion de casi todos estos ejercicios, en la *Vida de Demóstenes*; Ciceron, en su obra titulada *Diálogo de los Oradores* (L. 1, cap. 61), y Quintiliano, *Inst. Orat.* (L. 10, cap. 3, y L. 11, cap. 3), y Luciano en su *Elogio de Demóstenes*.

(8) Quintiliano (*Inst. Orat.*, L. 11, cap. 3) y Luciano en la obra citada, donde dice que Demóstenes procuró tambien ejercitar su memoria.

(9) «Confesaba que, verdaderamente, no habia escrito siempre todo lo que decia en sus discursos; pero que jamás hablaba sin haber escrito.»—(*Plutarco, Vida de Demóstenes.*)

(10) *Val. Max.*, L. 8, cap. 10; Quintiliano, obra citada, L. 9, cap. 3, y otros autores.

(11) La ley Leptina, que recibió su nombre de Leptino, su autor, tenia por objeto abolir una multitud de privilegios que se habian concedido, y concedian aún, á los descendientes de los que prestaban grandes servicios á la patria. Demós-

tenes la combatió. «Un éxito completo coronó los esfuerzos del orador. Obtuvo aplausos unánimes, y su discurso provocó la abolicion de la ley. Hoy se admira aún la abundancia y la solidez de sus argumentos, la moderacion persuasiva, la conveniencia y la elocuencia patriótica de su lenguaje.»—(A. Boullée, *Hist. Dem. III.*)

(12) Plutarco dice, ó da á entender, todo lo contrario, cuando se expresa de este modo: «Cuando fué (Demóstenes) de embajador á la córte de Macedonia, Filipo escuchó á todos los enviados atenienses, contestando con más cuidado y atencion al discurso de Demóstenes.» Este, en su discurso *Por la Embajada*, no confiesa su fracaso, pero dice que Esquines acaparó, por decirlo así, la palabra, quitándole la ocasion de hablar. Además, en la arenga de Esquines hay un pasaje que dice: «Filipo se ocupó largo rato de mi discurso, en el cual yo no habia omitido nada de cuanto se referia al asunto de que me habia encargado, y me dirigió muchas veces la palabra, mientras que no tuvo ni una sola para Demóstenes: esta es la causa del vivo resentimiento que abrigo contra el Príncipe y contra mí.» M. Dacier recuerda que muchos hombres eruditos han creido que realmente Plutarco padeció aquí una equivocacion.

(13) En la conclusion de ese período se ve claramente que hemos querido imitar, ó mejor dicho,

reproducir, en cuanto la prosa lo permite, aquella estrofa de Melendez, que dice así:

«Cual el ave de Jove que saliendo
Inespera del nido, por la vacía
Region, desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guía;
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora más orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta.
Tronar siente á sus piés la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no le espanta
Al cielo remontándose segura.»

(ODA A LAS ARTES.)

(14) «En lo sucesivo, Filipo no tuvo atenciones para Demóstenes, habiendo estrechado su amistad con Esquines y Filócrates.»—(*Plutarco, Vida de Demóstenes.*)

«Demóstenes, decia el Príncipe, puede hablar con libertad. Es el único de los oradores de la Grecia que no tiene una partida asignada en mi presupuesto de gastos. No es un declamador de Atenas accesible á mis dádivas, y me seria más fácil tomar á Bizancio por asalto que corromper á Demóstenes á fuerza de oro.»—(*Luciano, Elo. de Dem.*)

(15) En la arenga de Demóstenes, *Por la Corona*, hay decretos que prueban la eficacia de su política, y una enumeracion de los socorros que habia hecho enviar á los Bizantinos y Perintianos. Plutarco y Luciano, en las obras citadas,

tambien mencionan esto mismo, con más amplitud, este último, que el primero.

(16) Hé aquí cómo resume Demóstenes lo que hizo para conseguir la alianza: «A mis palabras añadí un decreto; aprobado el decreto, fuí en embajada, y como embajador persuadí á los Tebanos.»

(17) Algunos escritores dicen que la causa de Demóstenes facilitaba, con su bondad, el triunfo del orador. Al opinar de distinto modo, nos hemos apoyado en las razones expuestas, y estamos de acuerdo con Mr. Villemain, que se expresa así en un artículo biográfico sobre Demóstenes: «Se pueden calcular tambien qué conveniencias, qué precauciones, qué destreza no serian necesarias al orador, que para justificarse, tiene que recordar á sus conciudadanos su derrota, en una guerra que él mismo habia aconsejado.» El asunto era favorable y hasta magnífico, en el concepto de que presentaba ocasion para hacer una apología de Atenas.

(18) «Este es el juramento tan celebrado en la antigüedad, y tan frecuentemente recordado en nuestros dias. Al pronunciarle, todas las sombras evocadas por Esquines al concluir su arenga, parecian rodear la tribuna de Demóstenes para tomarle bajo su proteccion.»—(*La Harpe, Liceo, Eloc. ant.*)

(19) Demóstenes tenía 52 años cuando pronunció la oración *Por la Corona*. La denuncia de Esquines contra Ctesifonte, se había presentado diez años antes. El acusador, quiso aprovecharse de la influencia macedónica, para agitar el proceso y conseguir la ruina de Demóstenes.

(20) En la obra titulada *Los ócios de un Ministro de Estado*, su autor Voyer d'Argenson, dice que «ha leído los discursos de Demóstenes con todo el placer posible, y su historia con pena.» Se hace despues eco de todos los cargos dirigidos al orador ateniense por sus enemigos, y concluye «que fué un político imprudente y un ciudadano corrompido.» Nuestro compatriota Azara, con no menos ligereza, dice: «Demóstenes y todos los oradores que en su tiempo y á su arbitrio manejaban al populacho ateniense, eran hombres cuyas lenguas, bajamente venales, estaban pensionadas de Filipo, de otros príncipes, ó de algunos de los partidos de aquella República: en comprobacion de lo cual, basta leer las oraciones del mismo Demóstenes y de su antagonista Esquines. Componia Demóstenes oraciones en pró y en contra de una misma causa; por cien doblones prevaricó en la de Midias; gozaba pension del rey de Persia, los recibos de lo cual halló Alejandro entre los papeles que encontró en Sardia; admitió del ladron Harpalo la famosa copa de oro con veinte talentos porque le defendiese, y luego hizo el entremés de fingir una esquinencia para escusarse de hablar contra él, dando

mucho que reir al pueblo de Atenas.» (*Prólogo á la Vida de Ciceron, por Middleton*).—En la imposibilidad de hacer aquí un exámen minucioso del fundamento ó de la injusticia de esos cargos, consignaremos brevemente el juicio que hemos formado sobre cada uno de ellos, despues de haber leído gran parte de lo que se ha escrito sobre este particular. Una sola vez compuso Demóstenes dos oraciones en el sentido que indica la acusacion; pero las circunstancias que mediaron, atenúan este proceder, sin escusarlo por completo (*A. Boullée Hist. de Demós., cap. 8*).—Sobre el asunto de Midias, que consistia en una acusacion que Demóstenes tenia pendiente contra un ateniense principal, á quien dejó de perseguir en justicia por una indemnizacion pecuniaria, hé aquí lo que dice Plutarco: «Ante la grande influencia de Midias, se dejó aplacar por los que intercedieron en su favor; pues no es posible suponer que tres mil dracmas desarmasen la cólera de Demóstenes.» El haber recibido la cantidad, es, sin embargo, una mancha que no favorece nada á Demóstenes, á menos que las costumbres permitiesen allí, sin desdoro, transacciones semejantes. Demóstenes estuvo siempre conspirando contra Filipo y Alejandro, y se utilizó para fines políticos de los recursos que los enemigos del Macedonio le ofrecian; pero, segun dice W. Grote, jamás se probó que destinase el oro de la Persia á su provecho particular; y el emplearlo en expediciones para conseguir la independencia griega, es un acto loable de patrio-

tismo.» En cuanto á haberse dejado sobornar por el Intendente de Alejandro, que se habia refugiado en Atenas con grandes sumas que pertenecian al príncipe, nos limitaremos á decir que si el Areópago lo condenó como culpable de haber recibido veinte talentos por no hablar en contra de Harpalo, hay muchas circunstancias que hablan en favor de la inocencia de Demóstenes, y el dato concreto de un escritor antiguo, (*Pausanias, Corint., cap. 33,*) el cual asegura que un general Macedónico se habia apoderado del Tesorero de Harpalo, y que sometido á tormento para que declarase los nombres de los oradores á quienes habia sobornado á fuerza de oro, no declaró nada contra Demóstenes. Hace además el expresado escritor, la advertencia muy atendible, de que Demóstenes era enemigo de Alejandro, y enemigo personal del jefe Macedónico que habia hecho la indagacion.

(21) Cuando murió Alejandro, unas ciudades griegas se rebelaron contra los Macedonios, y otras permanecieron sometidas. Demóstenes fué uno de los más activos instigadores en pró de la independenciam. Lo que prueba que habia sido condenado bajo el influjo del poder extranjero que él siempre habia combatido, es que apenas este poder se vió debilitado, los Atenienses enviaron un buque de los mejores de la República, expresamente para traerle á su patria, donde se le acogió con entusiasmo. Todas las autoridades y casi todos los Atenienses, bajaron al Pireo á reci-

birle. Su entrada fué más gloriosa aún que la de Alcibiades, puesto que éste iba acompañado de una escuadra vencedora, y Demóstenes llegaba conducido por sus mismos compatriotas, ansiosos de reparar una injusticia, y de rendir un tributo de reconocimiento, al defensor de la libertad griega.

Después que fueron vencidos los partidarios de la independencia, Demóstenes se refugió en un templo que había en la isla de Calauria, consagrado á Neptuno, donde él mismo se quitó la vida con un veneno por no caer en manos de Antipatro. Como dice un escritor, quiso morir con la libertad de su patria. Tenía de sesenta á sesenta y cinco años de edad. Medio siglo después, los Atenienses le erigieron una estatua de bronce.

(22) Esa enumeración que resume la política de Demóstenes, está formada con datos que sus discursos contienen.

APÉNDICE.

Sobre Demóstenes.

El discurso que hemos dedicado á hablar de Demóstenes, nos dá una idea del conjunto de su vida, y de los improbables trabajos que se impuso para conseguir, en la elocuencia, aquella perfeccion casi completa á que debe el inmortal renombre de que goza. Pero esto no es bastante para los que deseen imitar su ejemplo en el estudio de arte de la palabra; porque ni el amor al trabajo y á la gloria, ni una actividad infatigable pueden ser fecundos, cuando no se dirigen acertadamente hácia los fines que nos proponemos conseguir.

Necesario es un impulso para avanzar en cualquier sentido; pero el orador no podrá nunca recorrer victoriosamente su carrera, si á la ele-

vacion de ideas y de sentimientos, no reúne la paciencia de los detalles. El escultor que ante la estatua de Minerva se sintiese inflamado por el deseo de emular á Fidias y merecer su gloria, habria perdido su entusiasmo, aunque fuese un génio de la escultura, si anteriormente no habia aprendido en minuciosos y repetidos ejercicios, á ejecutar cada una de aquellas partes, cuya reunion forma el todo, y cuya perfeccion contribuye eficazmente á la del conjunto.

Pocos hombres conocieron esta verdad tan á fondo como Demóstenes, que dedicaba á la perfeccion de su estilo tantos afanes como habia dedicado, en su juventud, á la correccion de sus defectos orgánicos. Con esto, sin embargo, no queremos decir que el orador sea esclavo de una crítica impertinente y prolija, como aquella á que sometia Isócrates sus arengas; ni menos que por esta causa, ó por otras de la misma índole, agoste, por decirlo así, la lozanía de su ingenio, ó detenga los vuelos de su imaginación. Entre este vicio y el opuesto, hay una senda que es la que nos indica el orador de quien nos ocupamos, y la que nos trazan todos los grandes escritores que, á la verdad y la fuerza de las ideas, han sabido juntar la belleza de las formas.

Es cierto que la mucha ciencia no se adquiere

sin mucho estudio y mucha meditacion, y que los talentos superiores gustan de descubrir caminos nuevos, más bien que de acomodarse á los ya usados; pero, en todos casos, la naturaleza y el trabajo deben caminar unidos, como hermanos, auxiliándose mutuamente. Es una desgracia, dice un escritor célebre, que el arte ahogue los resplandores del génio; pero la decadencia no es menos inminente, cuando el talento natural pretende reaparecer sólo, y queriendo reemplazar, con sus accesos irregulares y sus movimientos fogosos, las nobles combinaciones del arte. ¿Se quiere saber lo que es el arte llevado al exceso, y lo que son las facultades naturales abandonadas á sí mismas? Pues fijémonos en Isócrates y Temístocles. Este fué un gran político y un hombre elocuente por naturaleza, pero que no cultivó sus disposiciones y que no debe su celebridad á sus triunfos oratorios; y el primero estuvo casi un siglo aprendiendo y enseñando el arte de la palabra, y nunca mereció ser otra cosa que un maestro de retórica. Cuando las facultades de ambos se vieron juntas en un solo hombre, floreció en Atenas un Pericles y más tarde un Demóstenes. Es verdad que en éste último, el arte tuvo que hacer más que en el primero, y que muchos creen, equivocadamente, que lo debió todo á los

esfuerzos de su trabajo; pero tambien es verdad que Demóstenes habia recibido de la naturaleza todas las dotes oratorias que tienen su asiento en la inteligencia, y que solamente logró con los consejos del arte, y con la tenacidad en practicarlos, librarse de algunos defectos fisicos, y reemplazarlos por hábitos de perfeccion. Esto es, sin duda, lo que quiere decir Valerio Máximo cuando escribe que en Demóstenes habia dos naturalezas: una artificial, y otra inherente á su persona.

Por lo que hace á su estilo, preciso es convenir en que lo debió á la influencia de su maestro Iseo, y á la imitacion de Tucídides, no ciegame-mente obedecidas, sino depuradas por una crítica perseverante y juiciosa. Demóstenes, como otros muchos hombres de la antigüedad, tuvo un modelo favorito, que fué la base, por decirlo así, de sus estudios literarios, sin que estó le impidiese aprovechar las bellezas de elocucion que contienen todas las obras anteriores á él, y que hoy se reputan como monumentos de la lengua griega. No debe asombrarnos que copiase ocho veces á Tucídides, porque además de que tuvo tiempo para ello, en la antigüedad con frecuencia se veia á hombres de gran talento, leer toda su vida un mismo libro, y tener en asuntos cien-

tíficos y literarios, predilecciones marcadísimas y algunas veces exclusivas. Pero el grande orador de Atenas buscó tambien en Isócrates y en Homero, lo que le pareció aprovechable para su elocuencia; y aun no contento con tomar de ellos la armonía y la nobleza de las imágenes, empleó á veces sus mismas ideas casi literalmente reproducidas. Sería curioso, aunque no fuese útil, descubrir estos pequeños hurtos de Demóstenes. Luciano hace tres citas de este orador, y dice que podrian hacerse otras muchas, donde sus pensamientos y los de Homero son exactamente iguales. Citaremos, sólo, las paráfrasis que en él hemos encontrado por nosotros mismos.

Isócrates dice en el Panegírico, refiriéndose al Rey de Persia: «Se ha enseñoreado de unos, amenaza á otros, y á otros pone asechanzas;» y Demóstenes en la primera filípica se expresa así contra el Macedonio: «Os amenaza, profiere, segun se dice, palabras insolentes, se rodea cada dia de nuevas conquistas, y mientras que nosotros temporizamos inmóviles, nos cerca y nos estrecha por todas partes.»

Isócrates añade más adelante: «Habiendo venido á hacer todo esto, más por nuestra necedad, que por su poder y fuerza;» y Demóstenes termina diciendo: «Porque Filipo debe su engrandeci-

miento á vuestro abandono, más bien que á su génio y su poder.»

En la oracion *Por la paz* tiene Isócrates un paralelo entre los hombres y el estado de Atenas en la época en que escribía, y los hombres y la situacion de la República en tiempos anteriores, que forzosamente debió conocerlo Demóstenes al componer su tercera filípica. La cuarta la comienza con un pensamiento que tambien se encuentra en ambos.

Isócrates dice en la oracion *Por la paz* ya citada: «A todos los que miramos por la patria, lo que nos toca es usar de unos discursos, no los más halagüeños, sino los más provechosos;» y Demóstenes reproduce esta misma idea en la arenga sobre el Quersoneso, aunque dándole la forma elocuente que á él correspondia: «Os pido por el cielo, Atenieses, que me permitais decirlo todo: sólo hablo para salvaros;» en otro lugar dice: «Cuando todo no puede obtenerse, prefirmos, al menos, lo que nos sirve á lo que nos agrada;» y en la sexta filípica: «Todos de concierto, oradores y oyentes, prefirmos las medidas eficaces y salvadoras á las fáciles declamaciones que nos encantan.»

En este mismo discurso es donde dice, celebrando á los antiguos Griegos, que «ejecutaron

aquellos hechos heróicos que todos se complacen en referir, y que nadie ha referido tan dignamente como su grandeza requiere:» antes habia escrito Isócrates en su *Panegirico*: «Fueron tan valerosos y esforzados los que contra los Asiáticos pelearon, que acaso no ha habido, ni entre los poetas ni entre los oradores, quien pueda celebrar dignamente sus hazañas.»

En la primera oracion á Nicócles escribe esta máxima: «No des á nadie en rostro con su miseria, porque en todos domina la fortuna, y nadie sabe lo que le puede suceder;» y Demóstenes en el discurso *Por la Corona* se expresa de este modo: «El que es feliz por la mañana, no sabe si lo será por la tarde;» y en el que pronunció por la libertad de los Rodios, muchos años antes, decia: «Es necesario mostrar siempre, en la prosperidad, una gran benevolencia con los desgraciados, puesto que nadie sabe lo que le tendrá reservado el porvenir.»

Otros muchos ejemplos podriamos citar aún, pero nos limitaremos á reproducir el siguiente: Isócrates dice en el *Panegirico*: «¿Cuáles igualaron el valor de unos hombres que tanto á los mismos sitiadores de Troya se aventajaron, que habiendo estos gastado diez años para destruir una sola ciudad, ellos en muy poco tiempo que-

brantaron las fuerzas de toda el Asia, y no sólo salvaron á su patria, sino que salvaron tambien de la esclavitud á todo el resto de la Grecia?» Y Demóstenes dijo en su elogio de los soldados muertos en Queronea: «Muy superiores á los guerreros armados contra Troya, que siendo lo más escogido de la Grecia, apenas pudieron tomar en diez años una sola poblacion del Asia, no solamente rechazaron sin ayuda de nadie los ejércitos que esta parte del mundo lanzó contra nuestra patria, y que parecian invencibles, sino que tambien supieron vengar los daños que habian causado á los demás Helenos.»

Si ahora dirigimos una mirada á la obra de Tucídides, encontramos en ella gran número de pensamientos que fueron reproducidos por Demóstenes. Citaremos algunos. El historiador Griego pone en boca de los Corintios esta frase: «La guerra no obedece al plan que se le traza; frecuentemente, ella misma aconseja los mejores medios de proseguirla.» Demóstenes repite esta idea en la primera filípica, cuando dice: «Ataquemos ¡oh Atenienses! y la guerra misma descubrirá la úlcera gangrenada de nuestro adversario.»

Poco antes escribe Tucídides, atribuyéndolas tambien á los embajadores de Corinto, las si-

guientes palabras: «No debemos rehusar el sacrificio de una parte de nuestras riquezas, cuando se hace necesario para salvarlas todas, y aun para librarnos de mayores desgracias.» Demóstenes, en la octava filípica, se vale del mismo pensamiento, expresándolo en esta forma: «Es necesario que mireis como una carga, no lo que gastamos para nuestra seguridad, sino los males que nos aguardan, si no queremos gastar nada.»

En la oracion *Por la Corona* se lee: «¿No es sabido que la envidia ataca más ó ménos á los vivos, y que nadie teme las rivalidades de los muertos?» Y Pericles dice en un discurso que Tucídides ha puesto en sus lábios: «Los vivos tienen émulos que los envidian; pero todo el mundo tributa elogios al mérito, cuando ya no se teme su competencia.»

En otra arenga, igualmente atribuida á Pericles, este reconviene á los Atenienses en los siguientes términos: «Me acusais por haberos aconsejado la guerra, sin reflexionar que sois tambien responsables de ella, por haberla aprobado con vuestro consentimiento.» En dos pasajes de la oracion *Por la Corona*, emplea Demóstenes el mismo argumento para defenderse: citaremos las palabras en que lo expone sin amplificacion: «El buen consejero declara su opinion antes

de que se hayan realizado los acontecimientos, y se ofrece responsable de ellos con el tiempo, con la fortuna y con todos aquellos á quienes persuade.»

Suspenderemos ya esta enumeracion, que podríamos hacer mucho más larga si su lectura no fuese entonces enojosa, y nos limitaremos á decir que si los modernos conservasen algunos escritos que dejó Pericles, (1) su cotejo con las *filípicas* y con las demás obras del orador Ateniese, daría quizá por resultado el descubrimiento de otras semejanzas más notables y numerosas. Decimos esto, porque entre los grandes políticos de Atenas, el modelo seguido por Demóstenes fué Pericles. Ignoramos si el deseo de parecerse le indujo á estudiar tan asiduamente la historia escrita por Tucídides, ó si la lectura de esta obra fué causa más bien que consecuencia de aquel deseo. Lo cierto es, que como oradores y políticos, ofrecen muchos puntos de parecido, y que las oraciones de Demóstenes á ningunas se asemejan tanto como á las puestas en boca de Pericles, por el historiador de la guerra del Peloponeso: si estas tuviesen más viveza y variedad en la exposicion y en el tono; si en ellas se emplease, con

(1) Ciceron, *Brutus*, VII.

alguna frecuencia, la forma interrogativa que tan repetidamente usa Demóstenes, el parecido seria mucho más completo; pero tales como ahora se presentan á nuestra vista, parecen discursos dirigidos á un Senado, más bien que arengas tribunicias, encaminadas á producir un incendio en las muchedumbres de Atenas.

Si comparamos entre sí estos dos hombres, aproximando los puntos más salientes de su vida pública, vemos que, en lo relativo al exterior, ambos aconsejaron guerras contra los únicos poderes que, en sus respectivas épocas, amenazaban despojar á Atenas de la supremacía de la Grecia, y que ambos consiguieron para su patria alianzas y tributos de las Repúblicas de segundo orden. Si Pericles fué más afortunado en las empresas militares, esto consistió en que sabia manejar la espada no menos bien que la palabra, mientras que Demóstenes era solamente orador; pero lo que el uno se aventajaba en las artes de la guerra, se aventajaba el otro en la elocuencia. En los negocios interiores, la marcha seguida por Pericles en su primera época, no puede sufrir la comparacion con la marcha seguida por Demóstenes. Este no se condujo nunca como demagogo, y aquel cedió á las muchedumbres, haciéndoles concesiones reprobadas, acaso, por su

conciencia. Obligado á luchar contra un partido aristocrático y poderoso, su política está disculpada por las circunstancias, tanto más cuanto que no abusó jamás de sus ventajas, y cuanto que así que se vió libre de enemigos, se condujo como verdadero hombre de Estado, ejerciendo más autoridad, pero procurando tambien mayores beneficios á Atenas. Despues de este primer período, un carácter comun á la política de ambos es el olvido de sí mismos ante los intereses de la patria, y el valor de disgustar al pueblo por serle útil. Pericles no tuvo de quien aprender esta virtud casi heróica; pero Demóstenes, que la poseyó en más alto grado, pudo aprenderla de Pericles, y, siquiera fuese en teoría, pudo recibirla más especialmente aún de Platon, cuyas máximas fueron muchas veces proclamadas por él, como reglas de conducta, en las esferas del gobierno. Como oradores, los dos economizaban sus fuerzas para desplegarlas sólo en las ocasiones importantes; los dos se mostraban severos con su auditorio, para producir en los ánimos abatidos ó indiferentes, movimientos saludables hácia la esperanza y el amor patrio; los dos invocaban las glorias nacionales y amenazaban con el fallo de la posteridad, como medio de inspirar sentimientos heróicos á sus conciudada-

nos; y lo mismo cuando Atenas sufría los estragos de la peste y de la guerra, que cuando se veía amenazada por las armas victoriosas de Filipo, los dos cerraron su pecho al desaliento, y con su ejemplo y con el poder de su elocuencia, hicieron que renaciese el espíritu público, entre sus compatriotas, y salvaron la República de la crisis que le amenazaba.

Dos particularidades ofrecen los discursos de Demóstenes, que sin duda no fueron tomadas de Pericles: éste no se acuerda tan frecuentemente de los dioses, ni considera á la fortuna como una deidad que reparte los bienes y los males entre los hombres, obedeciendo á fines providenciales. El discípulo de Anaxágoras iba en esto muy á vanguardia de su época, mientras que Demóstenes manifestaba abrigar un espíritu religioso menos opuesto á las preocupaciones gentílicas, y más distante de nuestro dogma sobre el libre albedrío. Conocida la majestad y la moderación con que hablaban en público Pericles y casi todos los contemporáneos suyos que frecuentaban la tribuna, podemos establecer que el empleo de frases injuriosas, repetido con esa libertad desmedida que se vé en las oraciones de Esquines y Demóstenes, tampoco lo aprendería éste en el ejemplo de Pericles. Se debe creer que

esta franqueza de lenguaje que nos parece escandalosa y que está condenada por nuestras costumbres, no lo estaria por las costumbres atenienses de aquella época, y por consiguiente no puede considerarse como un defecto absoluto, por decirlo así, que entónces perjudicase á la persuasion, y sí como un defecto relativo que debe evitarse cuidadosamente.

Recordando ahora que, segun dice Dionisio de Halicarnaso (1), las oraciones de Demóstenes son verdaderas poesías, por el número y el giro armonioso de las frases y los períodos, podremos establecer que en su elocucion entran tres elementos principales, recibidos de tres fuentes distintas. Esa marcha rápida y fogosa con que desenvuelve sus discursos, debió aprenderla de su maestro Iseo; la brevedad que siempre le acompaña, y la entonacion noble y elevada que pocas veces le abandona, debió adquirirlas en la obra de Tucídides; y la armonía y las demás pequeñas gracias del estilo, las buscó sin duda, aleccionado por el ejemplo de Isócrates, que se distinguió considerablemente en estos méritos secundarios, con los cuales obtuvo, sin embargo, su fama universal que llenó su tiempo, y que alcanzó á las

(1) Col. de las pal., cap. XXV.

épocas siguientes. A la felicísima reunion de todas estas perfecciones debe Demóstenes el renombre de príncipe de los oradores de que goza; pero lo más útil para nosotros, es investigar cómo pudo adquirir tantas y tan principales virtudes oratorias, puesto que en un principio no las poseía (1).

Desde luego se comprende que tuvo que emplear un gran discernimiento para escoger, de cada uno de sus modelos, las partes más eficaces en la elocuencia política, y para graduarlas en porciones convenientes, á fin de que, reunidas en un solo cuerpo, no se perjudicasen las unas á las otras. Pero ¿pudo conseguir esta admirable fusion de armonía, de brevedad, de elevacion, de sencillez, de fuerza, improvisando sus discursos ó preparándolos á la ligera, como se hace en nuestras Asambleas legislativas, aun en los casos mismos en que hay tiempo para disponer lentamente la materia sin descuidar la forma? No, de ningun modo. En las obras de Demóstenes no habia palabra que pudiese reemplazarse ó cambiarse de lugar, sin perjudicar más ó menos al discurso (2). Su elocuencia, tal como hoy

(1) Villemain, Biog. Univ, art. Demóstenes.

(2) Dion. de Hal. ha escrito una obra donde demuestra esto.

la conocemos, y sobre todo como la concebimos por los efectos que produjo, salió armada con la maza de Hércules y los encantos de la Sirena, del gabinete donde trabajaba el orador. Si testimonios históricos respetables no lo asegurasen, sobre todo en aquella frase en que se dijo que sus arengas *olian á aceite*, las variantes que introduce, para expresar una idea, en discursos pronunciados con intervalo de muchos años; la repetición de períodos enteros, tales como los había pronunciado en épocas anteriores; los sesenta y cuatro exordios que nos ha dejado, y la repugnancia que tenía á la improvisación, serían pruebas evidentes de lo que decimos.

La sublimidad de las ideas y el fuego de las pasiones nacen del génio mismo del orador, como de un manantial que las produce espontáneamente; pero la forma que necesitan para que no pierdan su virtud persuasiva y conmovedora, puede algunas veces ser efecto de una combinación instantánea y casual de palabras, sin que generalmente pueda conseguirse, sino después de un exámen detenido, calculado, minucioso, que reúna términos de la más propia significación, y cuyo enlace al formar los miembros del período, produzca una imágen viva de la idea y del sentimiento que el orador quiera comunicar,

y la elegancia y la armonía que también ayudan á persuadir. Si los idiomas ofreciesen la mayor congruencia y analogía posibles entre cada palabra y la idea que representa, al concebir un pensamiento, lo veríamos nacer ya vestido con su traje más propio, ó con el traje único para expresarlo verbalmente ó por escrito. En esto, los antiguos llevaban gran ventaja á los modernos. El instrumento que ellos tenían para producir las notas de su inspiración, era más flexible, más dócil y sonoro que el que tenemos nosotros (1). «Las lenguas modernas analíticas y no pintorescas, simples ó lógicas y no libres en sus construcciones, derivadas y no primitivas, no tienen equivalentes que se puedan oponer á aquel fuerte colorido, á aquellas enérgicas pinceladas que los antiguos diccionarios ofrecían tan naturalmente á los oradores griegos y romanos. «Se precipita como un torrente,» dijo Demóstenes; pero la palabra griega que hace relación á torrente,

(1) «Favoreció en alto grado el vuelo de la fantasía y la razón, una lengua como la griega, abundante en sus raíces, libre en sus construcciones, múltiple en las conjunciones y en la composición, clara y flexible en la expresión de las ideas más delicadas, la más bella y armoniosa que hablaron nunca los hombres.»—(Cantú. *Historia Univ.*, lib. 3.º, cap. 2.º)

significa *torrente de invierno*; torrente crecido por la lluvia, masa de agua violenta, irresistible. ¿Quién no se admirará de ver que los griegos, y y entre ellos Demóstenes, sólo habian menester de una palabra, de una sola palabra, para expresar esta frase: «Mientras que por el bien comun desafiaban peligros, rechazando un ataque premeditado...?» (1) Es, pues, imposible, rivalizar con idiomas que ofrecen esos recursos al escritor. El colorido que dan al pensamiento, la concentración de muchas ideas en una sola palabra, no pueden suplirse en las lenguas modernas. Pero el conocimiento de esta verdad, tampoco debe desalentar á nadie, sobre todo si creemos que nuestro idioma es, entre los que hoy se hablan, el que más se parece al idioma griego (2). Ciertamente que no podremos conseguir nunca la perfeccion suma de los antiguos, pero se conseguirá la *perfeccion posible*, y casi estaremos relativamente á la misma altura.

Al procedimiento que empleaba Demóstenes

(1) Brougham. (*Eloc. pol. entre los ant. y los mod.*) En español doce palabras bastan para expresar ese pensamiento: en inglés, el autor emplea catorce.

(2) «La lengua castellana se parece más que ninguna otra á la griega.»—(Ranz Romanillos. *Prólogo á su trad. de Isóc.*)

para preparar sus discursos, lo caracteriza una lentitud que asombra, y que parecería vergonzosa á cualquiera de los oradores modernos. Los Atenienses pedían á veces, en la Asamblea pública, que el gran tribuno usase de la palabra, y él se negaba á complacerles, diciendo francamente que no podía hacerlo porque no estaba preparado (1). Su reputacion de orador no perdía nada aunque sufriese algun epigrama de sus enemigos, lo cual prueba que el pueblo de Atenas tenía de la elocuencia una idea muy distinta de la que tenemos hoy.

La historia nos revela los perseverantes sacrificios que Demóstenes se impuso, en su juventud, para crearse un estilo oratorio y para corregirse sus defectos orgánicos; y el exámen de sus arengas demuestra que, en todo el curso de su vida, continuó trabajando para conseguir la perfeccion de las formas ó para acercarse á ella lo más posible, como si hubiese creído que esta perfeccion era infinita. Hay frases en sus discursos que han ido elaborándose lentamente, que son el fruto de repetidas correcciones, que empleadas primero de un cierto modo en la tribuna han sido expuestas más tarde de un modo algo diferente,

(1) *Plutarco. Vida de Demóstenes.*

preferido sin duda por Demóstenes. En la primera filípica dice: «¿Cuándo, pues, Atenienses, cumplireis vuestro deber? ¿A qué aguardais para moveros? ¿A que os obliguen los acontecimientos ó la necesidad? Pero ¿qué otra idea puede formarse de lo que sucede? No conozco necesidad más apremiante, para hombres libres, que la de evitar su deshonor.» Unos diez años más tarde introduce en este pasaje algunas variantes que le dan más fuerza aún de la que tiene. Hé aquí cómo habla en el discurso sobre el Quersoneso: «¿A qué pueden conducir tantas dilaciones? ¿Qué aguardamos, Atenienses, para cumplir con nuestro deber? ¿La necesidad? La necesidad de los hombres libres ha llegado ya, ¿qué digo ya? hace mucho tiempo que llegó. En cuanto á aquella otra necesidad, que es el móvil del esclavo, pedid al cielo que os preserve de ella.» Comparando los miembros correspondientes de ambos períodos, se verá que han ganado los del último, y que el orador ha sometido su primer discurso á una crítica severa, cabalmente en el pasaje de más mérito que allí se encuentra.

Presentaremos aún otro ejemplo, entre muchos que podríamos citar. Demóstenes se ocupa en la cuarta filípica, en la sexta y en la octava, del aborrecimiento que el Macedonio sentia hácia los

Atenienses. Primeramente dice que se tema su perfidia y las maquinaciones insidiosas de su política; despues aumenta la fuerza de las expresiones, presentándole como una amenaza constante, como un enemigo irreconciliable de Atenas; y en la última variante es cuando el orador encuentra ya una forma capaz de revelar fielmente su patriotismo al auditorio. «Reconoced como un hecho incontestable, dice, que Filipo ha roto los tratados y que os hace la guerra. Si, Filipo es el enemigo mortal de la República, de la ciudad que habitamos, del suelo que nos sustenta, de los dioses mismos que nos protegen..... ¡Dioses de Atenas, exterminarle!» Este rasgo vehementísimo que parece un estallido involuntario de las pasiones, fué sin duda preparado con tanto esmero como ponía Isócrates en buscar los términos de una antítesis ó de una desinencia semejante. Pero esta operacion practicada por ambos tiene, en cada uno, objeto muy distinto: Isócrates se parece al que pulimenta una superficie para que brille, y Demóstenes al que afila una espada para que el golpe sea más penetrante y seguro: buscar el mérito principal de modo que no pueda menos de obtenerse sin que lleve consigo el mérito secundario, hé aquí el gran secreto de su arte.

Se vé, pues, que iba mejorando la expresion

de sus ideas, como si cada arenga no fuese, respecto de la siguiente, otra cosa que un ensayo; y que cada vez que tenia que manifestar un pensamiento que ya habia manifestado en ocasiones anteriores, no temia repetirlo en forma igual ó más perfecta, como un médico no deja de repetir una medicina cuando iguales causas la reclaman. Nosotros creemos que, aunque entonces hubiese habido la publicidad que ahora, Demóstenes habria hecho lo mismo, sin miedo á que nadie le calificase de infecundo. No ambicionaba él esa inagotable verbosidad, esa importuna palabrería que distingue á los charlatanes, y que el vulgo confunde muchas veces con la elocuencia: sabia que las palabras deben subordinarse á los pensamientos, y que el discurso donde ellas abundan más de lo que requieren estos, es como un fruto vano, que ni tiene peso ni sustancia. Su objeto aparente, por lo menos, no fué nunca hacer brillar su ingenio y arrancar aplausos á la multitud; sino conseguir el triunfo de su causa, aunque fuese con perjuicio de su reputacion, y por eso trabajaba incesantemente para hacer su estilo más eficaz y no más halagüeño; y cuando habia encontrado un giro feliz, lo guardaba para aumentar el diccionario, ó mejor dicho, el tesoro de sus riquezas oratorias.

Pero este método de composicion tiene impugnadores que sériamente lo rechazan, y los ha tenido ya hace muchos siglos cuando escribia Dionisio de Halicarnaso. Harto sabemos que nuestras ideas sobre este particular, chocan con las ideas hoy dominantes sobre la elocuencia, y con la costumbre generalmente seguida por nuestros oradores. Pero ¿qué dirán los que no gustan de rehacer y pulimentar sus obras? ¿Dirán que del primer intento salen perfectas de su pluma, ó que los frutos de la improvisacion son lo más bello y eficaz que puede apetecerse? ¿Dirán que la verdadera elocuencia se consigue con el hábito de hablar en público, y que todo trabajo preparado por el orador en su gabinete de estudio es incompatible con ese entusiasmo, con esas concepciones rápidas y brillantes que se producen á la vista del auditorio? ¿Dirán que en el caso mismo de que se pudiese llegar á la perfeccion suma de Demóstenes, la recompensa no habia de corresponder al sacrificio, y que para luchar victoriosamente en nuestras asambleas, hay de sobra con una palabra menos poderosa?

Sin duda alguna que, la gloria de los grandes oradores de la antigüedad, no se puede conseguir de balde en nuestro tiempo, y nadie ha dicho que baste desearla para tenerla; sin duda que las

empresas difíciles no se conciben ni realizan por los caracteres vulgares; pero, si después del renacimiento de la libertad en Europa ha habido algunos hombres que conmuevan un Parlamento, que lo agiten, que lo arrastren dominado por su elocuencia, y no con impulso ciego y fortuito, sino como un piloto hábil que conduce su buque sirviéndose de los vientos y las corrientes para abrirse un camino á través de las corrientes y de los vientos mismos, es porque han alimentado su inteligencia en aquellas obras inmortales, es porque han templado su ánimo en el fuego que aun arde en las filípicas de Demóstenes, y en las filípicas y catilinarias de Ciceron.

Decir que el ejercicio sólo lleva á la perfeccion de la elocuencia, es confundir la elocuencia con la verbosidad. El aspirante á orador que tome, como base de su aprendizaje, los ejercicios improvisados, irá asegurándose en todos los defectos de que adolezca, que serán, por lo comun, más grandes y numerosos que las bellezas naturales; y al fin habrá adquirido mucha facilidad para expresarse, con todos los vicios é imperfecciones con que lo hiciera en un principio, y la absoluta imposibilidad de corregirse. A no ser esto como decimos, no veríamos tantos hombres que pasan la vida hablando en nuestras Asambleas legisla-

tivas, y que, al fin de su carrera, son tan oradores como el día en que la comenzaron, aunque merezcan, mucho más que entonces, el título de habladores afluentes.

En cuanto á que no se puede aprovechar esa inspiracion chispeante que suele nacer en la tribuna, diremos que esto será cierto para algunos oradores pobremente dotados, y de ningun modo para los que tengan una imaginacion viva y fogosa, al mismo tiempo que la costumbre de meditar. El poeta se eleva, en alas del entusiasmo, hasta hablar el lenguaje divino de las Musas, sin que haya un auditorio que le estimule, y sin que los sublimes arrebatos, algunas veces casi delirantes, á que se abandona, sean producidos por otra causa que por esa fermentacion que se produce en el pensamiento humano, cuando se le estrecha y se le hostiga, por decirlo así, para que nos dé sus mejores frutos, iluminados con las luces de la inspiracion. Cuando se conocen, pues, los prodigios hechos por los poetas, unas veces en los campos solitarios admirando las magnificencias de la naturaleza, y otras evocando en el silencio de su gabinete los espectáculos de los siglos que pasaron, y aun creando en su cabeza mundos nuevos ó contemplando el mundo positivo para derramar sobre él resplandores mágicos

y embellecerlo, ó para presentarlo descarnado y feo como el esqueleto de un cuerpo ya devorado por el vicio; cuando se conoce esto, repetimos, no puede admitirse que la presencia del auditorio sea indispensable para elevar el ánimo de los hombres, sobre todo cuando se recuerda que el orador no necesita casi nunca los movimientos arrebatados de la poesía lírica, y que las cuestiones que trata, suelen ser por sí mismas un poderoso estímulo para poner en acción sus facultades.

Los recuerdos y la meditación bastan para producirnos grandes emociones: nuestra alma puede agitarse en el fondo de un calabozo oscuro, tan violentamente como en medio de una plaza pública donde se arremolina una muchedumbre tumultuosa; y las ideas que una vez hayan cruzado por nuestra mente y hayan sido escritas por nuestra pluma; las imágenes atrevidas, los sentimientos apasionados, las centellas de inspiración que hayan brotado de nuestra alma, volverán á reproducirse tan pronto como lo deseemos. Nunca podremos convencernos, y ménos cuando la práctica apoya nuestra creencia, de que el haber meditado, el haber sentido, el haber escrito sobre un asunto cualquiera y el haber ordenado, corregido, y aquilatado con la crítica las formas y las

ideas, sea un inconveniente para hablar sobre ese mismo asunto. Nunca nos convenceremos tampoco, de que la enseñanza que acostumbra á los actores dramáticos á identificarse con los papeles que desempeñan, en cuya creacion no han tenido parte, no pueda ser provechosa al orador para emitir ante los oyentes, no los pensamientos ajenos, sino los propios, y no concebidos de improviso y á favor de una inspiracion insegura y caprichosa, sino elaborados lentamente, ó por lo ménos examinados antes de abandonarlos al dominio público.

Este era el procedimiento de Demóstenes y Ciceron, y el de Mirabeau y el de Brougham, y no por eso dejaron de improvisar cuando les fué necesario. Demóstenes, que aborrecia la improvisacion, tuvo algunas veces que vencer esta repugnancia, y segun referia el historiador Teopompo, que fué contemporáneo suyo, nunca habló con una vehemencia tan extraordinaria. Este mismo carácter distingue las improvisaciones del orador latino, y de los otros dos grandes hombres á quienes hemos citado.

Pero vamos á amplificar, concretando nuestras palabras al tiempo presente, algunos de los puntos indicados; vamos á oponer á la idea que los antiguos y los más célebres de los modernos

han formado de la elocuencia, otra idea que está muy generalizada entre nosotros, y que, hombres de primera talla, autorizan y protegen con su autoridad en este órden de conocimientos.

Casi todos nuestros oradores políticos nos dicen con su ejemplo, y aun algunos con sus prescripciones escritas, que á los jóvenes que deseen adquirir el arte de hablar en público les basta estudiar bien el asunto de que hayan de ocuparse; poseer las maneras cultas de nuestra sociedad, y dejar que la costumbre y el ejercicio los acerquen á la perfeccion. Nada de escribir los discursos; nada de retocarlos para corregir sus defectos; nada de enriquecerlos con nuevas armas y nuevos adornos buscados laboriosamente por la inteligencia, y sobre todo, nada de confiarlos á la memoria. La memoria, dicen, recargada con los frutos más depurados del pensamiento, entorpece y ahoga la inspiracion. Es verdad que los grandes maestros de la antigüedad procedían de otro modo; pero ellos fueron hombres extraordinarios, verdaderas excepciones que no pueden servir para establecer reglas. El orador, añaden, ha de presentarse en la tribuna como el general que lanza sus tropas al combate, confiando más en su propio talento y en la debilidad del enemigo, que en la táctica, en la disciplina, en las armas, en

las posiciones y en un plan que sólo deje á los caprichos de la suerte lo que no sea posible arrebatarle con la prudencia.

¿No pueden traducirse á estas palabras los consejos que nos predicán, con su ejemplo, nuestros oradores parlamentarios?

Es verdad que, estos consejos, tienen la ventaja de transigir con la dulce pereza á que son propensos el cuerpo y el espíritu humanos; pero el incauto que los siga, teniendo aspiraciones de brillar en las luchas de la palabra, debe resignarse á no ser nunca más orador que los maestros de quienes los ha recibido. Es verdad también que bastan estos medios para exponer con facilidad, y hasta con cierta elegancia, las ideas sugeridas repentinamente por cualquier asunto que se discuta, y que la mayoría de los individuos que forman parte de las asambleas políticas carecen de esta facilidad; pero no es menos cierto que, el camino de la verdadera elocuencia, es más largo y más difícil de recorrer: ¿no lo hemos visto en Demóstenes? Ofrece, sobre todo en los principios, obstáculos que desalientan el entusiasmo de los que lo emprenden, y que acaban por hacerles confundir las dificultades con la imposibilidad.

Aprender á manejar diestramente las armas

de la lógica, adquirir el conocimiento de la lengua, hacerse familiares las gracias de la poesía, y con especialidad descubrir esos resortes ocultos á que obedece el corazón humano, esas fibras que se hieren siempre con éxito, ó que no pueden tocarse nunca sin peligro, son trabajos superiores á las fuerzas y al ingenio de algunos hombres, y muy penosos aún para las voluntades más firmes. Pocos se dedican á estos estudios combinados, siguiendo un plan invariable y constante; y, como consecuencia necesaria, pocos son también los que llegan á la tribuna con la preparación que improvisa á los buenos oradores. El sistema, sobre todo, de escribir y estudiar los discursos siempre que haya tiempo para ello, no encuentra partidarios, especialmente entre las medianías. ¿Cómo no avergonzarse de desconfiar del propio ingenio, hasta el punto de tomar tales precauciones? Los que usan este lenguaje tienen en su apoyo una experiencia superficial; porque sucede, en efecto, que las primeras veces que se pronuncia un discurso de este modo preparado, sufre el orador un embarazo que le angustia y desalienta, y sólo consigue recitar lo que ha aprendido, de una manera lánguida, fría y desprovista del calor y vida que presta á la frase hablada su congruencia con el ademán, con las inflexio-

nes de la voz y con la expresion del semblante.

Lo que falta aquí, al orador, es el arte que ejercen los actores dramáticos, y una memoria bastante poderosa para presentarle, sin ningun esfuerzo, las ideas y las formas de su discurso. Pero que practique repetidas veces este ejercicio, y verá que su memoria se ensancha y fortalece hasta el punto de inspirarle mucha más confianza que la improvisacion; que adquiriera el hábito de acomodar todos sus movimientos exteriores á las ideas que manifieste y á las impresiones que desee producir, y verá qué fácil é insinuante consigue hacer su palabra. El que persevere en esta senda improvisará cuando sea necesario, como improvisaba Demóstenes; interrumpirá sus discursos preparados, y volverá á ellos sin extraviarse, como lo hacia Mirabeau, y habrá dado á su voluntad el imperio sobre sus facultades.

La gran ventaja de este método consiste en que, una vez acostumbrado á practicarlo, el orador se encuentra á sí mismo, siempre que se busca, sin ofrecer desigualdades notables en su elocuencia, y sin sentirse esclavo de la inspiracion, que no siempre acude cuando se la llama: por esta causa conviene lo mismo á la elocuencia del púlpito que á la del foro, y más especialmente aún á la elocuencia de la tribuna. En los Parla-

mentos políticos hay que estar siempre en guardia, preparado á la defensa ó al ataque, sin dejarse impresionar fácilmente por la censura ni por el aplauso; sin decir una palabra más ni ménos de las que dicten la razon y la prudencia, y sin perder jamás el dominio sobre nuestras más violentas emociones. Pero el hombre que sólo se haya acostumbrado á dejarse llevar confiadamente por el viento de la inspiracion, ¿podrá calmar ó producir, á su antojo, las tempestades parlamentarias? Imposible parece que haga, en circunstancias difíciles, lo que no ha aprendido á hacer en circunstancias normales. Mas el que haya realizado «ese trabajo inmenso de crítica y meditacion, que se impone el hombre que quiere dominar su pensamiento á la vez que el de los otros;» y sepa «que el orador se forma con la pluma en la mano,» como ha dicho Ciceron sabiamente, podrá presentarse en una asamblea política, y anunciarse como orador, desde el momento en que haga uso de la palabra. Sus improvisaciones serán más seguras, más sustanciales, más elocuentes; y en los grandes debates de principios, en que el deber condena la improvisacion como peligrosa, podrá ofrecer á su auditorio un discurso admirable por las ideas, y no menos admirable por la forma.

En cuanto á la accion oratoria, sin duda que puede descuidarse sin mucha desventaja, allí donde nadie la posee en alto grado; pero «los modales de las gentes bien educadas», (1) no es posible que basten, en la mayor parte de los casos, á producir la verdadera elocuencia. ¿No conduciría esto á suponer que, todos nuestros oradores y un infinito número de personas que no lo son, pero que tienen buenos modales, poseen el mérito inapreciable de la accion, lo cual es contrario al testimonio de lo que vemos diariamente en las discusiones políticas? ¿No equivale á decir que las grandes ideas y los grandes sentimientos que se agitan en estos debates solemnes, deben acompañarse de la misma accion que las simples conversaciones?

Es digno de observarse que, salvo algunos casos excepcionales, donde quiera que ha florecido un grande orador, se vé aparecer algun actor eminente auxiliándole con los recursos de su arte. Demóstenes tuvo á Sátiro, cuyo nombre escribió agradecido en una de sus oraciones, con caractéres que no se han borrado despues de veinte siglos de existencia. Esquines fué cómico

(1) *Olózaga*.—Discurso leído en la Academia de Jurisprudencia de Madrid.

durante su juventud. Ciceron cultivó la amistad de Roscio. Hortensio, su contemporáneo, poseía una acción tan agradable y persuasiva, que su nombre ha pasado á la historia, aunque sus discursos no mereciesen muy entusiastas alabanzas, de los críticos antiguos que los conocieron. Quintiliano habia aprendido el arte de la declamación, y, segun él mismo nos refiere, Antonio y Craso, y antes que ellos Léntulo y Cayo Graco, «pudieron mucho por la acción.» La de Mirabeau, segun dice un escritor de fama, tenia un poder que acaso no alcanzaron los antiguos. Shéridan habia nacido de padres que se dedicaban al teatro, vivió de la escena mucho tiempo, y desde su humilde condicion de cómico subió, en alas de su elocuencia, á los primeros puestos de su patria. El mismo Robespierre procuraba corregir y mejorar su acción, declamando ante un espejo. ¡Ojalá se hubiese tomado igual trabajo, por corregir y mejorar su conciencia!

Sin conocer todo el influjo que la acción ejerce sobre los oyentes, toda la ayuda que presta á la palabra, no es posible tener una idea de la elocuencia que alcanzaron algunos hombres de la antigüedad. ¿Por qué nos conmueven, tan profundamente, los versos declamados por los actores de primer órden? ¿Por qué estos nos hacen olvi-

dar, en momentos dados, la fábula que representan, teniéndonos pendientes de sus ademanes, de su gesto y de su voz? ¿Por qué algunas veces nos sorprendemos con el corazón agitado por el temor, la alegría, la esperanza, la inquietud, ó cualquiera otro sentimiento, y hasta con las lágrimas en los ojos? ¿Y por qué dichas impresiones las producen sólo los actores eminentes, mientras que los demás apenas consiguen la atención del público, y aun inspiran la indiferencia ó la risa en las escenas más conmovedoras y sublimes?

Estas son observaciones que están al alcance de todo el mundo, ó por lo menos, de todas las personas que hayan visto á las eminencias, ya muertas ó espirantes de nuestro teatro, ó que vean, en la actualidad, á los actores que prometen conservar, con su talento, el esplendor de la escena española. ¿Quién que haya oído los magníficos versos de Calderon y de Zorrilla, declamados por el primer actor de nuestro teatro del Príncipe, no reconocerá por sí mismo ese atractivo, ese poder, esa magia, por decirlo así, que todos los grandes oradores han atribuido á la acción oratoria? (1)

(1) Esto se escribía en Enero de 1872. El actor á quien nos referimos es D. Rafael Calvo. Sean también esas líneas un recuerdo consagrado á la amistad, y una justa alabanza tributada al mérito.

Figurémonos uno de estos actores sobresalientes convertido, de improviso, en hombre público; acostumbrado á los debates políticos, y pronunciando, desde la tribuna nacional, un discurso en que la lógica, el orden de los razonamientos y la belleza de la forma y del colorido rivalizasen á porfía, y del cual dependiesen la suerte de un partido ó los más grandes intereses de la libertad y la patria; y tendremos una imágen, si quiera sea incompleta, de la elocuencia de Demóstenes. ¡Oh! qué bien sabría expresar y comunicar, este orador que suponemos, los sentimientos despertados en su alma, no por la ficcion de una comedia, sino por la realidad de un importante papel en el gran drama de la política! ¡Cuánto se elevaria su elocuencia al cambiar la escena y el público del teatro, por la escena y el público de la nacion!

Es cierto que, no ya para llegar, sino simplemente para acercarse á esta perfeccion, se necesitan grandes esfuerzos de trabajo y de perseverancia; pero esto depende de la voluntad, y ningun hombre debe extrañarse de que, las virtudes y los sacrificios, hayan de ser compañeros inseparables de quien aspire á recorrer el áspero y difícil camino de la gloria.

Ni las dificultades que parecen puestas por la

naturaleza como límites imposibles de traspasar, deben librarse de nuestras tentativas. Los órganos del pensamiento, lo mismo que los del cuerpo, pueden desarrollarse y fortalecerse, y según dice el gran Canciller de Verulamio, ningún trabajo bien dirigido deja de ser fecundo.

debe ser el resultado de un estudio detenido de los hechos, y no de un simple examen superficial. En el presente trabajo se ha tratado de dar una idea general de la importancia de la dermatología en la medicina, y de los métodos que se emplean para el diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades de la piel.

Dermatología

La dermatología es una rama de la medicina que se ocupa del estudio de las enfermedades de la piel. La piel es el órgano más extenso del cuerpo humano, y su salud es esencial para el bienestar general. Las enfermedades de la piel pueden ser causadas por una gran variedad de factores, como infecciones, alergias, trastornos autoinmunes, etc. El diagnóstico y el tratamiento de estas enfermedades requieren un conocimiento profundo de la fisiología y la patología de la piel. En este trabajo se describen algunos de los trastornos más comunes de la piel, así como los métodos que se emplean para su diagnóstico y tratamiento.

Oradores griegos posteriores á Demóstenes.

La elocuencia pereció en Grecia con la libertad. Los oradores que florecieron en Atenas y en Rodas despues de los buenos tiempos de Demóstenes, no merecen una atención preferente de parte de los modernos. Ni han dejado obras que atestigüen su genio oratorio, ni ejercieron, en sus respectivas épocas y en su patria, una influencia poderosa y benéfica que los recomiende á nuestro estudio. Ninguno se presenta como campeón de esas dos causas eternamente simpáticas á las generaciones y á los pueblos: la libertad y la justicia.

Acaso esto consistió en que, rotos los lazos de las nacionalidades griegas por el poder de Alejandro; muerto el antiguo espíritu religioso por la filosofía de Sócrates y Platon; ocupada la Grecia por naciones conquistadoras, y teatro de guer-

ras más ó menos prolongadas y sangrientas hasta que fué reducida á provincia romana, como el resto del mundo, las instituciones democráticas dejaron de existir por completo despues de haber perdido su regularidad, y la ruina de la patria extinguió todos esos sentimientos nobles y varoniles que en la patria nacen y se alimentan, y los efectos que esos sentimientos producen. El entusiasmo que lleva á realizar hechos heróicos, y la ambicion nobilísima de dejar un nombre ilustre á los siglos venideros, no se pueden sentir cuando se vive entre una generacion esclava, ó indiferente á los recuerdos y á las esperanzas.

Nunca oyeron los Atenienses una palabra tan elocuente como la de Demóstenes, y nunca, sin embargo, se habian mostrado tan indóciles á los consejos de un político leal, como se mostraron indóciles, durante mucho tiempo, á los del grande orador. La decadencia de Atenas se revelaba en la apatía de los ciudadanos: los movimientos patrióticos producidos por Demóstenes, eran los últimos esfuerzos de un cuerpo que desfallece, las últimas llamaradas de un fuego que se extingue. Cuando él entraba ya en el ocaso de su vida, y en el medio siglo que siguió á su muerte, hubo en Atenas algunos oradores políticos que ocuparon la tribuna, sin reproducir los acentos vigo-

rosos de su palabra; y, despues de aquella época, la elocuencia se refugió en las Academias, donde los maestros que la cultivaron la hicieron unas veces disputadora y sutil, y otras pomposa y agradable, como dedicada á la ostentacion y no á las luchas deliberativas y forenses, mereciendo el nombre de retóricos ó de maestros de elocuencia, y de ningun modo el de oradores políticos.

La historia hace mencion de algunos hombres que frecuentaron la tribuna, cuando ya Hipérides y Demóstenes la habian abandonado para siempre. Dinarco, que nació en Corinto y habitó en Atenas como ciudadano, tuvo en su tiempo bastante reputacion como orador. Solo se conservan de él tres discursos (1). No se le debe confundir con aquel otro Dinarco, acusador de Demóstenes, que era un demagogo despreciable, (2) sin principios políticos, sin virtudes cívicas, adulador del pueblo y cortesano de los Macedonios, compañero de Démades, para perseguir á Demóstenes, y despues delator del propio Démades, para hacerle perecer á manos de aquellos mismos á quienes se habia vendido (3).

(1) Schoell.—Lit. Gri. III. Elocuencia.—Dinarco de Corinto nació el año 361 y murió el 295 antes de J. C.

(2) A. Boullée.—Hist. Demóst. cap. XIII.

(3) Plutarco.—Vida de Demóst.

Pero el orador más notable que hubo en Atenas en esta época de decadencia, fué sin duda Demetrio de Falereo. Diez años gobernó la ciudad en nombre de los Macedonios, y con un régimen oligárquico, que no le impedía ejercer la autoridad de un verdadero monarca (1). De las muchas obras que este orador compuso, sólo conocen los modernos un libro sobre la elocucion, que se le atribuye, aunque sin completa seguridad de que sea suyo. Conocemos, sin embargo, su elocuencia, por lo que hablan de ella algunos escritores antiguos. Era abundante y florida, hasta el punto de serlo mucho más que la de Hipérides. En Grecia, donde tantos oradores se distinguieron, ninguno sobresalió como Demetrio Falereo en el género templado. Su estilo abunda en metáforas y metonimias, y nadie usó tan profusamente de estas figuras (2). Según dice el mismo Ciceron (3), Atenas parecia respirar en sus discursos. Debemos creer que no tenia ese vigor indispensable para triunfar en los debates políticos, y que el exceso de los adornos hacia su estilo muy agradable al auditorio, y muy propio para

(1) Plutarco, Vida de Demetrio.

(2) Ciceron, El Orador, I, 27.

(3) Brutus, 82.

(4) Quintiliano, L. X, cap. I.

los discursos de aparato, aunque poco eficaz para las contiendas del foro (4).

Si además de estos testimonios respetables recordamos que los Atenienses le erigieron trescientas sesenta estatuas (1), habrá que convenir en que aquel pueblo le temió, le amó, ó le admiró mucho. Quizá los tres sentimientos reunidos aconsejasen aquellas ofrendas desmedidas, consagradas á la gloria, ó mejor dicho, á la vanagloria de su persona. Habla, sin duda, muy poco en favor de su carácter, el que, en la misma ciudad donde Demóstenes no tenía aún ni una lápida de mármol que honrase su memoria, Demetrio hubiese consentido que las plazas y paseos se poblasen con sus estatuas. El pueblo que se prestaba á tales complacencias, y el hombre que ejerciendo un gran poder (2) las consentía, eran un pueblo y un hombre dignos el uno del otro, y dignos, sobre todo, de ser mirados con lástima por la posteridad (3).

Casi por el mismo tiempo florecieron en Atenas dos oradores algo distinguidos, que se diferenciaban mucho por su estilo. Carisio imitó á Lysias, y más bien que á perorar por sí mismo,

(1) Schoell, Lit. Gri., IV, Elocuencia.

(2) Plutarco, Vida de Demetrio.

(3) Demetrio Falereo murió el año 284 antes de Jesucristo.

se dedicó á escribir discursos, para que sus clientes los pronunciasen en los tribunales de justicia (1). Verdadero abogado y jurisconsulto, acaso merezca más el título de escritor que el de orador.

No así Demócates, sobrino de Demóstenes, que conservó el estilo oratorio, que le era peculiar, hasta en una obra histórica que compuso sobre los acontecimientos ocurridos en Atenas en su época. Aunque no hay ningun testimonio concreto que lo asegure, debe creerse que estudiaría en las obras del autor de las filípicas, para el cual, como ya hemos dicho en nota al discurso 8.º, reclamó una estatua de bronce, que fué concedida sin dificultad por sus compatriotas. Sensible es que con el decreto expedido entonces, que aun se conserva, no se conserve tambien el discurso en que debió apoyarlo, que sin duda contendría un elogio de Demóstenes, y que por exagerado que pareciese, tendría, para nosotros, la buena circunstancia de haber sido sancionado por hombres que vivian bastante cerca del orador para conocerle, y no tan cerca que no pudiesen emitir su juicio con extricta imparcialidad.

FIN.

(1) Ciceron, Brutus, 85.

INDICE.

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	v
I... Introduccion.....	1
Notas al primer discurso.....	29
II... Pisistrato, Solon, Temístocles, Arístides.....	35
Notas al segundo discurso.....	61
III... Pericles.....	69
Notas al tercer discurso.....	97
IV... Gorgias, Andócides, Protágoras, Pródico.—Sócrates.....	109
Notas al cuarto discurso.....	136
V... Antifon, Terámenes, Alcibiades, Platon y Jenofonte.....	145
Notas el quinto discurso.....	176
VI.. Lysias, Isócrates, Iseo.....	189
Notas al sexto discurso.....	216
VII.. Démades, Hipérides, Licurgo, Focion, y Esquines.....	227
Notas al sétimo discurso.....	256
VIII. Demóstenes.....	265
Notas al discurso octavo.....	293

APÉNDICE.

Sobre Demóstenes.....	307
Sobre los oradores griegos posteriores á Demóstenes.....	345

ERRATAS IMPORTANTES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
19	6	rapsodistas	rapsodios
45	49	fuerza	fiera
54	12	sus	los
95	4	habia	habria
125	2	las	los
126	22	seguida	erguida
161	5	deben	no deben
171	2	aparte	apartar
204	1	convierte	invierte
254	41	profundamente	profusamente
260	15	no ha	ha
266	12	es	sea
268	25	meses	veces
268	24	direccion	diccion

LIBRERÍA DE V. SUAREZ

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA

LIBRERÍA DE V. SUAREZ.

Calle de Jacometrezo, 72, Madrid.

Ollendorff. Gramática francesa y método para aprenderla, por Eduardo Benot, última edición corregida, 2 tomos, 4.º, 40 reales.

— Gramática inglesa y método para aprenderla, por Eduardo Benot, última edición reformada; 2 tomos, 4.º, 54 rs.

— Gramática italiana y método para aprenderla, por Eduardo Benot; 2 tomos, 4.º, 34 rs.

— Gramática latina y método para aprenderla, por Francisco de P. Hidalgo; 2 tomos, 4.º, 34 rs.

Velazquez de la Cadena. Gran Diccionario inglés-español y español-inglés, el más completo de cuantos se han publicado hasta el día, última edición; 2 tomos, 4.º mayor, 80 rs. Madrid, 94 provincias.

Paleografía española (compendio de), ó escuela de leer todas las letras que se han usado en España, desde los tiempos más remotos hasta fines del siglo XVIII, ilustrada con 32 láminas en fólío, por D. Antonio Alverá Delgrás; un tomo en fólío, 30 rs.

Diccionario universal frances-español y español-frances, por D. Ramon Jaquin Dominguez. Segunda edición corregida y aumentada; 2 tomos, 4.º, de más de 1,800 páginas cada uno, edición clara y correcta, á tres columnas, 160 rs. Madrid, 180 provincias.

El Derecho civil español, en forma de código. Leyes vigentes, jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia (en 1.700 sentencias) y opiniones de los jurisconsultos, precedido de un repertorio alfabético. Segunda edición, corregida y aumentada, por el Dr. D. José Sanchez de Molina Blanco; un tomo, 4.º mayor, 60 rs. Madrid, 64 provincias.

Apéndice al mismo derecho civil español, que sirve para la

primera y segunda edición. Contiene el texto de las leyes del Fuero Juzgo, Fuero Real, Partidas y Novísima Recopilación, no derogadas, etc.; un tomo, 4.º mayor, 48 rs. Madrid, 52 provincias.

Tomando los dos tomos á la vez, su precio es 96 rs. Madrid, 104 provincias.

Principios del Derecho natural sumamente expuesto, por Francisco Giner, profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de Madrid, y Alfredo Calderon, alumno de la misma. Madrid, 1873; un tomo, 8.º, 16 rs. Madrid, 18 provincias.

Estudios de administracion práctica, por D. Antonio Gueroles; 4 tomos, 8.º mayor, 24 rs.; tomos sueltos, á 8 rs.—Sumario de la obra: 1.º Sanidad comprendiendo todos los ramos de ella ó que por ella pueden ser afectados, como la higiene, el ejercicio de la medicina, cementerios, las epidemias y la sanidad marítima. 2.º Orden público, que comprende la policia preventiva y represiva, asociaciones, reuniones y diversiones públicas. 3.º Establecimientos penales. 4.º Beneficencia é incidencias de religion y moral, en cuyo tratado se comprende toda la gestion benéfica del poder administrativo y todo lo que éste hace para contribuir al mantenimiento de la religion y á la moralidad pública, bajo cuyo último concepto abraza tambien la moderna institucion de los premios á la virtud.

Procedimientos civiles y criminales con arreglo á la unificación de fueros, leyes orgánicas del poder judicial, reforma de la casacion civil, procedimiento criminal y establecimiento del jurado, por D. Francisco Lastres, doctor en derecho y catedrático sustituto de la Universidad Central. Madrid, 1873; un tomo, 8.º mayor, 14 rs. en Madrid y 18 en provincias.

Nuevo manual de derecho, por D. Luis Lamas y Varela, licenciado en derecho civil y canónico, etc., etc. Comprende todas las asignaturas de la facultad de derecho, con las reformas é innovaciones introducidas en la legislacion española desde la revolucion de 1868. Madrid, 1873, un tomo, 4.º, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

El código civil español, recopilacion metódica de las disposiciones vigentes, anotadas con arreglo á la jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia, por D. Sabino Herrero, abogado del ilustre colegio de Valladolid. Valladolid, 1873; un tomo, 4.º mayor, de 680 páginas, 40 rs. en Madrid y 48 en provincias.

Novísimo manual del estudiante de derecho, ó sea resumen de todas las asignaturas necesarias para presentarse al examen del grado de licenciado en derecho civil y canónico, por D. Vicente Olivares Bec, doctor en derecho civil y canónico. Madrid, 1872; un tomo, 4.º, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

Jurisprudencia del Tribunal Supremo en los juicios criminales, expuesta por orden de materias, por D. Santos Alfaro y Lafuente, abogado del ilustre colegio de esta córte y oficial de la clase de segundos del Ccnsejo de Estado; un tomo, 4.º, 12 rs.

Prolegómenos ó introduccion general al estudio de Derecho, por D. Ángel Crehuet Guillen, catedrático de Derecho romano de la Universidad de Salamanca. Salamanca, 1873; un tomo, 4.º, 24 rs. en Madrid y Salamanca, y 28 en el resto de España.

Proceso instruido contra Juan Sala y Serrallonga (salteador de caminos) extractado, en su parte más interesante, por D. Juan Cortada. Barcelona, 1868; un cuaderno, 4.º, 116 páginas, con 3 láminas, 6 rs.

Manual de Práctica forense, civil y criminal de España y sus provincias de las Antillas, por D. Santos Hidalgo, Juez de primera instancia, obra indispensable para los jueces, fiscales, abogados, escribanos, procuradores y demás personas que tengan negocios en los juzgados y tribunales: contiene la doctrina y formularios precisos desde que se acude al Juez municipal hasta llegar al Tribunal Supremo de Justicia. La parte criminal, etc., etc. Madrid, 1872. Quinta edicion, un tomo 4.º, 24 rs. Madrid, 26 provincias.

Historia de la legislacion romana, desde su origen hasta la legislacion moderna, y de una generalizacion del Derecho romano, segun los textos antiguos conocidos y los más re-

cientemente descubiertos, por M. Ortolan, profesor en la facultad de Derecho de París; novísima edición, aumentada y corregida por D. Melquíades Perez Rivas, magistrado de Audiencia; un tomo en 4.º, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

Explicacion histórica de las instituciones del emperador Justiniano, con el texto latino, la traduccion al lado, y las explicaciones á continuacion de cada párrafo, por M. Ortolan, profesor en la facultad de Derecho de París; novísima edición, traducida, revista y considerablemente aumentada, por D. Francisco Perez Anaya, magistrado que fué en la Audiencia de Manila; dos gruesos volúmenes en 4.º, 60 rs. en Madrid y 70 en provincias.

Novísima Legislacion Hipotecaria. Segunda edición, anotada. Un volumen de 636 páginas, 24 rs. en Madrid y 27 en provincias.

Novísima Ley de Enjuiciamiento civil y mercantil anotada, quinta edición; 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

Códigos españoles (Coleccion de): edición de 1867. Comprenden: Fuero Juzgo, Fuero Viejo, Fuero Real, Leyes nuevas, Leyes para los adelantos, Leyes del Estilo y ordenamiento de las Tafurerías, Leyes de partida, Espéculo, Ordenanzas reales de Castilla, Ordenamiento de Alcalá y Leyes de Toro; 120 rs. en Madrid y 140 en provincias.

Coleccion legislativa de las aguas, seguida de los elementos de hidronomía pública, por D. Cirilo Franquet y Bertran; dos tomos en 4.º, 60 rs.

Coleccion de Cánones y de todos los Concilios de la Iglesia de España y América (en latin y en castellano), con notas é ilustraciones, por D. Juan Tejada y Ramiro; seis tomos en fólío, 440 rs.

Novísimo tratado histórico filosófico del Derecho civil español, precedido de una introduccion acerca del método para su estudio, de un resumen de Historia del derecho civil de España hasta nuestros dias, obra arreglada á los programas universitarios, y escrita por el Dr. D. Clemente Fernandez Elias (Madrid, 1873); un tomo, 4.º, grueso, 40 rs. en Madrid y 46 en provincias.

- El Pro y el Contra** en la cuestion de la pena de muerte. Consideraciones críticas, por C. F. Gabba, profesor de filosofía del Derecho de la Universidad de Pisa, traduccion del italiano, por D. Federico Melchor y D. Emilio Cano y Cáceres; un tomo en 8.º mayor, 10 rs.
- Antigüedades romanas**, por Alejandro Adan; cuatro tomos en 8.º mayor, 60 rs.
- Ley general** sobre compañías de ferro-carriles y demas concesionarias de obras públicas, votada y promulgada por S. A. el Regente en 13 de Diciembre de 1869; un tomo en 4.º, 10 rs.
- De la Propiedad**, por Mr. Thiers, traducida al castellano por Perez; un tomo en 4.º, 12 rs. Madrid, 16 provincias.
- Ensayo** histórico-crítico sobre la legislacion y principales cuerpos legales de los reinos de Leon y Castilla, por el doctor D. Francisco Martinez Marina; dos tomos en 4.º, 26 rs.
- Digesto romano español**, por D. Juan Sala; dos tomos en 4.º, 60 rs.
- Causa del príncipe Bonaparte** por muerte dada á Víctor Noir en 10 de Enero de 1870, con las biografias y retratos de Rochefort, Bonaparte y Noir, con varios grabados; un tomo en 8.º mayor, 8 rs.
- El libro del propietario**, por el Dr. D. Manuel Danvila, precedido de un prólogo, por el Dr. D. E. Perez Pujol (Madrid, 1872); un tomo, 4.º mayor, 50 rs. en Madrid y 56 en provincias.
- Guía notarial** y del registro de la propiedad inmueble; libro para el bolsillo, indispensable á los notarios, registradores y propietarios, y utilísimo á los magistrados, jueces, abogados, etc.; un tomo en 8.º, 10 rs.
- Manual del secretario de Ayuntamiento.** Tratado teórico-práctico de administracion municipal, con sujecion á la ley de 20 de Agosto de 1870 y demas disposiciones vigentes, en el que se explican ampliamente las atribuciones de los Ayuntamientos, alcaldes y secretarios, con formularios prácticos, por D. Fermin Abella, director del periódico *El Consultor de Ayuntamientos y Juzgados municipales*; 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

Manual enciclopédico teórico-práctico de los juzgados municipales, ó tratado de los deberes y atribuciones de los jueces y fiscales municipales y de los secretarios de dichos juzgados, con 411 formularios para todos los actos y diligencias civiles, criminales y administrativas, segunda edicion; 30 rs. en Madrid y 34 en provincias.

Legislacion de patronatos; 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Legislacion de minas. Comprende la ley de 4 de Marzo de 1868 y su reglamento, anotados, con las modificaciones introducidas por las bases generales aprobadas en 29 de Diciembre de 1868 y ley de 24 de Julio de 1871; se insertan tambien íntegras las referidas disposiciones y Reales órdenes aclaratorias y las leyes sobre sociedades; 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Manual de la legislacion de aguas. Comprende, ademas de otras materias, la ley de 3 de Agosto de 1866 con los artículos reformados, el decreto de 14 de Agosto de 1868, las Reales órdenes de 30 de Junio de 1868, 31 de Marzo de 1869, y decreto de 12 de Agosto de 1869, ley de 20 de Febrero de 1870 y reglamento de 20 de Diciembre del mismo año; 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.

Manual de las faltas y de las diligencias preventivas en las causas criminales; 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.

Manual del matrimonio y del registro civil, con las leyes, reglamento y formularios. Segunda edicion; 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Leyes municipal y provincial de 20 de Agosto de 1870 y el reglamento de arbitrios con las disposiciones dictadas posteriormente. Tercera edicion; 3 rs.

Ley general y de incompatibilidades; 2 rs.

Recitaciones del Derecho civil romano, de D. Juan Heinecio, traducidas al castellano, anotadas y adicionadas considerablemente, por D. Luis de Collántes y Bustamante; sexta edicion, revisada y aumentada con notas por un profesor de Jurisprudencia (Valencia, 1872); dos tomos, 8.º mayor, 30 rs.

Expropiacion forzosa por causa de utilidad pública, ó sea exposicion de las fórmulas para tasar las fincas urbanas en

renta y venta, y de la parte legal relativa á esta materia, por D. Fernando Madrazo; 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Pruebas judiciales, extracto de los manuscritos, por Jeremías Bentham; un tomo, 4.^o, 19 rs.

Recopilacion de las leyes de los reinos de las Indias, mandadas imprimir y publicar por la majestad católica del rey D. Carlos II; va dividida en cuatro tomos, con el índice general, y al principio de cada tomo el especial de los títulos que contiene; cuatro tomos, fólío, 300 rs.

Práctica criminal (Manual de). Observaciones para la formación de los sumarios de causas criminales por delitos comunes, por D. Mariano Ayuso; un tomo, 8.^o, 14 y 16 rs.

Compendio de Derecho romano, ó aforismos y decisiones, sacados del Digesto y del Código, con su traducción, por don Luis Roquer, abogado, 8 rs.

Fuero Juzgo de los reyes godos de España, segun el texto del Dr. Alonso de Villadiego; un tomo, 4.^o, 20 rs.

Causas célebres históricas españolas, por el Excmo. Sr. Conde de Fabraquer; un tomo, 4.^o, á dos columnas. Contiene las siguientes causas: D. Álvaro de Luna, D. Antonio de Acuña, obispo de Zamora; D. Carlos, príncipe de Asturias; Antonio Perez, Flores de Montmorency, señor de Montigni; el fingido rey de Portugal, Gabriel de Espinosa, pastelero de Madrigal; D. Martin de Acuña, capitán de arcabuceros del rey D. Felipe II, y D. Rodrigo Calderon, conde de Oliva, marqués de Siete Iglesias; 20 rs. Madrid, 24 provincias.

Diccionario de la legislación y del enjuiciamiento criminales modernos, por un abogado del ilustre colegio de esta córte; un tomo en fólío, 70 rs.

Diccionario jurídico-administrativo, ó compilacion general de leyes, decretos y Reales órdenes dictadas en todos los ramos de la Administracion pública, hecha por una sociedad de abogados y escritores, bajo la direccion de D. Carlos Massa Sanguinetti; cinco tomos, fólío, de 1.500 páginas cada uno, pasta, 800 rs.

Elementos del derecho civil, penal y mercantil de España,

por el doctor en jurisprudencia D. Juan María Rodríguez; tres tomos, 8.º mayor, 50 rs.

El libro del buen ciudadano. Colección completa de todas las Constituciones españolas, desde 1812 hasta la de 1869, anotadas y comparadas por D. José María Mañas; un tomo en 4.º, de 2.752 páginas; su precio 100 rs., y se da en 80.

Armonías económicas, por Federico Bastiat, versión castellana por D. Francisco Vila, abogado del colegio de Madrid; un tomo, 4.º, 30 rs. Madrid, 34 provincias.

Cempendio histórico de las repúblicas antiguas y modernas, donde se hace ver su origen, duración y causa de su decadencia, escrito en francés por el ciudadano Bulad; un tomo, 8.º, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Caton político y cuestión pontificia, por D. Roque Barcia, con un prólogo de D. Emilio Castelar; un tomo, 4.º, 15 rs.

Antigüedades y cosas memorables del principado de Asturias, por el P. Luis Alfonso de Carballo; 2 tomos en 4.º prolongado, de 450 páginas el primero y de 350 el segundo; precio, 40 rs. Madrid y Oviedo, 48 en el resto de España.

Historia de la administración de justicia y del antiguo gobierno del principado de Asturias, con la colección de sus cartas-pueblas y antiguas ordenanzas, por el Dr. D. Matías Sangrador y Vítores; un tomo en 4.º prolongado, de 448 páginas, 24 rs. en Madrid y Oviedo, y 28 en el resto de España.

Viaje santo de Ambrosio de Morales por las Iglesias y Monasterios de Asturias, y el Teatro Eclesiástico de la Santa Iglesia de Oviedo, con las vidas de sus obispos y cosas notables de su tiempo; un tomo, 6 rs. en Madrid y Oviedo, y 8 en el resto de España.

Tratado elemental de las Rocas, y materiales más usados en construcciones, ó manual práctico recopilado de datos necesarios y esenciales al mejor conocimiento de unas y otros, por Ventura Ferrada, Madrid, 1868, un tomo 4.º, con cuadros aparte del texto para su mayor comprensión de terrenos y clases, etc., etc., 10 rs. Madrid, 12 provincias.

Lecciones de carreteras, caminos de hierro y navegación in-

terior y exterior, por D. Cayetano Gonzalez de la Vega, ingeniero jefe de caminos, canales y puertos; 2 tomos en 4.º, con muchas láminas, 40 rs. en Madrid y 50 en provincias.

Manual de caminos vecinales y carreteras provinciales, por D. José María Mañas; un tomo, 4.º, 20 rs.

Tratado práctico de caminos, por D. Joaquin Montero, ayudante del cuerpo auxiliar de ingenieros de caminos, canales y puertos; un tomo, 4.º, con láminas, 16 rs. Madrid, 18 provincias.

La Espumadera de los siglos, por Roberto Robert; un tomo, 4.º, de 350 páginas, 16 rs.

Los Tiempos de Mari-Castaña, por Roberto Robert; un tomo, 4.º, de 350 páginas, 16 rs.

Las Españolas pintadas por los Españoles, coleccion de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas, etc., por varios autores, dirigida por Roberto Robert; 2 tomos, 4.º, con láminas, 32 rs. Madrid, 36 provincias.

Constituciones de la masonería española, subordinada A Sob.: Cap.: Prov.: de España, regularmente constituido en Madrid; un cuaderno, 4.º, 4 rs.

Revolucion de Roma (La), historia del poder temporal de Pío IX, desde su elevacion al trono hasta su fuga de Roma y convocacion de la Asamblea nacional en 30 de Diciembre de 1848, por el Excmo. Sr. Conde de Fabraquer, D. José Muñoz Maldonado, testigo ocular, 1849; un tomo, 4.º, con láminas y el retrato de Pío IX, 16 rs.

Tratado de aplicacion al estudio, trazado y replanteo de caminos de hierro, carreteras y canales. Y tablas de todas las líneas y colíneas trigonométricas naturales calculadas con siete cifras decimales para los ángulos trigonométricos, etc., etc., por Angel del Monte, profesor de arquitectura, etc., etc.; un tomo, 4.º, 40 rs. Madrid, 44 provincias.

Tablas trigonométricas complementarias y trazado de curvas sobre el terreno; contiene los valores naturales de la tangente y cotangente, seno y coseno, senoverso y cosenoverso, se-

cante y cosecante, arco y su complemento, etc., etc., por Angel del Monte, profesor de arquitectura; un tomo, 4.º, 40 rs. Madrid, 44 provincias.

Manual del panadero, ó sea fabricacion del pan de lujo y ordinario, en las ciudades, aldeas y caseríos, por D. E. Rivas; un tomo, 8.º, con grabados, 6 rs. Madrid, 7 provincias.

Tratado práctico de la cría del conejo doméstico y del lepórido, por D. Buenaventura Aragón; un tomo, 8.º, con grabados, 5 rs. Madrid y 6 provincias.

Estudios sobre religion, por G. Tiberghien, traducidos por José Calderon Llanes, con un prólogo de Nicolás Salmeron; un tomo, 8.º mayor, 10 rs. Madrid, 12 provincias.

Joya del Banquero, agente de bolsa, corredor, hombre de negocios, etc. Manual de cambios por Errea y Navarro; un tomo 8.º, 12 rs. Madrid, 14, provincias.

Tratado elemental de delineacion, perspectiva y sombras, por D. Luis Pereda y Lopez, catedrático de la Escuela normal; un cuaderno y un magnífico atlas aparte del texto 16 rs.

Novísima guía teórico-práctica de labradores, hortelanos, jardineros, arbolistas y ganaderos. Gran tratado de agricultura y economía rural. Contiene doctrinas y prácticas de los más célebres agrónomos españoles y extranjeros, 50 láminas y modelos de máquinas agrícolas, su descripción y aplicación á los campos, roturaciones y cultivos, por D. Balbino Cortés y Morales; 2 tomos en 4.º, Madrid 40 rs., y 48 provincias.

Tesoro del campo, agricultura general. Gran tratado práctico de la huerta, arboricultura, ganadería, animales útiles, veterinaria, industrias agrícolas, vinificación, economía rural y doméstica y jardinería; obra utilísima al propietario cultivador y ganadero que quiera tener la guía más segura para la mejora, aumento y explotación de haciendas de campo; escrita por una Sociedad de amigos labradores y propietarios rurales; un tomo grueso en 4.º, Madrid 32 rs., y 36 provincias.

Tratado completo de la vid, y elaboracion de vinos de todas clases, aumentado con una guía práctica de la fabricacion de las sidras y cervezas, por D. Buenaventura Aragón; un to-

mo en 4.º, con muchas láminas, 32 rs. en Madrid, y 36 en provincias.

Tabaco (el). Su historia, su estancamiento, males que produce, su cultivo, beneficios y preparaciones de que ha menester. Su elaboracion, sus preparaciones, sus cualidades, sus defectos, medios de corregir estos últimos, compras, ventas y beneficios que de su comercio bien entendido pueden resultar, proyecto de ley para su desestanco, por D. Victoriano Félix; un tomo en 4.º, 16 rs.

Nociones generales del tabaco, desde la preparacion de las tierras para su cultivo, hasta su definitiva aplicacion; traducidas, extractadas y comentadas de lo que han escrito los mejores autores de varios países, con ampliacion de cuantos datos ha demostrado el estudio práctico de esta materia, por D. J. M. Santos y D. J. L. Campoy. Edicion de 1871; un tomo en 4.º, con láminas, 20 rs.

Agricultura al amor de la lumbre, por D. Buenaventura Aragón; un tomo en 4.º, con grabados, 32 rs. en Madrid y 36 en provincias.

Diccionario de agricultura práctica y economía rural, redactado bajo la direccion de D. Agustin Estéban Collantes y D. Agustin Alfaro, jefes superiores de Administracion civil, individuos de la Sociedad Económica Matritense, y de otras corporaciones científicas y literarias; 7 tomos, 4.º mayor holandesa, con láminas, 300 rs. en Madrid y 360 en provincias.

Colmenas de tres cuadrados, sus ventajas, costumbres y cultivo, por D. L. Alvarez Alvistur; 4 rs.

Tratado de los prados naturales y artificiales, y su mejora en España, por D. José de Hidalgo Tablada; segunda edicion, corregida y mejorada con nuevos datos; 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

Manual de la cría lucrativa de las gallinas y demas aves de corral, por D. Nicolás Casas de Mendoza; consta de un tomo en 8.º mayor, de 280 páginas, 10 rs. en Madrid y 12 provincias.

Tratado del cultivo de la vid en España y modo de mejorarlo, por D. José de Hidalgo Tablada; un tomo con numerosos grabados y una lámina, 18 rs. Madrid, en provincias 20.

- Tratado del cultivo del olivo en España, y modo de mejorarlo**, por D. José de Hidalgo Tablada; un tomo con grabados, 16 rs. Madrid, en provincias 18.
- Tratado del cultivo de los árboles frutales en España y modo de mejorarlo**, por el mismo autor; un tomo con muchos grabados y una lámina, 18 rs. Madrid, en provincias 20.
- Tratado de la fabricacion de vinos en España y el extranjero**, por el mismo autor; un tomo con gran número de hermosos grabados y una lámina, 22 rs. Madrid, en provincias 24.
- Casa rústica**, Nueva Guia manual de todas las ciencias y artes pertenecientes á los habitantes del campo, arrendadores, viñeros, hortelanos, ganaderos, etc., etc. Obra á la par que útil divertida. Traducida al castellano.
 Forma 3 tomos en 4.^o, con 57 láminas; 60 rs. en toda España.
 A esta obra va añadido un *Manual de elaboracion de vinos, aguardiente, licores, cidra y cerveza*, con sus correspondientes láminas.
 Este tratado se vende tambien por separado á 8 rs.
- Nueva taquigrafía ó arte de escribir con toda velocidad, como se habla**, por D. Francisco Cruces é Izquierdo, con una lámina que contiene todas las figuras taquigráficas, 5 rs.
- Conferencias libre-cambistas.**—Discursos pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid por los principales oradores españoles; un tomo en 4.^o, 20 rs.
- El Espiritualismo**, curso completo de filosofía, por D. Nicomedes Martín Mateos, 4 tomos en 4.^o, 80 rs.
 El Sr. Martín Mateos fué discípulo del célebre Bordas Demoulin. Dicho Sr. Mateos, ántes de escribir la obra que anunciamos pasó veintitantos años de su vida estudiando todos los sistemas filosóficos y ensayándolos en su conducta, á fin de que su libro fuese el más completo y mejor de cuantos se han escrito sobre el amor á la sabiduría.
- Curso de Psicología**, dado en París, bajo los auspicios del Gobierno, por H. Ahrens, antiguo doctor agregado de la Universidad libre de Brusélas, traduccion de D. Gabino Lizárraga. Madrid, 1873, 2 tomos, 8.^o mayor, de mucha lectura, 24 reales Madrid, 28 provincias.

Exposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos, modernos, y verdaderos principios de la ciencia, por D. Patri-
cio de Azcárate; 4 tomos en 4.º, 80 rs. Madrid, 90 provincias.

Elementos de Mineralogía y Geología, por D. Antonio
Orio y D. Tomás Andrés y Andrés, Doctores de ciencias na-
turales, Madrid, 1870, un tomo, 4.º, con grabados, 30 rs. Ma-
drid, 36 provincias.

La Revolucion filosófica, moral, religiosa y social,
puesta al alcance de todos, por Juan de la Cruz Vidal y Plá.
Barcelona, 1873, un tomo 4.º, 14 rs. Madrid, 17 provincias.

**La electricidad de los caminos de hierro, descripcion
y exámen de los sistemas propuestos para evitar accidentes
en los caminos de hierro por medio de la electricidad,** por
D. Manuel Fernandez de Castro, 2 tomos 4.º, 50 rs.

Extracto de la misma: un tomo 4.º, 16 rs.

Estudio sobre la elocuencia sagrada, por el doctor D. Manuel
Muñoz y Garnica, predicador y director del instituto de
Jaen; un tomo 8.º mayor, 16 rs.

Historia de todos los países y de todos los tiempos, por el
conde de Fabraquer; un tomo en 8.º mayor, 24 rs.

**Del origen de las sociedades sobre la soberanía, los po-
deres, la formacion de los pueblos y sobre la libertad,** por el
abate Thorel, tercera edición; 3 tomos 4.º, 60 rs.

Compendio del Derecho romano, ó aforismos y decisiones,
sacados del Digesto y del Código, con su traduccion, por
D. Luis Roquer, abogado, 8 rs.

Estudios sobre la defensa activa de las plazas de guerra,
por el general de brigada Mr. A. Piquet, traducida del fran-
cés por el teniente coronel D. Ambrosio Garcés de Marcilla;
un tomo 4.º, 12 rs.

**Filosofía elemental (curso de), dedicada á las universida-
des y colegios de España,** por D. Ramon Martí de Eixalá.
Esta obra comprende la teoría de las ideas, ó ideología, y la
lógica, segunda edición; un tomo en 8.º, 10 rs.

Recreaciones físicas, por Mr. A. de Castillon, profesor del

- colegio imperial de Santa Bárbara de París, traducidas por D. José Muñoz y Gaviria, vizconde de San Javier; un tomo en 8.º mayor, con multitud de grabados, 12 rs.
- Manual** de teneduría de libros en la nueva forma de partida doble, aumentada y mejorada, exenta de estudios y declarada de texto, compuesta por D. Vicente de Villaoz; un tomo, 12 rs.
- Manual** de cambios, imposiciones, intereses, anualidades y descuentos. Guía del comercio y de los imponentes en las cajas de Ahorros y sociedades de Seguros; un tomo 4.º, 20 reales.
- Bacon.** Ensayo de moral y de política, traducido por Arcadio Roda y Rivas; un tomo 4.º, 12 rs.
- Ensayo** sobre la opinion pública, escrito por Arcadio Roda y Rivas; un tomo 4.º, 12 rs.
- Cien proverbios** (los), ó la sabiduría de las naciones. Obra imitada del francés por D. Francisco F. Villabrille; un tomo, con 20 láminas, 16 rs.
- Romancero** de Cristóbal Colon, por D. Ventura García Escobar. Un tomo 4.º, de gran lujo, de 512 páginas y el retrato del autor, 20 rs.

OBRAS DEL DOCTOR DON MIGUEL COLMEIRO.

- Elemento** del derecho político y administrativo de España, un tomo 8.º mayor, 16 rs. Madrid, 18 provincias.
- Principios** de economía política, un tomo 8.º mayor, 16 reales Madrid, 18 provincias.
- Historia** de la economía política en España, dos tomos 4.º mayor, 80 rs. Madrid, 90 provincias.
- Curso** de derecho político, segun la historia de Leon y Castilla, un tomo 4.º, 36 rs. Madrid, 40 provincias.
- Curso** de botánica, ó elementos de organografía, fisiología, metodología y geografía de las plantas, dos tomos 4.º, 60 rs. Madrid, 70 provincias.

Diccionario de los diversos nombres vulgares de muchas plantas usuales ó notables del antiguo y nuevo mundo, con la correspondencia científica y la indicacion abreviada de los usos, é igualmente de la familia á que pertenece cada planta; complemento del curso de botánica, un tomo 4.º, 20 rs. Madrid, 24 provincias.

De lo verdadero, lo bello y lo bueno. Curso de filosofía sobre el fundamento de dichas ideas absolutas, por Victor Cousin. Traducción de Manuel Mata y Sanchez. Valencia, 1873, un tomo 8.º mayor, 14 rs.

Pequeñas miserias de la vida conyugal, ó continuación de los estudios analíticos sobre el matrimonio, por H. Balzac, un tomo 8.º mayor, 10 rs.

Apuntes para un libro de Historia y Arte militar, extractados de las mejores obras que tratan del mismo asunto, por D. Cándido Varona y Olarte, teniente de infantería. Madrid, 1850, 3 tomos, 4.º, 40 rs.

Curso de derecho natural ó de filosofía del derecho, completado en las primeras materias, con ojeadas históricas y políticas, por Z. Ahrens, enteramente refundida y completada con la teoría del derecho público y del derecho de gentes, traducida por los Sres. D. Pedro Rodríguez y D. Mariano Ricardo de Asensi. Madrid, 1873; un tomo 4.º, encuadernado en tela, 44 rs. en Madrid y 50 en provincias.

De la autoridad de los poderes, ó límites de la potestad civil y eclesiástica. Obra escrita en francés por el célebre doctor Aguesseau, canciller de Francia en la gloriosa época de Luis XVII y sucesor, traducida al español por D. D. J. B. L., Abogado del Colegio de Barcelona; un tomo, 4.º, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias.

El escritor práctico, ó sea manual completo de ortografía y ortología al alcance de todos, por D. Pedro Frexas y Sabater; un tomo, 4.º, 8 rs.

La guerra entre Francia y Alemania en 1870-1871. Estudio militar por el capitán de infantería D. Cándido Varona y Olarte, con un prólogo de D. Arturo Cotarelo. Madrid, 1871;

un tomo, 8.º mayor, con planos de las principales batallas, 8 rs.

Lecciones de mecánica práctica, nociones fundamentales de mecánica con datos experimentales, por M. A. Morin, traducida, aumentada y revisada por un profesor del ramo y acompañada de 28 láminas litografiadas; un tomo, 4.º, 40 reales.

Manual de literatura griega, con una breve noticia acerca de la literatura greco-cristiana de los griegos que pasaron á Italia cuando los turcos se apoderaron de Constantinopla, y de la lengua y literatura de la Grecia moderna, escrita por D. Salvador Costanzo; un tomo, 8.º mayor, 12 rs. Madrid y 14 provincias.

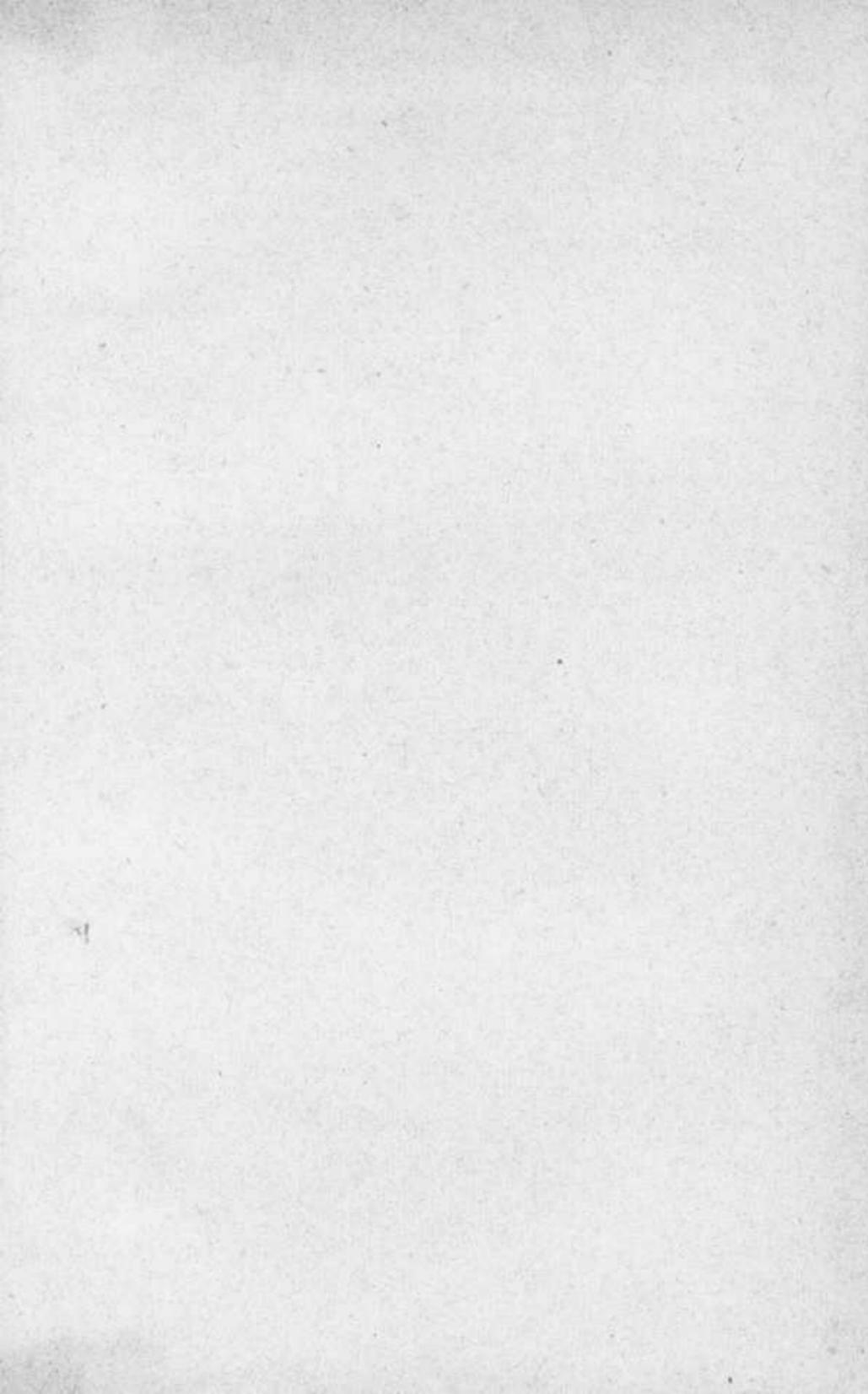
Novísimo diccionario de la Rima, ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por D. Juan Landa, Barcelona, 1867; un tomo, 4.º, 30 reales.

Un mundo subterráneo, ó historia de las primeras edades de nuestro planeta, por D. M. A. San Juan y D. N. de Micheo. Madrid, 1872; 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El que desee adquirir cualquiera de las obras anunciadas, ú otras que no lo estén, podrá enviar su importe en libranza ó letra de fácil cobro, y les será remitido á vuelta de correo, certificado para que no sufra extravío.

En los puntos donde no haya facilidad de letra se podrá mandar en sellos de franqueo, certificando la carta.

Los pedidos se dirigirán á *Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.*



60



RODA.

LOS
ORADORES
GRIEGOS



6040